

Palabras Mayores 3

Letras
que cobran
vida

Antología de los talleres de escritura

Coomeva Vida en Plenitud

AUTORES

REGIONAL CALI

Alba Lucía Echeverry Peláez
Amparo Quintero D.
Clemencia Inés Gómez
Germán Portilla
Hernán Arrieta
Humberto Rey
J. Iván Pérez R.
Jorge Enrique Villegas M.
María Victoria Zapata
Nubia Amparo Ramírez García
Rosa Nieto
Yolanda Delgado

REGIONAL BOGOTÁ

Clara López de Medina
Iris Briñez
Juliana Manrique de Monje
Magally Oyaga Sánchez
María del Pilar Restrepo R.
María Mercedes Paredes L.
Marina Córdoba Nieto
Piedad Victoria Nieto Velásquez
Rubiela Naranjo Vélez

REGIONAL MEDELLÍN

Ana Silvia Moreno Ortiz
Beatriz Elena David Puerta
Bertha Luz Velásquez Peláez
Elisamargarita Velásquez Ghisays
Erasmus H. Arbeláez Salgado
Fabián Vargas Restrepo
Gabriel Márquez Vélez
Libardo de Jesús Muriel Ramírez
Luis Fernando Domínguez
Luz Stella González Restrepo
Margarita María Gómez Cano
María Cristina Arroyave Portela
María Melva Galvis G.
Mercedes Castellanos
Nubia Roldán Botero
Piedad Betancur Muñoz

Palabras Mayores 3

Letras
que cobran

vida

Textos seleccionados de los talleres de escritura creativa en Bogotá, Cali y Medellín, del programa Palabras Mayores de Coomeva.

Antología de los talleres de escritura

Coomeva Vida en Plenitud

Víctor H. Pinzón Parra
Cofundador de Coomeva

José Vicente Torres
Presidente del Consejo de Administración de Coomeva

Alfredo Arana Velasco
Presidente del Grupo Empresarial Cooperativo Coomeva

Marco Antonio Rizo
Gerente Corporativo de Comunidad del Asociado

María Myra Hurtado Silva
Gerente Corporativa de Comunicaciones y Relaciones Públicas

Juan Carlos Ortiz Montoya
Gerente Nacional de Servicios y Alianzas

Comité Nacional de Vida en Plenitud
Integrantes: Dr. Luis María Tamayo - Presidente del Comité
Dr. Juan Guillermo Restrepo - Secretario del Comité
Dr. Víctor H. Pinzón
Dr. Martín Alonso Pinzón
Dra. Gloria Miriam Idárraga
Dra. Mónica Barandica
Dr. Marco Antonio Rizo Cifuentes

Facilitadores del Taller de Escritura:
Roberto Rubiano Vargas - Facilitador Bogotá
Alberto Rodríguez Castro - Facilitador Cali
Luis Fernando Macías Zuluaga - Facilitador Medellín

ISBN 978-958-58680-2-1

Diseño Cáratula:

Liliana Nieto

Diseño y Diagramación:

Lorena Lorza Franco

Depto. Creativo Imágenes Gráficas S.A.

Impresión:

Imágenes Gráficas S.A., Cali - Colombia
2017

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida en todo o en sus partes, ni registrada en un sistema de recuperación o transmitida por él, en ninguna forma ni en ningún medio, sea mecánico o fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

CONTENIDO

BOGOTÁ

Palabras mayores en su propia voz	20
<i>Roberto Rubiano Vargas</i>	

Conversaciones

La alegría de leer	23
<i>Piedad Victoria Nieto Velásquez</i>	
Odiando a Ulises	29
<i>Rubiela Naranjo Vélez</i>	
Aquelarre a plena luz del día	31
<i>Mercedes Paredes</i>	
Las voces insepultas	39
<i>María del Pilar Restrepo R.</i>	
Entre palabras	43
<i>Marina Córdoba Nieto</i>	
Espacio vital	48
<i>Magally Oyaga Sánchez</i>	

Cuento

El palomar de Jorge	50
<i>Clara López de Medina</i>	
Rosita, la más bonita	57
<i>Clara López de Medina</i>	

Sal por azúcar	64
<i>Iris Briñez</i>	
La partida	69
<i>Juliana Manrique de Monje</i>	
Wasay	73
<i>Magally Oyaga Sánchez</i>	
¡Culpables!, hasta que duden de lo contrario	80
<i>María Mercedes Paredes L.</i>	
Pan de azúcar	92
<i>Marina Córdoba Nieto</i>	
Como el colibrí	103
<i>Piedad Victoria Nieto</i>	
Terquedad	107
<i>Rubiela Naranjo Vélez</i>	
Vigilia	112
<i>Rubiela Naranjo Vélez</i>	

CALI

Cuento

El tío que cantaba desentonado	120
<i>Germán Portilla</i>	
La mariposa y el pez	123
<i>Germán Portilla</i>	
Autenticación notarial	126
<i>Humberto Rey</i>	
Los enanos crecieron	129
<i>Humberto Rey</i>	
Sin azúcar, por favor	130
<i>Jorge Enrique Villegas M.</i>	
En Navarra gustan de los calamares	135
<i>Jorge Enrique Villegas M.</i>	
Pera en dulce	140
<i>Jorge Enrique Villegas M.</i>	
El vuelo de la grulla	144
<i>Jorge Enrique Villegas M.</i>	
El sueño de un amor paterno	148
<i>Nubia Amparo Ramírez García</i>	

Se robaron a la abuelita	150
<i>Nubia Amparo Ramírez García</i>	
Reminiscencias	152
<i>Rosa Nieto</i>	
Vinieron por Ernestina	156
<i>Rosa Nieto</i>	
Ciudades de postal	160
<i>Amparo Quintero D.</i>	
Con mis ojos y tu corazón	169
<i>Amparo Quintero D.</i>	

Crónicas

¡Hasta siempre, amigos! —In memoriam—	177
<i>J. Iván Pérez R.</i>	
Comulgar por primera vez	179
<i>J. Iván Pérez R.</i>	
Ser argentino, jesuita y Papa	184
<i>J. Iván Pérez R.</i>	
Sin ni siquiera un adiós	192
<i>J. Iván Pérez R.</i>	
Y todo por unas huellas...	194
<i>J. Iván Pérez R.</i>	
Crónica de viaje	199
<i>Rosa Nieto</i>	

Ensayo

Sonata a Kreutzer	204
<i>Clemencia Inés Gómez</i>	
El amor	211
<i>Humberto Rey</i>	
Oscar, el tambor de hojalata	218
<i>María Victoria Zapata</i>	
Kafka y Milena Jesenská	221
<i>Yolanda Delgado</i>	

Décima

Décima a mi perro	228
<i>Clemencia Inés Gómez</i>	

Only weekend	229
<i>Clemencia Inés Gómez</i>	
Fragmento de Novela Breve	
Sebastián Chaverra en los caminos de Antioquia	231
<i>Alba Lucía Echeverry Peláez</i>	
Confesión	
Hay que ser amiga...	239
<i>Nubia Amparo Ramírez García</i>	
Fábula	
El baile	244
<i>Germán Portilla</i>	
Anécdota	
Mi padre y la política	245
<i>Hernán Arrieta</i>	

MEDELLÍN

Cuento	
Antojos de una boca	252
<i>Beatriz Elena David Puerta</i>	
Avión parecido a su analista	255
<i>Fabián Vargas Restrepo</i>	
Vengo desde muy lejos	258
<i>Luz Stella González Restrepo</i>	
El espantapájaros	260
<i>María Cristina Arroyave Portela</i>	
La muñeca de cartón	262
<i>María Cristina Arroyave Portela</i>	
Eterno rival	265
<i>Mercedes Castellanos</i>	

Poema

Lo que llamamos amor	269
<i>Beatriz Elena David Puerta</i>	
Fandango	271
<i>Elisamargarita Velásquez Ghisays</i>	
Playa	273
<i>Elisamargarita Velásquez Ghisays</i>	
Se fue de fiesta	275
<i>Elisamargarita Velásquez Ghisays</i>	
Se parece a ti	277
<i>Elisamargarita Velásquez Ghisays</i>	
Camino	279
<i>Erasmus H. Arbeláez Salgado</i>	
Historia	281
<i>Erasmus H. Arbeláez Salgado</i>	
Ojos claros (Ante la inminente partida)	283
<i>Libardo de Jesús Muriel Ramírez</i>	
¿Quién nos hizo mendigos?	285
<i>Libardo de Jesús Muriel Ramírez</i>	
La foto esquiava...	288
<i>Libardo de Jesús Muriel Ramírez</i>	
Nuestro árbol mascota	289
<i>Luis Fernando Domínguez</i>	
El prodigio diario de un nido	291
<i>Luis Fernando Domínguez</i>	
Gracias por mi respiración. Y por el agua	293
<i>Luis Fernando Domínguez</i>	
Meditación	294
<i>María Melva Galvis G.</i>	
Ego	296
<i>María Melva Galvis G.</i>	
El arco iris	298
<i>María Melva Galvis G.</i>	
La soledad	300
<i>María Melva Galvis G.</i>	

Relato

Una boda	302
<i>Bertha Luz Velásquez Peláez</i>	
Hijo, cuénteme una historia	307
<i>Gabriel Márquez Vélez</i>	
Al encuentro del Papa Francisco (*)	312
<i>Luis Fernando Domínguez</i>	
Busco una musa	314
<i>Margarita María Gómez Cano</i>	
El primer internado	316
<i>Piedad Betancur Muñoz</i>	

Narración Costumbrista

Las costureras	321
<i>Ana Silvia Moreno Ortiz</i>	
Minutón de amor por Colombia	324
<i>Luis Fernando Domínguez</i>	

Epistolar

Carta a Martín	327
<i>Luz Stella González Restrepo</i>	

Crónica

Dos	331
<i>Nubia Roldán Botero</i>	

INTRODUCCIÓN

Publicación Palabras Mayores – Tercera Edición

Alfredo Arana Velasco

Presidente Grupo Empresarial Cooperativo Coomeva

En Coomeva nos hemos comprometido con facilitarles la vida a nuestros asociados y con hacer que cada etapa de ella sea un constante comienzo y un desafío para estar siempre bien.

Nuestra organización cooperativa se originó en la mente de sus fundadores en 1964, con una gran conciencia del paso del tiempo y de la importancia de que todos pudiéramos ejercer el derecho que tenemos a vivir una vida plena, con vitalidad, desarrollo y progreso.

Así, Coomeva se ha desarrollado en estos 53 años siendo un soporte vital, preparando, protegiendo y acompañando a los asociados y a sus familias en todos los momentos de la vida.

Hoy contamos con una comunidad que a julio de 2017 suma 235.000 asociados. De ellos 18% son mayores de 55 años, cifra que ha ido creciendo a una tasa promedio mensual de 1,27%.

La vejez ya no es tema de unos pocos, pues aumenta cada vez más el número de personas que alcanzan edades muy avanzadas. Se calcula que a 2050 aumente a 2.000 millones el número de personas mayores de 60 años en el mundo, lo que equivaldrá al 22% de la población mundial y este proceso de envejecimiento está ocurriendo de manera más rápida que en el pasado¹.

Colombia, al igual que los demás países de Latinoamérica, también enfrenta el fenómeno conocido como transición demográfica avanzada. El aumento en la proporción de personas mayores de 60 años superó las expectativas de las proyecciones demográficas y se espera que este grupo de la población se siga incrementando.

Los mayores de 60 años representan actualmente casi el 11% de la población colombiana —unos 5,2 millones de personas— y se prevé que este grupo aumente al 23% —unos 14,1 millones— en 2050. Adicionalmente, el índice de envejecimiento del país que estaba en 1995 en 13,7 mayores de 65 años por cada 100 personas entre 0 y 14 años, aumentará a 42 para 2025².

Por tanto, en Coomeva tenemos el desafío de responder a esa necesidad de bienestar y libertad para nuestras personas mayores. La solidaridad, la ayuda mutua, la participación y el interés por

¹ Cardona A, Peláez E. Envejecimiento poblacional en el siglo XXI: Oportunidades, retos y preocupaciones. Salud Uninorte. 2012; 28 (2):335-48.

² Encuesta Salud, Bienestar y Envejecimiento, SABE Colombia. 2015. Ministerio de la Protección Social - Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación, Colciencias.

la comunidad, principios básicos de la ideología del movimiento cooperativo, llevan implícita la responsabilidad por un desarrollo humano y social que tenga en cuenta a todas las generaciones.

Por eso, generamos propuestas consistentes y basadas en conocimiento válido y probado, como es el programa Coomeva Vida en Plenitud que ya tiene nueve años contribuyendo a que las personas mayores lleven una vida de calidad, con expansión y disfrute de sus libertades, en el marco de los determinantes del envejecimiento activo³.

El envejecimiento activo se aborda como un proceso de optimización de las oportunidades para la salud, la participación, la equidad y la seguridad, con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen.

Con estos conceptos de base, desde el cooperativismo y específicamente desde Coomeva, dinamizamos una serie de escenarios donde el envejecimiento es ante todo oportunidad, expansión de libertades, construcción de ciudadanía, ejercicio de derechos, opciones de auto realización y de participación.

Y es a todo esto que responde esta iniciativa de construcción colectiva de la antología literaria Palabras Mayores. En esta oportunidad asociados mayores de Cali, Bogotá y Medellín han aplicado la escritura y la creación literaria para plasmar y compartir sus vivencias y experiencias, en un proceso de re-conocimiento

³ Concepto desarrollado por la Organización Mundial de la Salud, OMS.

de sí mismos, de sus potencialidades como seres humanos y de la poderosa fuerza que significa la cooperación y la solidaridad.

Los invito a disfrutar de este libro, valorando cada línea y encontrando en sus palabras el resultado de la unión, la solidaridad y de todos los principios que nos reafirman como Cooperativa.

PREFACIO

Publicación Palabras Mayores – Tercera Edición

José Vicente Torres

Presidente del Consejo de Administración de Coomeva

La presente antología literaria de “Palabras Mayores” es fruto del talento de un grupo de asociados mayores vinculados con Coomeva Cooperativa, que encontraron en la creación literaria una alternativa de bienestar y una manera de compartir sus miradas particulares del mundo.

Por más de nueve años Coomeva ha impulsado los talleres literarios en el marco del Programa Coomeva Vida en Plenitud, que constituye una iniciativa insigne de nuestra Cooperativa.

Vida en Plenitud responde al propósito de promover acciones para motivar un mayor papel del cooperativismo ante las respuestas

que la sociedad debe dar frente al proceso de envejecimiento de la población y ante las oportunidades de calidad de vida que demandan las personas mayores.

Con el programa Vida en Plenitud y sus diferentes estrategias y actividades, Coomeva invita a cambiar la mirada tradicional sobre la vejez y el envejecimiento, que por mucho tiempo se han asociado solo a carencias, debilidades y necesidades, por una perspectiva distinta que rescata lo que esta etapa de la vida y de las poblaciones tiene de oportunidades.

La propuesta de Coomeva Vida en Plenitud trasciende los servicios y programas puntuales, para enfocarse en la construcción colectiva de una estrategia de envejecimiento que permita a todas las generaciones llegar a una vejez activa y lo que ello implica en la economía, la salud, la educación y en general en la calidad de vida de las personas mayores y de quienes están en su entorno.

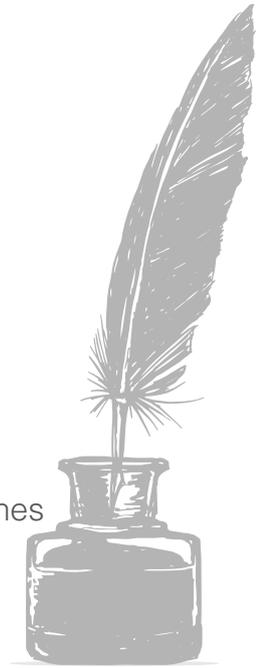
Los talleres literarios, así como las demás estrategias de Coomeva Vida en Plenitud, son una oportunidad de construir una Cooperativa para todas las edades, desde el momento mismo del ingreso del asociado y su familia, para que aprovechen las bondades de los servicios cooperativos y de nuestra ideología basada en la mutualidad y la solidaridad.

Con creaciones como las plasmadas en las páginas de esta publicación y con todo el proceso previo para llegar a ella, nuestros asociados mayores nos están inspirando y nos muestran de manera clara una visión distinta de la vida y sus propósitos.

Gracias a la red de escritores mayores, quienes contribuyen a la producción de la presente antología “Palabras Mayores”, ya en su tercera edición; ellos son el ejemplo tangible de que la vida debe vivirse bien a cada momento y de que esto puede ser alcanzado a través de la cooperación.

BOGOTÁ

- Conversaciones
- Cuento





PALABRAS MAYORES EN SU PROPIA VOZ

Roberto Rubiano Vargas

Facilitador del taller *Palabras Mayores*, Bogotá

P*alabras Mayores* de Bogotá, más que un taller de escritura convencional, se ha convertido en un espacio dedicado a la reflexión sobre la creación literaria. Pero la mejor manera de explicar cómo es la actividad dentro de este grupo, en la actualidad, tal vez sea mediante las palabras de sus propias participantes. Que sean ellas —porque en esta ocasión escriben solo mujeres— quienes, a través de una suerte de conversación, cuenten sus experiencias.

Durante los últimos dos años, periodo trascendido desde la última vez que se recogieron textos en una antología, y el momento presente, nuestra dinámica ha vivido algunos cambios. Desde su origen, *Palabras Mayores* de Bogotá ha dividido su tiempo entre la lectura de grandes libros, la visita de escritores amigos de la casa que vienen a presentar sus obras y la escritura de textos de ficción. Este es el programa básico, pero recientemente le hemos dado prelación a la lectura.

Todo comenzó de una manera más o menos inocente cuando Elizabeth Forero, una de nuestras nuevas integrantes, sugirió que leyéramos *Ulises* de James Joyce que es —en sí mismo— un completo curso de escritura creativa. Esta propuesta, que al principio pareció exótica, pronto fue acogida con fervor y nos pusimos a la tarea. Al terminar con él, y casi de inmediato y en parte gracias al entusiasmo por *Ulises*, se propuso leer otro libro grande: *El Quijote* de Miguel de Cervantes, una experiencia siempre reveladora. El objetivo era el mismo que habíamos tenido con *Ulises*: desentrañar sus mecanismos narrativos, las ideas literarias del autor y el contexto histórico de su tiempo.

Cuando salimos de esos dos grandes retos esta vez fui yo quien les propuso hacer algo un poco más extremo. Investigar la esencia del contar una historia literaria. Para eso utilizamos como referencia el libro *Historia nocturna* del historiador de la cultura Carlo Ginzburg. Partimos de la premisa de que detrás de los mitos culturales europeos se esconde el secreto del cuento popular y detrás de este las claves de cómo narrar con efectividad.

Partimos de una hipótesis de trabajo. Nos preguntamos ¿de dónde viene la mitología popular?, ¿cuáles son las fuentes de la fantasía?, ¿de dónde viene toda esta fiebre de vampiros, hombres lobo y de las criaturas que llenan la literatura más vendida de la actualidad?

Esta pregunta nos llevó a explorar diversas fuentes. Desde leer un conocido cuento de los hermanos Grimm, a consultar *La divina comedia* de Dante, o buscar en el *Macbeth* de Shakespeare la esencia de un personaje.

Es un proyecto que exige tiempo y dedicación y el grupo lo ha acogido con entusiasmo. Como les repito a menudo, es un seminario que en la Universidad tal vez no se podría desarrollar con la misma tranquilidad.

Pero lo mejor para entender esta experiencia de lectura, que es tan positiva para el grupo y para mí, como acompañante, es dejar que algunas de las participantes en nuestro taller narren sus impresiones sobre estas jornadas, en una suerte de conversación a varias voces. Que nos cuenten en sus propias palabras la experiencia de examinar la obra de conocidos autores y cómo nos develan algunos de sus secretos.



Primera conversación

LA ALEGRÍA DE LEER

Piedad Victoria Nieto Velásquez

El maestro Rubiano nos aconsejó leer sin detenernos a consultar los pies de página, y juramos no levantarnos de la mesa pasara lo que pasara. Acabábamos de asumir el reto más grande en nuestro taller de *Palabras Mayores*: leer *Ulises*, de James Joyce. Sí, esa novela que muchos presumen haber leído, pero de la que muy pocos han superado el primer capítulo.

Y es que Joyce se propuso hacer una novela compleja, para que en los siguientes trescientos años los lectores tratáramos de desentrañar su significado profundo. Algunos estudiosos de *Ulises* sostienen que solo después de la quinta lectura se logra una plena aproximación a su entendimiento.

Desde el primer párrafo me decidí a encontrar la relación entre Telémaco y Stephen Dédalus, Odiseo y Leopold Bloom y entre Penélope y Molly Bloom.

Odiseo y Bloom salen un día de casa para librar las batallas propias de su tiempo. Mientras uno atraviesa los mares Jónico

y Egeo, el otro recorre Dublín. Uno en un día lejano de un siglo impreciso muy anterior a Cristo y otro, exactamente el 16 de junio de 1904. Según dicen algunos, a Odiseo le toma veinte años regresar a casa; a Bloom diecisiete horas. Al primero lo espera Penélope, que teje y desteje para dar tiempo al regreso de su esposo, antes de que alguno de los aspirantes a reemplazarlo logre su cometido; al otro lo espera Molly, una esposa sexualmente insatisfecha, que ha estado con su amante ese día a las cuatro de la tarde, en su propia casa y en su propia cama. Regresar a casa ha sido tortuoso para ambos, pero para Odiseo ha tenido un final feliz con la ayuda de su amado hijo Telémaco. Para Bloom, en cambio, ha sido triste y frío en compañía de Stephen, el hijo que nunca tuvo.

En el tercer capítulo casi rompo el juramento de llegar hasta el final pasara lo que pasara. Stephen y su torrente de conciencia aparecieron de improvisto, camino a Dublín, por la playa de Sandycove; mientras yo enloquecía. Hasta que reconocí la esquizofrenia del pensamiento; esas ideas que llegan y se van sin terminarse, para dar lugar a la aparición de otras que tampoco concluyen. Así somos y Joyce tuvo la genialidad de expresar la variabilidad del pensamiento en sus personajes.

Pero no fue solo esto. *Ulises* está compuesta por variadas técnicas literarias y muchos temas del conocimiento humano, solo mencionadas, para que el lector profundice en ellos si quiere llegar a dimensionar los acontecimientos narrados por Joyce.

Mis compañeros de taller y yo logramos terminar la primera lectura con la orientación de nuestro maestro, conscientes de que nos quedaron pendientes cuatro más para empezar a entenderla.

Llegar al “sí quiero Sí”, frase final de la novela, pronunciada por Molly en su famoso y denso monólogo, alimentó nuestro ego, reconocimos nuestra tenacidad y brindamos por nosotros mismos y por nuestro maestro. Nos sentíamos como pavos de doble pechuga.

Acabábamos de ingresar, bajo su guía, al selecto grupo de lectores verdaderos de *Ulises*.

Este logro reforzó nuestra autoestima. Si habíamos logrado leer los dieciocho capítulos de la novela inglesa más importante del siglo XX, estábamos entrenados para leer al más grande escritor en inglés de todos los tiempos: William Shakespeare.

Entonces nuestro maestro nos presentó a *Macbeth*. Personaje que representa la oscuridad del alma humana cuando es tentada por la ambición del poder. Todo cambió en la vida de Macbeth con una sola frase pronunciada por una bruja: “Serás rey”. Fue el detonante que provocó la erupción de su volcán interno, que hasta ese momento había permanecido en calma. Y no solo en él sino también en su esposa. Una alianza para el mal en la que se desencadenan las más bajas pasiones del ser humano. La envidia, la deslealtad, la culpa, el suicidio, el asesinato, llenan las vidas del Rey Macbeth y de Lady Macbeth.

Nada ha cambiado desde entonces. He comprendido que los escritores inmortales lo son, porque han logrado reconocer la dualidad de la naturaleza humana, y representarla a través de sus personajes haciéndolos perpetuos, logrando que los lectores, no importa de qué tiempo, nos reconozcamos en ellos.

Pero después de las tinieblas de Shakespeare llegó la diversión con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*. Un loco maravilloso que nos paseó por ese lugar de cuyo nombre nunca quiso acordarse y que a través de sus alucinaciones nos habló con gracia del amor, la amistad, la lealtad, la ilusión, la ingenuidad y hasta del feminismo. Es bello y muy actual el discurso de la pastora Marcela a un auditorio masculino, que admira su belleza y que, solo por esta razón, pretende obligarla a cumplir deberes contrarios a su voluntad. Es admirable que un hombre de los siglos XVI–XVII haya superado el pensamiento misógino del hombre del siglo XXI, que aún ve a la

mujer como objeto de su dominio. Cervantes, además, aprovechó su novela para introducir el diálogo como recurso literario, y así facilitar la expresión a sus personajes. Fernando Vallejo opina que el autor hizo regresar a Don Quijote después de la primera salida, solo por el interlocutor, porque, según él, sin interlocutor no hay Quijote. Comparto esta opinión. Sin Sancho Panza ¿qué sentido tiene Don Quijote? Son muy entretenidas las innumerables tertulias de esta pareja de personajes, entre quienes predomina la empatía, aunque social y culturalmente vienen de mundos opuestos. Aquí, el autor vuelve a adelantarse a su tiempo para presentarnos los beneficios mentales de la “charloterapia”, método de relajación que practicamos en *Palabras Mayores*.

Seguimos retándonos, y de un mundo fantástico pasamos a uno fantasmal, a Comala, el pueblo de un tal *Pedro Páramo*. Empecé a leer la novela muy engreída. Después de *Ulises* y el *Quijote*, los grandes, ¿qué podría superarme? Para mi propia humillación, a las pocas páginas se me empezó a complicar la vida. Entonces pensé que el maestro Rubiano alucinaba, como Don Quijote, creyendo que sus estudiantes de la tercera edad, que habíamos pasado nuestra primera juventud en mundos diferentes al de la literatura, estábamos en capacidad de presentarle en ocho días la novela de Juan Rulfo, leída y analizada.

Pero no. El maestro no alucinaba. Olvidaba. Olvidaba que era una novela “algo densa”, así nos dijo cuando nos ofreció disculpas por el apuro, porque hacía ya mucho tiempo que la había leído. Menos mal, porque si nuestro taller exigiera calificaciones, todos nos hubiéramos rajado.

Y estuve enredada hasta que supe que los personajes vivían en el más allá, que Comala era un pueblo terrenal habitado por fantasmas sin poder trascender al mundo de los bien muertos, porque sus rencores les habían impedido hacer el tránsito. Que Juan Preciado

había ido a buscar a su padre porque así se lo había pedido su madre antes de morir. Que nunca los había amado. Que Pedro Páramo era el dueño del poder en Comala. Que era cruel. Que se había enamorado de Susana San Juan. Que lo había matado Abundio Martínez, uno de sus muchos hijos no reconocidos, como solía pasar en los pueblos mexicanos, no muy diferentes de los colombianos, donde aún gobiernan los gamonales, y eso era Pedro Páramo en Comala. Y que Juan terminó muriendo de miedo. Y que la novela influyó en el desarrollo del realismo mágico. Y que Álvaro Mutis se la había regalado a García Márquez con un “tenga pa’ que aprenda”. Y yo confirmé por enésima vez que había desaprovechado las enseñanzas del bachillerato, donde había escuchado por primera y, hasta ahora, por única vez el nombre de Juan Rulfo. Y recordé el colegio, mi colegio y... hasta en las monjas pensé con nostalgia por el tiempo perdido.

Y después conocimos el camino del tránsito al más allá, el que no lograron recorrer los habitantes de Comala; de la mano del poeta de Florencia: Dante Alighieri, quien en *La divina comedia* nos enseña el camino de la transformación espiritual, que él a su vez recorre guiado por Virgilio, el poeta romano, a través de los círculos del infierno y las terrazas del purgatorio, para llegar a las esferas celestiales donde es Beatriz, su gran amor, quien lo acompaña. Para encontrar este camino Dante tiene que perderse:

“A mitad del camino de la vida
Yo me encontraba en una selva oscura,
Con la senda derecha ya perdida.”

Sí. A mediana edad yo también me perdí en la selva de mis evaluaciones: ¿Por qué me siento insatisfecha?, ¿he recorrido la

senda equivocada? Mi Virgilio me dijo que era normal a los cuarenta mirar por el retrovisor y sentir frustración.

El viaje empieza en la noche, en la angustia. En el infierno no hay esperanza, pero en el purgatorio sí. Allí llega al amanecer. Y al paraíso llega al mediodía, en la plenitud de la luz. Con un gran estruendo se sabe que un alma ha superado sus pecados y ha quedado lista para ir al cielo, al estado del conocimiento, de la sabiduría. Eso es Beatriz, la esencia.

Dante vivió en una época en la que el conocimiento se pagaba en la hoguera. Generaba miedo y el miedo siempre ha sido necesario para la supervivencia, pero también ha sido usado para limitar el desarrollo humano por parte de quienes lo han querido controlar. Por ello surgen las sociedades secretas, como “Fieles de Amor”, a la que Dante perteneció para expresar sus ideas sin incomodar a la Iglesia. Algunos sostienen que esa sociedad es el origen de la hoy conocida Sociedad Rosacruz. Interesante tema ese de las sociedades secretas.

Pero a Dante nos llevó un antropólogo, un historiador también italiano llamado Carlo Ginzburg, hombre actual. Su libro *Historia nocturna – Las raíces antropológicas del relato*, que aún tenemos en estudio y que se ha convertido en el insumo de nuestras lecturas y escritos, nos ha remitido a los años de la Inquisición, a sus expedientes, a las brujas, a las diosas, a los efectos de las plantas sagradas, a los interrogatorios, a los relatos y al miedo de la Iglesia a ser descubierta en sus errores y en sus horrores. Soy católica, me gusta serlo, pero no puedo tapan el sol con un dedo. Mi Iglesia ha cometido crímenes de lesa humanidad.

Y le agradezco a Dios permitirme vivir en una época en la que puedo escribir lo que ya escribí sin temor a ser llevada a la hoguera; y, además, a sentir la alegría de leer.



Segunda conversación

ODIANDO A *ULISES*

Rubiela Naranjo Vélez

Un nuevo tema para la clase de *Palabras Mayores*, por sugerencia de nuestra compañera Elizabeth Forero y aceptada por nuestro profesor Roberto Rubiano Vargas. La propuesta es leer *Ulises* de James Joyce. Como siempre, asumimos con entereza este nuevo reto, y a decir verdad era mucha la entereza que necesitábamos para leer esta novela tan complicada y de tan difícil lectura. Y como si fuera poco, obra cumbre de la literatura inglesa.

Los pronósticos favorables que me esperaban eran pocos, después de enterarme de que en esta lectura en particular “muchos eran los llamados y pocos los escogidos”; después de iniciar me incluí en el listado de los “muchos llamados”.

A través de la novela, Joyce nos cuenta la historia de Leopold Bloom, un hombre mayor, pusilánime, falto de carácter, que inicia una travesía a lo largo de un día, arrancando en las primeras horas de la mañana y finalizando pasada la media noche. A través del relato de esas horas nos cuenta las vicisitudes y peripecias que debió afrontar en su larga travesía.

Me costaba trabajo entender esta historia de dieciocho largos capítulos, que parecían no tener conexión, que podrían leerse independientemente, pero que finalmente sí la tienen, con un Joyce hilvanando paso a paso la historia que quería contar y mostrándonos ese torrente de conciencia que tanto me sacaba de casillas. A estas alturas no sabía quién era más loco, si James Joyce con su *Ulises* o Cortázar con su *Rayuela*, nuestra lectura anterior.

No conocía el significado de “torrente de conciencia” y haber hecho esta lectura en particular en *Palabras Mayores* me ayudó a entenderlo. La manera como un personaje va contando su historia y como él mismo introduce sus pensamientos íntimos, de su alma, de su profundidad humana, no era fácil de asimilar para una lectora desprevenida como yo.

Pero ¿cómo entender esta novela y no odiarla?, no lograba comprender muchos pasajes. Leía un párrafo, no entendía, regresaba a la lectura una y otra vez. Esto me producía un enojo terrible y juraba abandonar mi propósito. Pero fiel a mi perseverancia, continuaba. Le decía a mi profesor que no abandonaba la lectura “por disciplina de clase”, sí, así como dicen los políticos que votan por el candidato de su partido por “disciplina de partido”. Y además qué iba a hacer en clase, como una autista sin saber de qué hablaban, tocaba leer.

Poco a poco me fui sumergiendo en la obra de Joyce, respirando profundo, una y otra vez, tomándola con calma y con mucha paciencia. Igualita a la del santo Job. Esa fue la fórmula. Además, con los acertados comentarios de los compañeros de clase, redondeados por el toque final del profesor, semana tras semana en los más de dos meses que nos tomó la lectura, todo pasó a ser un divertimento.

Entendí por qué el profesor con una amplia sonrisa nos contaba lo agradable que siempre le resultaba la lectura de *Ulises*. Entender cuándo salía el personaje para dejar entrar su conciencia y no perder

el hilo de la lectura me produjo una gran satisfacción, me sentí victoriosa. Y fue cuando vi a Leopold Bloom en todo su esplendor, en toda la profundidad de su ser: su dolor, su tristeza, su humanidad, su amor, su desesperanza, su sexualidad; me llenó de ternura, de compasión, y entendí igualmente cada uno de los personajes que entran en la historia.

Me correspondió hacer el resumen del capítulo 15 y esa tarea fue el éxtasis total. Enfrentarme al eje central de la novela fue un gran reto. Parodié la vida afligida de Bloom, sus cambios de personalidad, con mi propia vida y me divertí un montón y creo que el grupo también.

Remate final, capítulo 18. Asfixiada con la lectura, sin poder respirar, con tan poca puntuación. Este recurso literario que conocí en *El otoño del patriarca* y que creía era exclusividad de García Márquez, me permitió entender que en la escritura no hay nada nuevo, todo está inventado, depende de quién y cómo use esos recursos. Y Molly Bloom, la voluptuosa, la bella, la infiel, con su canto a la desilusión, a la frustración, al desamor, al abandono, me llegó al alma y la comprendí en toda la dimensión de su ser como mujer.

No teman a *Ulises* ni a James Joyce, renieguen como yo, boten el libro, pero en un lugar fácil de encontrar para que lo puedan retomar cuando el enojo pase. Merece la pena ser leído. Gracias, Roberto Rubiano Vargas, por el acompañamiento en las lecturas de nuestra vida en plenitud y por ayudarnos a entender a cada escritor en toda su magnitud.



Tercera conversación

AQUELARRE A PLENA LUZ DEL DÍA

Mercedes Paredes L.

Hace algún tiempo me preguntaba si escribir era un asunto solo de escritores, quienes nacían con un talento especial, y que la academia y su propia historia los llevaba a crear libros, a escribir obras maestras, a obtener premios de literatura o hasta lograr un Nobel. En este caso, mi deseo de escribir no pasaría de ser una fantasía que podría explorar a través de algún sueño. Pero si era posible que escribir lo pudieran hacer también los simples mortales, esto me daba una pequeña ventana de oportunidad, que debía aprovechar cuanto antes. Gozaba en ese tiempo de una vasta ignorancia, para la que el deseo de escribir era suficiente.

Alguna vez alguien leyó uno de mis relatos y me animó a desarrollar otras cosas. Recordé entonces las palabras de Cora Coralina (Ana Lins dos Guimaraes Peixoto, poetisa brasileña), en su poema *Saber vivir*:

“No sé... si la vida es corta

o demasiado larga para nosotros.

Mas sé que nada de lo que vivimos tiene sentido,
si no tocamos el corazón de las personas”

(fragmento)

Esto me hizo pensar en la importancia de encontrar un espacio más juicioso, donde pudiera aprender a hablar desde mi propia imaginación. Significaba lograr escribir en “voz alta”. Tal vez era un poco tarde para la academia y busqué un espacio cercano, donde pudiera explorar mis inquietudes. Fue así como encontré *Palabras Mayores*.

En este corto tiempo, desde que empecé a asistir, siento que a medida que mi motivación crece aumenta también la intención de descubrir algo que está en mí, a la vez que me encuentro y reconozco otras sensibilidades que nacen desde otras voces, con historias y nombre propio, advirtiendo así la presencia de un deseo común: atreverse a escribir y a afrontar en voz alta el retorno en la voz del otro.

Confieso que en las primeras sesiones solo logré confundirme. Para empezar, llegué el día en que un grupo de mujeres y un hombre leían a Dante Alighieri con tal respeto y admiración que después de escucharlos podría haber asegurado que todos hablaban desde el mismísimo infierno; me llené de silencio y esperé ansiosa que esto no fuera una premonición. En ese momento no sabía si seguir las al lado de Dante, confiando en que Virgilio supiera lo que hacía, porque en realidad no me acercaba a una obra como esta si no era de mi interés. Era continuar en mi total espontaneidad y no descubrir lo que escuchaba en las palabras de mis compañeros y del profesor, o nuevamente aprender a leer.

Aparecieron entonces algunas pistas, como tener en cuenta el contexto e integrar al autor con sus personajes a ese territorio que afectan y que los afecta desde sus múltiples relaciones. Luego vinieron algunas confesiones de la experiencia con las obras que el grupo venía leyendo y comentando desde meses atrás. Nombraron así a Cervantes, a Joyce, a Borges, a Cortázar y a Juan Rulfo, entre otros de una larga lista. Para ese momento ya no solo estaba confundida y algo paranoica sino un poco desilusionada, pues a qué horas una persona común y corriente iba a alcanzar la genialidad de poder vincularme en esas discusiones, comprender y disfrutar la lectura de aquellos escritores, y además dar mi aporte.

En esa ocasión, después de vagar en un diálogo del que no participé, una compañera leyó su comentario al libro *Historia nocturna* de Carlo Ginzburg. Volví a perderme entre la explicación del aquelarre, los viajes de los brujos y los comentarios de cómo los mitos, aparecidos en una época en el viejo continente, tenían su correspondiente en las culturas indoamericanas en épocas diferentes.

Esta sesión terminó con la discusión entre dos de ellas sobre la diferencia entre licántropos y *benandanti*. Entonces me dije: ¡Auxilio! Estas sí son palabras mayores.

Los círculos del infierno, cada vez más ardientes y tortuosos, empezaron a sofocar mi imaginación. Para el siguiente encuentro ya tenía *La divina comedia* en mis manos, aunque esto no significaba una decisión consciente de lo que emprendería, sino más un intento de no perecer en un lugar tan inhóspito y caluroso. Pero en los siguientes días fui encontrando en Dante al poeta, filósofo y político, en una Italia medieval que se debatía entre el poder de la Iglesia y el del emperador. Me sorprendió su capacidad de dibujar con palabras precisas cada detalle, cada lugar, cada personaje, que

hasta imaginé la posibilidad de que, después de crearlos, Dante solo los acompañaba y ellos habían empezado a conversar creando sus propios diálogos. Sentí que en su genialidad, Dante creó el escenario perfecto para describir la ruta hacia la perfección de las almas, escenario en el que no dudó en condenar a sus enemigos políticos desde su propio discurso.

Pensé en la gran fuerza de esta obra en las manos de un hombre, con la habilidad literaria y la comprensión de su época, con una postura política que le valió el exilio. No terminaba mi sorpresa cuando debí pasar al purgatorio, nuevo laberinto de siete círculos en el proceso de purificación del alma. No habiendo terminado esta transición, sentí que nuestro Virgilio nos dejaba a las puertas del paraíso, para continuar con el próximo encuentro, dándonos un espacio para revisar textos producidos por algunas compañeras del grupo.

Así, seguí con atenta escucha las palabras que aparecieron con precaución y gran valentía en los relatos de algunas compañeras, ante los oídos de un grupo que aseguraba una retroalimentación crítica. Debo confesar que en algún momento alcancé a sentir algo de temor ajeno. Pensé que era suficiente con el pánico escénico que se sentía en las expresiones previas de quienes exponían sus textos sin más protección que la confianza. Pero bueno, este temor se fue diluyendo cuando escuché comentarios fuertes y otros amigables, cuando sentí que eran valiosos desde la posibilidad que nos daba, como grupo, de entrenarnos en una mejor escucha. Creo que cuando hablamos de otros somos nosotros mismos quienes quedamos expuestos. Y esto está bien, metodológicamente la retroalimentación es valiosa tanto para quien escucha como para quien la hace.

Fue entonces cuando participé de un magnífico resumen, lleno de pistas para esos momentos en que nos enfrentamos con una

página en blanco, y ahí empezó a caer mi propio mito sobre lo que significa escribir, a la vez que abandoné la paranoia del corto tiempo para lograr un texto. Reconocer la genialidad en el talento de algunos autores no es impedimento para lograr un buen relato que se alimenta, claro está, de la experiencia, la sensibilidad y las técnicas literarias, pero cuya importancia no radica en la velocidad de su producción.

“Para escribir se necesita una idea”, explicó con sencillez y naturalidad Roberto Rubiano, escritor y profesor para este grupo. Argumentó cómo, al seleccionar el centro de la historia, se logra ubicar la idea principal y las subsidiarias. Cómo la lectura en voz alta facilita ese ir y venir sobre el texto, tránsito que es indispensable. Y continuaba... “Dos procesos, la creación y la corrección, atraviesan el mismo texto pero en momentos diferentes. Se sugiere avanzar con la creación y luego hacer la corrección. Pues quedarse en cada párrafo para corregir y pulir el estilo, sin terminar la creación, provoca párrafos inconclusos”.

Todas estas señales, tan sencillas pero cargadas de experiencia y además directamente de la voz de un escritor del mundo de los mortales, me ubicaron en otro momento, que a prudente distancia del infierno y de Adán y Eva también habían alcanzado a rondar. Me permitieron aclarar mis próximos pasos para abordar el temible nuevo documento en blanco de mi portátil que ya no podría llenar irresponsablemente de palabras que solo yo entendía. Pues comprendí que el deseo de escribir genera un nuevo deseo, el de ser leído.

Por lo pronto me he dado permiso de seguir escuchando, aunque cuando llego a casa busco un cuarto propio —recordando a Virginia Wolf en su momento—, me dispongo y aunque a veces no logro crear nada, me animo imaginando que todo tiene su espacio y su tiempo.

Creo que en el acto creativo está presente la inspiración que nace de la sensibilidad y la pasión de alguien que persigue un sueño. Pero también estoy segura de que para crear un texto literario algunos necesitamos contar con la presencia de un Virgilio tan humano y dispuesto a compartir su sabiduría y que además esté ubicado a escasos dos o tres pasos de distancia de nuestras dudas. Igualmente, me atrevo a afirmar que para crear es absolutamente necesario escuchar en silencio los pasos que, con certera humildad, otras y otros han dado en pos de este sueño, y que como compañeros o cómplices, convierten en amistad y alegría, acogiendo a quien se asoma a este deseo compartido.

Fue en ese momento y no antes, que a través de sus textos los vi transformarse en seres creativos y mágicos, donde pude reconocer a escribientes de placenteras vigilias, sin carne de animales de sangre caliente en Semana Santa, o testigos del cansancio y la sed de *Wasay* y su padre atravesando el denso calor de un territorio sin gota de justicia, para comprender en el aleteo de un colibrí la despedida profunda a la que nos enfrenta la muerte, o sorprendernos atravesando entre palabras y una taza de té la historia de un adolescente a quien la velocidad de su nueva máquina de escribir y la voz de la madre atenta a sus sueños les marcó el paso a sus primeros relatos que lo convirtieran en un escritor. Al final, Borges y Juan Rulfo lograron transformar en asombro a quien, atrapada en sus palabras, declaró la presencia de sus voces insepultas.

Hoy ya, sin sospechas, me atrevo a asegurar que algunas *Palabras Mayores* pueden surgir en un aquelarre a plena luz del día, en el que semana a semana nos damos cita mujeres y hombres mayores para mezclar la imaginación y el deseo, las ideas y el recuerdo, en un prodigioso brebaje. Luego, alrededor del círculo, símbolo milenario de lo sagrado y lo eterno, cada cual lo ingiere a su ritmo, preparando

su alma para comprender que si bien las palabras están ahí para ser tomadas y transformadas, hay que descubrir las herramientas y construir las técnicas necesarias que nos permitan atravesar los muros de una experiencia subjetiva; solo entonces podremos llegar al sentido compartido, donde finalmente celebraremos el encuentro frente a frente con la sensibilidad del lector.



Cuarta conversación

LAS VOCES INSEPULTAS

María del Pilar Restrepo R.

Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver.

(JUAN RULFO, Pedro Páramo)

Cuando Jorge Luis Borges (Buenos Aires, 1899 - Ginebra, 1986) comenzó a publicar, primero algunas líneas en periódicos y revistas de Buenos Aires y luego los iniciales libros de poesía y narrativa, el público, curioso de conocer un nuevo escritor, se quedó perplejo y algo confundido al comprender que la nueva promesa literaria jugaba con situaciones no muy precisas, desarrolladas entre la fantasía y la realidad, la vigilia y el sueño, o entre la vida y la muerte, sin dejar de abordar serios problemas del ser humano como la identidad, la certeza de ser —no de poseer—, parecer ser, tener que ser alguien o dejar de ser. Es así como van apareciendo relatos donde se refiere al “otro Borges”. Años más tarde persiste en su creación y se hacen fácilmente comunes los elementos fantasmagóricos. En 1944 salta a las letras *Funes el memorioso*,

un hombre muerto, llamado Ireneo, hijo de una lavandera, dueño de una cara “taciturna, aindiada y lejanamente remota...”, cuya voz extraña repetía el conocimiento y el recuerdo no solamente de “cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que las había percibido o imaginado”. Cuando se le preguntó cómo era posible esa situación, respondió: “Más recuerdos tengo yo solo que los que habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo, mis sueños son como la vigilia de ustedes”.

Así, la duda llega a penetrar hasta la propia identidad. En “Borges y yo” una vez más, su perfil y voz fantasmal nos revelan: “Yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica”, para finalizar el relato con un dejo de tristeza, “Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy...). Así mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido o del otro”.

No mucho más tarde, solo 19 años después, nace en otro país de este mismo continente americano Juan Rulfo (Jalisco, 1918 – Ciudad de México, 1986), quien no se pronunció ante la literatura tan abundantemente como lo hizo Borges, no tenía que hacerlo. No fue necesario pues encontró el lugar adecuado para que, en un pueblo llamado Comala, ante los ojos de Juan Preciado —personaje principal de *Pedro Páramo*— desfilaran todos los muertos enterrados, aunque misteriosamente sus voces permanecen insepultas. Reunidas, dialogan y comparten comentarios y recuerdos de sus antepasados. Así, el nuevo visitante, Juan Preciado, es recibido —entre otros— por Eduviges, amiga de Dolores, su madre; una abuela sin nombre; Inés de Villapando, tendera que fía comestibles a los habitantes de Comala; el padre Rentería; Inocencio Osorio, provocador de sueños; y Damiana Cisneros.

Cuando Rulfo, con tono de confianza, dice en una entrevista a Jaime Mejía Duque: “Yo soy un fantasma, yo no existo”, el lector detallista descubre en esta voz la mueca de una fisonomía adusta, lejana y en extremo triste de Juan Rulfo, imagen que plasmó en sus letras y frecuentemente reconocida por sus amigos cercanos. “Hacía tantos años que no alzaba la cara que me olvidé del cielo, y aunque lo hubiera hecho, ¿qué habría ganado? El cielo está tan alto y mis ojos tan sin mirada, que vivía contenta con saber dónde quedaba la tierra”.

Nada más propio y autobiográfico en Juan Rulfo que la evidencia de fantasmas, como la existencia y la presencia de los habitantes de Comala, muertos y enterrados, pero de cuya muerte tampoco podemos estar totalmente seguros, pues sus voces rondan los rincones del pueblo, las esquinas de la plaza, las cuentas de la tendera; se esconden entre las sábanas de las camas de los hospedajes y detrás de las puertas. Son voces lejanas que relatan el sonido del viento y el rigor del frío y de la lluvia, y su eco llega hasta los renglones y los párrafos de los relatos. Estas voces que asustan y distraen, que se sienten tristes y lejanas, aparecen y se van, para volver a aparecer y permanecer, son las voces insepultas de Comala.

Por todos estos detalles, pareciera no ser pura coincidencia que Borges y Rulfo murieron el mismo año (1986), dejándole a la literatura y al mundo entero la riqueza de sus textos y los secretos y reflexiones que nos procuran sus voces insepultas.

Hace algunos años “leí” *Pedro Páramo* y escribo entre comillas “leí” porque debo reconocer que solamente pasé mis ojos por el texto. Ahora, en el taller de literatura de *Palabras Mayores*, dirigido por el profesor Roberto Rubiano, he tenido el juicio y a la vez el

placer de leer con propiedad, sin prejuicio alguno ni afán, sin creer o tratar de recordar de qué se trataba este libro, con el abandono propio que nos permite la literatura, y realmente he sentido que mi capacidad de asombro se desbordó. Los comentarios de la lectura de libro, por parte del profesor y del grupo de compañeras y compañeros, me han acercado al frío de la colina de Comala, y he pensado que en cualquier momento podría llegar a mis oídos algún eco de una de estas famosas voces insepultas.



Quinta conversación

ENTRE PALABRAS

Marina Córdoba Nieto

Las letras hacen de mí la musa sumergida en un caleidoscopio de mágicas imágenes y sensaciones, anidadas en mi espíritu y liberadas en tímidas expresiones narrativas.

A las cinco de la tarde mi té de moringa y canela espera hirviendo en la tacita de porcelana rusa blanca y dorada, con florecitas, y mi ordenador es taller literario. En el último sorbo transitan en mí una a una las lecturas y las enseñanzas del maestro cuando en mis dedos la memoria se vuelve historia, misterio que vivo en este instante como en un mosaico sinfín cinematográfico.

Al iniciar la escritura de este texto, la voz fragmentada de Roberto, escritor y maestro, llega a mí cuando otra vez dice: “¿Cómo comenzar a escribir una historia?”. En su sencillez de maestro, con voz tranquila, devela ese secreto que paraliza a sus discípulos, con esa sabiduría: “la creación está en uno mismo y la primera decisión está en escoger el tema; las palabras se vuelven imágenes en la escritura para el lector”. Los fragmentos en su voz son mi torrente

de conciencia: “un cuento cuenta algo que merece ser contado... Comenzar una historia es fácil, se debe tener sentido común, haciendo acopio de recursos que cada persona pueda tener...”.

Entonces, mi ensueño renace por las verdades reveladas del maestro, y ahí está esa mañana de martes de 2010. Él hablaba de sus inicios de escritor, entonces, yo, como su discípula iniciada, tuve el atrevimiento de recrear su anécdota así:

“Un invernadero de cristal plantado de pimentones, helechos, manzanilla y romero, que además de huerta casera, fue ‘paraíso literario’. Desde allí, la resolana a lo lejos dibujaba alcaparros, jazmines, cauchos y hasta los diminutos frutos rojos del uvo camarón del bosque andino. Más cercanos se alzaban los exóticos pinos cipreses, acacias, urapanes y eucaliptos con los que repoblaron la sabana bogotana de entonces. El paisaje paradisiaco enmarcaba la inmensa casa paterna en los cerros de Suba y el parque ecológico La Conejera...

“En este ambiente, una y otra vez las ideas y las imágenes se refrescaban y daban forma a los sueños del joven como a los de la madre, ella que buscaba la felicidad de su amado hijo, sin pensarlo, le prodigó la herencia más preciada al naciente escritor: ‘aquí tienes, hijo, montones de papel periódico para los borradores, el bond para los originales y la cesta de mimbre para almacenar las ideas perdidas; un escritorio de roble para que tu entereza sea tan sólida como el madero y una máquina eléctrica de escribir Olivetti’. La Remington manual solo servía de decoración porque no lograba la velocidad de los desbordados pensamientos del joven.

“Las historias lo apremiaban para seguir los pasos de su hermano, el escritor, mucho más que las exigencias del padre: ‘jovencito, estudie una carrera’, pero la madre complaciente entregó el edén

al muchacho, alentándolo cada vez con su decir: ‘hijo, no oigo la máquina’”.

Y sin rubor alguno acuño la hazaña en mi inventario creativo, nacido del impacto que me dejaba la presencia de un escritor en el taller *Palabras Mayores*, que enseña y motiva mis ganas de escribir y me conduce al increíble deleite de la lectura de libros clásicos universales como *El Quijote*, *Ulises*, *La divina comedia*, *La muerte en Venecia*, *Cien años de soledad* y *La Vorágine*, entre muchos títulos y autores estudiados que mandaron al traste mitos y falacias que yo alimentaba acerca de los estilos y recursos literarios utilizados. Además, descubro que en medio de la narrativa creativa de ficción hay contenidos autobiográficos, contextos y acciones de la cotidianidad, de la vida real. Y lo reafirmé cuando llegó a mis manos el libro *El arte del cuento* de Betuel Bonilla Rojas, el cual se ha convertido en mi caja de herramientas permanente, para no continuar dando palos de ciego en el intento de narrar historias.

Las tertulias con tantos escritores invitados por el maestro han sido una experiencia mágica y con la firma en el libro se ha sellado ese nudo indisoluble entre escritor y lector. Y de paso mi biblioteca personal se ve beneficiada con más libros de gran talante que hojeo todavía: *Historia nocturna* de Carlo Ginzburg, Coetzee, *El mar* de John Banville, los cuentos de Julio Ramón Riveyro, *El país de la canela*, *La casa de la belleza*, *Mañana no te presentes* y tantos más que me avergüenza no nombrarlos como los de los hermanos Rubiano Vargas.

Ah, y vuelvo a mis fantasías de escritora principiante y la imaginación avanza vertiginosa para descubrir a Pedro Cabrera Infante que me sacudió con su concepto de belleza, y me anidé en esa concha que me permite ver los prismas de la enseñanza del

maestro cuando dice que se puede escribir con los recursos que el escritor maneja con inteligencia, con personajes estructurados y con una idea central consistente a partir de hechos reales o ficticios.

En los *Tres tristes tigres* Infante debió estar como yo, en trance total, para decir esto, y perdonen ustedes que entrecomille sus palabras y el texto se extienda: “Era una mulata enorme, gorda, gorda, de brazos como muslos que parecían dos troncos sosteniendo el tanque del agua que era su cuerpo... allá en el chowcito estaba ahora la gorda con un vestido barato, de una tela carmelita cobarde que se confundía con el chocolate de su piel chocolate... y un vaso en la mano, moviendo su cuerpo de una manera bella no obscena pero sí sexual... canturreando por entre los labios aporreados, sus labios gordos y morados, a ritmo... y el efecto total era una belleza tan distinta, tan horrible, tan nueva que lamenté no haber llevado la cámara para haber retratado aquel elefante que bailaba ballet, aquel hipopótamo en punta, aquel edificio movido por la música... Es la salvaje belleza de la vida... le pregunté su nombre y me dijo yo soy la Estrella y yo le dije No, no su nombre, la Estrella, yo soy la Estrella... Es negra, negra, negra, totalmente negra... y pensé qué país más aburrido sería este si no hubiera existido el padre de Las Casas... y le dije otra vez a Estrella, la Estrella yo la amo a usted... me gusta usted más que todos los demás aparatos juntos, prefiero la Estrella a la montaña rusa, al avión del mar, a los caballitos y... ella finalmente se golpeó uno de los muslos infinitos con una de sus manos interminables y el chasquido rebotó en las paredes como si el cañonazo de las nueve se disparara, por la mañana, en aquel bar...”.

Entonces, repaso mis personajes en sus historias y anhelo esa belleza sublime de la Estrella de Guillermo Cabrera Infante, y me reto con perfiles auténticos y conectados a sus propios mundos, y

sentimientos con tal fuerza que me arrebatan los miedos y angustias de insistir en el intento. Sonríó con mi *Toribio y yo* y *El laberinto de Felipe*, donde avancé en nuevos arquetipos que entrañen un personaje conmovedor y auténtico, y en esa idea me aventuro entre imágenes y letras.

Entre palabras aprendí que los plagios en la literatura son relativos, porque la creación depende de la genialidad del escritor y por eso Shakespeare se inmortalizó con *Romeo y Julieta* así fuera la versión trece escrita de esa obra, y Montecristo define una trama política napoleónica a partir de la vida real de un trabajador francés del cuero, que se enamora de una mujer y cuatro amigos no lo soportan, historia que sirvió de marco a Alejandro Dumas para recrear la misma trama en una novela política con datos históricos reales, con la genial idea de editarla por capítulos para ese público creciente, sediento de leyendas como *Simbad el Marino*. Al igual que esos lectores de la época napoleónica de la obra, mi devoción por Montecristo fue tal que me atrapó en el hambre y el insomnio, por el encierro bajo llave, durante la lectura de la novela ininterrumpida.



Sexta conversación

ESPACIO VITAL

Magaly Oyaga Sánchez

Palabras Mayores es el espacio en el que sin lugar a dudas me siento a gusto, me desconecto de la otra realidad y soy muy consciente de que “solo sé que nada sé”.

Hace año y medio asisto cumplidamente al taller, las mañanas de los martes son refrescantes, cálidas, enriquecedoras y de gran camaradería, son encuentros con compañeros que como yo disfrutamos de esas tertulias literarias orientadas por el maestro Roberto Rubiano, quien nos explica, nos escucha, aclara todas las dudas, nos estimula, nos anima y nos induce a Leer y a Escribir, así, con mayúscula. Hoy estoy leyendo a conciencia, sin afán, sin presión, lo hago por disfrute, digiriendo y degustando cada palabra, cada párrafo, cada capítulo, cada texto.

Hemos recreado nuestra imaginación por muchos mundos literarios: *Ulises*, *Don Quijote* y sus campos de Castilla, Bob Dylan, sus composiciones poéticas, su música, subimos a la Azotea con Fernanda Trías, visitamos los sórdidos ambientes de Onetti, Jack

London con su *Semper Idem*, el trágico mundo de *Macbeth* lleno de ambición, remordimientos y traición para luego asistir a la *Muerte en Venecia* de Thomas Mann, vivimos en Comala entre los muertos vivientes de Pedro Páramo, escuchamos a la *Amortajada* de María Luisa Bombal, Dante nos paseó por el infierno, el purgatorio y el cielo.

Encontrar las raíces antropológicas del relato en *Historia nocturna* del historiador Carlo Ginzburg, llegar a lo mítico, a lo onírico, a lo mágico, asistir a un aquelarre donde “Brujos y brujas se reunían por la noche en lugares solitarios, en los campos o en los montes. Unas veces llegaban volando, tras haberse untado el cuerpo con ungüentos, cabalgando sobre bastones o mangos de escobas; otras veces, montados en animales o transformados ellos mismos en animales”; realmente fue escalofriante y enriquecedor, pero... sin duda, la experiencia vivida durante veinticuatro horas con *Ulises* de James Joyce por su querida y odiada Dublín, fue maravillosa... ese fluir de la conciencia, sin limitaciones, sin miedo, pensar y decir lo que uno quiere, a la hora y en el sitio que quiere y luego escribir lo que se piensa —para mí—, además de científico, es delirante, mágico, es Literatura, así, con mayúscula.



EL PALOMAR DE JORGE

Clara López de Medina

—**P**ero que sea con un palomar bien grande en donde las palomas estén felices...

El arquitecto González miró a su cliente —el importante hombre de negocios Jorge Rodríguez— con interés, porque para el proyecto de la casa que iba a diseñar lo que más le importaba era el palomar.

Jorge Rodríguez, de unos cincuenta y cinco años, con bigote poblado y negro, de regular estatura, grueso, vestido de corte fino, con un diamante en su mano izquierda y si bien dicen que el amor y el dinero no se pueden esconder, en este caso era evidente que era un señor acaudalado.

La reunión con el arquitecto siguió su curso y luego de dos horas de estar definiendo dónde iba la habitación principal, las de los hijos, la biblioteca, la sala de juegos... en fin, después de decidir dónde iba a quedar el palomar, Jorge miró el reloj y con premura dijo:

—Bueno, arquitecto, esta es la reunión más importante, porque ya definimos todo. Pero me gustaría que en la próxima esté mi esposa, porque usted sabe, las mujeres joden por todos los detalles y después es para problemas. Hoy estamos de aniversario y vamos a cenar con unos amigos, son pocos, unos setenta, y por eso tengo que estar antes.

Se levantó, dando por terminada la reunión.

—Mañana en la mañana, hacia las 10, me gustaría pasar con mi esposa.

—Con todo gusto, ya agendo y nos vemos —contestó rápidamente el arquitecto González.

Jorge salió rumbo a su casa en donde se veía y se sentía el ajeteo de una cena, que según él era pequeña, solo de setenta invitados.

Cuando Mercedes lo sintió llegar se apresuró a recibirlo.

Ella ya estaba vestida para la ocasión. Con un vestido negro de encaje que disimulaba un poco su voluminosa figura, en los brazos pulseras de oro. La anfitriona se había esmerado por estar a la altura de sus invitados, a algunos sería la primera vez que los veía. Y, según Jorge, eran personas muy distinguidas.

—En esta ocasión le pagamos al chef para que se encargue de todo, como sumercé me dijo. Y aunque los pichones me parecen muy elegantes, esta vez no los pedí porque sé que a sumercé no le gusta ni que mencione esa carne. Aquí está escrito para poner en cada puesto lo que se va a servir. El mismo chef se encargó de todo —dijo Mercedes, agitando unas tarjetas y entregándole a Jorge la pequeña hoja que describía el menú completo.

Jorge lo tomó y empezó a leer:

—Crema de langosta. Sherbet de mandarina. Lomo de cerdo al pomodoro. Champiñones al ajillo. Zanahoria glasé. Papa lionesa. Muselina de fresa.

Cuando terminó, con curiosidad, preguntó:

—¿Qué es eso de sher... qué?

Mercedes, orgullosa y con aire de superioridad, dijo:

—Es para que les pase el sabor de la langosta que es fuerte y puedan disfrutar del plato principal.

Jorge la miró, sorprendido.

—¿Y eso dónde lo aprendió?

—Pues el chef, que bien caro sí es, me ayudó con el menú y me explicó todo.

—Ah, bueno, ¿si ve que hay más cosas que sus dichosos pichones? —dijo Jorge, con voz de triunfo.

—No se lo niego, pero yo creo que...

No dejó que su esposa terminara:

—Mejor tú no creas nada —dijo Jorge, bien molesto, y la dejó con la palabra en la boca.

Ella lo miró irse y no añadió nada, pero pensó: “Jorge me tiene aburrida, en una revista leí que los pichones son elegantes, pero bueno, ya es tarde y no demoran en empezar a llegar los invitados”.

La cena realmente fue muy bien atendida. Los meseros que iban de un lugar a otro, las mesas en el jardín muy bien puestas gracias a la habilidad de una costosa diseñadora de interiores.

En una de las mesas hablaban en cuchicheos. Los invitados no dejaban de comentar:

—La verdad, muy elegante todo; me contaron en la peluquería que Juanita Charry le recomendó el chef y hasta a la mujer que organiza fiestas.

Y todos en la mesa soltaron carcajadas disimuladas.

—Pero bueno, no hay que negar que con la plata del Jorge, ala, nos podría dar faisán.

—Le voy a proponer un negocio que nos puede dar plata, aunque creo que él ya ni sabe qué tiene.

Así transcurrió la cena, las palabras sentidas de Jorge, ponderando a su esposa, recordando a sus hijos; en fin, todo al detalle.

Cuando la reunión terminó, Jorge se dirigió a su esposa y acariciándose el bigote dijo:

—Ese chef es muy bueno. Humm, ese plato es de lo mejor que me he comido, pero antes de que me olvide, mañana a las diez tenemos cita con el arquitecto de la casa nueva, quiero que cuando los muchachos regresen de estudiar de Boston, allá en esa universidad, la casa esté terminada.

Al otro día, Jorge salió muy temprano para su oficina, pero antes le recordó a Mercedes la cita:

—A las 9:30 sale de aquí y nos vemos donde González a las 10.

Mercedes asintió, pero aún estaba medio dormida y pensó: “Mejor me levanto, porque si llego tarde este hombre se pone furioso”.

Desayunó con calma y así no le guste a Jorge este vestido, me lo voy a poner porque a mí sí me gusta y además me salió bien caro.

El vestido verde billar, ceñido, escotado y un poco corto. En el cuello se puso un collar de oro de varias cuentas, se miró satisfecha en un gran espejo y salió para que la llevaran a la cita.

Una vez allí, el arquitecto los esperaba en la sala de juntas y empezó a proyectar el diseño en tercera dimensión, que tenía elaborado de acuerdo con el querer de Jorge.

—La alcoba principal, señora Mercedes, tiene una sala, dos vestidores, ducha de techo en alto... —y así fue detallando toda la casa, la cocina, el cuarto de...

El arquitecto seguía explicando, Mercedes preguntaba, el arquitecto respondía y Jorge se movía incómodo en el asiento.

De pronto se levantó y preguntó con tono seco:

—¿Y el palomar? No lo veo en ninguna parte. Hay jardines, fuentes, pero no...

—Don Jorge, lo dejé para lo último, porque quiero explicar con mucho detalle el palomar, que realmente tiene un diseño muy especial, me basé en diseños de última generación, con todas las especificaciones modernas y...

Mercedes fue la que empezó a moverse incómoda.

—Ya casi terminamos, Jorge, no sea impaciente.

—Señora Mercedes, con esta visión terminamos y con todas las sugerencias queda definida la casa.

Mercedes asintió.

—Sí, arquitecto, porque a mi marido le va a dar un ataque si no le explica en dónde van a quedar sus queridos animales.

—Pues así no le guste, el palomar es la parte más importante de la casa —dijo Jorge, algo molesto.

—Arquitecto, empezemos con el palomar, no tengo tanto tiempo —y miró el reloj...

Mientras González le explicaba a Jorge paso por paso todo lo relacionado con esa parte de la construcción, Mercedes miraba perpleja a su marido y dijo con sorna:

—Ahora no solo no comemos paloma o pichones, que mi abuela me los enseñó a cocinar delicioso y el chef dijo que era la mejor receta que había oído, sino que también la parte más importante de todo es donde van a vivir esos animales que odio y...

Jorge detuvo lo que iba a terminar de decir la mujer con un fuerte movimiento de mano.

Hubo un silencio que al fin el arquitecto rompió cuando dijo:

—La construcción va a ser tan hermosa que todo el que la vea va a quedar encantado, señora Mercedes, no se preocupe —y se acercó nuevamente a la proyección y siguió hablando, ante la satisfacción de Jorge y el evidente malestar de Mercedes.

Luego de algunas sugerencias de Jorge salieron y cada cual subió a su carro, ni se despidieron.

En la noche, cuando Jorge llegó, Mercedes, molesta, le dijo:

—Jorge, ya todo lo relacionado con esos animales se le está volviendo una obsesión. Si vamos a cenar, pone el grito en el cielo si pido pichones en salsa de almendras o en otra preparación; fuera del país la misma vaina y ahora tengo que vivir con las palomas, ya no puedo más.

Y se puso a llorar desconsoladamente.

Jorge la miraba. Él la quería, los dos habían construido poco a poco el imperio económico que hoy tenían como comerciantes muy reconocidos.

Mercedes de repente se levantó y corrió al jardín, llorando.

Jorge la siguió y solos, sentados en una banca de bronce, él se aflojó la corbata, se quitó el saco, lo tiró al prado, se acomodó y devolvió la película de su vida cuando le dijo:

—¿Se acuerda cuando nos conocimos? Mercedes, éramos jóvenes, no teníamos nada... o sí teníamos: ambición, ganas de trabajar y así lo hicimos. En la cafetería donde nos conocimos usted atendía las mesas y yo tenía que hacer empanadas, arepas y sobre todo aguantarme el genio de don José.

Los ojos de Jorge brillaban de lágrimas que asomaban a sus ojos. Y siguió recordando:

—¿Se acuerda cuando nos fuimos?, que juntamos nuestros ahorros y propinas y empezamos a trabajar tan duro que ni dormíamos y gracias a Dios salimos adelante. Fueron años duros pero salimos adelante.

Jorge hizo una pausa antes de seguir.

—A mi papá nunca lo conocí y mi pobre mamá apenas si me podía dar algo de comida hasta cuando murió de tuberculosis en el Hospital de Santa Clara. Yo tenía catorce años; me puse a trabajar pero casi no me pagaban, vivía en un pedazo de pieza y solo tenía un fogón de alcohol en donde me hacía un agua de panela y pude sobrevivir porque en la noche cogía palomas en la plaza, las cocinaba y así no morí de hambre.



ROSITA, LA MÁS BONITA

Clara López de Medina

¡Corran, corran! ¡El circo La Alegría invita a todos los habitantes a reír a carcajadas, a divertirse... hay payasos, tigres feroces, una hermosa trapecista, el circo los espera...!

Así gritaba por un altavoz un hombre en un carro destartalado y su voz se oía en todas las calles de Pueblo Nuevo, un municipio que apenas si tenía dos mil quinientos habitantes.

Cuando pasó enfrente de la casa de los Ramírez, Rosa dejó de tender la ropa en las cuerdas, salió a la puerta y con gusto siguió oyendo la gritería, acompañada de niños que se divertían siguiendo el paso lento del carro.

Rosa, una mujer de no más de cuarenta y cinco años, vestida con una falda gris de tela que ya se veía usada, una blusa que dejaba ver unos senos arrugados, a pie limpio, con el pelo negro sucio cogido con un cordón, las manos ...las manos de Rosa rojas de tanto lavar y cocinar...

—Qué bueno sería que José nos llevara al circo, aunque sea a los más grandecitos —dijo en voz alta Rosa y miró a sus ocho hijos. Había nacido uno cada diez meses. Siguió hablando sola: —Pero no hay plata ni para comer; si este hombre no jartara tanta cerveza, la vida sería distinta...

Rosa entró a la casa y volvió a la cuerda en donde estaba tendiendo la ropa limpia de su numerosa familia: medias, blusas de las niñas, calzoncillos.

Levantaba los brazos y se acordó cuando su mamá le dijo que no se casara con José que tenía fama de bebedor y mujeriego... “pero claro, me calentó el oído y ya con ocho hijos...”. En eso, sus pensamientos la volvieron a la realidad cuando oyó que tiraban la puerta con fuerza y...

—¡Rosa, Rosa, hija! ¿Dónde está?

Era José que llegaba borracho, con la camisa por fuera del pantalón, barba de varios días, manos y uñas sucias, porque trabajaba en una cantera y con los ojos rojos y lagañosos.

—Aquí, mijo, en el solar; ya voy a darle su comidita —contestó Rosa; sus ojos grandes, profundos, negros, se mostraron temerosos.

“Nuevamente borracho —pensó—. Con tal que no le dé por darnos en la jeta a mí o a los hijos”.

Dejó de lado la ponchera con la ropa que aún no tendía y se fue a donde estaba José. Él la miró y con desdén le dijo:

—Sírrame la comida que tengo hambre —y se dejó caer en un asiento con el espaldar roto.

Rosa corrió a servirle, con la esperanza de que luego se durmiera. José, después de probar, gritó:

—¡Esta comida ni para los perros!

Se fue arrastrando los pies hasta la cama, se tiró de bruces y se quedó dormido.

Rosa suspiró y llamó a los hijos, que siempre se escondían cuando el papá llegaba borracho.

—Mamá, vino el circo, yo quiero ir a verlo —dijo Manuel, el mayor de los hijos. Un niño de 10 años, a pie limpio, con un pantalón de sudadera, ojos grandes y negros como los de la madre y también de mirada triste. Y continuó diciendo: Mejor dicho, mamá, queremos ir al circo.

Rosa los miró y pensó: “Casi no hay para comer, no estudian porque no se les han comprado los libros y para el circo, ni pensarlo”.

Los gritos del resto de sus hijos la volvieron a la realidad. Todos la miraban y todos querían ir al circo.

—Mejor váyanse a dormir, yo le digo mañana a su papá para ver si los llevamos.

Al rato en esa casa reinaba el silencio. Todos dormían, menos Rosa. “Ayúdeme, Dios mío; pobrecitos los niños, juegan con un balón de trapo, comen mal, José les pega y los trata mal. Tengo que llevarlos al circo, así sea que toque hacer tamales para vender, pero los llevo...”, y se quedó dormida junto a José, que roncaba como un león.

—¡Ya son las 4 de la mañana, Rosa; despierte! —gritaba José—. ¡Tengo hambre!

Rosa se levantó y se fue corriendo para la cocina, le preparó un caldo, se lo sirvió y el hombre empezó a comer con avidez.

—Está bueno —dijo, secándose con la mano la boca, que cuando la abrió se vio en buen estado a pesar de la poca limpieza.

Rosa pensó: “Al menos no está de mal genio”, así que se atrevió a proponer:

—Mijo, vino un circo, miremos a ver cómo podemos llevar a los niños —dijo con una voz tenue, insegura.

—Yo me acuerdo que vi un circo hace muchos años y eso es muy bonito, voy a decirle al compadre Pedro que le arregle la cerca

y me ayude a comprar las boletas para poder ir —dijo José, con entusiasmo.

—Ay, miijo, qué dicha —dijo Rosa, y sus ojos negros brillaron de ilusión, se frotó las manos ajadas por el trabajo, recogió el plato donde comió su marido y empezó a soñar con ir al circo. Ella nunca había ido a ninguno.

José salió a trabajar y Rosa fue al solar a terminar de tender la ropa que había dejado en la ponchera.

—Levántense que ya son las 7 para que desayunen y les voy a contar una cosa.

Los niños se levantaron rápidamente, rodearon a la mamá mientras ella servía el agua de panela con una arepa.

—Díganos, mamá, usted parece contenta.

—Le dije a su papá lo del circo y él me dijo que iba a ir donde el compadre Pedro para conseguir una platica para poder ir.

Los niños empezaron la gritería; hasta el más pequeño, que seguro no entendía nada pero que gritaba como sus hermanos.

El desayuno quedó servido.

Rosa fue al baúl y sacó una falda negra, una blusa blanca que le había regalado la hermana, la sacudió y la tendió en la cama con cuidado, luego fue y buscó ropa de los niños para que fueran bien vestidos.

El sol salió, el tiempo fue pasando y otra vez apareció el carro con sus anuncios por altoparlante:

—¡Vayan al circo La Alegría. Payasos, la trapecista más bella del mundo, leones, tigres directamente de la india!

Toda la familia salió a la puerta; por la ventana del carro salían payasos, una joven que debía ser la trapecista, con un vestido brillante diferente al de las otras jóvenes que saludaban con la mano y toda la familia Ramírez también los saludó de la misma manera.

Rosa seguía la conversación de los niños:

—¿La India será después del pueblo?

—Quién sabe —decía el otro.

Entonces se pusieron a jugar al circo, a los payasos, a rugir como leones.

En esas llegó la noche y José apareció contento.

—Vamos a ir todos al circo —dijo, y los gritos de alegría no se hicieron esperar.

Los niños le abrazaban las piernas, otros le cogían una mano; en fin, todo era felicidad.

—¿Y cuándo empieza? —preguntó Rosa.

—En tres días y dizque se va a quedar un mes, porque en el pueblo a donde iban a ir está lloviendo mucho.

Y llegó el sábado. Todos bien bañados, con la ropa limpia, los zapatos limpios. Rosa, con su falda negra y blusa blanca, bien cogido el pelo, se veía bonita, pero la transformación de José era evidente: hacía días no se embriagaba, estaba limpio, con una camisa azul, un pantalón de dril, el bigote y la barba arreglados, sonriente. Era otra persona.

Salieron de la casa y Rosa llevaba en el coche a los dos menores y José iba adelante con los otros seis hijos.

Fue una tarde inolvidable.

Rosa miraba de reojo a José y a los niños, que no dejaban de reír y de hacer exclamaciones cada vez que rugía el león o que la trapecista daba volteretas en el aire, los payasos en patineta; mejor dicho, todo era felicidad.

A la salida del circo comieron algodón rosado y se fueron caminando a la casa todos contentos.

“Ojalá y siempre seamos felices y que este hombre no vuelva a emborracharse”, pensaba Rosa.

Llegaron. Los niños hacían como el león, otro se pintó la nariz y la otra empezaba a caminar como la trapecista cuando bajó de las alturas.

Comieron en paz y a dormir.

Al otro día volvió la rutina.

José, su desayuno, la lavada, la cocina.

Como cosa rara José esa noche llegó temprano y sobrio, le dijo a Rosa que de pronto le salía un trabajito con el compadre en el circo, luego comió y se sentó en el borde de la cama, pensativo. Se quitó la ropa, la puso con cuidado en un taburete, se acostó y al poco rato estaba profundamente dormido.

Rosa estaba feliz, los niños también y así empezaron a transcurrir los días.

José se bañaba, no tomaba y empezó a llegar a la casa todos los hacia las nueve de la noche, luego del trabajo extra en el circo.

Rosa atribuía el cambio a un milagro.

Se acabaron los malos tratos, las riñas, los insultos.

—Mijo, no hemos vuelto a acostarnos juntos —dijo Rosa.

—No. Ocho hijos son suficientes, ya no quiero más muchachos.

—Bueno, porque eso a mí me gusta y a usted también.

—No me he sentido muy bien, me duele el estómago. Voy a ir donde el médico del trabajo.

La conversación terminó y se acostaron a dormir.

El cambio de José lo notaron los vecinos, el compadre Pedro, la mamá y la hermana de Rosa. No tomaba, entonces no llegaba borracho, llegaba temprano a la casa; en fin, era otra persona.

Así pasaron las semanas.

José fue al almacén de ropa y se compró dos camisas y un pantalón.

Cuando llegó a la casa le dijo a Rosa:

—En la próxima quincena le compro a usted y a los muchachos de a muda.

—Sí, mijo —dijo Rosa, feliz, porque siempre se ponía la ropa vieja que le regalaba su hermana.

Un día volvió a pasar el carro del circo anunciando que el circo estaba próximo a irse.

Otro día pasó diciendo que en dos días dejaban el pueblo.

El circo empezó a levantar las carpas y el pueblo miraba con nostalgia la partida.

José llegó esa noche más temprano y empezó a garabatear unas palabras en un papel arrugado y lo dejó cerca de la estufa.

Al día siguiente madrugó, no desayunó y se fue al trabajo.

Hacia las ocho de la mañana los vecinos vieron a Rosa que estaba como loca en la puerta de la casa llorando y gritando, con un pequeño papel en la mano.

Llamaron a la mamá, a la hermana y un vecino fue a llamar a José a la cantera, porque a Rosa nada podía calmarla.

“¡Ay, ay, ay!” gritaba, y se tiraba el pelo. Los niños gritaban también al ver a su mamá en ese estado. Al fin llegó doña Gertrudis, la mamá de Rosa, que después de algún esfuerzo logró calmarla para que le contara qué le había pasado.

—¡Traigan un vasito de agua, mi hija está como trastornada!

Le dieron un vaso de agua y al fin pudo reunir ganas para poder hablar.

—¡Ay, ay, qué desgracia...! ¿Qué vamos a hacer?

En ese momento llegó el vecino que había ido a buscar a José al trabajo y acezando dijo:

—Doña Rosa, José no está en el trabajo.

Rosa tomó aire, el pecho se notaba agitado mientras blandía el pequeño papel que sostenía en la mano. Un grito salió de su garganta con fuerza cuando dijo:

—¡Nooooooo, claro que no! ¿No ve que José se largó con la trapecista?



SAL POR AZÚCAR

Iris Briñez

A las diez y treinta de la noche, después de ver el noticiero, Vicky salió a pasear con Luna y Dante al parque; fumaba, miraba al firmamento, contemplando las estrellas y el estado de la luna. En ese mágico e íntimo momento pensó en Susana y recordó que el día anterior habían cruzado teléfonos mientras, sentadas en el piso, amarraban sus zapatos deportivos al terminar la clase de yoga. Conversaban sobre métodos para acabar con el rollito que se forma alrededor de la cintura, fácil de hacer pero rebelde para deshacerse. Cruzaron información sobre sitios efectivos de masajes; algunos tipos de abdominales; dietas; hicieron bromas subidas de tono y compartieron sonoras carcajadas.

A partir de ese día las llamadas se volvieron cotidianas. Hablaban de recetas de cocina, del tipo de gente que frecuentaba el gimnasio, de las rutinas de cada una, y algunas veces guardaban largos silencios; no querían despedirse, el mutuo nerviosismo no

les permitía ser locuaces, les agradaba saberse estimada por la otra. Entre las visitas al supermercado, el pago de facturas, médicos, comidas y demás quehaceres domésticos, para atender marido e hijos adolescentes, Susana se sentía inquieta, fresca y entusiasta. Se miraba constantemente en el espejo. Se sentía alegre y orgullosa de su moldeado, pequeño y atlético cuerpo. Pasaba el tiempo, y sentía gran ilusión y renovada alegría. Disfrutaba largos ratos en soledad, dejó de frecuentar hermanas y amigas; escuchaba una y otra vez viejos cedés de Roberto Carlos, Joan Manuel Serrat, José Luis Perales, dando rienda suelta a sus fantasías. Se sentía viva, alerta, robaba frases de amor, que iba coleccionando en una pequeña libreta para sorprender oportunamente a algún amor imaginario. Se quedaba horas recostada en el sofá, imaginando situaciones nuevas; ensimismada, confundía sal con azúcar, olvidaba llaves, extraviaba documentos, desbordaba alegría por todos los poros. Sentía que todo el mundo se fijaba en ella de forma especial; se sentía delatada en su íntimo secreto. Ahora entendía la plenitud de un sentimiento desconocido que Homero Aridjis describía en *Los ojos desdoblados*: “Solo conozco el sentido particular que ha dado tu visión del universo”.

Vicky, entre sus clases en la Universidad El Minuto de Dios, salidas a teatro, algunos amaneceres compartidos con Marietta, sus ocasionales cumplidos, saludos en la mañana, buenas noches, y de vez en cuando “que me sueñes, como te sueño”, continuaba acrecentando el fantasioso mundo romántico y erótico de Susana.

No descartaban los riesgos de su situación, pero no tenían voluntad, ni querían escapar del sol mayor que las embargaba, “el secreto influjo de los humores, o los astros, simpatía, o todo junto” (según Sor Juana Inés de la Cruz). Hasta culpaban de lo que les sucedía al cambio climático. No estaban dispuestas a caer en el

vacío, a no saber para dónde seguir, a no tener ilusión en sus vidas. Vicky no quería sentir la angustia que experimentaba cuando estaba próxima a concluir la lectura de un libro que la embelesaba.

Siguieron noches de regalarse mutuamente la luna, de observar las estrellas, de desvelos de amor, donde presentían la presencia de la otra; y cuando las circunstancias lo permitían, alimentaban su íntimo mundo con deliciosas conversaciones a la madrugada. Susana se enfurecía cuando oía a los sabios en emociones decir que algunas personas erotizan una amistad —no lo aceptaba—; sus sentimientos eran verdadera atracción y con suerte un poco de amor.

Decidieron un lugar discreto alejado de sus vecindarios. Susana recordó tiempos de estudiante de administración y sugirió un sitio donde ella había pasado tardes compartiendo con sus compañeros o algún enamorado de la época. Vicky, corpulenta, abundante cabellera rojiza, de siempre dibujada sonrisa, esperaba a la entrada de un gran parqueadero, y como la calle estaba desierta no resistieron saludarse con un suave roce de labios, y disculparse porque el sitio buscado había desaparecido dentro del progreso de la ciudad. La alegría de encontrarse no la opacaba ninguna circunstancia. Se sentaron en el andén a escucharse, a reconocerse, a terminar conversaciones inconclusas y cuando nadie las viera un pequeño roce de manos y de labios. Se sentían felices en esta aventura. Buscaron un sitio donde no estuvieran expuestas, caminaron algunas calles, encontraron un pequeño restaurante cuya familiaridad con los manteles de cuadros blancos y azules les brindó confianza y algo de bienestar a sus enaltecidos sentimientos y acalorados cuerpos; no era discreto, ni silencioso, ubicado en la populosa vía principal para el transporte del occidente de la capital.

No encontraron otro sitio en los alrededores. Se ubicaron en una pequeña terraza robada al espacio público, discretamente limitada

con materas de plástico y cortinas de bambú, pidieron cervezas muy frías; aunado al ruido de los vehículos, el local contiguo sin consideración alguna sintonizaba *La Mega*, exasperando enormemente a Vicky; situación que Susana apaciguó con una tierna y coqueta sonrisa. Coincidieron en cuarenta y siete cumpleaños, en lugares y actividades comunes, etc., etc. A pesar de los diferentes factores se fueron sintiendo a gusto, más por la cercanía y emoción de estar juntas que por el lugar.

Hacia las seis de la tarde el mesero, de manera comprensiva y acostumbrado a ver... y ver, les dijo que debía cerrar el negocio, porque no estaba autorizado a vender licor después de esta hora. Expuestas, nuevamente se sintieron descubiertas, a la vista del mundo, pero no podían, no querían despedirse. Transitaron por algunas calles oscuras y desiertas, buscando algún sitio para refugiarse, sin que apareciera algo de su agrado. Desembocando en un populoso barrio resolvieron entrar a una pequeña panadería de barrio, se sentaron en el sitio más discreto, pidieron café grande, cargado y con un chorrito de leche para Vicky y una pequeña bebida dietética para Susana. Tan concurrido que llegaban los padres con sus ruidosos niños a compartir una pequeña merienda, ancianos solos a tomar su último alimento vespertino; en el mostrador gritaban: dos mil de francés caliente, un pan de uva de tres mil, dos bolsas de leche. A pesar de tanto indeseable espectador, ellas felices, de por fin mirarse frente a frente, de charla insustancial, bastaba su presencia, había magia en el ambiente, no necesitaban más. Susana descubrió tras los lentes los bellos ojos verde-violeta de Vicky, y pensó que no sería fácil olvidarlos. Los últimos meses de su vida tenían sentido por la dueña de esos ojos. La transpiración por la emoción, el lugar poco aireado y concurrido acaloró más a Susana, quien se despojó del blazer y quedó en su ajustada camiseta

naranja, que resaltaba el perfecto bronceado de su piel; para más testigos, un setentón atrevido se volteaba frecuentemente para mirarla, situación que aunaba su inconformidad con el lugar, pero momento que no cambiaría por nada. Vicky tocó sus hombros y deslizó suavemente sus manos sobre sus brazos, Susana sintió que su piel se convertía en seda.



LA PARTIDA

Juliana Manrique de Monje

Rodolfo revisa el recorrido comprobando que todo esté listo para el desfile de inauguración del campeonato intermunicipal de baloncesto.

De pronto una jovencita le grita:

—¡Rodolfo!, ¿por qué me dejaste plantada?, ¿por qué no me has dado la cara? ¡Mírame!

Es Candela, aquella mujer que últimamente lo persigue. Ruborizado por la vergüenza, se acerca mirándola fijamente, y apretando los dientes le dice:

—No es el momento, ni el lugar. ¡Espera a que te llame!

Es tan contundente que la joven lo mira de arriba abajo, con esos grandes ojos verdes llenos de lágrimas, y gruñe señalando su barriga:

—¡Esto lo va a saber mi marido!

Da media vuelta y se aleja contoneándose, moviendo armónicamente sus largas piernas. Rodolfo queda sorprendido por lo que ella le dijo, pero admira su belleza, y hoy está más linda que de costumbre. Luce una diminuta camiseta roja ceñida al cuerpo, con una minifalda azul y sandalias de tacón.

—¿Jefe, terminamos el recorrido o nos devolvemos? —le pregunta el secretario.

—Terminemos, falta poco —le responde.

Rodolfo es un joven alto y delgado, lleva un sombrero de jipa. Es amable con todos y actúa como el brazo derecho del alcalde. Al llegar al parque principal da la orden para que comience el desfile encabezado por la banda marcial, seguida por los equipos participantes. Recorren las principales calles adornadas con festones y banderas de color amarillo y verde. Las aceras están apiñadas de gente que aplaude los equipos al pasar.

En las esquinas se ven los vendedores ambulantes. El de los globos es quien llama la atención de los niños que se aglomeran a su alrededor para pedir el globo que más les gusta. Don Nepo es de baja estatura y robusto. Lleva un pequeño sombrero blanco con cinta negra y al caminar se balancea con los globos, como si se fuera a elevar con ellos.

Rodolfo le pide uno con forma de corazón. Quiere encontrar a Candela, entregarle el globo y hacer las paces. Cuando la ve del brazo de un mastodonte de tez morena, con cara de guardaespaldas, queda desconcertado. Con paso rápido sigue en el recorrido del desfile, se pierde entre la multitud y regala el globo al primer niño que encuentra.

Al pasar por la circunvalar se divisa el río. Una suave brisa acaricia las caras y el sombrero de los árboles refresca a los marchantes que, con más ánimo, marcan el compás.

Se siente el olor a sudor. Algunos con pañuelos secan la frente, otros se abanicán. A lo largo del recorrido abundan las ventas de agua y de cerveza helada. Rodolfo se acerca para comprar una botella con agua y ve a Candela del brazo de aquel hombre, que lo mira desafiante. Rodolfo siente un leve temblor en sus piernas y un sudor frío recorre su cuerpo. “¿Será que ese hombre sabe algo de lo mío con la Candela?”, se pregunta.

Al entrar al polideportivo se ve la pancarta de bienvenida y las graderías atestadas de turistas y gente del pueblo. El alcalde está en primera fila con sus guardaespaldas, delegados e invitados especiales. Detrás se encuentran los familiares de los deportistas. Rodolfo se sienta en la tercera fila, donde lo espera su esposa. Los dos quieren ver jugar a Teresita, su hija, una de las integrantes del equipo local.

Ella se siente mal al ver que una jovencita mira con insistencia a su marido, tratando de llamar su atención, y le dice algo a Rodolfo, pero este no la escucha, pues está pendiente del señor alcalde, que en ese momento declara abierto el campeonato.

En medio de los aplausos, ella insiste, se le acerca a Rodolfo y le habla algo al oído. Él dice, señalando la cancha:

—¡Mira, es Teresita, su equipo ya salió, le toca jugar primero!

La gente se levanta para recibirlas con un aplauso y se prepara para ver el partido entre el local y San Antonio, el equipo de un pueblo vecino. Todos se sientan y siguen los movimientos del árbitro. Este toma el balón, lo lanza, dos de las niñas realizan el salto y comienza el partido. Rodolfo está feliz porque puede ver jugar de cerca a su hija. Pero le preocupa la mirada desafiante de Candela.

Teresita se encuentra en el centro de la cancha. Le tiran el balón, ella salta y lo agarra. Lo pivota y pivota, y al final realiza un doble ritmo, lanza y encesta.

El padre al ver la jugada de su hija levanta su brazo, grita jubiloso y salta, pero pierde el equilibrio y se va de bruces sobre el alcalde del pueblo. Los dos quedan tendidos en el suelo.

Uno de los guardaespaldas ayuda al alcalde y el otro, el marido de Candela, ve a Rodolfo sin sentido. Se frota las manos y con la sonrisa dibujada en el rostro le pega fuertes patadas en el estómago. Sacudiendo las manos, berrea:

—Para que aprenda, ¡hijo de puta! —y le da otra patada.

Los dos heridos son llevados al hospital. El alcalde solo tiene algunas raspaduras, le hacen curaciones, le formulan analgésicos y lo mandan a la casa. Rodolfo llegó inconsciente, con lesiones, contusiones y hematomas en la cabeza y el abdomen. Lo operaron de emergencia y lo dejaron en observación.

Al otro día, Rodolfo oye que alguien le habla. Quiere abrir los ojos, pero los siente pesados. Escucha comentarios y se da cuenta de que está en el hospital. Hace un gran esfuerzo y empieza a recordar lo que había sucedido. Un tremendo calor invade su cuerpo, quiere moverse, pero no puede. Es enorme su desesperación.

En medio de la angustia, piensa: “Tengo que hablar con el señor alcalde y darle mis disculpas, decirle cuánto lo siento, que no fue mi intención y esto tiene que ser cuanto antes...”.

“¿Qué pasaría con él?”, se pregunta. Luego escucha la voz del médico que le dice:

—Rodolfo, despierte, ya el efecto de la anestesia pasó, abra los ojos.

Con mucho trabajo puede mover un poco los brazos, cerrar y abrir las manos. Escucha cuando alguien dice: “Miren, va a despertar”. Hace un nuevo intento y muy lentamente abre los ojos... Se pasa la mano derecha por su cara y comprueba que no es una visión. Aterrado, los abre más y... confirma que están a su lado su esposa, su amante y el esposo de su amante.



WASAY

Magally Oyaga Sánchez

Realmente tuvimos una noche de perros. No teníamos agua, había poco para comer y casi nada con qué comprar. La situación cada día era peor y solo recibo algo de dinero por las tardes cuando traigo los carneros y los chivos del monte.

Pero aquella tarde no hubo tiempo, no pude esperar por mi paga, pasamos una noche llena de preocupación, de tristeza y de dolor.

Wasay temblaba, mi pequeño hijo de tan solo seis años se quejaba, no reía. Jussayu, mi mujer, lloraba, se lamentaba, la alegría se iba, poco a poco se acababa. No había otra salida.

— ¡Nuestro hijo antes que los chivos y los carneros! — exclamé.

Así fue como Wasay y yo salimos con el sol del amanecer, buscando el centro de salud del caserío Flores de María que es el más cercano, en este olvidado rincón de la Guajira.

Jussayu quedó destrozada, refugiada en la intimidad de su dolor y desesperada salió del rancho. Miró al cielo en busca de su dios y ve que el sol se asomaba implacable e indolente, por su posición

pudo intuir que en ese momento eran las nueve y treinta de la mañana. Jussayu cayó de rodillas y con una súplica profunda gritó a los cielos:

— ¡*Aishi Tapüla Maléiwa*¹, te entrego a *A'wayuuse*² y mi querido *Achon*³, protégelos y acorta su camino. Salva a *Achon*, cúralo y devuélvele la vida, haz que corra nuevamente por este desierto, lo quiero feliz bajo este sol brillante! ¿Ves esos chivos y carneros? No hay uno que esté quieto, corren y corren en busca de agua y comida, no son felices en este lugar donde hoy y hace muchos años mueren tantos y tantos niños por hambre y por sed.

Epinayu, su esposo, y Jussayu tenían sus pensamientos atados, se comunicaban mentalmente a través de esa enorme sabana de arena, llena de caminos áridos, desiertos e interminables. No había agua en los jagüeyes, las lluvias se convierten en fantasmas y se esconden. Los dos tratan de consolarse mutuamente mientras que Wasay, calladamente, sufría y lentamente se desprendía de los brazos de Ashi.

— Ashi... papá, tengo sed — Wasay temblaba.

A veces lo cargaba y a veces caminaba, hablaba poco y su dulce vocecita se convertía en un quejido que me rompía el alma.

¡Qué infierno! ¡Qué preocupación! La sangre lentamente se calentaba, el tiempo parecía haberse detenido, el calor era inclemente, el polvo del camino de color rojo amarillento se levantaba en grandes nubarrones y hacía que todo se volviera más difícil. Mis ojos buscaban con ansiedad caminos cortos que nos llevaran más rápido.

¹ *Aishi Tapüla Maléiwa*, del wayuunaiki: Te loamos, oh, Dios.

² *A'wayuuse*: Esposo.

³ *Achon*: Hijo.

— Wasay, háblame un poco. Resiste, hijo mío. Ya casi llegamos, el doctor te dará la medicina y pronto mejorarás.

En algún momento hice un alto en el camino. Me detuve y alcé a mi hijo. Miré el firmamento, busqué el sol y me di cuenta de que eran cerca de las nueve y media de la mañana, pensé en lo angustiada que había quedado Jussayu y quise comunicarme con ella aunque fuera a través de mis pensamientos, solo para contarle que estábamos en el camino correcto, muy cerca, ya casi llegábamos. Nos sentamos por un momento debajo de un árbol de algarrobo, reposamos, tomamos fuerzas y luego continuamos caminando durante largo rato. La esperanza crecía a medida que nos acercábamos.

En algún momento Wasay me dijo:

— Papá, quiero llegar rápido, tengo sed.

Yo lo animé diciéndole que faltaba poco para llegar y sí, era verdad. Oía ladrar lánguidamente uno que otro perro. Tomé aliento, apuré el paso bajo ese sol ardiente y con mi niño al hombro hicimos el último esfuerzo.

A lo lejos vi una señora sentada debajo de una enramada, caminé hacia ella.

— Señora, buenos días. ¿Este es el caserío Flores de María?

— Sí — me respondió.

— ¿Qué hora es?

— Ya son casi las once.

— Mi hijo tiene sed, ¿nos regala un poco de agua?

— No tenemos agua y aquí también todos tenemos sed.

—¿Dónde queda el centro de salud?

—Camine un poco más, es allá donde ve esas banquitas.

Agradecí y apresuré el paso para llegar al lugar. Al entrar tropecé con la mirada del portero que me salió al paso. Le señalé a mi hijo, entonces me dejó seguir. El corazón se me encogió cuando vi otros niños y algunos ancianos en la misma situación. ¡Tantos niños y ninguna señal de alegría!

El portero me llevó donde la enfermera jefe, ella tomó a Wasay de su pequeña mano y se dirigió presurosa a la sala de emergencia, yo fui a la oficina, llené los datos del niño y esperé. Fue un momento angustioso, pobre *Achon*.

Más tarde vino la enfermera, me miró seriamente y me dijo:

—Su hijo está deshidratado, desnutrido y con las defensas bajas, son los mismos síntomas de todos los niños y ancianos que usted ve aquí —y con tono de reproche y mirándonos a todos, comentó—: Eso sí, sigan alimentando a los chivos y llenando de chicha a sus hijos.

Lo que decía la enfermera era cierto, así es todo por aquí. No hay nada. Pero en todo caso, mi hijo, ¿qué pasaba con Wasay? La enfermera vio mi mirada suplicante.

—Señor, salga, busque algo de comer para usted y vuelva.

Así lo hice, ya eran casi las tres de la tarde, lo único que encontré fue chicha y un patacón pues no tenía dinero para más. Me senté en una banca y recibí la fresca brisa de la tarde. Esperé y esperé. Sentía que el tiempo pasaba más lento de lo normal, fueron minutos eternos. La angustia, el cansancio, el sol y la sed entrecerraron mis ojos, pero la preocupación y la impotencia gritaron desde lo más profundo de mí. ¡No puedo más, Jussayu... Jussayu!, me abrazó, sentí que me apretaba.

“¿Qué pasa, Epinayu? Aquí estoy, no me he separado de ti, sé que has caminado más de cinco horas con Wasay, mi pobre *Achon*, sin fuerzas, casi sin vida y que en estos momentos estás ansioso por saber de él. Levanta los ojos y los brazos al cielo, mira fijamente a *Maléiwa*, ora con el corazón y repite conmigo: *Aishi Tapüla Maléiwa, Aishi Tapüla Maléiwa*. ¿Estás más tranquilo? Mira, ya el sol comienza a caer”.

Me levanté de la banca y regresé al centro de salud; la enfermera me llevó a la sala de emergencia y me dijo:

—El niño debe quedarse, el diagnóstico es preocupante, ya se le aplicó suero. Usted esté pendiente.

Las piernas me temblaban, el corazón se me salía, sentí cómo se me secó la garganta. ¡Qué duro y qué triste era dejar a mi hijo! Me acerqué a él, lo miré y le dije cuánto lo quería, alcé mi mano en señal de despedida y caminé de espaldas hacia la salida para mantener viva su triste mirada; aunque quise ser fuerte delante de Wasay, mi corazón se rompía en pedazos al no tener la certeza de su pronta mejoría. Se oían gritos y sollozos, la tristeza me perseguía. Acababan de morir dos niñas por desnutrición severa.

Salí cabizbajo, aquí en Flores de María todo es dolor, tristeza, desesperanza y olvido. Ya los carneros y los chivos no balan, los perros no ladran, los gatos no maúllan, los pájaros no cantan, sus voces son lamentos y gemidos. Tienen hambre y sed. Aquí también se está acabando la alegría.

Quería estar muy cerca de Wasay, estar pendiente —como dijo la enfermera— y decidí pasar la noche en una de esas bancas, bajo la luna llena. La noche era fría y el viento resoplaba con mucha fuerza, en ese instante se vino a mi cabeza la noche en que la abuela dejaba esta vida para irse de la mano de *Maléiwa*. Por un instante

muy corto sentí que mi corazón dejaba de latir, quise quitar esos pensamientos de mi cabeza y no recuerdo si fue el cansancio o estaba en mis sueños, pero sentí que Jussayu se acercaba a mí y me susurraba al oído: “¡Epinayu, Epinayu! ¿Ya regresan? Los espíritus están rebeldes, se esconden detrás de esa luna llena, parece que no quieren decir nada de Wasay, estoy angustiada, tengo malos presentimientos”. Yo no quería decirle nada a Jussayu y me dejé vencer por el sueño sobre la banca donde había descansado por la tarde.

Amaneció, corrí al centro de salud, todos me miraban con pesar. Mi corazón saltaba, se salía de mi pecho. “¡Jussayu, Jussayu, tus malos presentimientos, habla con Maléiwa!”. Todo pasaba por mi mente en esos eternos segundos de espera: veía a Wasay, su mirada dulce y triste, su inocencia, oía su vocecita, sus lamentos: “Tengo sed, papá”. Grité:

—¡Por favor, díganme cómo está mi hijo!

La enfermera me abrazó.

—Lo siento — me dijo —, ayer las niñas y hoy fue Wasay. Y así será el resto de los días, parece que esto fuera una cadena inevitable.

Luego todo quedó en silencio.

Los caminos se me cerraron, sin esperanza y con mi triste y roto corazón me fui hacia el rancho bajo ese implacable sol de mediodía. No quería llegar, no quería ver a Jussayu, no quería hablar, caminaba sin ganas y sin alientos, le preguntaba a Maléiwa dónde estaba en el momento en que Wasay moría. El tiempo en mí iba lento, no quería saber la hora, no tenía afán, iba solo sin mi hijo y sin la compañía de Jussayu, pero ya casi llegaba; atardecía. A lo lejos el rancho, triste y solo; alcancé a ver a Jussayu que venía hacia mí, corría más que una cabra, “¿le digo, no le digo, qué le digo?”. Las palabras se

me enredaban, sentía frío, tenía fría el alma, ella se acercaba, yo temblaba.

—¡Epinayu, Epinayu! —gritaba—. ¿Dónde está Wasay?, ¿se quedó en el centro de salud?, ¿se va a mejorar?

Me abrazaba, me apretaba, lloraba sin parar, luego me miró ansiosa, agarró mis manos y las puso sobre su barriga mientras me decía:

—¡Kaski⁴, kaski! ya van cuatro lunas, Epinayu.

Yo abrí lo más que pude mis ojos, me tragué el alma, nos abrazamos fuertemente bajo esa luna llena y el llanto, el dolor y la tristeza se fundían con la esperanza y la alegría.

⁴ *Kaski*: Luna.



¡CULPABLES!, HASTA QUE DUDEN DE LO CONTRARIO

María Mercedes Paredes L.

Aquella sórdida historia incrustada en la memoria de todos los habitantes de Aguas Limpias empezaba a formar parte de su frágil y anónima identidad. Cuando se participa de una injusticia sin precedentes, esta queda grabada en la memoria colectiva de quienes de alguna manera estuvieron ahí; no era posible, entonces, borrarla con el solo paso del tiempo y tampoco había sido posible encontrar un solo culpable que redimiera la angustia de todo un pueblo. El padre Jacinto, primera autoridad eclesiástica del lugar, encargado de las campanas, los sacramentos, misas, indulgencias y perdones, curiosamente el día de los hechos había ido a visitar a su tía, y a su regreso, dos días después, no quiso hablar con nadie, permaneció encerrado en su casa y antes de terminar la semana, muy en la madrugada, algunos lo vieron salir llevando sus maletas. No volvieron a saber de él.

El pueblo nunca antes había tenido que lidiar con ese tipo de culpas, escasamente cuando había un delito, el culpable aparecía — no importaba cómo — y era ejemplarmente castigado; de esta forma fueron asumiendo que había dos clases de personas, las buenas y las malas; obviamente, cada cual sentía desde su conciencia que pertenecía al primer grupo. La diferencia saltaba a la vista, entre quienes eran fieles cumplidores del “deber ser” promovido y vigilado por todas las autoridades del pueblo y quienes contradecían de obra, palabra u omisión estos preceptos. Para los primeros el perdón y las indulgencias, para los otros, el castigo. No tenían por qué complicarse. Esta era la mejor forma de administrar la moral en Aguas Limpias y, de paso, hacer justicia.

Pero cuando todos de alguna manera sentían el horrible ardor de la culpa en sus conciencias, no bastaba con el paso de los años, ni el perdón celestial, además quien lo tramitaba ya no estaba y quién sabe cuándo llegaría su reemplazo. Así, el drama amenazaba con repetirse, a la vez que se extendía a otras esferas de la vida, albergándose en el corazón de cada habitante, con ira, deseo de venganza y un profundo miedo que les impedía sonreír.

El único que conservaba la risa y que de vez en cuando soltaba irreverentes carcajadas era Inocencio, ¡el loco del pueblo! Había sido un niño inquieto y travieso que vivía con su abuela y cuando ella murió el pueblo lo adoptó. Nunca fue a la escuela pero había aprendido a leer y a escribir. Cuando se burlaban de él, él era el que más reía. La única vez que lo vieron llorar, fue en aquella ocasión que no querían recordar.

Las quejas desaparecían lentamente y ya nadie se preguntaba si era posible vivir de otra manera. Habían olvidado la dignidad y, por supuesto, no la ejercían, solo buscaban vencer al adversario, para no

vivir ignorados e implantar su propia verdad; adversario podía ser cualquiera, solo dependía de qué tan fuerte era la diferencia en sus encuentros cotidianos. Así que la contradicción y el desacuerdo se fueron convirtiendo en prácticas altamente peligrosas, prefiriendo uniformarse bajo un pesado silencio disfrazado de pacto, que llevaban consigo como grillete de reo sin juicio ni condena.

Lo cierto es que los viejos y los no tan viejos, ya se habían acostumbrado al gran peso que se había instalado en sus conciencias, pues en aquel momento habían sido adultos dueños de sus decisiones y, claro está, de cualquiera de sus consecuencias, pero no lo comprendieron, pues no querían evidenciar ningún tipo de contradicción. Además, la vida que tuvieron por delante no había sido suficiente para resolver la quietud con la que observaron impávidos aquella masacre.

Otros, igualmente adultos, quienes estuvieron más cerca de los hechos, señalaban entre ellos a los que consideraban directamente culpables, pero se cuidaban de aportar cualquier testimonio, no sea que las cosas se revirtieran y terminaran implicados. Así que preferían hacer parte del gran silencio. Un inusual personaje, a quien ya los años envolvían aunque no lo atormentaban, era don Pablo, poeta de oficio y soñador de la vida; hablaba poco, pero cuando leía sus poemas o conversaba con alguien, sus palabras sacudían la conciencia. A veces también buscaba el silencio, pero este era diferente, sus silencios estaban hechos de palabras aún no dichas, recuerdos sin evocar y de amaneceres que aún amaba. No tenía muchos amigos y a pesar de su deslucida apariencia y su poca obediencia, infundía cierto temor más parecido al respeto que al miedo. Había llegado al pueblo hacía doce años.

El último grupo de viejos sobrevivientes, mucho más reducido que los otros dos, tejían todo tipo de artimañas para salvar sus

nombres y nunca ser reconocidos como culpables. Para esto, declaraban y fabricaban pruebas suficientes que desviarán las miradas acusadoras; otros prefirieron huir a pueblos lejanos, intentando dejar sus culpas en la oficina de migración. Incluso uno de ellos contaba con leyes que lo protegían y aunque en voz baja era señalado por casi todos, había blindado su conciencia con la inmunidad que provocaba haber ocupado el cargo más alto en la toma de decisiones y que en ese preciso día abandonó a su suerte.

Por su parte, los jóvenes que presenciaron tal infamia y que con la sangre bullendo a borbotones gritaron y lloraron, solos o reunidos, intentando una forma de detener el horror del dolor y la injusticia, se habían convertido en los más recientes adultos, cuyo derecho a tomar decisiones y a asumir sus consecuencias se había diezmado, ante muchos años de miedo y de infructuosas ideas de justicia que habían sucumbido con el paso del tiempo y la inercia de cada día. Aunque contaban con más días que los otros, veían cómo iban envejeciendo y acercándose a su tiempo, sin haber logrado poner su grito en el universo, como un trueno que rompiera la historia que tanto pesaba.

Los niños y las niñas, que en ese momento ni siquiera podían imaginar tanta brutalidad, cargaban con la peor parte. Ellos fueron condenados desde ese entonces y en vida plena al miedo y a las pesadillas de crecer sin aquel adulto fuerte capaz de defenderlos de cualquier nueva injusticia. La zozobra fue su herencia, y solo estaban seguros de que debían defenderse de todo lo que les provocaba miedo. Ellos y ellas se hicieron jóvenes y la mayoría se fueron del pueblo, querían inventar un nuevo comienzo. Pero los que no pudieron irse se convirtieron en verdugos sigilosos, que enfilaron su ira y su deseo de venganza en el delirio de acabar con todo lo que les impedía huir libres de toda culpa. Con sus propias

manos atormentaban otras vidas, condenándose a sí mismos a cargar su culpa y la de sus víctimas.

Frente a esta pesadilla, lo normal en el pueblo era que no ocurriera nada; lo tristemente normal era que ya muchos lo suponían; y lo inhumanamente normal era que todos lo aceptaban.

Así, sin poder deshacerse de la memoria que los enfrentara a la culpa, cada año esa fecha volvía y el aire se llenaba de angustia; hubieran preferido borrarla del calendario. Sin embargo, desde la primera hora de la mañana volvían las imágenes y los sonidos de la pesadilla del pueblo. Los pocos comentarios que aún iban y venían transitaban a manera de penitencia por lo que ni siquiera el olvido había logrado terminar. La campana de la única iglesia que tenían dejó de sonar la madrugada en la que huyó el cura.

Esa mañana, de ese mes, la emisora de radio transmitió la intervención de Rogelio Salgado, Alcalde de Aguas Limpias, quien cada año repetía lo mismo. Sin embargo, en esta ocasión, y en su legítimo derecho por ser la primera autoridad, terminó su discurso diciendo: “¿Será posible que la culpa que nos llena de dolor y venganza pueda ser distribuida por partes iguales sobre cada habitante del pueblo y, de una vez por todas, disminuir su peso y olvidarla por insignificante?”.

En realidad Rogelio Salgado, político de cuna, buen orador y todo un experto en ajustar y hacer coincidir las contabilidades con la administración del recurso público, no esperaba respuestas concretas. Solo quería sembrar la duda, confundir un poco y decretar sus propias verdades, repartiendo culpas a conveniencia propia. ¡Que no se dijera que durante su administración no había buscado la tranquilidad de sus habitantes y de paso olvidar sus culpas!

Por supuesto, sus opositores aportaron sus propias dudas para evitar que se saliera con la suya, pues si el dolor era provocado solo

por algunos culpables, que ellos ya habían identificado, casualmente en el gobierno de turno y algunos de sus simpatizantes, ¿acaso sería justo distribuirlo entre los inocentes?, ¿qué artimaña era esta con la que el Alcalde aseguraba su permanencia en el poder por un nuevo periodo?

Algunos viejos, y otros no tan viejos, empezaron a dudar: “¿será que la oposición tiene la razón o la tendrá el Alcalde?”. Total, ya se habían habituado a la rabia de los otros, a saber de odios y rencores, que hacían parte de grandes historias, de héroes y dioses, que habían conservado para recordar y contar a los más jóvenes.

Los antiguos jóvenes, ahora adultos, estaban tan divididos, que aportaban todo tipo de dudas sin conciliar ninguna; algunos se unían a los viejos; otros, menos comprometidos con las tradiciones, inventaban nuevas dudas que se amontonaban en las noticias, las calles, las oficinas y hasta en los íntimos momentos familiares. ¿Acaso no era posible un poco de solidaridad para alivianar culpas y hacerlas menos engorrosas para cada uno? O ¿qué tal si cambiaran las reglas de modo que los culpables asumieran la culpa de señalar a los más culpables y así terminaran no siendo tan culpables? ¿Y si mejor decidían en un gran acuerdo que ya nadie iba a ser culpable?

Mientras esto ocurría, se iban colando otras dudas que surgían de los rezagados, los sin importancia para tomar decisiones, los niños y las niñas, los adolescentes, tres políticos honestos bien contados, dos científicos, maestros y maestras que amaban enseñar a partir de las preguntas más que de dar siempre sus respuestas, los filósofos, psicoanalistas, un poeta, un escritor y hasta un loco.

Así que continuaron; los niños y las niñas, que habían dejado muchos juegos sin jugar esperando siempre su turno, decidieron que era el momento también de expresar sus ideas y animados por algunos profesores y otros desanimados por los mismos, vacilaron

en preguntar si habría quién fuera a quitar de sus miedos los monstruos que cada noche los visitaban o quién los defendería de los gritos y castigos de algún adulto furioso.

Los adolescentes y los jóvenes preguntaron si de una buena vez el pueblo iba a entender que ellos siempre habían estado llenos de dudas.

Lo que el Alcalde nunca imaginó era que su discurso podía evidenciar millones de dudas y un pueblo desbordado por las dudas busca respuestas; él consideraba que la duda solo los confundiría un poco, y un pueblo confundido no podría discernir entre unas y otras verdades. De modo que, reunido con sus secretarios, decidieron publicar el Decreto 001 de la fecha en curso, que solo reconocería como legítima duda aquella que en su discurso había planteado el Alcalde; es decir, la duda oficial. Además, temiendo cualquier insurrección se publicó el Decreto 002 que señalaba un día antes de terminar el mes para que todos los habitantes reunidos en la plaza principal pudieran discutir la única versión de esta duda, legalmente constituida y con un solo propósito, ¡salir cuanto antes de la duda!

Durante ese día, con tanta duda expuesta y decretos de última hora, nadie se percató de unas palabras que a manera de grafiti ocupaban la pared de una vieja construcción en la parte oriental de la plaza:

*Sentir la duda no es vivir sin certeza,
mas la certeza de una sola duda
¿acaso no falsea su evidencia?
tal vez dejar los afanes sea sin duda
la mejor de las certezas!
Total si la duda es expuesta,
y cuestiona la tormenta,
dejará ver lo que al otro lado*

*de la culpa se silencia
y sea más bien esta
la manera más honesta
de encontrar caminos libres,
responsables y respuestas.
Así, la culpa ya no sería culpa
Sería una práctica expuesta
Ya que cumpliendo un pueblo aprende
a asumir siempre su respuesta!*

Todos en el pueblo tuvieron oportunidad de leer este anónimo, provocando en algunos una risa nerviosa, en otros una terrible confusión y en los más temerosos sembró una fuerte sospecha la intención de este juego de palabras. En esta ocasión no se atrevieron a culpar a nadie.

Al cabo de unos días llegó el momento para discutir la duda oficial: ¿Será posible que la culpa que nos llena de dolor y venganza pueda ser distribuida por partes iguales sobre cada habitante del pueblo y, de una vez por todas, disminuir su peso y olvidarla por insignificante?

Desde temprano fueron llegando a la plaza las familias, los amigos, los viejos, los no tan viejos, los niños, las niñas y los adolescentes, algunos grupos de jóvenes, periodistas y guardaespaldas, policías y ladrones, culpables, inculpados y no culpables. Todo el pueblo cumplió la cita. Por último llegó el Alcalde con sus secretarios, quienes subieron a la mesa principal en una tarima frente al edificio de la alcaldía. En unas sillas cercanas a la tarima se encontraban los inocentes, los correctos, los defensores, los bondadosos, los fieles al Alcalde y los familiares de los secretarios, policías, periodistas y guardaespaldas. No había más sillas, todos los demás debían acomodarse detrás de los cordones de seguridad que se habían establecido.

En las cuatro esquinas de la plaza habían colocado las torres de sonido que permitirían ampliar las voces oficiales y las que estaban de acuerdo.

Se escuchó entonces el himno, que nadie se sabía pero que todos intentaban repetir.

El maestro de ceremonias, un viejo periodista que se aburría de contar las mismas noticias que ya no decían nada, tomó el micrófono y con voz de sermón y el cabello blanco, pretendiendo infundir respeto a nombre propio y de su Alcalde, leyó la agenda. Primero el saludo e instalación de la jornada por parte del señor Alcalde, seguido de palabras del uno y del otro, pasando por un representante ilustre de los correctos, y otros representantes de los representados. Se pasaría luego a exponer la duda oficial y acto seguido a explicarla a los habitantes para no dejar dudas; finalmente, unas jóvenes muy bellas, vestidas de bailarinas y usando coloridos patines, pasarían moviéndose rítmicamente entre los que estaban sentados y los demás, entregando un pequeño papel con la duda oficial y dejando algunos renglones para escribir una opinión por cada grupo de asistentes. Esta parte duraría solo unos minutos. Luego un grupo de personas elegido por el Alcalde y sus secretarios agruparían los comentarios suscitados por la duda y pasarían a concluir una única propuesta que, a través del Decreto 003, sería instituida y cumplida por todos. Para despejar cualquier duda el procedimiento estaba a cargo de quienes representaban a los representados. La jornada finalizaría con un lindo baile de los niños y las niñas de la escuela y todos se irían a sus casas.

Pero con tantos años de culpas y silencios quienes estaban detrás del cordón de seguridad sentían que debían vaciar sus culpas, la ansiedad crecía en cada asistente y todos querían opinar, hacía mucho que no lo hacían. Esto fue más fuerte que el protocolo

anunciado por el viejo periodista y un pequeño murmullo, que se sintió después de las palabras del Alcalde, empezó a crecer tomando forma de algarabía; por supuesto, nadie quería volver al silencio y difícilmente podían escucharse. Los ánimos empezaron a caldearse; la ira, el deseo de venganza y el dolor fueron saliendo de cada uno, primero en las miradas que atravesaban los cuerpos de quienes gritaban para ser escuchados o para vomitar sus dolores, luego con los comentarios satíricos que unos hacían sobre otros; empezaron a ofenderse, el micrófono que amplificaría las voces oficiales fue ahogado por los gritos no oficiales. Algunos ya habían tomado lo que estaba más a mano para defenderse de los otros...

Alcalde, secretarios y los sentados estaban aterrados; quienes estaban fuera del selecto círculo asegurado por el grueso cordón eran ahora quienes los tenían rodeados.

En ese momento el poeta apareció en un extremo de la plaza, llevando en sus manos un estandarte con una bandera blanca en cuyo centro estaba pintado un gran signo de interrogación; su aspecto desordenado, sus ojos escondidos en la maraña de su cabello y el silencio profundo que contenían sus labios fueron atravesando la plaza, donde todos se iban haciendo a un lado, pues no querían contagiarse de lo que fuera, pero la sorpresa de su apariencia y la seguridad en sus pasos hizo que un silencio profundo llenara la plaza desde sus cuatro esquinas.

Caminó hasta llegar a la tarima donde estaban el Alcalde y sus consejeros, los guardaespaldas y los periodistas, los santos y los no tan santos. Y haciendo un esfuerzo importante se atrevió a subir al lugar donde solo lo separaba del grupo de los elegidos una fina mesa cubierta con un mantel blanquísimo y flores de muchos colores alrededor de la bandera del pueblo. Ni los guardaespaldas reaccionaron, solo quedaron atónitos.

Tomó el micrófono, y dirigiéndose a todos simplemente los observó, primero a los de la mesa, luego a todos los asistentes y después posó su mirada en cada uno y cada una de sus habitantes. En esto pasaron por lo menos quince eternos minutos, pero él no pronunció palabra. Solo cuando ya tuvo la certeza, decidió dejar el micrófono en su sitio, volvió la mirada a la mesa de los elegidos, caminó de nuevo entre los guardaespaldas y bajó de la tarima. Ahí lo estaba esperando el loco, quien no dudó en abrazarlo y seguir con él; no hubo fotos ni entrevistas, no hubo palabras ni algarabías, y cada uno de los habitantes del pueblo se llenó nuevamente de dudas. Por su parte, el poeta y el loco, seguidos por otros rezagados, continuaron caminando hasta el muro donde alguien había escrito el grafiti y se quedaron observándolo. Todo el pueblo empezó a moverse en esa dirección, volvieron al corrillo, pero se mantuvieron en ese tono, entonces leían las palabras ahí escritas, las discutían, las comentaban. Momento que aprovecharon el Alcalde y los elegidos para desaparecer.

Hoy aún discuten desde sus trabajos, estudios y familias; algunas discusiones las transmiten por la radio, y las redes sociales, y siempre hay muchas preguntas, algunas suspicaces, otras científicas, otras inocentes y no faltan algunas tendenciosas. En cada duda buscan una respuesta o una mejor duda, el pueblo entero se adueñó de sus dudas. Ahora han contratado al poeta para que las ponga en rima, le pidieron al escritor que cuente una historia sobre cómo el pueblo había logrado ser dueño de sus dudas y respuestas, los tres políticos honestos preparan un acuerdo de ley que establezca el respeto por las dudas de cualquier habitante y la formulación de respuestas que puedan ser discutidas; los científicos investigan cómo la formulación de dudas aumenta los niveles de serotonina en el cerebro y dispone para encuentros más armoniosos;

los maestros dudaron del currículo y empezaron a enseñar a los niños a jugar siempre con las dudas y no cansarse de preguntar; los filósofos han sido llamados para descifrar las dudas fundamentales, las metódicas, las ingeniosas y las corrientes. Y finalmente el loco ha decidido convertirse en psiquiatra y con el psicoanalista atienden a todo aquel que sufra escasez de dudas o que sienta miedo de preguntar demasiado.

En fin, ahora todos se hacen cargo de algo y así lo asumen, aunque a veces tengan miedo, aunque se queden inmóviles o, por el contrario, hayan actuado de cualquier manera, cada uno y cada una son responsables. Curiosamente, en el pueblo ya no existe ni un solo culpable.



PAN DE AZÚCAR

Marina Córdoba Nieto

— ¡N^o, no puede ser, es un error, yo no he robado a nadie! —decía Raúl, el campesino de fino bigote rubio que avisaba a los vecinos gritando: ¡Ayuda, ayuda, me lleva la policía!

Habiendo sido detenido, el resignado hombre ordenaba:

—Pos entonces vaya vusté, hijo, y busque al vecino y al compadre Pablo —y agregaba: ¿Qué voy a hacer, virgencita, y qué será de mis hijos huérfanos? No, agente, los niños no pueden quedarse solos, déjeme...

—¿Usted por qué no pensó eso antes de alzarse con los bultos de papa en Abastos? Los niños irán al Bienestar Familiar —lo interrumpió el oficial.

—Tenga piedad, agente, llevemos los niños con el compadre Pablo o a la casa cural, es allí a pocas cuadras de aquí —pedía el robusto hombre.

—¿A dónde se llevan a papá? —preguntó Ángel, el talentoso hijo mayor de Raúl, al policía que había leído un papel a su padre en la puerta de la casa y le había esposado las manos.

—A la cárcel —respondió el policía.

—¡No se lleven a mi papito! —pedía en llanto Mariel, la pequeña rubia, abrazada a su padre, mientras los vecinos gritaban a los policías:

—¿Qué pasa?, ¿por qué se llevan al vecino? Él es un trabajador honrado.

—Defiéndalo usted, padre Antonio —pedían al párroco, quien reclamaba el cuidado de los niños coristas de la capilla, antes del ingreso a la patrulla.

II

Fue la mañana del desfile militar del 20 de julio; el sol brillaba en ese cielo azul sin nubes de Usme cuando Bogotá daba la bienvenida a Raúl Ospina, a su mujer y a los dos hijos. Habían salido de la vereda Santa Lucía, en Duitama, y atrás quedaba el páramo Pan de Azúcar en donde Ángel y Mariel rondaban a veces por la laguna, otras por la quebrada del chorro blanco, menos veces subían al mirador de piedra, el punto más alto de la montaña. Cuando la familia vivía a plena felicidad, una extraña plaga arrasó los sembrados de papa, arruinando y devastando la región sin compasión y llevando a Raúl a la desesperación.

Hogar Divino Salvador, decía el letrero donde llevaron a Ángel y a Mariel, luego de despedir a su padre en la comisaría; el internado estaba cerca al Batallón de la Guardia Presidencial.

—¿Hoy viene mi papá? —preguntaba cada día Mariel a la profesora y ella contestaba:

—Niña, haga el favor, despeje mi camino.

Largos y amargos días pasaron los niños antes de que vinieran a visitarlos el padre Antonio y su hermana Elena. Ella era amiga de los niños, y les trajo una canastilla de galletas, bombones de chocolate y una muda de ropa.

—Padre, ¿dónde está mi papá?, queremos ir a casa —fue el saludo de Ángel.

—Hijos míos, los veo bien y su padre vendrá, gracias a Dios.

—Volveremos cada semana, aunque mejor sería que no estuvieran acá —dijo Elena, mientras los niños devoraban los dulces.

Los meses se hicieron eternos. Raúl no aparecía y para entonces había llegado el día del *Hogar Divino Salvador*, con juegos y comparsas. Los niños elaboraron disfraces y carteleras.

—¡Ángel, te queda bien ese disfraz de payaso! Ven a la puerta a recibir a los invitados con tu canción de bienvenida —le animó la profesora de música.

—Sí, profesora. ¿Puede ir mi hermana también? —replicó Ángel.

La profesora aceptó. Y su hermana se vistió de princesa, con colorida diadema hecha de brillante papel. Los niños esperaban ansiosos la sorpresa prometida por Elena.

—¡Bienvenidos, el juego y la ronda en el patio está! —cantaba el payaso y los visitantes ingresaban atraídos por el tambor y las

panderetas. Dejaban el sobre con el aporte en el canasto de mimbre ubicado debajo del letrero: *Apoyo a los niños*.

—¡Mariel, entregue los dulces! —ordenaba la profesora a la niña que, antojada, ofrecía una bandeja colmada de golosinas. La diversión atrapaba a todos los presentes menos a los niños, que de la puerta, se aburrían aguardando a sus invitados. De repente, una capa roja los cubrió y alguien los empujó a la calle, mientras ingresaba una comparsa con ollas humeantes de tamales y chocolate. Era Elena disfrazada de Caperucita Roja que con señas les ordenaba correr. Los niños veían al padre con la coral, al compadre Pablo y a los vecinos del barrio.

—¡Mariel! —llamó Ángel, agarrando con fuerza a su hermana que se resistía a correr.

—¿Y el padre? —preguntó, petrificada, al ver los últimos calderos.

Una vez escapados, los niños, temerosos, corrieron sin rumbo fijo por varios minutos, estragados por la sed. Se dirigieron hacia la gran avenida donde quedaron petrificados de nuevo, al sentirse sujetos de los brazos por las regordetas manos del director del hogar, quien se les había anticipado en su camioneta.

III

Fue así como semanas después Ángel y Mariel llegaron a un nuevo albergue: *El Internado de la Loma*, como conocían los vecinos a este monasterio camino al páramo de Sumapaz y a pocos kilómetros de su añorada casa. Los funcionarios tranquilizaban a los niños diciéndoles: “Tendrán comida, dormida y estudio”. Ellos,

sin escuchar esas palabras, se susurraban al oído recogiendo la voz entre las manos:

—Tengo miedo —sollozó la tímida rubia de ojos miel.

—Tranquila, hermanita, papá nos buscará —le decía Ángel, abrazándola y secándose de prisa las lágrimas que también le iluminaban sus rojizas mejillas.

La casona estaba rodeada de árboles, pájaros y un perro pastor que ya comía de las manos de Ángel al ingresar al hogar. Caritas de niños aparecían por ventanas y sonaba la quinta campanada del reloj de pared colgado en el salón principal. Al terminar el pasillo, dos puertas abrían los impecables dormitorios repletos de camas. Frente a la oficina se veían las banderas de Colombia y Bogotá y la cancha múltiple rodeada de los surcos de claveles, pinos y palmeras que enmarcaban el patio y corredores en todo su esplendor.

Ángel, al entrar a la casa, exclamó:

—Estamos en Pan de Azúcar, Mariel —estirando las manos y dando giros tan lentos como el minuterio del reloj.

Miraba lámparas y muebles con trofeos y objetos religiosos, tocaba y danzaba con su hermana con ojos cerrados y cantaba: “Ahora sol y nieve soy y Mariel azúcar es”; “las mariposas y el colibrí vuelan del bello clavel”, señalando los jarrones de cerámica del ventanal.

Mariel, sonriente, escuchaba a su hermano de rostro febril.

—¡Silencio! —dijo una voz ronca, salida de una hilera de desiguales y amarillentos dientes, de rostro picado por viruela, mientras resoplaba al hablar: Niños, soy Maruja, la directora y...

¿a usted joven, qué le pasa? y ¡pónganse de pie cuando les hablo!
—pero Ángel se quedó sentado.

—Llévenlo a enfermería —ordenó la directora y les advirtió: En esta cartelera están las reglas de la casa.

—Sí, señora —contestaron los niños, cogidos de las manos.

Y Ángel le preguntó:

—¿Señora, el padre Antonio vendrá?

—¡Y quién es el tal padre Antonio?

—Es el padrecito de la capilla del barrio donde vivimos y nosotros cantamos en el coro y le ayudamos en la misa —contestó Ángel, aún sentado.

—No sé si el cura vendrá. Pueden ir al comedor después de la enfermería.

Sintiéndose mejor, Ángel, luego de tomar una pastilla, llegó al comedor. Las lámparas colgantes parecían algodones de azúcar, había cinco mesas de madera con seis puestos cada una, la decena de niños comían deliciosas tortas de maíz, queso, colada de trigo, postres de frutas y hojaldres. Ya entrada la noche, jugaban en el salón y de pronto los invadió el pánico, por los gritos airados de la directora:

—¡Mocosos haraganes, basta ya! ¡Ojalá no aparezcan más granujas que me tienen harta! Escuchen con atención: Levantada a las seis. Las niñas a la cocina y a la limpieza, los niños a la siembra, al ordeño y al corral. Para lo del estudio y lo demás la profesora les dirá. Desayuno a las siete, el almuerzo a las doce y la cena a las seis de la tarde. Mañana madrugan todos.

IV

—Gracias, sumercé, por ayudarme, pos aquí en La Modelo me estoy enloqueciendo sin saber de los hijos y sin poder hacer nada por ellos —le comentaba Raúl a la trabajadora social, quien le entregó una Pony Malta y un pastel de pollo.

—Don Raúl, preocúpese por usted y no ayune más que sus hijos están bien al cuidado del Bienestar Familiar. ¿Usted me dice que tienen ocho y diez años y ayudaban al padre en la parroquia? —decía la funcionaria del penal.

—Sí, sumercé, y le repito que soy campesino honrado y casi desde que llegué a Bogotá hace más de dos años, yo trabajaba duro en la “Especial”, no he robado nada, ya se lo dije al abogado de oficio, pero la palabra no vale nada, solo la plata, por eso sigo aquí —decía, mientras mostraba el pan y daba un nuevo sorbo a la bebida.

—Está delicioso y muchas gracias, sumercé.

—Esta acusación del dueño de la bodega de Abastos por el robo continuado de mercancía es malo para usted y el juicio está demorado. Esperemos al nuevo abogado —le dijo la joven funcionaria a Raúl, enseñando las hojas de la acusación.

Meses después, cuando veía desde las gradas del penal a los pájaros revolotear en el cielo, Raúl recordaba su finca en manos del avaro dueño de las bodegas y cosechas de la región. Solía perderse en sus imaginaciones liberadoras de los muros que lo ataban. Sin embargo, la ansiedad lo abrumaba a la espera de Pablo o del cura Antonio y ese día les habló:

—Ay, compadre Pablo, ay, padrecito, la ruina y los desalojos nos sacaron del campo. Gracias a Dios y a ustedes la vida acá no ha sido tan dura. Yo le dije a mi mujer: Ofelia, no sé cómo vamos a sobrevivir si la finca la di por lo que quiso el viejo bandido don Elías, mejor nos vamos a Bogotá que eso no nos dura nada y él nos asegura la casita allá. Y ella me repetía: Quedémonos, Raúl, aquí está la familia y los amigos; pos esos que se van por allá, pos ahí endeudados estarán. Póngase de jornalero con don Elías y yo con las galletas y merengones saldremos adelante. No sea testarudo, Raúl. Pero yo no le hice caso —se lamentaba cabizbajo el “Zarco”, como lo llamaban.

—Compadre, vusté lo sabe, con el poco dinero llegamos a la casita de Elías en Usme, nos gustó por el rio y asina nos acomodamos a la nueva vida, gracias al trabajito en Abastos que el padrecito me consiguió; Ofelia en el supermercado de su amigo compadre y los niños en la escuela.

—Sí, cumpadre y... a que sumercé haría lo mismo por mí. ¿Diga, por qué la Caja Agraria no le dio el préstamo si yo lo fiaba? —le preguntaba Pablo, mientras el padre le entregaba a Raúl una carta del nuevo abogado.

—Sumercé, pos porque no tenía con qué respaldar la deuda y no me dejé embargar la tierrita. Ya en el año 88 se la había dado en confianza al viejo Elías para que la trabajara por un milloncito y con eso pagué deudas y le negocié la casita en Usme —respondió, sonriéndole por la ayuda.

—Al menos hizo el trueque, compadre. Yo le hubiera comprado pero no podía tanto.

—Eso qué, sumercé, ya lo que se hizo, fue. Ahora no más es salir libre para buscar a mis hijos. Ya se lo prometí a mi mujer, a quien perdí hace seis meses en el atraco al supermercado donde trabajaba.

—Dios lo ayudará, hijo mío. Estamos suplicando al juez mediante el abogado amigo, que le permita una fianza para que salga libre hasta el juicio —le manifestó el sacerdote, conmovido por la tragedia de Raúl.

—Gracias, padrecito Antonio; le pido por caridad que cuide a mis pobres hijos que Dios le pagará su bondad —rogaba Raúl, mientras le apretaba las manos al cura.

—Sí, tranquilo Raúl, ellos están en un lugar agradable, aunque no han vuelto a permitir las visitas por el escape fallido —le contó el cura y esto entristeció a Raúl, pero sonrió al saber que sus hijos estaban bien.

—Gracias, padre, le encargo a los creaturos que son el motor de mi vida —le dijo Raúl al padre Antonio mientras Pablo lo interrumpía con historias de vecinos y parrandas y el padre lo bendecía al despedirse.

V

Tres meses después de pasar castigos en la granja, alimentando a los cerdos y haber enfermado por los encierros y ayunos padecidos, Ángel y Mariel imploraban día tras día a la directora buscar al padre Antonio en la iglesia, sin que sus súplicas hubiesen sido oídas.

—Ángel, yo rezo pero mi papá no viene. Tengo hambre y me duelen las manos —decía Mariel, angustiada dando vueltas en la cochera.

—Hermanita, mañana nos llevarán a la galería, porque los sábados llevan dos niños para ayudar con el mercado y solo faltamos nosotros.

—¿Por qué madrugar si trabajamos hasta la noche? ¡Yo no voy!
—dijo la niña, disgustada.

—Mariel, si nos despiertan iremos y ahora escúchame bien —
dijo el niño, porque apareció el capataz.

Amaneciendo, Maruja, con dos sirvientes, sacaron de la cama a los niños, llevándolos al mercado. En medio del recorrido, Maruja, con lista en mano, reclamaba o pagaba la compra en las bodegas, los dos grandulones la seguían y empujaban a los niños para que estuvieran listos con los talegos dentro de los canastos. Pasado un buen rato de compras, Mariel, que iba con la canastada de frutas, se desplomó; los hombres llegaron en su ayuda pero la niña no reaccionaba, entonces Ángel les dijo, gritando y desesperado:

—¡Llamen a la señora Maruja y traigan algo de comer! Es hambre lo que tiene la pobrecita.

Los capataces de Maruja se miraron, nerviosos, y caminaron en busca de su jefe. Apenas se alejaron, Ángel le dijo a su hermana:

—Hermanita, levántese y vámonos.

Los niños corrían como ráfagas de viento y a lo lejos se escuchaban ya los alaridos de Maruja:

—¡Agarren a esos niños ladrones! —vociferaba, pero nadie atendió los gritos de los perseguidores y esa horrible voz, que sentían cada vez más cerca, dejaba a los niños sin esperanza de escape. Pero al pasar por un local tropezaron con un hombre que salía con un

bulto de papas que tumbó a la niña; el hombre, al levantarla del piso, la abrazó con emoción y protegió en la bodega a los pequeños. Los grandulones intentaron arrebatarse los niños a Raúl —que días atrás había regresado a trabajar— ya que los verdaderos ladrones habían sido encontrados con las manos en la papa.

—Esos niños son mi responsabilidad —le gritaba Maruja, descontrolada, al hombre desconocido en la bodega.

—Son mis hijos y nadie se los va a llevar, menos ustedes que los obligan a trabajar —respondió el corpulento Raúl, con mirada desafiante.

—¡Es mentira, son niños mentirosos! —gritaba Maruja.

—Papá, es verdad lo que decimos, mire las manos y lo flacos que estamos porque nos dan poca comida —decían, llorosos y angustiados, Ángel y Mariel.

Maruja y sus sirvientes corrieron despavoridos ante la persecución de los enojados trabajadores que les atraparon y entregaron a la policía y al poco tiempo el malévolo internado fue clausurado.

La tumba de Ofelia florecía cada domingo, como prueba de la promesa cumplida de su marido. Y al cabo de un año Raúl, Ángel y Mariel habían regresado a su amado Pan de Azúcar.



COMO EL COLIBRÍ

Piedad Victoria Nieto

Debía estar muy cerca el amanecer porque sobre los cerros predominaba el color naranja, anunciando la aparición del sol. Moni, desde el balcón, observaba el reverdecer del césped, a medida que la luz lo alcanzaba. Las buganvillas se volvían más fucsia, las astromelias más rojas, las copadeoro más amarillas y los nardos más lila.

Tan pronto abrieron la puerta bajó al jardín. Mientras el viento frío de la mañana golpeaba su cara, los tibios rayos del sol penetraron sus poros y activaron su energía. Una misteriosa fuerza la empujaba a perseguir los pájaros y detenerse para admirar al colibrí, auténtico maestro del vuelo, suspendido en el espacio, libando una copadeoro. Lo vio partir mientras ella parpadeó. Quiso encontrarlo, no podía estar muy lejos y lo buscó entre los Caballeros de la Noche, esos arbustos que florecen en la oscuridad, emanando un exquisito olor que perfuma todo a su alrededor. Llegó hasta la puerta que daba a la

calle y al momento de cruzarla, escuchó el llamado de Tatiana para que subiera a desayunar. Moni no tuvo más remedio que devolverse sin encontrar al colibrí. Lo volvería a buscar en su paseo vespertino.

Tatiana le preguntó si había disfrutado su caminata, pero Moni seguía distraída pensando en aquel diminuto pájaro que volaba a su antojo, por encima de rejas y puertas. Después de desayunar se sentó en la poltrona que Tatiana le había regalado la Navidad anterior. Se rascó la frente en ese extraño ciclo de placer/dolor y mirando desde el balcón de su apartamento el movimiento cotidiano del vecindario, se quedó dormida.

Al medio día, Tatiana fue a la cocina a servirle el almuerzo. Cuando pasó junto a ella le acarició la cabeza y observó que el sarpullido estaba aumentando. Había puesto a prueba los alimentos para determinar cuál le estaba produciendo la alergia, igual había hecho con los productos de aseo, algunos los había cambiado, pero no percibía mejoría. Consideró pertinente pedir nuevamente una cita médica. Moni se despertó, la miró con agradecimiento y se volvió a dormir. Más tarde se levantó de la poltrona y empezó a caminar de un lado a otro del apartamento, con el deseo de volver al jardín y nuevamente buscar el colibrí. No podía hacerlo, Tatiana no lo permitiría, no era hora de salir; era hora de almorzar. Con tal de no contrariarla estaba dispuesta a cumplir todas sus exigencias, así respondería a toda su bondad.

El sol empezaba a caer. Tatiana la invitó a pasear nuevamente por los jardines. Sintió el intenso y agradable aroma de los Caballeros de la Noche y escuchó aquel aleteo frenético que le devolvió el optimismo. Con sigilo empezó a acercarse al arbusto para no atemorizar al colibrí, pero fue en vano. Nuevamente voló sobre la reja y lo vio suspenderse frente a la flor de un arbusto callejero; nada sacrificaba su libertad ni contradecía su instinto. La obtención

de su alimento solo dependía de él y no le importaba volar de flor en flor mientras no fuera atrapado y sus alas cortadas. Esto acabaría con su vida.

Quiso seguirlo. Pero cuando estuvo a punto de cruzar la puerta, sintió los brazos de Tatiana guiándola hacia el apartamento porque ya era hora de comer. Nuevamente, no tuvo más remedio que obedecerla. El colibrí no necesitaba compañía pero Tatiana sí. Al día siguiente lo volvería a buscar y entonces tal vez podría seguirlo.

Tatiana se levantó muy temprano a buscar en el armario la ropa que ese día usaría Moni para asistir a su cita médica. Esas ronchas en la piel, que parecían una alergia, le seguían preocupando y los remedios caseros no le habían hecho efecto. Por eso prefirió que su médico la examinara nuevamente aunque la avergonzaba tanta insistencia. La verdad, los últimos meses lo había consultado en exceso porque las laceraciones cada vez se hacían más frecuentes y se desconocía su origen.

Mientras le escogía el atuendo recordó la llamada de la casa de adopción meses atrás, anunciándole la llegada de Moni. Ese día empezó a decorarle la habitación y a llenarla con todos los muebles y juguetes que la divirtieran. Sintió la alegría de compartir, la ilusión de amar. Su realidad se tiñó de colores. Ya nunca más estaría sola. Tendría una hija.

Tatiana notó un gesto preocupante en el rostro del doctor, sintió que buscaba las palabras precisas para expresar su diagnóstico.

Empezó por decirle que el mundo emocional de Moni no marchaba bien, que algo le impedía vivir con normalidad en su entorno y que las ronchas no eran una alergia; eran laceraciones que ella misma se provocaba.

—Lo siento, Tatiana —le dijo—. Hay perros que son libres como el viento. A Moni la agobian las puertas y las rejas, así es su raza. Vas a tener que superarlo. Trata de hacer un pacto honrado con la soledad, como sugirió Gabo.



TERQUEDAD

Rubiela Naranjo Vélez

El doctor Ary, sentado en la mesa de juntas de la regional de finanzas del Banco América, mira a través de la ventana. Es una mañana soleada y a lo lejos el imponente nevado del Ruiz, con sus grandes capas blancas abrigándolo y un sinfín de espumas sobrepuestas formando la inmensa fumarola que se pierde en el claro azul del firmamento. Es un gran día, acaso un nuevo ascenso le espera.

Todo el salón está ordenado y dispuesto hasta el mínimo detalle. Las carpetas completas para cada uno de los cinco asistentes, quienes enfundados en sus trajes y corbatas, dedican su atención al informe cuidadosamente elaborado, todos concentrados en los altos rendimientos del último semestre.

El aroma agridulce del café recién preparado invade los rincones.

Cris, la secretaria, sabe que interrumpir la reunión podría ocasionarle conflictos. Duda. Peina con sus dedos nerviosamente su larga melena, contiene la respiración. Entreabre la puerta, con voz ronca y entrecortada y sus grandes ojos negros explayados dice:

—Disculpe, doctor, tiene una llamada.

—¿Por qué interrumpes?

—Perdón. Es urgente.

Un gesto le basta para mostrar su desagrado.

—Enseguida regreso.

Toma el teléfono. Tras un largo silencio, su arrogancia se desvanece, la palidez lo cubre, sus manos sudan.

—Me siento como si el volcán nevado hubiese estallado dentro de mí.

Cris contiene sus palabras.

Luego de agarrar con enojo el portarretratos de su escritorio, acomodarlo debajo de su brazo, dirigiéndose a ella:

—Consígame un tiquete para Medellín.

A estas horas ya deben estar allí, unas cuatro horas le costaría llegar a Medellín y de allí rumbo a la costa. Piensa él.

Es la una de la tarde, todo está dispuesto para recibirlo en el aeropuerto.

Mientras afloja el nudo de su corbata, el doctor Ary piensa en que cada segundo que pasa es oro. Se dirigen a la terminal de transportes. Suponiendo que ella salió en bus a las siete de la mañana, a lo sumo le llevará dos horas de ventaja.

Son pocas las empresas terrestres que ofrecen viajes directos de Medellín a Cartagena. Con el portarretratos en mano se acerca a cada cabina preguntando si la dama de la foto ha tomado el servicio, pronto descubre que efectivamente abordó el bus ciento sesenta y ocho, de Transportes Brasilia, que salió al mediodía.

El congestionado tráfico de la ciudad crispa sus nervios, el conductor hace piruetas y toma atajos para lograr salir rápidamente; ya en las afueras, la empinada carretera y las innumerables curvas le

causan mareo, recuerda que solo tomó un café en la mañana, cierra los ojos y trata de dormir.

Se mira en el espejo retrovisor de su vida y la ve llena de trabajo, de éxitos, de apariencias, de dinero, de amigos y de tragos.

—Doctor, ¡ahí está el bus! — grita con emoción el conductor.

—Finalmente lo hemos alcanzado.

Mientras acelera, el conductor aprieta con fuerza la bocina, de manera intermitente.

El doctor Ary, asomado por la ventanilla, hace señales desesperadas al bus para que se detenga. Finalmente el vehículo lo hace.

El doctor Ary de un salto gana la puerta del bus y sube. Recorre el pasillo, avanza mirando a lado y lado. No le resulta difícil encontrar a su hija, duerme plácidamente en brazos de Samuel, con sus largas y contorneadas piernas al descubierto por el short que lleva puesto. La sacude con fuerza.

Ella abre sus enormes ojos azules, retira sus cabellos rubios que en arlequines caen ocultando parte de su cara, sus mejillas que están sudorosas y rosadas ahora palidecen, y un grito de pánico queda ahogado en su garganta.

De un tirón su papá la saca de la silla, toma su moral que yace en el piso y la conduce afuera del bus a empellones sin pronunciar palabra. Todo es muy rápido. Los pasajeros que duermen plácidamente ni se enteran de lo sucedido.

Un silencio que expresa todo lo que sienten les acompaña en los largos kilómetros de regreso.

Gina ama ser libre, desde muy pequeña aprendió a comer y a bañarse sola, a elegir su ropa. Si se caía durante los juegos no le gustaba que nadie la ayudara. Siempre mostró su independencia,

arreglaba sus cosas con diligencia, sus tareas escolares siempre estaban al día, era desafiante. Ama el espíritu libertario de su abuela y de su madre, pero a diferencia de ellas, no piensa tener hijos. Una vida sin ataduras, sin nada que la coarte. Ese es su sueño.

Ya entrada la medianoche, finalmente llegan. La casa está en silencio. El doctor Ary, parado enfrente de su hija, la toma por sus hombros con ambas manos y con determinación le dice:

— ¡Gina, nunca más intentes escapar, no mientras seas menor de edad. Si lo haces te buscaré hasta en el último rincón del mundo y te traeré de vuelta!

— Solo fue una travesura, papá. Pero ¿cómo te enteraste?

— Esta mañana, al comprobar que no estabas en el colegio, la rectora llamó a casa. Nuestra empleada respondió que al igual que todas las mañanas habías salido a tomar el transporte muy temprano. Indagó a tus compañeras, sus sonrisas socarronas denotaban que algo sabían. Confesaron que habías escapado con Samuel e ibas rumbo a Cartagena. Llamé a los padres de él y partí en tu búsqueda.

Ella no replica nada.

— Ahora a descansar, aquí no ha pasado nada, mañana nos espera un nuevo día.

Con una suave caricia y un beso en sus mejillas se despide de ella. Gina le agradece. Le mira sus cabellos entrecanos y las líneas que empiezan a aparecer en su frente y en sus párpados y lo encuentra fascinante.

Antes de ir a la cama, Gina recorre cada uno de los espacios de su enorme casa. Todo está impecablemente ordenado: la inmensa sala, el comedor, el estudio, los libros que ama leer, los portarretratos de plata enmarcando los mejores momentos de sus vidas, las pinturas de su madre colgadas por todas partes, el enorme jardín interior y la marquesina que deja penetrar la luna hasta ellos. Ama su comodidad y bienestar.

Gina ha crecido con los años, la relación con su padre se ha fortalecido, aún no ha pensado qué carrera va a estudiar, no es fácil para ella tomar decisiones, y ya en su mayoría de edad cree tener el mundo entre sus manos.

No puede fingir que está asustada: los brazos protectores de su padre, la comodidad de su hogar, sus viejas amistades, cada calle, cada portón de sus vecinos, cada árbol plantado en sus alrededores, se han ido adhiriendo a sus sentimientos y a sus recuerdos y finalmente empiezan a doler intensamente y eso a ella no le gusta.

Como todos los sábados, el doctor Ary está sentado en su silla mecedora, tomándose su acostumbrado café y leyendo el periódico; aún no se ha bañado.

Con lágrimas en los ojos y apesadumbrada, la empleada del servicio se acerca y con voz entrecortada dice:

— ¡Doctor, la niña se ha ido. Había tanto silencio en su cuarto que me sorprendí, su cama está organizada. No está ni su ropa ni sus maletas. Se lo ha llevado todo!

El doctor Ary abre desmesuradamente sus ojos, levanta sus hombros, respira profundo y a intervalos contenidos.

Ella se queda mirándolo; a través de la ventana, la luz del sol a esas horas hace brillar las gotas que caen de sus ojos.

Y él continúa leyendo su periódico.



VIGILIA

Rubiela Naranjo Vélez

Escuché el timbre del despertador, miré por la ventana y vi que hacía rato había amanecido, el sol ya despuntaba en el oriente. Los años habían transcurrido y ese día, al igual que hacía veinte años, era viernes santo. Los recuerdos llegaron a mi mente, mi niñez y juventud, nuestras travesuras y regaños. Me estremecí de felicidad.

Recordé los inolvidables almuerzos de cuaresma y el día aquel en que casi pierdo la amistad con Luz Dary. Sí, ese viernes, todo tan dispuesto: el vestido y los zapatos nuevos para la ceremonia religiosa, la que poco me importaba, lo que realmente me entusiasmaba era ver a mi mamá preparando la cena y lo divertido del encuentro con mis primos que llegaban de vacaciones.

Y ese día con Luz Dary, ¿cómo olvidarlo? Sus grandes ojos almendrados, mirando hacia el balcón, esperando impaciente y confundida mientras arrancaba nerviosamente los cueros de sus uñas. ¡No!, ese día no habría trueque, me lo repetía. Quizás la

estaba traicionando. Mi amiga, la salvadora, la compinche, pero no me importó. Ese viernes santo era mi día especial, el de la vigilia. Después de eso estuvo meses sin hablarme y yo tuve que botar la carne al cafetal.

Vivía en el campo, en una casa grande en el filo de la montaña, de dos pisos, que permitía divisar los enormes cultivos de café arábigo, los guamos, los chachafrutos y los pomos. El primero era del negocio y el segundo la vivienda. Mal distribuida, la sala hasta la última de las habitaciones estaba comunicada por puertas centrales, amplios corredores alrededor, por donde soplaba el gélido viento de esas tierras cafeteras y colgando por todo lado canteros con helechos y orquídeas, los únicos lugares separados eran la cocina, el comedor y los baños.

La cocina espaciosa, con un gran fogón de leña de uso permanente donde se preparaban todos los alimentos, constituía el eje central de la misma. Desde el techo colgaban ganchos que caían hasta cada una de las hornillas y que servían para sostener las ollas con los alimentos, como en péndulo.

El humo del fogón servía para curar la carne, no entendía muy bien qué era curar la carne. Eran tiempos en que la vida transcurría con gran sencillez, sin nevera y pocos electrodomésticos. Por ello era que la carne se cubría con sal y se colgaba igual que las ollas, para que el humo de la leña la fuera sellando y protegiendo de la descomposición.

—Pero mamá, ¿cómo puedes hacerme esto —era mi reclamo permanente—, obligándome a comer esa carne?

Cantaleta va y cantaleta viene, siempre lo mismo. Que la buena alimentación, que las vitaminas, que las proteínas, que cómo quería entonces crecer sana y fuerte, que se tiene que comer toda la carne. Pero cómo explicarle que ese era mi gran tormento, ¿pero cómo?,

si eran tiempos prohibidos para contradecir a los padres y dale con lo mismo.

Recordé a su mamá, casi siempre parada en la puerta de la cocina esperando a ver los platos vacíos, ¿cómo hacerle trampa? Con mucha astucia, por supuesto. Y ella repitiendo: ¡Claro, qué ganas va a tener de comer si siempre está llena de dulces. Habrá que purgarla, esa barriga debe de estar llena de lombrices!

Iba a la escuela, allí servían refrigerio tanto en la mañana como en la tarde, una deliciosa colada con pan, más el mecató que compraba con el dinero que robaba de la tienda de mis padres, más las golosinas que sacaba a hurtadillas. Siempre quería estar llena y no tener que comer esa carne sangrona, que colgando en tiras, encima del fogón, iba tomando primero el color verde de las hojas de cebolla y luego el gris oscuro del humo y en pedazos hirviendo en la preparación de los alimentos, el sabor que dejaba la sustancia en las sopas, verla puesta sobre los platos, todo me resultaba insoportable y repugnante.

En ocasiones y por curiosidad entraba a la cocina, más que a colaborar, a fisgonear. Y fue por eso que conocí los estragos de las moscas. Sí. Era muy difícil evitarlas, las perseguían sin cuartel hasta aniquilarlas, pero de todos modos podían dejar sus huevos sobre la carne que terminaban convertidos en larvas, para continuar su ciclo reproductivo. La solución era práctica, cortaban la lonja de carne afectada, la lavaban bien y a la olla. Pero esto no era todo, a veces la carne alcanzaba a descomponerse, de todos modos la lavaban muy bien y se cocía. Ese olor aún me persigue y lo tenía pegado a mi olfato como una sanguijuela, ponzoñosa y dolorosa entre mis fosas nasales.

Durante las vacaciones llegaban a casa algunos primos cercanos —sobrinos de mi mamá—; pasábamos días de juego, de sol, de risas,

saltando por corredores, cafetales, trepados en guayabos y naranjos, impregnándonos del olor de azahares, de flores y de frutos, pero lo mejor era la hora del almuerzo: como ellos eran carnívoros, sin que mi mamá se enterara tiraba la carne a sus platos. Todos éramos felices.

Contiguo a la casa grande había una pequeña, la parte baja generalmente era ocupada por la familia de quien hacía las labores de recolección y beneficio del café. Así fue como conocí a mi entrañable amiga de infancia, Luz Dary; menudita y morenita, con su pelo corto y hablar pausado. Éramos de la misma edad y asistíamos juntas a la escuela. Eran muy pobres. Habían llegado tras la muerte del padre, en condiciones extremas, pero tan honrados y buenos que mi papá no dudó en ayudarlos. La comida en casa de ella era escasa, nunca había carne, tan diferente a la nuestra. Yo hubiese querido comer siempre en su casa.

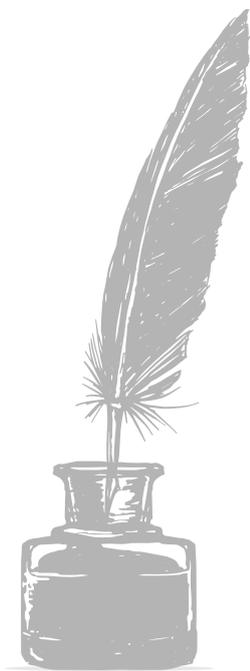
Fieles a las tradiciones paisas, en la mesa no faltaban las arepas, se comían al desayuno —planchas, planas—, al almuerzo y a la comida —redondas, pequeñas, pero con mucha masa dentro—. Luz Dary y yo intercambiábamos comida. Yo, con cuidado, retiraba la masa de la arepa del almuerzo, sigilosamente la rellenaba con mi porción de carne, la escondía entre mi vestido. Luz Dary, atenta a mi salida, por el patio trasero me esperaba para hacer el canje, ella llevaba plátano maduro cocido con cáscara o tajadas de maduro fritas, disfrutábamos inmensamente aquel intercambio. En nuestros posteriores y esporádicos encuentros años después, reíamos a carcajada abierta recordando nuestros trueques de infancia.

Esos días de cuaresma me llenaban de felicidad, los encuentros con primos, estrenar vestido, pero sobre todo por la vigilia.

Mi mamá no concebía la comida sin un pedazo de carne, por eso y muy a pesar de sus pocas dotes culinarias, volcaba sus mayores

esfuerzos en tiempos de vigilia; con esmero preparaba el más delicioso pescado, horneaba pan, tortas cubiertas con grajeas de colores, las sopas con tortillas de huevo, los preparados con maíz tierno, la mazamorra paisa, los postres, se notaba que era cuaresma y yo feliz disfrutando y saboreando los ocho días del año en que no tenía que comer carne, ni hacer canje. Por eso casi pierdo la amistad de Luz Dary, porque ese viernes la dejé esperando con sus tajadas de plátano en la mano, porque ese día yo no podía perderme la comida de cuaresma.

LOS AUTORES



****BOGOTÁ****

Roberto Rubiano Vargas
Responsable del taller *Palabras Mayores*, Bogotá

Piedad Victoria Nieto Velásquez
Administradora de Empresas

Rubiela Naranjo Vélez
Ingeniera Industrial

María Mercedes Paredes L.
Psicóloga

María del Pilar Restrepo R.
Especialista Profesional de Humanidades

Marina Córdoba Nieto
Comunicadora Social y Periodista

Magaly Oyaga Sánchez
Docente

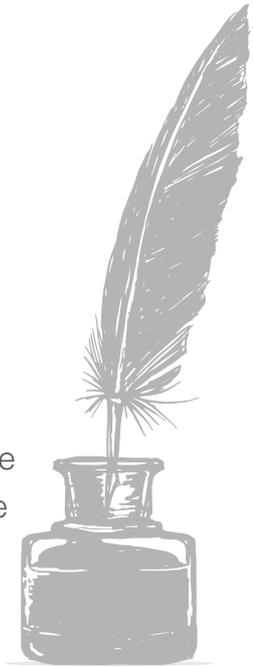
Clara López de Medina
Periodista

Iris Briñez
Abogada

Juliana Manrique de Monje
Docente

CALI

- Cuento
- Crónica
- Ensayo
- Décima
- Fragmento de
Novela Breve
- Confesión
- Fábula
- Anécdota





EL TÍO QUE CANTABA DESENTONADO

Germán Portilla

Quisiera estar fumando un Pielroja sin filtro, chupando aguardiente y acompañado de una hembrita para que cante conmigo mientras yo busco dar ritmo con mi guitarra. Los médicos me prohibieron todo porque estaba acelerando mi muerte. No les hice caso.

En mi nacimiento, la partera, una agraciada mujer, me abrazó fuerte y sentí en mi rostro sus pechos firmes. Una dicha. No me dio palmada en mis nalgas porque, según comentaron, comencé a emitir sonidos guturales como de carcajadas, tan continuos que contagiaron de risa a todos, mi madre incluida. Cuando una de mis tías, la más fea, me tomó en sus brazos, dijo que me estaba burlando de ella porque subí el volumen y la miraba como aterrado. Por pánico comencé a llorar.

En mi casa fuimos ocho hijos, nuestra hermana mayor y siete varones. Todos nacimos y crecimos bajos de estatura. En el pueblo nos decían que éramos Blanca Nieves y los siete enanitos.

A mi hermana mayor la casaron con un viejo ricachón y fue así como pudimos sobrevivir a expensas de él, quien afortunadamente murió al poco tiempo. En la herencia figuraban unos almacenes y una fábrica donde comencé a trabajar desde los ocho años. Mis tres hermanos mayores recibieron educación pero consideraron que no deberían gastar dinero para educarme a mí o a los otros menores, porque además de feos parecíamos bobos.

Todo el dinero que recibía de mi trabajo lo gasté en cosas que conseguía para regalar y congraciarme con los amigos. Compré una guitarra y aprendí por mi cuenta a tocarla para acompañar algunas canciones que yo interpretaba sin importarme lo desentonadas que se oían.

Aprendí a fumar, a tomar licor y a conquistar chicas. Yo no era atractivo, me decían metro y medio pero mientras tuve dinero me iba bien. Al pasar en una ocasión por una librería vi un libro de fórmulas para producir productos químicos. Decidí comprarlo y guardarlo.

En una salida de juerga vi una chica muy agraciada en el parque, acompañada de unos parientes. Me acerqué a hablarle pero no fue posible así que los seguí hasta la casa donde vivían. Comencé a dejarle notas por debajo de la puerta y como no conseguí hablar con ella, les pedí a mis amigos que me acompañaran a darle serenatas. Borracho, y cantando sin gracia, una noche ella abrió la ventana y me dejó una nota. Al día siguiente nos vimos, al mes estaba embarazada y a los seis meses nos casamos.

El hijo de mi hermana vendió la fábrica y los almacenes. Me quedé sin los ingresos con los que vivíamos. Recordé entonces el

libro de química. Con ahorros compré unos tarros y materia prima para producir un blanqueador. Comenzamos a producir en el patio trasero. Nos iba bien hasta cuando contraté un ayudante de unos once años de edad. Lo encontramos una tarde muerto dentro de una caneca de solvente. Parecía que le gustaba aspirarlo. Logramos ocultar el cadáver. Dijimos que tal vez se había perdido al regresar a su casa.

Volví a beber con los amigos y continuaba al llegar tarde a la casa. Mi esposa escondió el licor pero una noche entré y al no encontrar nada para beber, vi la colección de botellitas que ella tenía como adorno por todas partes. Las quería mucho porque se las regalaron sus padres y contenían todos los tipos de licores y marcas. Eran más de cien. Las bebí todas. Hoy me están velando y no parece que haya venido nadie triste a despedirme. Mi esposa dijo que me había suicidado.



LA MARIPOSA Y EL PEZ

Germán Portilla

— **N**o existe realidad alguna, que me haya cautivado más, que los sueños que sueño —así dijo un pez, mirando a una coqueta mariposa que volaba sobre un estanque repleto de flores, con una fuente circular en el centro, donde el agua caía esparciendo un sonido de cascabel a su alrededor.

—En realidad acabo de salir de mi crisálida y no entiendo de sueños —le respondió la mariposa.

El pez no percibió el desdén. Absorto en sus pensamientos creyó haber logrado la atención de la mariposa y nadaba con alegría, persiguiéndola para no perderla de vista.

Todos los días el pez esparcía pétalos de diferentes aromas y colores cerca a las piedras de la fuente donde la mariposa iba por lo regular a posarse. “Algún día podré ser su amigo”, pensaba.

Los otros peces del estanque observaban las maniobras del pez para acercarse a la mariposa.

—Es un viejo iluso que persigue lo imposible, tal vez se le corrió la teja —decían unos.

—Ninguna mariposa y menos una tan joven le va a prestar atención —murmuraban entre ellos.

Al pez no le afectaron los comentarios y prefirió apartarse.

De pronto se da cuenta de que muchos peces, como él, estaban desapareciendo y llegaban al estanque otros más jóvenes. En ese momento muy poco le importaron sus amigos, solo quería continuar con su único propósito: lograr de la mariposa una pizca de afecto.

En una ocasión la mariposa le expresó sus dudas al pez:

—No sé qué pretende usted, señor pez, al perseguirme. Sus regalos me han gustado pero no creo poder corresponderle en nada.

El pez la escuchó, absorto. Volvió a ilusionarse solo por haberla escuchado sin haber comprendido lo que la mariposa le había querido decir.

Continuó sin descanso colocando sus ofrendas de pétalos cada vez más grandes y llamativos, hasta que en una ocasión vio que la mariposa pasó por la fuente sin prestarle ninguna atención. Fue la última vez que pudo observarla y se llenó de aflicción. Los peces recién llegados decían:

—Este anciano parece tener una inmensa tristeza.

En un sueño pudo ver unas alas de dragón verdes y amarillas que iluminaban y batían el aire e imaginó ver a la mariposa sonreírle. Alucinó, creyendo por fin ser correspondido, pero al despertar de su ensueño observó a alguien pescando al otro lado del estanque y recordó cuando comenzaron a desaparecer sus amigos. Un

sentimiento de soledad se apoderó de él. Decidió entonces nadar con fuerza para dar un gran salto y caer dentro de la red que utilizaban para sacar y llevar a los peces a exhibirlos en una vitrina.



AUTENTICACIÓN NOTARIAL

Humberto Rey

Casimiro Cienfuegos había sido un estudiante notable aunque melindroso en las aulas universitarias. Al graduarse de abogado su familia con influencias políticas le había facilitado apropiarse del notariado de una pequeña ciudad. Desde entonces sus traviesos ojitos dejaron de brillar con la legalidad de los códigos para hacerlo con los pesos que caían por montones a sus arcas cada vez más llenas de billetes y cheques.

Con dinero y poder era un Juan Tenorio a su manera, aunque su cara mostrara falta de gracia y donosura y sus gestos, un poco felinos, dejaran ver una ambición desmedida.

Raquel Galindo, una bella modista que pasaba por sus predios notariales, fue el primer blanco en el que hizo diana su flecha erótica, con tan buena puntería que a los nueve meses lloraba un rollizo Galindo entre sus brazos, al que poco después las normas legales notariales le obligaron a apellidarle y registrarle como Cienfuegos.

Sus finanzas, a pesar del oficio, se resintieron. Para colmo de males Raquelita, su gran conquista, le comunicó que se iba con su Cienfueguitos a prender otros fogones, porque estaba enamorada de un futbolista que le daba la talla a sus pretensiones, veleidades, expectativas sexuales y caprichos.

Se dolió más de la cuenta Casimiro al oírla, pero haciendo honor a su apellido volvió a prender la mecha del fuego amoroso y esta vez la conquista fue Ángela, quien por sus cualidades y curvas hacia honor al grupo de querubines, serafines y cortes celestiales de donde parecía provenir. Vivieron un romance paradisiaco. Con la llegada de los años el feliz notable notario creía que ahora todo marchaba sobre rieles porque entre los dos amoríos él había tratado de colocar prevenciones y diques anticonceptivos definitivos quirúrgicos para que ningún llanto volviera a empañar la lírica de sus eróticos momentos.

Ángela, salida de una corte celestial pero llena de sensualidad y deseos, colmó de risas y canciones sus paseos por Europa y el Medio Oriente. Entre ambos entretejían narraciones fantásticas para las audiencias regionales.

Parecían entre los efluvios de los vinos sus historias salidas de la boca de Scherezada en “Las mil y una noches”.

Viajaron en derroche de dineros y caricias hasta los calurosos desiertos africanos y robustecieron sus pasiones entre besos llenos de arenas, con turbantes bereberes y recuas de camellos.

Pasaron cinco años. Casimiro se enamoraba más. Le rogó que se fueran a vivir juntos, para que la rutina pusiera sus indelebles huellas sobre los sentimientos fuertes.

Ella quiso en medio de su acaramelamiento darle una emoción fuerte. Se lo manifestó en una fiesta de amigos. ¡Estoy embarazada, Casimiro Cienfuegos! Este heredero será tu alter ego futuro, nos

dará más calor que el que irradia tu apellido. No habrá rescoldos ni cenizas. La nueva vida que entrelazamos nos verá envejecer llenos de caricias, sinceridad y fidelidad.

Se unieron en matrimonio porque la legitimidad es uno de los objetivos notariales y porque el amor es su testigo.

Los años rodaron por los predios Cienfuegos, a veces en una forma rutinaria y en otras ocasiones llenos de pirotecnias y osadías.

El hijo de Angelita perdió su inocencia y se adentró por los caminos humanos llenos de vida, esperanzas, risas, sueños y dolores.

Los que lo conocen dicen que es un clon del notario Casimiro, con sus cualidades y defectos. Él, cuya función consiste en testificar la verdad para hacer todo auténtico, se ríe y confirma que su heredero tiene sus mismos genes y resabios, por lo cual afirma no vale la pena amargarse la vida.

Hace dos años en el testamento le legó sus bienes. Casimiro está convencido de que en algunos casos el amor y la comprensión sobrepasan la fuerza de las leyes, mandamientos y mimetizan las herencias humanas.

Ángela ha perdido sus apéndices alados por su gordura. Conoce que las leyes de la paternidad son parte de la biología pero está contenta de que su hijo sea un Cienfuegos gracias a la generosidad y tolerancia de su compañero parejo que adquirió sabiduría.

Las viperinas lenguas de la ciudad pequeña anotan que el notario Cienfuegos tuvo un juego amoroso y un fuego filial, pero no saben dónde está la verdad. Él sí la sabe y ríe con lo que le enseñó la vida.



LOS ENANOS CRECIERON

Humberto Rey

Hace 2500 millones de años los microbios hicieron una Asamblea para vengarse de lo sagrado misterioso, por haberlos hecho pequeños, mudos y asexuados. Trazaron un plan. Uno de ellos se introdujo en otro y las baterías energéticas biológicas o mitocondrias celulares aparecieron.

Con ellas la vida multicelular fue posible. La evolución natural hizo el resto. Los pequeños seres vivos se vengaron, a través de los homínidos, racionales.

Enfrentaron a los dioses, mediante las seis mil religiones que han desatado carnicerías y masacres en nombre de los diferentes Zeus, Neptunos, Zoroastros, Visnús, Budas, Alás, Jehovás, Jesuses, y de muchos profetas y gurús que los secundan y acatan.



SIN AZÚCAR, POR FAVOR

Jorge Enrique Villegas M.

Miró por un instante a su alrededor. Néstor sintió la lluvia acompañada de los fríos vientos que llegaban del océano gris. Alzó la mirada y vio, al fondo, los bosques cubiertos de niebla. Escuchó el silbido del viento, el golpe de las ramas y el sonido de la lluvia con redobles de catástrofe. Observó cómo los árboles bailaban su propia danza. El agua estaba helada. Percibió el cielo denso y oscuro. Llovía sin truenos ni rayos. “Mal presagio”, pensó, mientras se ajustaba la bufanda. Había ido con los amigos a almorzar una “paella valenciana a la gallega”, como decía el cartel del restaurante de la tía Lupe. El fuego en la chimenea daba el calor que alegraba el momento. Servido el vino blanco y puesto el pan, trajeron mejillones. Su color mandarino, la frescura y el sabor —limón, aceite de olivo, cebolla blanca— les hacía exclamar que todo “era un deleite”. La tía Lupe sonreía. Luego pusieron langostinos. “Hay que comer sin afán y sin llenar la tripa. Viene más”, recomendaba. Luego, con vino de la casa, un tinto joven,

fresco, colocaron un atollado de arroz preparado en los jugos del hígado, las vísceras y los huesos carnosos del cerdo sacrificado dos días antes. “Este plato lo hago una vez al año, cuando se sacrifica al animal. Hay que comerlo caliente”, dijo la tía Lupe. Consumidos los platos, pidió el café.

Lena y su hermana Ada ayudaban en la cocina. Para la entrada, Lena limpió los mejillones. Protestaba por las barbas tan duras de quitar.

—No te quejes. Si quieres decir algo, dilo de una vez —expresó Ada.

—Imaginaciones tuyas.

—Te engañas. Suspiras y te sobresaltas por cualquier ruido en la puerta o en la ventana. Tú escondes algo. Habla, que más temprano que tarde se saben las cosas.

—Pero ¿qué dices...? Habladurías las nuestras.

Años atrás Lena, con 16 años, suspiraba cuando veía a los muchachos jugar o caminar hacia el instituto. Se imaginaba abrazada y querida por uno de ellos. Ada, dos años mayor, la veía y sonreía. Una tarde le propuso que fueran a la ermita de san Alberto, recuerdo romano de sólidos muros. Reconstruido su techo una y otra vez, habían prohibido ir sin guía al lugar. Desde allí, la bahía daba una vista preciosa. Las esposas, las novias, las amantes, las amigas, iban en romería cada vez que sus hombres se embarcaban en los pesqueros. Los despedían alzando los brazos. Luego, el sonido atronador de las piedras que ellas arrojaban al techo de la ermita era enorme. Pedían lo mismo: “san Alberto, que mi marido —mi novio, mi amante, mi amigo— regrese. Tráelo con bien. Perdona las piedras. Es para recordártelo”. La costumbre se extendió a

las jóvenes con ganas de novio. Por eso la prohibición. Ninguna limosna alcanzaba para reparar el techo.

—Visitemos la ermita —le dijo, en tono cómplice.

—¿Tú crees?

—No hay mujer en la aldea que no haya ido. Dicen que es milagroso.

—¿Cuándo?

—El viernes.

Cada una pidió lo suyo y regresaron a esperar. Pronto, Ada se lió con un marinero que le hizo dos hijos. Aún regresa en las tardes a tirar piedras, cada vez con más rabia, pidiéndole al santo que lo torne pronto. Las hermanas se distanciaron. Cuando la tía Lupe propuso el restaurante, las hermanas ofrecieron ayudarle.

En el restaurante los aldeanos sacudían el tedio jugando a las cartas y tomando vino tinto. Los visitantes disfrutaban de buenos platos. Cuando llegaba agosto realizaban el festival del verano. Las fiestas se multiplicaban. Arribaban gitanos que, por tradición, ocupaban el mismo solar y preparaban juegos, ofrecían bailes, recitaban y leían la suerte. Lena recorría los lugares y disfrutaba del ambiente. En una ocasión vio a un joven gitano que colocaba una herradura en la puerta de una habitación improvisada.

—¿Lees la suerte? —preguntó.

—No. Descubro caminos.

—¿Me puedes ayudar?

—Cómo sé, si no has consultado.

—¿Cuánto cobras?

—Según lo que vea.

—Entonces, descubre los míos.

—Entra.

La descubrió a ella.

— Vuelve. Hay mucho por descubrir.

Se preguntó por qué no lo había hecho. Por qué las ganas y el susto. Por qué el rubor que la sofocaba y el calor que la quemaba cada vez que pensaba en él.

Pasaron las fiestas. “El próximo verano vendrá. Le dejaré recorrer mis caminos”, se ilusionaba. El tiempo pasó. El fuego encendido por el deseo que no la dejaba dormir y la hacía llorar, se apagó. Desde entonces, comenzó a vestir trajes oscuros.

Ada insistió:

— Lena, ¿por qué guardas luto?

— Por el amor.

— ¿Cómo?

— No he dicho nada.

— Te ves vieja cuando vistes así.

— Lo estoy.

— Vives amargada.

— No sabes lo que dices.

— Al menos me casé y tengo a mis hijos.

— Valiente boda.

— ¿Qué dices?

— Afortunada por tus hijos.

— ¿Qué dices? Habla claro.

— Que la fortuna la tienes por tus hijos. ¿No te has dado cuenta de que tú eres la amargada? No sabes nada de tu hombre —le espetó, irritada.

— Pero ¿qué bicho te picó...?

— Entonces, no me aceches y ocúpate de lo tuyo.

— Lena, trae el café. No demores —repitió la tía Lupe.

—Sí, tía.

Entró al comedor. Fue tal la impresión que sintió al verlo, que soltó la vasija.

—¿Qué te pasa, Lena? —expresó la tía Lupe.

No respondió. Los comensales suspendieron lo que hacían y escucharon.

—¿Por qué volviste, Néstor? Yo te enterré con mis recuerdos — declaró, adolorida.

—¿Se conocen? —preguntó la tía Lupe.

—Pasaron diez años. ¡Diez malditos años!

Afuera, la lluvia y el granizo hacían más fría la tarde.



EN NAVARRA GUSTAN DE LOS CALAMARES

Jorge Enrique Villegas M.

Presencí su muerte. Los dedos se relajaron y soltó la capa con la que, momentos antes, había cubierto el rostro. Al descubrirle la cara, no había brillo en los ojos. Solo una leve sonrisa. Así cambió de camino. El cuerpo querido, ya no era Nyasha.

Estábamos en el último día de octubre y comenzaba la noche. Ella llegó al refugio en el autobús de las seis de la tarde. Me atrajo el rostro firme, los ojos grandes, límpidos, la melena de rizos negros y el pequeño sombrero que lucía. Cuando escuché la voz, me gustó la claridad y firmeza con la que se expresaba. Con afán, arrastró la mochila, hizo la fila y alcanzó una litera para pasar la noche. Luego, caminó presurosa al templo de la Colegiata. La ceremonia religiosa había comenzado. Tres sacerdotes oficiaban el acto. Solo unas cuantas velas alumbraban el recinto. Las voces suaves murmuraban frases en diversos idiomas. Nyasha cerró el acceso y

buscó a tientas dónde hacerse. Hurgó en un bolso y sacó algo que no distinguí. Ella seguía con interés los movimientos del más joven de los oficiantes: un sacerdote que se destacaba por el hábito rojo y oro y por la blancura de los dientes. La piel negra se confundía con las sombras. En el momento en que expresaba un “ora pro nobis”, de bruces cayó al piso. Nyasha hizo con las manos un signo extraño y guardó lo extraído. Abandonó el templo junto con las personas que, asustadas, se atropellaban por salir. Rápido se dirigió al refugio. “Un maldito menos”, mencionó.

Awa, por un tiempo, fue la atracción en las fiestas de la aldea. Remedaba a los compañeros que reían al descubrirse en los gestos y maneras que desnudaba. Al comienzo lo tomaron como bromas. Luego, dejaron de serlo. Observaron nerviosos cómo Awa se desdoblaba imitándolos en situaciones comprometedoras. No lo quisieron más como amigo. Awa puso precio por dejar de simular. Fue odiado y más de uno pagó para que le hicieran daño.

Hábil, lisonjeó a Sven y a Ramón, dos de los misioneros llegados a la región. Se volvió guía y traductor y mostró disposición por los textos rituales. Los aprendió y los recitó. Cuando Sven lo observaba, Awa despertaba las dotes histriónicas para imitar a Ramón. Ramón creyó que Awa era muy piadoso, con vocación para la vida religiosa. Nunca estimó que buscaba parecerse a Sven. Ambos decidieron patrocinarlo y lo volvieron acólito.

El padre Awa, como comenzaron a llamarlo, manoseaba a quien se dejaba y prometía el peor de los castigos que la nueva confesión enseñaba si la afectada hablaba.

Viajó con sus mentores, que, agradecidos por el hallazgo, elogiaban la entrega al estudio y la vocación de Awa. En confesión,

fue denunciado. Sven y Ramón sufrían por esta condición humana tan dada a las habladurías y a la envidia. Lo creían calumniado. Por eso le anunciaron que iría con ellos de regreso a Europa.

Cuando Nyasha lo supo, lloró de ira. Awa abusó de ella y de su madre. Conoció que también lo hizo en la familia de Dembo y en la de Ousman, vecinos de donde vivía. Juró borrar del mundo semejante basura. Cuando se disponía para la limpieza, Awa volaba a Madrid.

A la hora de la cena, yo departía con un italiano y un portugués. Me di cuenta de que ellos aún no sabían de la suerte del religioso. Esto me tranquilizó. El refugio servía una buena comida a base de pastas, pan y vino. Las porciones eran generosas. Brindamos y elogiamos la calidad del vino. Cuando ella entró, la ubicaron en nuestra mesa. Bebió un poco de vino y probó los espaguetis. “Lástima que no hayan servido calamares” —expresó— y dejó la comida a un lado. Supimos algo de cada uno y nos deseamos “un buen camino” al terminar la cena.

Salí con Nyasha. Me miró y caminamos. Hacía frío. La luna iluminaba las montañas y resaltaba la figura del bosque cerca del montículo donde nos sentamos. Se quedó en silencio. Extasiada miraba a la luna.

—Listo —dijo—. Usted, quien sea, váyase a dormir. Van a ser las once y tengo cosas por hacer.

—Hace frío.

—Por eso mismo.

—Voy con usted donde sea.

—¿Dónde sea? Usted no me conoce.

—Me intriga y me atrae. Desde que llegó, la he seguido. Vi lo que hizo en la Colegiata.

—Conmigo todo es un riesgo —expresó.

—Lo asumo.

—Si es así... Debo ir a Zugarramurdi. Cerca de aquí. Hice una promesa y llegó el momento de cumplirla.

No dije nada. No entendí el significado de lo que revelaba.

—¿Cómo iremos?

—Caminando.

Decidida, entró al bosque. El viento helado me erizaba. Llevaba afán y parecía conocer la ruta. Unas dos horas después, junto a una roca, me pidió que la esperara. “Debo ir sola”, dijo. Se internó en una cueva. Luego, escuché truenos, hubo rayos y el viento agitó con fuerza las ramas de los árboles. Sentí miedo. Cuando regresó, me tomó de las manos y me besó.

—Está asustado —expresó—. Al amanecer, dejaremos el refugio. Nos desviaremos y entraremos a Sorginaritzaga, un bosque de robles muy denso. Para muchos un lugar mítico. Por favor, no pregunte para qué o por qué.

Como había dicho, apenas amaneció, dejamos el refugio. El frío del amanecer y el viento se ensañaban conmigo.

—Sígueme, o tropezará con las ramas y las piedras.

Caminamos en silencio y rápido. Cuando se detuvo, lo hizo junto a un mojón. Buscó la luz del sol y se orientó. Llegamos a un gran roble del que colgaban trozos de cintas rojas, moradas y amarillas. Me pareció extraño. Se sentó, se quitó el sombrero, elevó los brazos y lloró. Después, con voz ronca, dijo:

—Madre, cumplí.

Se levantó, me miró y empezó una cadencia suave. Un ritual bailado que aumentó en frenesí. Al acabar, me besó.

—Poséame —me pidió y se despojó del vestido—. Me doy agradecida.

Saciados, dormimos. Al despertar, volvió a besarme. Tomó mi capa y cubrió la cara...



PERA EN DULCE

Jorge Enrique Villegas M.

Mientras cenábamos, nos advirtieron que tuviéramos cuidado en los desplazamientos dentro de la ciudad. Las autoridades estaban preocupadas por el aumento de atracos durante las fiestas. Cuando amaneció, decidimos ir en taxi al Alto del Perdón, a las afueras de Pamplona, y desde allí continuar nuestro camino. El conductor nos dijo que se llamaba Martín. Se mostró amable y conversador. Le pregunté por un muñeco de ojos grandes que llevaba en el tablero, a un lado del timón.

—Se llama Dédalo. Es hermano de Ícaro —Nos miró, sonrió y continuó—: ¿De dónde sois?

—Del sur —respondí.

—Del sur —repitió—. También vengo del sur... Les contaré la historia: Tenía 15 años cuando aprendí a conducir. Mi papá era camionero. Me decía: “¿quiere conocer el mundo? Aprenda a manejar. Si puede con este camión, puede con cualquier carro”.

—¿O sea que usted también es camionero? —mencioné.

—No, no me alcanzó el tiempo. Un día mi papá dejó el camión con la carga en una bodega en Braga. No volvimos a saber de él. Yo soy el mayor de mis hermanos.

—Vaya...

—Fue duro. No había pasado una semana desde su desaparición y se nos hizo un milagro: el dueño de la casa donde vivíamos se emborrachó. Su mujer gritaba enfurecida “¡no más!, ¡no más!”, al verlo tirado en el piso, mojado en sus propios orines. Yo la miraba. Me preguntó: “Martín, ¿sabe conducir?”. Deme las llaves, le dije. “Lléveme donde mi hermana. Esta mierda no la aguanto más”, murmuró, mirando a su marido. “Yo le indico por dónde”. Me tiró las llaves del taxi que él manejaba.

Dos días después, su marido bebía de nuevo. Ella, enfurecida, le sacó la ropa a la calle y lo echó con tremenda bronca. Me dijo: “Martín, trabaje para mí. Maneje el taxi. Yo le indico los sectores y las rutas para que no tenga problemas con los guardas”.

Ganaba poco, teníamos vivienda, comíamos y mantenía el coche bien. Recuerdo la tarde en la que resultó un pasajero para el aeropuerto. Allá me di cuenta de lo que hacen los taxistas para hacerse con buenos trabajos. Desde ese día fui al aeropuerto. Dos o tres servicios me daban lo que necesitaba y regresaba a casa. No todo fue como pera en dulce. El de los taxistas es un gremio difícil. Me gané la antipatía de algunos de ellos. Una mañana, desde otro taxi me arrojaron un muñeco. ¡¿Qué te crees, infeliz?!, grité. “¡Mírate!”, escuché. Quien fuera se burlaba de mí. Para ellos yo era muy chico. Volví a mirar al muñeco. En ese momento se me iluminó el coco. “Vas a ser mi aliado”, expresé, sin pensarlo mucho. “Te llamaré Ícaro”. Estábamos como ahora, en las fiestas de san Fermín y le hice el servicio a un turista griego. Yo había colocado a Ícaro en el tablero, aquí, donde está Dédalo.

—Es un muñeco simpático —me expresó en buen castellano.

—Cada vez nos conocemos más —le mencioné—. Se llama Ícaro, como mi hijo.

—¿Ícaro?

—Sí.

—¿Usted sabe quién fue Ícaro? —me preguntó.

—Algo. Un antiguo aviador.

—No propiamente —dijo.

—Vale, es una manera de decir. Alguien que sin ser ángel voló.

Mi idea era que Ícaro, el muñeco, viajara, se entretuviera con aventuras y luego se las diera a conocer a Ícaro, mi hijo.

—Usted, por ejemplo —le dije.

—¿Yo?, ¿yo qué? —me preguntó, sorprendido.

—Llévese a Ícaro, si me acepta una condición.

—¿Cuál?

—Cuando regrese al lugar desde donde viene, si sabe de algún conocido que venga a Pamplona, déselo. Que me busque y me lo devuelva.

Le di el número de mi móvil.

—Trato hecho.

—Fue así como comenzó a peregrinar. La última vez que lo vi, iba rumbo a Brasil. Lo llevaban al mundial de fútbol. Han pasado varios meses y aún no regresa. Creo que se lo han quedado. Al llegar a casa, Ícaro, mi hijo, pregunta por él.

—Vendrá —le expresé.

—Eso espero.

Ahora educo a Dédalo. Es mentiroso y grosero, putea por todo. Mi hijo sabe que pronto llegaré con el hermano de Ícaro y contará las aventuras por las que Ícaro ha pasado...

—Mañana vamos a bailar, nos divertimos y nos tomamos unas cañas, ¿vale? Nos encontramos donde Manolo.

Irati le sonrió.

—Guapo —le expresó, y lo besó.

Martín sabía de un taxi que, dos cuadras más allá de donde él vivía, parqueaban de madrugada. “Con un golpe fácil y rápido arreglo el día. Irati estará contenta. Estas fiestas nos arreglan a todos”. Se hacía ilusiones sobre lo bien que lo pasarían.

Cuando llegamos al sitio indicado, el conductor detuvo el coche, abrió la guantera y sacó un revólver con el que nos apuntó. Nos pidió que vaciáramos los bolsillos, dejáramos las mochilas y nos apeáramos. En ese instante, vi los autos de la policía. De manera brusca Martín aceleró y, en una curva, se salió de la carretera. Nos vimos dando tumbos montaña abajo.

—Díganos lo que pasó —le pidió el guarda.

—No sé... pregúntenselo al taxista.

—Lo buscamos. El taxi fue denunciado como robado.

—...¿Mi esposa?

—Algunas fracturas...

—Martín, ¿qué diablos te pasó? —le preguntó Irati al verlo llegar con la camisa y el pantalón rotos, los labios reventados y hematomas en los brazos y la cara.

—Unos sureños me atracaron.

—¿Te atracaron o te dieron una paliza...? ¿Dónde estabas?

—No importa dónde. Lo que me duele es que me hayan robado, me quitaron lo que traía de valor y un dinero que me habían pagado... Siento no poder llevarte a las fiestas, Irati.

—¿Fuiste a la comisaría?

—¿Para qué? No voy a perder mi tiempo... ¿Tienes un poco de vino?



EL VUELO DE LA GRULLA

Jorge Enrique Villegas M.

—**M**ira allá, parece que viene alguien —expresó mi esposa—. Quien sea, lo hace en bicicleta o en moto. —Está tan lejos que no distingo bien. No se escucha ruido. Lo divisamos porque llevaba algo azul cielo que se movía al vaivén del viento.

Abandonamos el albergue de madrugada. Luego de unas tres horas de caminar encontramos un lugar que indicaba que allí había muerto Mizuki Sakura, bajo la sombra de un gran roble. Unos ramos marchitos, cintas de colores, textos breves en japonés, oraciones en español y un pedido: “Por favor, no deje basura aquí”, identifican el lugar. Algunos peregrinos —por solidaridad— dejaron sartas de cuentas, escapularios, velas, mensajes lacrados y otros a la vista. El sonido del viento se dejó sentir. Parecía gemir. El frío nos obligó a abrigarnos aún más. Recordé la historia de Mizuki. Primero la escuché en las noticias de la televisión. Luego, la leí en la web, en

los periódicos y revistas. Ella, una mujer joven, era un recuerdo. Unas cuantas fotos acompañaron la noticia: Mizuki Sakura cometió suicidio.

Mizuki Sakura aprendió pronto las tareas para las mujeres. Obediente y aplicada, terminó la secundaria. Decidió continuar los estudios y licenciarse en Lenguas Extranjeras.

—¿Qué va a hacer cuando acabe en la universidad? —le preguntó el padre.

—Quiero ser maestra. Quiero enseñar inglés y francés.

—¿Para qué? Es mejor casarse.

—Padre, siempre lo he obedecido. Concédame este favor. Quiero estudiar, saber de otras culturas, hablar otras lenguas.

—¿Qué va a hacer luego? Está en tiempo de casarse.

—Padre, permítame ser maestra. Más tarde me casaré.

Se graduó en la Kyoto University. A los 24 años se casó. En los cinco años siguientes tuvo a los pequeños Akemi y Yutaro. Ellos fueron su sostén. Por ellos sintió amor y la alegría de vivir. A su esposo, físico nuclear, lo conoció en la universidad. Graduado, comenzó a trabajar en la planta Fukushima Dai—ni. Seis días antes del gran terremoto había discutido con Mizuki:

—No le doy el permiso que pide. Fue suficiente humillación haberle permitido que trabajara. Usted debe cuidar a los niños.

—Mis padres... —manifestó ella.

—¿Qué sucede con ellos?

—Pueden hacerme el favor.

—El deber no es de ellos.

—Solo cuatro días, Hiroto.

—¿Quién me atenderá cuando regrese del trabajo?

—Hiroto, puede comer en la planta.

—Su lugar está en la casa. Velar por la familia.

—No le he faltado. A los niños tampoco. Quiero mejorar lo que sé, Hiroto. Permítame ir.

—¿Para qué?

—Hiroto...

De mala gana consintió.

El día de la partida, Mizuki llevó los niños a casa de los abuelos. Luego viajó a Mauí, al encuentro académico. Estando allí, supo de la tragedia que afectaba a la prefectura donde vivía por causa del terremoto. Sintió angustia por los niños. Canceló los compromisos y gestionó el regreso.

Al llegar a la ciudad, no encontró el barrio donde vivían los padres. Las olas del tsunami lo barrieron todo. Incansable, buscó en los hospitales y en los albergues. Desesperada, fue a la policía, clamó por ayuda. Una compañera de trabajo le colaboró en la radio y en la televisión. No hubo respuesta para su dolor. En las noches veía las fotos de Akemi y Yutaro que guardaba en la cartera, encendía velas, quemaba incienso y oraba por que se le hiciera el milagro y aparecieran. Hiroto fue declarado oficialmente muerto.

Mizuki Sakura colapsó y fue internada en un centro de reposo. Cuando los médicos la consideraron restablecida, la motivaron para que rehiciera la vida. Mizuki Sakura dejó las creencias shinto en las que se había formado. Se refugió en el budismo. Decepcionada, creyó sentirse mejor leyendo los evangelios cristianos.

Una tarde de abril, sentada en el parque del Castillo del Emperador, el perfume de los cerezos en flor le trajo los olores familiares del soba que, con esmero, preparaba su madre, y del anpan que disfrutaban los niños. Recordó, además, lo bonito y delicado que ella bordaba. Miró la grulla que había tejido en la bufanda azul que llevaba. Fue uno de los regalos que le hizo el día de la boda. Sus ojos se nublaron. “Madre...”, murmuró. Lloró en silencio. Observó el ocaso y la tristeza volvió a embriagarla. Se

levantó y caminó sin rumbo. Decidió vender lo que tenía y viajar. Un sacerdote le sugirió que hiciera un camino de sanación y meditación. “El que haga, le dará tiempo y regresará renovada”, le aseguró.

Iban a ser las once de la mañana. El sol se hacía sentir. El paisaje en la llanura se llenaba con fardos de forraje hechos con lo quedado de la siega del trigo y la cebada. Solo los ruidos de las botas en el duro y empedrado suelo y las voces del viento nos acompañaban.

—Lo que fuera no venía. Ya no se ve.

Me sequé el sudor de la frente, limpié mis lentes y volví a examinar.

—Con este sol y este calor.

—Por eso las personas salen temprano.

—Nosotros lo hicimos.

—¿Cuántos kilómetros nos faltan?

—Cuando lleguemos a algún lugar que nos permita descansar, me fijo. Tomemos agua y mantengamos el paso.

Lo hicimos hasta cuando el camino se quebró en un giro hacia la izquierda. Al frente nuestro se erguía un pequeño bosque. Allí fuimos. Había troncos colocados a manera de asientos y un recipiente para basuras. Descansamos. Luego de comer y tomar agua, nos sentimos reanimados. Busqué en la guía.

—Aún nos faltan cinco kilómetros —dije.

—Más o menos una hora y media de camino.

—Así es.

En ese momento me tomó del brazo y llamó mi atención.

—Mira lo que hay allá, a un lado del arbusto. El color es parecido a lo que vimos hace un rato —Nos acercamos—. Es una chalina, hecha en seda. Muy bonita. Y esa ave, ¡qué bordado más precioso!

—¿Quién la habrá perdido?

A miles de kilómetros, un anciano preguntó a su pareja: “¿Quiénes serán los padres de estos niños? La policía aún no sabe nada...”.



EL SUEÑO DE UN AMOR PATERNO

Nubia Amparo Ramírez García

Juan despierta sobresaltado al escuchar el timbre del teléfono.
—Aló, aló. ¿Quién llama?... Sí, soy Juan Ledesma. ¿Quién llama?... Sí, tengo una hija que se llama Luisa. ¿Por qué lo pregunta?... ¿Dónde... dónde dice que está mi hija?... ¿En un hospital? ¿En cuál? ¿Y... qué le ha pasado?... ¿Mal herida? ¿Cómo? ¿En un accidente?... Deme la dirección y dígame su nombre... Salgo para allá...

Presuroso, va terminando de vestirse...

—¡Luciana! ¡Luciana!!! Levántate. Tenemos que ir al hospital. Luisa ha sufrido un accidente...

Empuja la puerta. Allí tendida, completamente desnuda y abrazada a un hombre está Luciana. No ha escuchado su llamado y al sentirse observada apenas si musita:

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué entras así?

—¡Luciana, Luciana!, ¿quién es ese hombre? ¡Luciana, has traicionado mi confianza! ¡Irrespetas nuestra casa...! ¡Ayyyyy, qué dolor!

Lleva las manos a su pecho, pierde el equilibrio, se retuerce en el suelo...

—¡Papá, papá! ¿Qué te pasa?

Con estupor, Luciana observa cómo Juan va quedando sin sentido, sin movimiento y mientras trata de dirigir hacia ella sus brazos, se desploma...

—¡Luisa!!!... ¡Luciana!!!... ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—¡Papá!!!, estás en la clínica, te desmayaste...

—¿En la clínica? ¡Y... Luisa, cómo está?

—Bien, papá, aquí estábamos esperando que reaccionaras...



SE ROBARON A LA ABUELITA

Nubia Amparo Ramírez García

Después de muchas consideraciones decidieron llevar a la abuelita al paseo, comprometiéndose todos a observar los cuidados e indicaciones que el médico había prescrito, dada su salud. Todo transcurrió dentro de la normalidad, hicieron el recorrido por etapas, descansando lo suficiente para que doña Luisa tuviera oportunidad de recobrase del cansancio, hasta que llegaron a Quito. Estaban teniendo algunos pequeños problemas por el frío del lugar, pero el hotel era acogedor y les brindaron todos los recursos necesarios para sobrellevar las heladas noches.

Cumplidos los propósitos del paseo y cuando estaban preparándose para el regreso, observaron que la abuela estaba muy callada. Juan fue a darle vuelta y regresó diciendo que ella estaba dormida.

Al amanecer, dispusieron todo lo necesario para el viaje y cuando faltaba poco para salir, quisieron despertar a la abuela. Notaron en

ella algo inusual: seguía muy dormida. Francisco, que es estudiante de medicina, la revisó y con sorpresa se dio cuenta de que estaba muerta.

Pasada la confusión del momento y considerando todos los problemas legales que les acarrearía la defunción de una persona en un país extraño, Juan propuso envolver el cadáver en la alfombra que habían comprado y que ya estaba enrollada, para subirla al carro. Así lo hicieron y emprendieron su regreso logrando pasar la frontera sin ningún contratiempo; decidieron entonces buscar un lugar para el almuerzo.

Al salir del lugar y disponerse a abordar el carro, el papá, al notar que la alfombra no estaba en el carro, gritó: “¡La abuela no está en el carro! ¡Se robaron a la abuela!!!”.



REMINISCENCIAS

Rosa Nieto

*¿Fue su mundo o el mío el que salió de los hechos
para entrar en el de las ilusiones?*

MARGUERITE YOURCENAR

La puerta del bufete se abre, el abogado asoma su cabeza y con gesto intrigado vocifera:

—Por favor, la señora Pérez que siga —Apenado, se dirige a sus clientes—: Ustedes me sabrán disculpar, debo atender primero a la señora.

La señora Pérez, que desde su llegada se pasea nerviosa por la sala, de un brinco se para frente al abogado. Avergonzada por no respetar el turno, mira de reojo a los clientes y le dice, con voz temblorosa:

—La verdad es que hace tanto tiempo que no nos vemos... ahora mi apellido es Pérez, pero cuando nos conocimos mi apellido era Moreno ¿Se acuerda?

El abogado, de unos sesenta años, reconocido profesional por sus exitosos casos, analiza el rostro de la mujer. La mira fijamente, tiene la incómoda sensación de estar siendo observado por una segunda persona. Ella continúa parada, sosteniendo el picaporte de la puerta. Los clientes simulan leer revistas.

—¡Es lo que yo pensaba! Usted es el abogado que conocí hace treinta años en Aragón de los Vientos —le dice, sonrojada. Él la mira con seriedad, intentando desenterrar fantasmas—. Usted sigue siendo el mismo, la misma sonrisa enmarcada por un par de hoyuelos, su mirada de niño bueno.

Así, va describiendo cada rasgo como si se tratara de un examen. Él, confundido, se pregunta: “¿Qué diablos pasa con mi memoria?”.

La mujer, también de cierta edad, viste sastre turquí que denota buen gusto. Cabello bien peinado. No lleva joyas. Él no logra recordar de dónde la ha conocido.

Ella continúa:

—Hace cerca de treinta años se realizó un congreso de derecho en el pueblo Aragón de los Vientos y yo trabajé durante cuatro días en la organización de las actividades sociales. Usted asistió con un grupo de compañeros de la Universidad San Bonifacio, ¿se acuerda? Cuando finalizaba la ceremonia de clausura, hábilmente se deslizó hasta mi silla y me susurró al oído: “¿Qué tal si nos escapamos a bailar?”.

Cuando escucha que había estado cortejándola hace un esfuerzo mayor para recordar, sin duda esa chica de hace treinta años lo había impactado. Evoca los años locos, aún no se había casado, una

suave sonrisa ilumina su rostro. Recuerda la etapa de su juventud... todo parecía tan ligero. Antiguos recuerdos se entrelazan en su mente, sus amigos, las bromas que se gastaban, oye de nuevo las voces del pasado, las risas invisibles que nunca desaparecieron del todo de su imaginación. Es cierto, por aquella época ni él ni sus compañeros de universidad se perdían congreso, ni simposio, ni curso relacionado con su profesión, aunque no logra traer a la memoria al que ella alude. Reflexiona: “La vida está hecha de pequeñas cosas, de parentescos ocultos y misteriosos que vienen y van, aunque muchos de ellos uno los toma consigo, no son pocos los que abandona. Algunos hilos del delicado tejido de la memoria se han rasgado”. Con candidez se contempla en los recuerdos de ella como si mirara a otro.

Los clientes han suspendido la lectura y los escuchan con disimulo.

—Salimos a la calle, nos encontramos con el más bello atardecer que haya visto. Emocionados con el ámbar de los arboles nos tomamos de la mano y corrimos calle abajo hasta la playa. ¿Se acuerda? Con los años mi memoria cada vez es más engañosa, pero este día lo conservo intacto.

—Tal vez las personas tan ocupadas como yo no tienen tiempo para recordar todas sus experiencias del pasado, son muchas las personas con las que uno ha estado en contacto en la vida que ya no existen —le responde él, irritado al no poder entrar en el mundo de los recuerdos de ella.

Descubre con sorpresa que su memoria se ha reducido en los últimos años. No es la primera vez que debe seguir la conversación de alguien cuyo nombre no recuerda. La mira a los ojos:

—Me he hecho viejo —le dice.

—Sí, creo que lo estamos —contesta ella, resignada.

La mujer da un paso adelante y le susurra:

—Aunque al poco tiempo cambié de ciudad, durante varios años asistí a cuanto evento organizaba el centro de convenciones de Aragón de los Vientos con la esperanza de volverlo a ver. En uno de esos viajes conocí en el tren a quien es hoy mi marido, el señor Pérez, un buen hombre que quiere a mis hijos, aunque no logró llevarme al éxtasis de pasión al que usted me condujo.

La señora Pérez por primera vez baja la mirada, guarda silencio por un instante:

—Bueno, le pido disculpas por visitarlo de improviso. Debí haber concertado una cita antes. Temí que no me recibiera. ¿Podría visitarlo de nuevo? Me gustaría contarle otras cosas...

Él, aún aturdido, le contesta secamente:

—Sí.

Y acompaña a la mujer hasta el ascensor y ella desaparece.

El abogado regresa a su despacho, lo siguen los clientes, enciende el computador, entra al sitio web, busca un pueblo llamado Aragón de los Vientos. No existe.



VINIERON POR ERNESTINA

Rosa Nieto

*El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas:
es ojo porque te ve.*

ANTONIO MACHADO

El tiempo se ha detenido en la destartalada caseta con un borroso letrero de Coca-Cola, situada en la calle principal de Charco Azul, Distrito de Aguablanca, en Cali. El calor es sofocante. Ernestina, con ojos cansados y grandes ojeras, se pasea impaciente mirando hacia la lejanía, en busca de algo que alegre sus días. Desea servir pronto los mismos fríjoles con arroz y terminar su trabajo. Vive con la certeza de que un día seguirá al otro y que cualquier grito en la calle es una señal de violencia.

Ella llegó a Cali huyendo de la muerte a finales de los años noventa, desplazada de una zona rural olvidada de Tumaco;

no resistió más amenazas, tensión y hambre. “En ese pueblo no hay Estado. Hay guerra”, nos dijo a sus vecinos de Cali que solo conocemos parte de su historia. “Esa noche celebrábamos el cumpleaños de un vecino. De pronto llegaron hombres armados, no se identificaron. Querían limpiar la región. Se llevaron medio pueblo. Pensamos que se los llevaban solo para hacerles preguntas. Al día siguiente, cuando no escuchamos más disparos, buscamos sus huellas, pero fue imposible. El río desbordado convirtió el pueblo en una ciénaga. Ninguno regresó”, es lo único que Ernestina repite una y otra vez cuando le preguntamos sobre su pasado. Lloro en silencio. Le duele recordar.

Ernestina, junto con algunos vecinos, partieron del pueblo sin resolver su duelo. Aquel episodio les robó algo irreparable. Les impidió rendir los rituales de la muerte a sus amados. Sin tiempo para empacar, dejaron abandonados familiares, amigos, animales y tierra. Caminaron sin descanso, con un solo deseo: alejarse cuanto antes, pues cada espacio que se abandona es ocupado por otro grupo armado. Pasaron noches interminables, dominados por el terror.

Llegan los comensales, la mayoría son recicladores y vendedores ambulantes. Ella se mueve entre las improvisadas sillas, llena sus jarros con agua de panela, todos quieren repetir y hablar al tiempo. En medio del barullo de algunos y el cabeceo de otros que desean tomarse una siesta, escuchan el ronroneo de una moto que se acerca. Silencio. Los cuerpos se vuelven de piedra. Aquellos que deambulan buscando sombra para descansar quedan inmóviles con sus jarros en la mano, como si participaran en una obra de teatro. Dirigen sus ojos hacia una nube de polvo de la que sale un forastero. Pensaron que cuando los fuereños pasan solo dejan dolor. Se miran entre sí,

el rostro del que llega no les es familiar. Vuelven a aparecer en sus mentes imágenes recientes que ahogan gritos de dolor cuando grupos de hombres y mujeres en moto pasan por su barrio. La violencia habita entre ellos con la misma naturalidad que lo hacen las moscas. Ella ha salido a lavar las ollas en el cambuche de al lado y ensimismada canta para sí un estribillo.

La moto se detiene a pocos metros de la caseta. Se baja un hombre joven, de rostro insolente, curtido por el polvo; en su cabeza rapada tiene tatuada la palabra “sangre”. Sin mediar palabra y con los ojos fijos en el atemorizado grupo, hunde su mano en uno de los bolsillos de la chaqueta. Lentamente saca un pedazo de papel que compara con los rostros espantados de quienes lo observan. El forastero avanza entre los comensales, apartándolos con brusquedad. La gente le despeja el paso. Camina hacia el cambuche.

Duberney no le teme a la muerte. A los doce años fue reclutado a la fuerza por un grupo armado ilegal del que huyó a los quince. Desde entonces rueda por las calles de Cali. Vive en la drogadicción y el rebusque en el basurero de Navarro; entre nubes de moscas y hedor insoportable se afana por conseguir cualquier cosa que pueda ser vendida. Conoció las mañas de robar con exactitud y viajar con pegamento para zapatos para no sentir dolor. Aprendió a ser invisible. A los catorce años ya había matado y asaltado. A veces vende dulces y limpia parabrisas en los semáforos. Sus amigos lo respetan. Él continuamente les recuerda: “Tener un arma es señal de hombría. Ustedes saben que voy en serio”.

Ella, de espaldas, en cuclillas, lava los trastos que ordena cuidadosamente en un platón. Se siente observada. Un escalofrío

recorre su columna, se levanta despacio, deja de tararear, se le cerró la voz. Titubea. No sabe dónde colocar sus manos sudorosas, busca algo en los bolsillos del delantal. Su corazón se acelera. Teme que se reviente. Desea correr pero sus pies no responden. El horror de la muerte de nuevo se apodera de ella. La persecución es un drama permanente: miedo porque los que se fueron regresen, miedo porque vengan los otros.

Un brazo tembloroso la toma por la cintura... la abraza, mientras la voz ronca del forastero termina la canción de cuna que ella ha dejado de cantar. Las manos salen del delantal y se dirigen a su cabello desordenado con ademán de coquetería. Se suelta en lágrimas que aterrizan en su boca. Mientras da vuelta, mira al forastero... busca los ojos de él... siente que esa voz viene de su propio corazón... su canto ha recobrado vida.



CIUDADES DE POSTAL

Amparo Quintero D.

Ámsterdam, 15 de junio de 2012, 2:00 pm. Aeropuerto de Schiphol. Murmullo de voces guturales. Fiesta de colores: tulipanes rojos, rosados, violeta, naranja, blancos; aroma de primavera que se desvanece. Un ramo amarillo en mis manos es la bienvenida, acompañado de risas y besos. Pasajeros presurosos. Mi corazón emocionado se acompasa con el ritmo del ambiente. Réplicas en porcelana azul y blanco: molinos, zuecos, vasos, platos, floreros, muñecos unidos por un beso, campanas, relojes, candelabros... recuerdos materializados que adornarán un rincón de la casa, testigos de los días en las ciudades de postal.

Unos pasos más, la parada del tren, rumbo a Leiden. El tiempo y el tren vuelan. Cuarenta y cinco minutos después, en la Estación Central, sombrillas multicolores que caen del techo nos reciben. Por 1 € accedo a un baño, limpio, ordenado, bien dotado. Primer mundo. ¿Por qué es tan difícil un buen ambiente en los baños de nuestros aeropuertos?

Somos tres y estamos alegres. Pronto, en el bus, limpio y cómodo, nos desplazamos hacia la van's Gravensandestraat, al apartamento del cuarto piso, Hotelito Canario, nombrado así por mi cuñada juguetona. Pintado de colores amarillo y blanco hace honor al nombre. Ascendemos por escaleras estrechas con peldaños angostos que reciben con dificultad el pie.

Muchas puertas separan pequeños espacios, diseño que da abrigo en época de invierno, me explican. Reliquia del pasado, el inodoro con tanque alto de cadena, en un cuartico pequeño y estrecho, separado de la ducha y del lavamanos, tendencia en las casas holandesas.

El cansancio apremia. Cali-Bogotá-París-Ámsterdam-Leiden. Veinticinco horas sumados desplazamientos, vuelos y largas esperas durante las escalas. Gozo de la charla; del sol que aún invade la sala por el amplio ventanal; del refrigerio que mitiga el hambre antes de la cena, comida principal que será tipo ocho de la noche o más tarde, como es costumbre.

8:00 am. 16 de junio. Desayuno. Variedad de quesos. Días después, en Ámsterdam, me daría un banquete visual en una de las tiendas, cerca al pasaje de las flores, degustando con placer, agradecida por la generosidad publicitaria de la dueña; completaría la experiencia luego en Gouda, inconfundible por los quesos que llevan su nombre, las tiendas exhiben sus formas redondas, amarillas y de diferentes tamaños, algunos tan grandes que me sorprendieron.

Los cuervos se me presentan por primera vez. De un negro brillante y ojos que imagino de mirada penetrante me remontan a mitos y leyendas. Desde la ventana de la cocina los contemplo, posados en los techos de las casas vecinas; recuerdo la tira cómica que le hacía honor a su astucia. Días después, en las calles, observo numerosas gaviotas asaltando la basura: problema de salubridad

nacional, me informan. Para solucionarlo han cambiado el color de las bolsas. Ahora son amarillas y las gaviotas no se acercan.

Leiden, a pie. Un lago y cisnes que se desplazan con sigilo. Gran cantidad de maleza en los separadores de calles y zonas verdes, que contrasta con jardines cuidados, llama mi atención. Primer paradigma al piso: en Holanda se valora la maleza; tras duros meses de invierno, es considerada bella.

Invitación insólita. Mirar por las ventanas el interior de las casas. No me atrevo. Mi cuñada insiste. Los holandeses se enorgullecen de mostrar sus ventanas decoradas con esmero, a veces con objetos valiosos. Descubro ambientes íntimos, ordenados, serenos, decorados ex profeso para exhibir: un estudio, salón de costura, de música, pero son comunes las pequeñas salas. Se reclama intimidad cerrando las cortinas. La costumbre se refuerza con un *hobby*: limpiar las ventanas, con frecuencia y con esmero, aun los grandes ventanales de los edificios. Los cristales se mantienen transparentes.

Me dejo llevar por la sensación del tiempo sin prisa. Calles poco transitadas; aún no hemos salido del barrio; llegando a la avenida poco a poco aparecen personas en bicicleta, la ciudad se presenta. Andenes amplios con señalización para ciegos que los guían hasta la parada del bus; poca gente, poco ruido y sí mucho colorido: festones, banderines, flores de papel, carteles de color naranja. Juega la selección, júbilo nacional. Es la Eurocopa. Se respira fútbol.

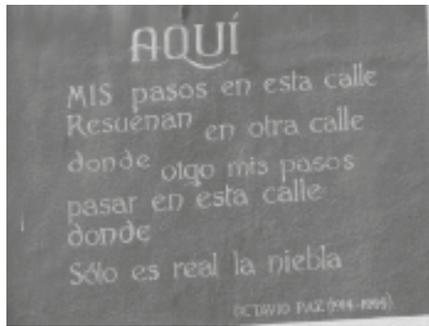
Maletines escolares cuelgan de las astas de banderas en las fachadas de algunas casas y en otras, figuras de bebés con ropa azul o rosada. Es costumbre compartir la alegría de la familia e informar el grado de bachiller o el nacimiento de un hijo o hija. Las emociones expresadas con símbolos van perfilando la vida cotidiana, ponen la marca al lugar y lo tornan encantador.

El viento frío me pone a prueba. Ropa ligera que no me abriga lo suficiente me cobra la ignorancia. El verano llega lento en las altas latitudes. Me abochorna mi ligereza. Días después probaría el viento fuerte y gélido del norte, donde no quisiera vivir año tras año. Viene en mi auxilio mi cuñada con la chaqueta de invierno. El sol es tenue.

Por fin un típico molino, testigo de épocas pasadas. Veremos pocos, ya en desuso, aunque se nos informa que hay sitios en Holanda donde existen más de media docena declarados patrimonio de la humanidad. Subimos para contemplar su mecanismo de ruedas y poleas de madera. No es fácil imaginar el trabajo durante los años que estuvo moliendo el trigo.

El primer puente de madera, con hermosa puerta de entrada al centro de la ciudad recuerda el Medioevo. Al inicio, un tanque con sal para derretir la nieve, será una experiencia que no viviré. Contemplamos el canal, uno más de los muchos que existen en Leiden y en otras ciudades holandesas. Los canales y sus embarcaciones crean un ambiente festivo intensificado por canastas con flores que adornan las barandas del puente. El agua parece dormida, solo alterada por lanchas que llevan turistas o residentes en plan de goce. Ambiente de fiesta que se refleja en los rostros satisfechos. Disfrutamos del almuerzo al aire libre, al pie de un canal; hemos esperado por media hora una mesa; todos los restaurantes están llenos. El movimiento es intenso.

Continuamos. Maletas esculpidas en cemento recuerdan la expulsión de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial; en algunos edificios, en altos y amplios muros, hay escritos poemas en diversos idiomas, con letras y formas artísticas; encuentro uno que me emociona:



De vez en cuando encontramos, detrás de muros, escondidos, bellos patios, “*hofjes*”, que tienen historia. Creados en espacios cerrados lindan con casas donde habitan personas que reciben ayuda estatal, casi siempre ancianos y estudiantes. La atmósfera de tranquilidad es propia para un retiro, si no espiritual, sí de sosiego.

Terminamos nuestro recorrido en una fortaleza, *Burcht*, similar a un castillo, en la cima de una loma en el centro de Leiden. Su pasado de guerra, construido como defensa, dio paso hoy a la diversión; mientras ascendemos nos divertimos observando la gran actividad y alegría de la gente que degusta la comida en el restaurante que está en el inicio del ascenso. Ya en el mirador, colores ocres y rojizos, en una marea de techos de dos aguas crean una pintura que caracteriza la arquitectura holandesa.

La arquitectura de las casas, de fachadas alargadas, en línea vertical, unas más estrechas que otras, las hace ver muy altas. Algunas de cuatro pisos, otras de tres, juegan, en su mayoría, con la gama de colores tierra; terminan en techos frontales diferentes, algunos rectos y puntiagudos; otros en escalera decorativa y también en forma de campana al lado de cornisas rectas. La estrechez del frente de las casas, uno de cuatro metros, como dato curioso, obligó a construir las ventanas muy amplias, por donde entran los muebles.

Se observan en los frontones los ganchos donde se colocan las poleas para izarlos. Muy juntas unas de otras, las casas marcan un paisaje urbano que ha peleado y pelea cada centímetro de tierra.

Las calles y los andenes estrechos nos obligan a caminar despacio. Alborozada contemplo cómo en el espacio del tamaño de una baldosa crece, ya un rosal u otra planta decorativa, que se aferra a la fachada de la casa. Contemplaría muchas plantas creciendo en estos mínimos espacios en los angostos andenes, como testigos de vida, de optimismo por sacar el máximo provecho al poco espacio, nada imposible ni extraño para gente que se acostumbró a suplir la falta de tierra robándosela al mar.

Bicicletas de todo tipo se desplazan sigilosas. Las observo con deseos de volver a mi infancia y rebelarme contra la prohibición de montar una. La frustración se ha unido a la falta de voluntad para trasgredir un mandato que se afianzó en mi consciencia. Mi admiración no tiene límite y observo complacida. Admiración que duró las dos semanas en las diferentes ciudades. Bicicletas con canastilla con los víveres, con cajón para los bebés, con silla adicional para una niña grande, más allá una con canastilla de flores, otra prolongada con tres llantas; una con tres sillas adicionales, una delante del manubrio, para la niña grande y dos atrás de la madre para las pequeñas; la imaginación se materializa en las bicicletas según la necesidad lo exige. Complementan el paisaje los parqueaderos. En las estaciones del tren se aprecian hasta de tres pisos. Miles de bicicletas juntas crean una sensación de ofuscación y me imagino buscando una aguja en un pajar. Me ha quedado una sensación de satisfacción con la vida. El uso de la bicicleta, silenciosa, alegre y versátil, sintoniza más con lo que nos hace humanos.

Los canales, la cantidad de embarcaciones, los puentes, las casas típicas que se alternan con los edificios modernos, las bicicletas y

las calles estrechas son repetitivos en las ciudades que visitamos: Ámsterdam, Delft, Gouda, La Haya.

En Ámsterdam conocí el civismo de las personas. Están obligadas a ser cuidadosas para evitar accidentes. Los rieles del tranvía no están por fuera de las vías por donde transitan los buses y automóviles y solo con líneas pintadas en la calle se demarca el sendero peatonal así como el carril de las bicicletas. No hay división física. La velocidad de los ciclistas y del tranvía obliga a ser muy cuidadoso y a mirar dos y tres veces para todo lado como medida de precaución.

Los lugares que visito me roban suspiros contemplando las mil y una particularidades que sellan su identidad. Pero los museos, esos edificios que guardan los tesoros que testimonian la sensibilidad plasmada en pinturas, esculturas y otras manifestaciones, me emocionan de manera abrumadora; por eso Ámsterdam era *Van Gogh*. El museo, moderno edificio de tres pisos. Varias horas de contemplación de su obra me sumergieron en ese mundo idílico de colores, amarillo, naranja, ocre, marrones, beige, verdes, aplicados con pinceladas fuertes, agresivas, que dan relieve y volumen que la hacen sentir viva. Igualmente, el *Rijksmuseum* cumplió su cuota de embeleso frente a la *Ronda Nocturna de Rembrandt* y una reproducción de *La lechera* de *Vermeer* me acompañó a casa. No vería el original pues el museo donde se exhibe, en La Haya, estaba en remodelación.

A unos pasos más del Museo de *Van Gogh* se encuentra el Museo del Diamante. Sorprende la amabilidad de las personas, desde quienes dan la bienvenida hasta quienes explican el proceso de la talla, teniendo en cuenta que deben conocer a quienes realmente llevan buena cantidad de dinero para comprar, y a quienes, como nosotros, mueve la curiosidad. En varias salas diferentes procesos son mostrados en vivo así como variedad de instrumentos y técnicas.

La exposición de preciosas piedras y joyas nos deslumbra así como los precios. El recorrido, como en todos los museos, termina en la tienda donde se pueden encontrar piezas de diferente valor, algunas relativamente asequibles para un bolsillo antojado de lucir un diamante modesto (si modesto puede ser un diamante) y otros recuerdos que nada tienen que ver con los diamantes.

Ámsterdam, paisaje de ensueño, resaltan las casas de los canales, las barcazas o casas barco, de diversos estilos, con macetas llenas de flores; deleitan las bien mantenidas y entristecen las descuidadas. Junto a ellas, las embarcaciones esperan turno para cumplir su misión. Las terrazas de las casas dan al canal. El recorrido muestra un paisaje variado de personas de todas las edades tomando el sol, en ropa de verano y trajes de baño. Se inventan la playa los holandeses. Las sillas playeras y sombrillas de colores crean un espectáculo de vacaciones y relax.

Ámsterdam devela prohibiciones y mi curiosidad, no compartida por mis acompañantes, nos arrastró hasta una calle del barrio rojo para una rápida mirada, como gran concesión. Encontramos los *coffee shop*, donde se expende droga blanda que no se combina con la venta de alcohol. Me limito a verlos por fuera: la prohibición legal (en mi país) y moral por formación, han calado en mí de tal manera que no me atrevo a ingresar. Abundan los *sex shop*, tiendas del sexo, donde se venden todo tipo de juguetes sexuales que pusieron sobre el tapete mi falta de imaginación. No podía perder la ocasión para constatar la exhibición de mujeres en vitrinas, que hasta ese día eran un mito, a pesar de fotos e información. Busqué la luz encendida, clara señal de que la prostituta está de turno. Un instante fue suficiente para que se me grabara la mirada triste de una mujer mayor, algo subida de peso, que rompe el estereotipo de belleza de hoy en día. El tiempo duró lo suficiente para cruzar miradas. Salí corriendo, con mi corazón apachurrado.

Canales, bicicletas, casas alargadas, calles estrechas, plantas de flores en espacios reducidos, gente alegre (¿o tal vez era mi alegría?) y elegante y gran cantidad de turistas, se repitieron en las otras ciudades. Y el silencio, el silencio se grabó en mí, de tal manera que cuando estuve en Barcelona, la charla entre la gente me pareció a gritos.



CON MIS OJOS Y TU CORAZÓN

Amparo Quintero D.

En abril de 2012 mi esposo me propuso la ruta por tres países de Europa. Enfatizó lo sorprendente que sería conocer algunas catedrales góticas y logró contagiarme su entusiasmo que nació cuando leyó *Los pilares de la tierra*. Decidí leer el libro de 1039 páginas, novela histórica del británico *Ken Follett*, ambientada en la Inglaterra del siglo XII. Recrea la edificación de la catedral del priorato de *Kingsbridge*, con base en la investigación de la construcción para erigir las magníficas moles que demoraba décadas y en ocasiones siglos, con participación hasta de tres generaciones, congregando esfuerzos de la comunidad local y a veces de todo un país.

Follet narra una serie de aventuras y situaciones que viven los personajes que se relacionan con la catedral, resaltando el drama humano propio de esos tiempos. Afloran el amor, la traición, la lucha entre poderes, los prejuicios, el dominio religioso, la ambición de

los terratenientes, la ternura y la dureza, la violencia y el coraje, la aventura y la guerra, todo tras el telón de fondo de la arquitectura y las técnicas de construcción. La narración acaparó mi atención por el ritmo, suspenso, aventura, riqueza de imágenes y perfecto lenguaje, fluido y dinámico. Los personajes principales me mostraron la complejidad de la empresa. *Tom Builder*, el maestro, soñador, dedicado padre de familia, desea participar en la construcción de un templo, el más grande, como alabanza al Señor. *Jack Jackson* aprende de su padrastro *Tom* los principios fundamentales de la construcción y se contagia de su sueño; joven, inteligente y experto cantero pasó su vida luchando por construir una catedral y por fin lo logra en *Kingsbridge*, la primera catedral gótica de Inglaterra. Y *Philip*, un monje ingenioso y completamente entregado, cuyo sueño es contemplar algún día la grandeza de su priorato. El trío, más los arrolladores personajes femeninos, le ponen todo el sabor humano a la novela.

Cada episodio de la vida de los personajes se liga a la necesidad de solucionar inconvenientes: administrativos, como permisos, la adquisición del terreno y del dinero para comprar la piedra; políticos, que enmarcan la guerra de poderes entre terratenientes y la Iglesia, y aun dentro de ella, obispos venales *versus* comunidades de monjes; técnicos, derivados de la altura y del viento, la construcción de la cúpula, la iluminación de las naves del interior, el levantamiento del arco apuntado u ojival, la bóveda de crucería y los arbotantes, el problema del peso estructural de las columnas y de los muros sin función sustentable, solo útiles para la instalación de hermosos vitrales que solucionaron el problema de la iluminación. Terminé de leer el extenso libro a tiempo antes del viaje y con la curiosidad en el nivel más alto.

Llegamos a Holanda el 15 de junio. Desde *Leiden* nos desplazamos a otras ciudades de postal, *Ámsterdam, Delft, Gouda, La Haya* y su parque *Madurodam*. El 20 partimos hacia *Alemania* para visitar las catedrales de *Colonia* y *Aquisgrán*. Manifesté mi emoción por conocer las maravillas arquitectónicas pero me guardé de comentar mi antojo por una salchicha con chucrut que se mezclaba con los sentimientos estéticos. La había saboreado en el restaurante *Resi Berlín*, frente al *Hotel Intercontinental*, por allá en los ochenta. Atesoraba ese recuerdo con delicioso placer.

Después de tres horas de viaje llegamos a Colonia. Tan pronto descendimos del tren, a pocos metros de la estación me topé con la gran mole negra que me abrumó por su imponencia. No tuve tiempo de reaccionar, tal fue el impacto pues casi que tropezamos con ella. La llovizna me serenó y permitió por fin dedicarme a observar. La contemplación exigente y profunda no era solo estética, iba unida a la necesidad de conocer la historia. El placer del descubrimiento se congeló cuando me asaltó el recuerdo de nuestra Ermita; se me encogió el corazón al pensarla tan pequeñita, tan ingenua, como el remedo angustiante del estilo de una opulencia nunca alcanzada.

La catedral de Colonia, proyectada hacia el cielo con sus dos torres de 157 metros, desprende un tono de exquisita elegancia por su esbeltez y proporciones vertiginosas. Bajando de las nubes me encontré con tres pares de puertas de bronce, que recuerdan La Trinidad. Están decoradas con imágenes bíblicas esculpidas con gran detalle, como los heraldos del Evangelio, en el pórtico central. Las figuras de los arcos sobre las puertas dan sensación de majestuosidad. Mientras observaba las puertas persistía en mi mente la curiosidad sobre el color negro de la fachada. Mi esposo llamó mi atención para que apreciara la gigantesca piedra, de casi

20 toneladas, frente a la catedral, remate de una de las torres, testigo silencioso de la época de la construcción.

Por la puerta lateral, tras un pequeño espacio de transición, entramos a la nave principal y nos encontramos con la monumentalidad del interior, marcada por la extrema altura. Nos envolvió un ambiente diáfano, gracias a las modalidades de la construcción gótica: gigantescas columnas espaciadas, rematadas por arcos de medio punto que parecieran no terminar; majestuosas vidrieras multicolores penetradas por luz natural, incluyendo sus rosetones coloridos en los remates principales de la nave que iluminan con variada tonalidad a lo largo del día.

Llegamos al coro, que hasta ese momento solo asociaba con la agrupación vocal; mi sorpresa fue descubrir un espacio con arcos abiertos en ventanales con vitrales que narran la adoración de los Reyes Magos y el Apocalipsis. En los pilares hay esculturas, como el de la Virgen y los apóstoles. En el centro se encuentran decenas de sillas en madera pesada, bellamente labradas, unas pegadas a las otras, en largas hileras, donde se acomodan las autoridades eclesiásticas que rodean a los obispos y arzobispos, pues las catedrales son sedes de ellos.

Hoy en día la piedra del interior se muestra en su color natural pues hacia el siglo XIX el gusto estético cambió y los administradores la lavaron. Me hizo caer en la cuenta mi esposo de la forma en cruz de la catedral y del hecho de que el sitio donde se construyó el altar mayor se ubica al este, como símbolo del renacer por la salida del sol, contrario a la puerta en el oeste, el ocaso, por donde se abandona la catedral.

Avanzamos hacia la parte de atrás del altar y encontramos el acceso bloqueado con andamios utilizados en los trabajos de mantenimiento. Fue sorpresa descubrir que detrás del altar mayor

había seis capillas, nunca pensé que una iglesia no terminara en el altar. Luego supe que ese espacio se llamaba deambulatorio. La frustración fue inmensa debido a que en el sector, encima del altar mayor y en la parte posterior del mismo, se encuentra el relicario de los Tres Reyes Magos. No pudimos apreciar el lujo del triple sarcófago dorado que describen los informes: esculturas labradas en oro con figuras de profetas y apóstoles y escenas de la vida de Cristo, con incrustaciones de piedras preciosas como perlas, esmeraldas, rubíes y variedad de gemas. La historia narra que los restos de los Reyes fueron regalados a Colonia y el sueño del arzobispo responsable de la sede fue erigir la catedral como sitio de culto a la reliquia. Efectivamente, durante el medioevo, la catedral se convirtió en lugar de peregrinación para adorar a los Tres Reyes Magos.

Y con la cabeza en las alturas supe sobre el arco apuntado y la bóveda de crucería que sostiene todo el peso, lo cual permite prescindir de los muros macizos, sustituidos por amplios ventanales con vitrales de mayor luminosidad; varios términos arquitectónicos se me enredaban y aunque los recordaba vagamente por la lectura de la novela, me era difícil identificarlos.

Una imagen de la catedral a simple vista es imposible. Tan pronto me ensimismaba con las columnas, me llamaban la atención los pisos, luego volvía mis ojos al techo, para contemplar la bóveda y escuchaba a mi esposo haciéndome caer en la cuenta sobre algún vitral, cada uno con una escena religiosa o con personajes bíblicos, ya los profetas mayores, ya la crucifixión de algún mártir. Observando las vidrieras y su fuerte colorido, me sumergí en un ambiente místico acentuado por la penumbra de las naves. Llamó mi atención un vitral diferente, elaborado pocos años antes de nuestra visita. Consiste en pequeños rectángulos multicolores, al estilo de *collage*,

catalogado como obra de arte y que llama la atención al público; yo preferí los pasajes bíblicos, mucho más ricos en belleza, según mi criterio. Como decía, es imposible captar la riqueza del espacio en forma global. El interior está dividido en cinco naves y en las laterales se hallan capillas consagradas a diferentes santos, erigidos por comunidades religiosas y cofradías. Avanzábamos en medio de gran cantidad de gente pero paradójicamente tenía la sensación de soledad, tal es la inmensidad de la catedral y tal el silencio de los visitantes en una atmósfera de respeto y recogimiento, envidiable en nuestros centros religiosos.

Anidaba la sospecha de que en las entrañas se guardaba gran riqueza. Y tenía razón. Casi sin darnos cuenta nos vimos en la entrada de la Cámara del Tesoro. La riqueza es deslumbrante. Alberga piezas de incalculable valor: exóticos anillos, admirables crucifijos de oro macizo, así como custodias, imágenes de Cristo, espadas, con incrustaciones de piedras preciosas y cientos de objetos ostentosos. La Cámara ofrece un espectáculo deslumbrante que evidencia una época de gran riqueza, boato y poder de la Iglesia con total influencia sobre la población que presurosa se entregó a las labores de construcción de una empresa magnífica como medio para la salvación eterna. La riqueza de la iglesia me sobrecogió al evidenciar el manto de ostentación y soberbia.

Me regocijaba contemplando los vitrales, cuando mi esposo me mostró el laberinto dibujado en el piso, simbolizando el difícil camino hacia el interior de uno mismo. Desde entonces busqué el laberinto en cada catedral que visitamos; diseñados de forma artística, invitan a jugar en una búsqueda, que en la realidad nunca termina.

El punto culminante lo puso la subida a una de las torres. En total eran unos 553 peldaños, si mal no recuerdo. Ascendimos por una

estrechísima escalera en forma de caracol, hasta llegar a un espacio amplio, con escaños de cemento contra la pared, escenario perfecto para descansar y quejarnos de manera juguetona por el peso de los bolsos y para intercambiar miradas cómplices con los turistas que, como nosotros, sentían el secreto orgullo de haber culminado la primera etapa sin desmayar. Mi cuñada nos refería asustada su preocupación por el esfuerzo realizado siendo hipertensa y dudó en continuar. Creo que el susto se activó cuando, unos pisos antes, el repique de una gigantesca campana nos hizo temblar; estábamos tan cerca, y aunque solo fue uno, su vibración nos persiguió largo rato. Seguimos ascendiendo por escaleras metálicas, más amplias, hasta alcanzar una altura de 95 metros, más o menos. Nos encontramos en estrechos corredores que formaban la estrecha terraza, totalmente enmallados, para evitar accidentes u otros intentos no accidentales; por entre las rejas nos llegó el regalo más preciado: la ciudad atravesada por el Rin que majestuoso fluye con calma escondiendo todos los secretos del horror de las guerras y de la belleza de siglos pasados.

Hacia las cuatro de la tarde bajamos a almorzar, justo a tiempo para echar un vistazo al Museo Romano Germánico; hacia las seis de la tarde nos dirigimos a las orillas del Rin a contemplar las embarcaciones y a la gente bailando en un yate donde se celebraba algún acontecimiento. Demoramos lo suficiente para ver la catedral iluminada por luces artificiales, espectáculo que acaparó nuestra atención por su majestuosidad.

Ya en el hotel Sonata, pequeño y acogedor, descansamos por fin. Aproveché para navegar por Internet y descubrí que el color negro de la fachada de la catedral se debía a que una de las clases de piedra utilizadas tomó esa tonalidad con el paso del tiempo pero la causa mayor es la contaminación atmosférica por la cercanía de

la estación del tren y por las heces de paloma, lo que explicaba los andamios en la fachada, pues la catedral está siempre en constante mantenimiento. También me informé que el área de la catedral es de 7000 metros cuadrados.

La catedral de Colonia colmó mis expectativas, que no menguaron cuando visité las catedrales de Aquisgrán, también en Alemania, y Chartres, Reims, Saint Denis, Notre Dame, en Francia, cada una con un toque particular que la diferencia de las otras; la Sagrada Familia, en España, me obligó a sintonizarme con Gaudí, no en vano, un revolucionario.

Hacia las nueve de la noche convencí a mi esposo y a mi cuñada para ir a cenar en un restaurante alemán, en un ambiente de intimidad placentera. Degusté, por fin, la salchicha con chucrut, comprobando que el recuerdo no me había engañado.



¡HASTA SIEMPRE, AMIGOS!
—IN MEMORIAM—

J. Iván Pérez R.

*Cuando un amigo se va queda un espacio vacío
que no lo puede llenar la llegada de otro amigo.*

A. CORTEZ

Toda vida, sea propia o ajena, solo nos es prestada, y solo por un ratico. Por eso, aceptamos con gozo la partida a su ‘Pascua Definitiva’ de quienes nos acompañaron en el grupo de *Palabras Mayores*, refugio entrañable de unos viejos y amigos que, para burlar la soledad y el deterioro, nos acompañamos en la búsqueda de un mejor hacer con el cual sacarle el cuerpo a la decrepitud y sus consecuencias.

Ellos, **Jesús Emilio, Samuel, Hugo y Eliseo** emprendieron su retorno, casi precipitado, a una eternidad de la que habían venido, tan pronto y silenciosamente de la mano de la hermana muerte, que apenas si alcanzamos a darnos cuenta, y por eso lo hicieron sin el

consentimiento de quienes siempre les quisimos bien, porque así lo exigían su inteligencia, su conducta y el afecto que nos dispensaron.

Ahora deberemos contentarnos con los ecos de sus palabras, a veces tan espontáneas y sinceras, a veces tan doloridas. Palabras de resignación y de ‘resurrección’ que es lo único que a uno le queda cuando los amigos se han ido, pero le dejan la tarea de escribir el futuro sobre las huellas que supieron tatuarnos.



COMULGAR POR PRIMERA VEZ

J. Iván Pérez R.

Para la familia paterna, en la que ocupó el segundo lugar entre siete hombres y siete mujeres, lo relativo a la vida sacramental ha ocupado siempre un lugar prominente. Quedan aún en el álbum familiar reseñas fotográficas de los momentos considerados memorables en el transcurrir de nuestra vida hogareña, y considerados como tales, al menos por mi padre, que fungía como fotógrafo oficial de la familia, aunque aficionado.

Repasando esos registros fotográficos que rememoraban hechos significativos de la familia, encontré los de *'Mi Primera Comunión'*. Esta efeméride sigue manteniendo trascendencia en mi vida personal, como la mantendrá para cualquier cristiano del rebaño católico al que pertenecíamos entonces.

Sobre el hecho hay tres cosas que acuden a mi memoria con especial significación para construir una remembranza de esas que, si parte importante de mi vida fueron, y muy felices, han dejado de

serlo desde “*cuando creció en mis venas el hombre pensativo de pasiones amargas*”, como lo afirmara nuestro poeta de arriería.

La primera cosa que inquieta mi memoria es el listado de cosas pintorescas asociadas con *la preparación de la solemnidad*. Viva aún la abuela y, conviviente con nosotros, intervenía en un estrictísimo ritual de preparación para *el sacramento de la penitencia* diseñado por ella misma. Formaba parte de sus normas ‘extrasacramentales’ una petición de perdón (en ningún momento de ‘disculpas’) al papá, la mamá, la abuela, los hermanitos y demás habitantes de la casa, antes de confesarse en la iglesia; y la obligación de dar parte al confesor del perdón obtenido. Al regreso de semejante tribunal inquisidor, que lo era para cualquier niño de mi edad, ella haría su propio interrogatorio sobre ‘si había quedado todo dicho allí o se había omitido algo importante’. Creo que desde entonces viene mi sobrehumano esfuerzo por mantener mi facultad de recordar al tope; porque no era permitido omitir ningún pelo, ni señal alguna que ella supusiese importante. De haberse incurrido en alguna omisión, la confesión debería repetirse.

Otros ritos menores, pero no menos significativos, formaban parte de esta preparación y cada uno tuvo, para bien o para mal, su significancia en la ceremonia.

La motilada, por ejemplo, se constituyó en lo más tortuoso para mí a causa del tamaño que adquirirían las ‘orejas’ (grandes y muy poco estéticas en toda la familia), cuando quedaban expuestas a la consideración y escarnio de los observadores, resultado de la rapada infame a la que fui sometido por el peluquero chambón que me tocó en suerte.

De los recuerdos traumáticos formó parte también, y de manera muy significativa, la consecución de la flor para el ritual de consagración de la ‘*santa pureza*’. Considerada símbolo de la

inocencia y pureza del nobel comulgante, debía llevarse una flor junto al cirio durante la ceremonia. Las niñas portaban una azucena blanca y los varones un lirio blanco. Pero los corretores y preparativos de la ceremonia no dieron tiempo a nadie para adquirir esa flor, y cuando se pensó en hacerlo, no se encontraron lirios, al menos lirios blancos, como lo indicaba el ritual. Y ¡ahí fue Troya! Mordeduras de uñas, recriminaciones de parte y parte por la improvisación, movimiento de influencias a todo nivel para conseguirlo, etc. Tan grande afugia fue resuelta discreta pero efectivamente por la señora del sacristán. Silenciosamente y sin aspavientos se acercó hasta los floreros del altar y sustituyó uno de los abundantes lirios blancos por el lirio amarillo que yo portaba y ya comenzaba a abochornarme ante todos. Esta solución al impasse la consideré siempre un regalo magistral por su ingenio y oportunidad.

La segunda cosa que ocupa mi memoria tiene que ver con *el rito propio de la comunión*, sus circunstancias y los personajes intervinientes.

Bien grabado tengo aún el hecho de lo impresionantemente viejo que era el cura párroco que presidía la ceremonia. Los nudos de sus dedos ya artríticos sobresalían de forma significativa en la anatomía de sus sarmentosas manos, que meneaban un incensario de plata suspendido por cuatro cadenas del mismo metal blanquecino, de cuyo vientre emanaban caprichosas volutas de humo esparcidas por todo el lugar hasta llegar a nuestro olfato, arrancándonos toses y estornudos que el cura supo cortar con su habitual manera de regañar a tan peculiar horda de distraídos comensales eucarísticos. Esa especial expresión de sus manos que me espantaban, se haría más tétrica en el momento de entregarme la hostia consagrada.

Igualmente significativo, en el momento, fue el acto mismo de recibir la hostia blanquecina. Su forma, su textura y el sabor

a pan simple y ‘sin levadura’ como nos habían explicado durante la catequesis previa al sacramento fue, para mi gusto, motivo de hondo desengaño.

Mi padre, mi madre, mi abuela, la tía-madrina y quienes nos prepararon para este momento, magnificaron de tal forma aquel ‘*misterio del cuerpo y la sangre de Cristo*’, que en el instante mismo de recibirla en mi boca ni fue cuerpo, ni fue sangre, ni fue misterio para mí. Y, por el contrario, añoré sin proponérmelo aquellas galletas grandes, aliñadas y bien tostadas de don Rudecindo, el viejecito del parque cercano a nuestra casa, que en las tardes dominicales se quedaba con la mesada que nos daban por ser día de ‘fiesta de guardar’, a cambio de una dulce hostia-galletón, muy distinta en tamaño y sabor a eso que me enseñaron se llamaba ‘el pan ácimo’ (sin levadura y sin gusto y sin sabor) que era lo que recibíamos los católicos al comulgar.

Y, una tercera cosa para recordar, y tampoco de manera placentera, fueron *las secuelas del tal acontecimiento sacramental*.

Acostumbrado a heredar de mi hermano mayor tenis y zapatos más o menos envejecidos, los de la ceremonia, estos sí nuevos, regalo de mis padrinos de bautismo, eran el estreno orgulloso del gran día, el más grande, según la cofradía familiar antes descrita. Pues los ‘mugres’ zapatos me hicieron sentir su acompañamiento, pero no de manera gratuita. A modo de impuesto por su uso y la ‘chicanería’ de la que supe hacer alarde, se me produjeron unas señoras ‘ñomas’ en los pies, seguidas de un dolor insoportable que devendría en callos incómodos y la distorsión de los empeines de ambos pies; y para toda la vida. ¡Fueron el más caro estipendio que debí pagar en semejante fecha!

Finalmente llegó el almuerzo ‘en familia’ que los grandes disfrutaron a su manera y a sus anchas; y los chicos, destocados

del vestido nuevo y los arreos de fiesta, mezclamos con juegos infantiles y peleas entre primos envidiosos de los regalos que aquel día recibí y que, según tradición paisa, debían durarme hasta cuando recibiera el próximo sacramento, el de ‘la Confirmación’, que no sería administrada por las feas manos del párroco de marras, sino por ‘la mano milagrosa del obispo celebrante’ quien cerraría el ritual del sacramento con solemne cachetada que deberíamos aguantar sin protestar.

Bueno, al menos ese era el cuento con el que abuelas, mamás, papás y tías pretendían que guardáramos la santa pureza recibida en la primera comunión, y que debía durar hasta el próximo sacramento; ¡ah! y de paso, no volviésemos a pedir regalo alguno hasta esa fecha, durante la cual volvería a ser sacudida la anémica economía familiar para responder por nuevos rituales sacramentales y discriminatorias exigencias sociales.



SER ARGENTINO, JESUITA Y PAPA

J. Iván Pérez R.

*La Paz no se puede comprar. No se vende.
Es un don que hemos de buscar con paciencia
Y construir artesanalmente
Mediante pequeños y grandes gestos
En nuestra vida cotidiana.*

PAPA FRANCISCO

Una vez le escuché a alguien una anécdota sobre el entonces ‘maestrillo jesuita’ Jorge Bergoglio, ocurrida en el colegio Inmaculada Concepción de la Provincia argentina de Santa Fe, quien más tarde, y después de muchas canonjías, ha venido a ser el “*Papa Francisco*”.

Lo de “maestrillo” tenía su razón de ser. En el proceso de hacerse cura jesuita, los aspirantes deben cumplir etapas de formación intelectual, espiritual y apostólica. Esta última la cumplía Bergoglio, a sus 29 años como profesor de letras en ese colegio donde cargaba

con el mote de *Carucha*, a causa de su inconfundible “*cara de nene*”, a pesar de su edad.

Interesado en que sus alumnos profundizaran en el conocimiento de los literatos del país, invitó a Jorge Luis Borges, su tocayo y escritor favorito, a que dictara unas clases sobre literatura gaucha. Para que tal cosa pudiera lograrse, Jorge acudía al hotel a recoger al maestro todos los días, acompañado de otro jesuita. Uno de esos días sube a la habitación del maestro para ayudarlo en el porte de algún material para sus clases, pero demora más del tiempo estimado. Cuando finalmente aparecen en el hall del hotel, el compañero jesuita le demanda por la razón de su demora y Jorge le responde: “*el viejo me pidió que lo afeitara*”. Es probable que en algún lugar del universo, Borges sonría al recordar que ha sido el único ser en el mundo que ha tenido por barbero al propio Papa.

Ser argentino... “no es cualquier gauchada”

Ser oriundo, nativo o perteneciente a un territorio o “pueblo” específico lleva consigo enormes cargas pertinentes a la raza, a la nación, o a una idiosincrasia en específico. Esas cargas de sangre, cultura, religión y también de política, son imposibles de eludir y, en veces, hasta difíciles de ocultar o de llevar con aplomo.

Tal ocurre en casi todas las latitudes con los nativos argentinos, cualquiera sea el territorio de ese país de donde provengan. “*Ser argentino tiene su carajadita*”, dijo alguna vez, y de manera más extensa y explicativa, Julio Cortázar el escritor, también de origen argentino. Lo que nunca acabó de explicitar fue la entraña o profundo significado de tal afirmación; o mejor, el real sentido de la misma.

En el caso de Bergoglio, nacido argentino pero de ascendencia italiana, mezcla de elementos tan europeos y tan latinos, hace que,

sumado a su carácter eclesiástico y de jesuita, esa idiosincrasia lo convirtiera en individuo de una especie peculiar y digna de ser ahora estudiada con suficiente curiosidad y detenimiento.

Al recorrer su interesantísima biografía uno se topa con cosas que no se imaginarían de otras personas. Se encuentra, por ejemplo, la razón o razones por las que para él fue un dilema mayúsculo tener que tomar la más visceral de las alternativas. Siendo aún adolescente debió enfrentar el dilema entre conformar una familia, como cualquier humano de su edad, o renunciar a ello para optar por una profesión cuya exigencia central era, por el contrario, ser célibe. Y no por un celibato cualquiera, sino el que es condición *sine qua non* para ser elegido como cura o apóstol que portara la ‘buena nueva’, dentro de una de las estructuras eclesiásticas más selecta, la jesuita, en la que pudiera desarrollar sus talentos y sus carismas.

Igualmente, la educación recibida y nutrida de conocimientos y valores suficientemente amalgamados propiciaría su aplicación efectiva en cualquier escenario ministerial. De ahí que esos mismos elementos se fueran volviendo caldo de cultivo para personales inclinaciones a responder de inmediato al llamado a cumplir cualquier otra misión más allá de comunes fronteras de barrio, de ciudad y aun de nación, dentro de unas estructuras eclesiásticas que lo llevaron a ser provincial de los jesuitas, obispo, arzobispo, cardenal y, finalmente, a ser “el Papa Francisco”.

Ser jesuita... todo es según el color del cristal con que se mira

A los jesuitas los fundó un exmilitar converso que, dejada la vida palaciega de la milicia de posguerra a causa de su estado de lisiado, se hace converso hasta abrazar una vida en otra milicia cuyo lema sería lo más opuesto a lo vivido hasta entonces: “*ser más para servir*”

mejor". Esa conversión es llevada hasta el nivel más superior, el de convertirse en fundador de una orden religiosa a cuyos miembros llamó: <Compañeros en el Señor>, y a quienes encomendó como misión: "*id e inflamad todas las cosas*".

Quinientos años después uno de esos compañeros, y el primero en llegar a la cátedra de Pedro, alimenta con llamas transformadoras la conmoción de los cimientos corroídos de una Iglesia que pretende ser "madre y maestra". Es una lástima que los escándalos de muchos de sus miembros directivos, convertidos en lo peor de la burocracia vaticana, aumenten el lastre en que se han convertido y que impiden la transformación de la estructura a su interior.

Durante el desempeño de los diferentes cargos durante su ministerio en su país, Bergoglio se vio forzado a convivir con los regímenes dictatoriales que le hicieron entrar en contradicciones consigo mismo y con sus colaboradores. Un caso, entre los más emblemáticos, ocurrió cuando siendo Provincial de los Jesuitas, en 1976, dos de ellos fueron secuestrados por el ejército argentino que los sacó de una barriada pobre de Buenos Aires por presuntos vínculos con grupos subversivos de la izquierda.

En esa ocasión fue señalado por algunos de no haber defendido, de manera contundente, a sus colegas clérigos caídos prisioneros del régimen, o no haberlo hecho con la contundencia requerida. Sin embargo, Franz Jalics S.J., uno de los agredidos, escribió en una carta pública que no solo no había sido así, sino que Bergoglio intervino en su liberación y gracias a él pudieron salir del país. En 2010, siendo ya cardenal, fue requerido por la Fiscalía como testigo del caso, pero la misma lo exoneró totalmente.

De la mano del Evangelio, que como jesuita y Papa tiene por fuente única de vida y base del cumplimiento de la misión para la que fue elegido, parece repetir, como un mantra aprendido de su

Maestro: *<He venido a traer fuego a la tierra y ¿qué he de querer sino que arda>*”. Francisco ha emprendido y mantiene una cruzada tan utópica como suicida: derribar estructuras inútiles y tóxicas de una Iglesia que pretende seguir siendo “Católica y Universal”.

Ambas cosas se insinúan tan dolorosas como peligrosas. ¿Por qué? Basta con echar una ojeada a la historia reciente del mismo Vaticano para aterrarse de qué manera fallida han sido frenadas las reformas intentadas por Papas anteriores como el bonachón Juan XXIII, santificado apenas hace meses por el mismo Francisco, y cómo no lo logró ni con un Concilio como el Vaticano II; y otro sucesor, Juan Pablo I, quien debió morir envenenado, víctima de su propio intento por hacer alguna regeneración al interior del cuerpo cardenalicio. La primavera vaticana no parece comenzar aún, y nada asegura que la llegada a feliz término sea posible, o no esté exenta de otra tragedia, o en el menor de los casos, de otra traición.

Ser Papa y no poder utilizar la tilde

La elección del argentino y jesuita como primer Papa latinoamericano ha marcado una óptica diferente en la perspectiva de la Iglesia, positiva para algunos y controversial para otros. Corrió el rumor de que en los tres minutos y medio en los que pudo hablar durante la congregación general de los cardenales electores, como preparación del cónclave, Bergoglio habría dicho que la iglesia tenía que salir hacia las periferias no solo geográficas sino existenciales y habría criticado a una Iglesia *“autorreferencial, enferma de narcisismo, que da lugar a ese mal que es la mundanidad espiritual, ese vivir para darse gloria los unos a los otros”*. Luego, quienes lo eligieron sabían a qué se atenían al elegirlo.

Ya es el Papa Francisco. Pero antes de llegar a serlo, fue padre y pastor de mucha gente en muchos sitios, inclusive en los marginados

de sus pagos argentinos. Fue gracias a esas experiencias como fue construyendo aquella convicción que luego hizo extensiva a todos los pastores del mundo.

Síntesis de sus tesis pastorales y del talante por asumir de sus responsables, son sus propias palabras: *“el olor de los pastores, si quieren ser auténticos, debe ser el mismo de las ovejas que se proponen evangelizar”*. Por eso la evangelización, segua, hay que llevarla a las fronteras. Para él las fronteras son esos lugares donde la marginación de todo progreso y la desigualdad sientan sus reales y condenan a las personas y a los pueblos a un neocolonialismo castrante.

Ese mensaje ha quedado suficientemente explícito desde su investidura como Papa, donde los arreos utilizados para ella fueron infinitamente diferentes a los de otros de sus predecesores. Testimonios de sencillez, comenzando por el sencillo nombre del *Poverello*, que eligió para vivir y trabajar con un estilo diferente su papado.

No en vano, estas actitudes tuyas han hecho exclamar a críticos y contradictores de la Iglesia institucional, como a Leonardo Boff: *“Francisco no solo es un nombre, es el proyecto de otra Iglesia en línea con la espiritualidad de Francisco de Asís: pobre, humilde, amigo de la naturaleza, despojado del poder y de sus símbolos. Está demostrando que, antes de reformar la curia, empezó con el papado”*.

Aun su estilo de oración, desde el inicio del pontificado, hizo huella en la costumbre secular de su primera bendición desde el Vaticano. Su primera plegaria no fue para bendecir desde el poder de su investidura como *“Príncipe de la Iglesia”*, sino una petición sencilla pero sentida, para que se orara por él, que bastante lo necesitaría. Luego vinieron sus actitudes como signos y símbolos

de esa congruente sencillez; no ocupó los opulentos aposentos vaticanos del palacio apostólico de sus predecesores; paga de su propio bolsillo el hospedaje cotidiano en el hotel donde lo sorprendió su elección; y es allí donde recibe a sus visitantes y despacha sus asuntos ministeriales. La sumatoria de tales conductas supuso cambios tan radicales en su estilo de vida y en la de los que lo rodean, que ha comenzado a incomodar a algunos que, si no han renunciado a su trabajo con él, están buscando su caída desde el espionaje de su primer error, para cobrarlo.

Estas personales prácticas del pontificado de Francisco se están volviendo *“el nuevo paradigma vaticano”* que tiene como fundamento *<educar y enseñar con el ejemplo>*, y que causa tanta incomodidad a otros, esos sí autoproclamados ‘príncipes de la Iglesia’ que debió heredar como colaboradores suyos. Tal vez por eso incomodó a tantos, cuando llegó, su frase dicha en broma, aunque no tanto: *“se acabó el carnaval”*.

Pero también va entronizando en el ejercicio de su pontificado un nuevo estilo de liderazgo que ha llegado a incomodar por la contundencia de sus criterios, aunque use un tono moderado para expresarlos.

Y tiene su postura personal sobre la “Teología de la Liberación”, nacida y experimentada en las entrañas del trabajo social de la Iglesia Latinoamericana, en cuyas fronteras marginales tanto tiempo ejerció su ministerio pastoral como cura y como purpurado. Es probable que no use con relativa frecuencia esos mismos términos, pero sí va quedando claro que se la jugará por la liberación de los oprimidos, y que con ello, contrarrestará lo que alguien, al denunciar cierta desnaturalización del quehacer eclesial, criticaba, diciendo: *“hemos caído en la globalización de la indiferencia”*.

Habrá mucho más que decir del talante y conductas de este Papa, y quedarán flotando multitud de inquietudes y cuestionamientos igual de lacerantes. Pero, ¿y a todas estas, qué quedó de sus fugaces escauceos sobre el amor? Esos que debió intentar en sus años de mozo enamorado, pero que no cuajaron. Pudo más la convicción de “*ser para los demás y con los demás*” que ser el padre simple de una simple familia. Es esto lo que hace que cerremos nuestras reflexiones sobre el argentino, jesuita y Papa con otro interrogante que ha rondado las líneas de este escrito: *¿Será por eso que su título de Papa no lleva tilde?*



SIN NI SIQUIERA UN ADIÓS

J. Iván Pérez R.

Me llamó para que recogiera los libros que su actual avanzada ceguera le impedía degustar. Me presenté con una hogaza aliñada, aún tibia.

Me recibió en la habitación única de cuatro por cuatro metros a la que había quedado reducida su historia, su vida y la de su esposa, en un asilo de pudientes. Allí todo era estrecho, hasta la mirada de ella que, generalmente inexpresiva, parecía abarcarlo todo cuando el alzheimer se lo permitía.

Me fue entregando cada volumen y por la caricia que propiciaba a su tapa o a su lomo, y lo que me iba diciendo de su experiencia con cada uno, solo pude gravarlo en el corazón.

Hoy, ni la memoria, ni las circunstancias, ni las lágrimas que furtivamente escapaban de sus ojos cansados me permiten recordar con certeza lo dicho por él con un sentido tan enternecedor y que, ni él ni yo pudimos intuir como su mensaje póstumo; solo sé que arrugaron mi corazón. “*No las voy a secar*”, me dijo de forma

determinativa. *“Sabrás que son de hombre y de amigo...de hombre curtido por el trabajo y el sufrimiento... y del amigo que hemos llegado a ser durante nuestra experiencia vivida con el grupo... pero mientras no me traicione este viejo servidor —y señalaba al corazón— estaré para dar mucha guerra todavía”*.

No nos pudimos despedir personalmente cuando lo internaron. Los reglamentos de la U.C.I. lo impidieron. Tampoco me fue dado derramar una lágrima junto a sus despojos. Lo cremaron antes de que pudiéramos enterarnos sus compañeros y amigos.



Y TODO POR UNAS HUELLAS...

J. Iván Pérez R.

¡No para todos llegaría a ser el mismo escándalo saber embarazada a la Fidelina!

De hecho, sí lo sería — ¡y de qué manera! — para los convivientes de la tradicional casona paisa: padre, madre y dos hormonados hijos que constituían la familia *Correa-Bernal*, de notable alcurnia entre los habitantes de “El Almejal”, población pujante del nordeste antioqueño.

Lo sería de forma bien mayúscula para la adusta madre del clan, y ¡de qué manera, también, para los hermanos de Fidelina, celosos custodios de la virtud de su hermana, tan temprano convertida en una hembra inmensamente deseada por todos los jayanes merodeadores del pueblo! Pero no eran los únicos. Igual ocurría con el patriarca del clan y con sus herederos, en cuya casa había encontrado cobijo Fidelina, a la muerte de su madre viuda.

La divulgación de tan nefasta noticia llegó a tener un hondo y conflictivo calado en la matrona de la familia a cuyo cuidado

creciera Fidelina, convertida en tentación permanente para sus hijos — aprendices de machos cabríos — y para el papá — gamonal, viejo zorro, ávido de pastos tiernos en su temprana decrepitud —, quien se declaraba abrumado, tanto por los desaires de beata en que se había convertido la esposa, como por los afeites utilizados que, antes que mejorar su apariencia, la hacían parecer cada día menos deseable.

Fue en ese escenario hostil y poco propicio donde debió transcurrir anónima la vida de Fidelina, ¡pero de qué manera!... Abrumada por los oficios de esa casona donde antes habían desertado tres “domésticas” como ella, porque los oficios y las exigencias de la patrona eran motivo suficiente para enloquecerse; presionada, cada vez más por la frecuencia de los chantajes económicos de sus hermanos; y víctima del acoso propiciado por la exacerbada libido del padre y sus retoños, ella se convertiría en blanco fácil de lo que finalmente tenía que llegar a suceder.

El ojo inquisidor de la patrona y sus interrogatorios la mantenían alerta y confundida, mientras la evitaba de la mejor manera. Se hacía cada vez más consciente de ser espía por los miembros del clan, a la manera peculiar de cada uno. Y llegó el día en que no pudo ocultar más su embarazo y debió mentir sobre el causante del mismo. Lo hacía, tanto para escapar de la pérdida de ese su único refugio, como para librarse de las represalias de sus miembros. Al fin y al cabo tampoco ella tenía certeza sobre quién, en definitiva, podría ser el padre de la criatura. De ahí el infierno en que se convirtió su existencia y su estadía en la casona.

Y ocurrió que una de esas noches diluviosas, tan abundantes en los meses de abril, y cumplido el tiempo del alumbramiento, y a la luz empobrecida de “velones pascuales” reservados para circunstancias calamitosas como esta, atravesó el corredor largo y

empedrado de la casona una de las comadronas del pueblo, quien, asistida por alguien de la servidumbre, enfiló rumbo al cuarto de atrás donde la Fidelina había iniciado sola y en medio de los dolores que eran solo suyos, el trabajo de parto.

Aunque la aplicación del procedimiento acostumbrado en estos casos transcurriera como lo mandan los cánones del oficio, y el resultado del trabajo conjunto de la primeriza y la baquiana en estos menesteres fuese satisfactorio, algo alteró la tranquilidad de la partera. Cuando ya había terminado los protocolos del caso, y mientras practicaba la limpieza requerida a la neonata, y su asistente escurría el copioso sudor que le empapaba el rostro y todo su cuerpo, se sintió empalidecer y casi desfallecer por lo que iba descubriendo en la criatura. Un rictus de espanto se instaló en la comisura de sus labios, su pulso se alteró y su mirada perdió el rumbo ante lo que acababa de descubrir: ¡La niña no traía huellas en ninguno de sus dedos! Pensó si era necesario poner sobre aviso a la primeriza, pero creyó más prudente callar y dejar que ella, en ejercicio del aprestamiento que la naturaleza da a las madres en estos casos, lo descubriera por sí misma y a su debido tiempo.

Fidelina, repuesta del atonamiento personal que le produjo el fenómeno y acudiendo a su heredado bagaje de “fe de carbonero”, se dirigió al cura del pueblo para darle cuenta de su tragedia, que no sabía interpretar. El cura, más consciente del doloroso estupor de la madre que de su investidura de juez de la moral y buenas costumbres, la tranquilizó y le prometió consultar con los médicos del hospital regional. Mientras tanto, la instó a conseguir los padrinos del bautizo para no poner en riesgo la bienaventuranza de la criatura.

Entre tanto, en la casona se armaría la de Dios es Padre. La matrona, descompuesta, salida de casillas y al borde de un soponcio,

clamaba al cielo para encontrar la razón y al culpable de semejante tragedia familiar. ¡Ella, la pía señora de todas las colectas y servicios sociales parroquiales; ella, la de la virtud inquebrantable a pesar de las infidelidades y horrores políticos del mequetrefe de su esposo; ella, la mujer caritativa de todas las horas y de todos los lugares donde se la requiriera; ella, la incondicional con la parroquia y sus campañas por los pobres y desvalidos, se encontraba ahora sola, confusa y desahuciada, pidiendo explicación satisfactoria sobre el castigo que representaba tal acontecimiento para ella ¡“tan digna siempre y tan virtuosa”!; ¡ella, la pulcra señora, que sacaba la cara por la tacañería de su esposo y por la malcriadez de sus dos hijos!

Ni en el consuelo dado por el cura, ni en la palabrería vacía del esposo, ni en la aparente solidaridad de los rufianes de sus hijos encontró sosiego, ni explicación, ni la revancha que anhelaba.

Mientras, los dos hermanos, culpables o no de la tragedia provocada por el embarazo, pero desentendidos de la responsabilidad por el mismo, planeaban deshacerse de la culpa que podía caberles como secuela de las violentas arremetidas sexuales que, de tiempo en tiempo, ejercían sobre la Fidelina.

¡Y surgió el plan perfecto para desviar de ellos el foco de la atención incriminatoria! Iniciarían, por sí mismos y ante sus progenitores, la reclamación anticipada de su herencia para entablar negocios lejos de la familia y poner tierra de por medio con ese nido de confusiones en que se convirtiera su hogar donde, a la par de su crecimiento, tuvieron la nefasta oportunidad de entrenarse en sus exploraciones sexuales.

Pensaban que, de esa manera, saldrían bien librados del momento supremo en que el dictamen de medicina determinara que el problema de la ausencia de huellas digitales de la criatura fuese una “característica genética recesiva” (CGR), que hubiese llegado

camuflada en la herencia de algún antepasado, y cuyo portador ahora pudiese ser el “patriarca” o, para la mayor desgracia, en la de alguno de ellos, sus directos herederos.



CRÓNICA DE VIAJE

Rosa Nieto

Seis de la tarde, viernes 21 de agosto de 2015. El tren resopla y disminuye velocidad. Los que nos bajamos presurosos en la estación Les Olympiades abrimos paso. Primer día en París de mi tercer viaje. Tierra que ejerce una fuerte fascinación en mí, tal vez por la belleza de su idioma que suena tan musical, o porque siempre tengo la sensación de que a la vuelta de la esquina me voy a topar con una sorpresa, o quizás sea su particular patrimonio arquitectónico que hace que me sienta en el centro del mundo.

Estoy ansiosa. El motivo del viaje es acompañar a mi sobrino José en su instalación en una universidad de Cergy, un pueblo al noroeste de París. Desde la edad de cinco años ha sido mi compañero de viaje, de aventuras. Jugamos fútbol, buceamos en el mar, visitamos acuarios, conocimos gran variedad de tiburones, lobos marinos y ballenas, recogimos caracoles, comimos exóticas comidas y nos dimos largas siestas. Él me lleva de la mano, es mi guía, habla perfecto el francés.

Agosto llega a su final, la temperatura ha descendido, avanzo de prisa por los pasillos de la estación sin mover casi las piernas, floto. Rostros impenetrables, silenciosos, se encargan de empujarme. La lengua queda excluida de la comunicación, no hace falta hablar para pagar ni para subir o bajar. El metro es para un forastero débil y ansioso de novedades el mejor medio de convencerse de que ha penetrado de verdad en la esencia de París. Me acerco al último tramo, tomo las escaleras eléctricas que me llevan a la superficie. Una fuerte ráfaga de viento frío se estrella contra mi rostro, me llega un delicioso olor a maíz asado. Por segundos pierdo la noción del tiempo y del espacio. Estoy con mis amigos por los alrededores de la Plaza de Toros de Cali; es diciembre, salimos de toros, queremos saciar el hambre. Las ventas ambulantes nos invitan a carne asada, empanadas y maíz asado. Sigo avanzando por los pasillos de la estación, alcanzo la calle. A los forasteros se les reconoce porque al llegar arriba se desorientan, a diferencia de los parisinos que pasan imperceptiblemente del metro a la vida callejera. Dos fornidos muchachos negros ataviados de turbantes y mantas multicolores, en cuclillas, ofrecen a los transeúntes maíz asado que preparan en un rudimentario brasero. Promocionan la venta en un idioma desconocido, no es español ni francés. De golpe me entero de que son los primeros de los muchos nuevos visitantes que conoceré. Llegan para quedarse en la Galia, antiguo nombre de Francia. Ya no es la que vi hace cuatro años, ni mejor ni peor, es otro país.

Sábado, 22 de agosto. Hemos adelantado varias diligencias y decidimos hacer turismo en el fin de semana. Los compañeros de José, que llegaron antes que nosotros, lo han llamado para hacerle algunas recomendaciones; entre otras, que las mujeres deben cuidarse de cruzar la mirada con algún extranjero, pues

para algunas culturas orientales el mirarse a los ojos es una clara invitación sexual. No podía creer lo que oía, solté la carcajada y al segundo se me olvidó. Cuando subimos al metro mi sobrino me daba puntapiés cada vez que mi curiosidad se iba detrás de algún transeúnte. Las jóvenes juiciosas viajan con los ojos clavados en la pantalla del celular. El celular ahora presta un servicio adicional, es utilizado como escudo para evitar que los ojos de la dueña observen lo prohibido.

Hemos llegado a la emblemática basílica del Sagrado Corazón, aún es temporada alta y los turistas son una mezcla de razas, colores e idiomas. Ansiosos de gastar y tomar fotos. Hay un grupo de visitantes de tez achocolatada y mirada apagada, recostado en las verjas de hierro que rodean los jardines. Vestido con ropa inadecuada para la temporada, indiferente a las tierras extranjeras. Circula inmutable en la inmensidad de una vida que no incluye su territorio, se desliza imperceptiblemente. Yo quisiera pensar que en su corazón algún día empiece a gestarse la fascinación por lo desconocido. En pequeñas alfombras exhibe su mercancía: imágenes religiosas en yeso dedicadas a diferentes credos, santos, jaculatorios impregnados de fe, escapularios que harán invulnerables a quienes los porten, para que las maldiciones no los alcancen, sahumeros. Se acerca un turista curioso. “Souvenirs”, le dicen en coro. Espera que el fruto de la venta alcance para mitigar el hambre de ese día. Ventas callejeras que me hicieron evocar cualquier pueblo de peregrinación colombiano. De pronto alguien grita: “¡Policía!” y en segundos enrolla sus alfombras con la mercancía adentro y desaparece.

Lunes, 24 de agosto. Viajamos en tren hasta Cergy. Nos tomó una hora desde el noreste de París. Cergy es un pintoresco pueblo de

sesenta mil habitantes, ubicado en la campiña francesa, con muchos pinos, atravesado por el río Oise, en el que se realizan deportes náuticos. Una vez instalados en el hotel salimos a caminar por los alrededores. Sus habitantes son mucho más hospitalarios que los parisinos.

Martes de madrugada, 25 de agosto. Fuimos en bus hasta la prefectura. Mi sobrino debía tramitar la *Carte de Sejour* que es el documento oficial de residencia de Francia y que deben diligenciar los extranjeros que llegan a quedarse. Entran buses en la fría estación de Cergy. Los muros grises del edificio de la prefectura dan la bienvenida a un colorido grupo de pasajeros. Hablan en voz alta un idioma que desconozco, pero con la musicalidad de mis coterráneos de Buenaventura. Se empujan, creo que se hacen bromas, sueltan risotadas. Ataviados de bultos y maletas raídas, cargados de esperanzas, se confunden con otros que han tenido largos años de migración. Algunos solo tienen su cobija multicolor, como si en ella estuviera resumido su pasado, su hogar, su país. Es probable que aún quede en ella algo del aroma de su tierra. Inician un camino que se convierte en el prólogo de una nueva vida.

Las puertas de la prefectura se abren y empezamos a entrar en orden. Hicimos fila por tres horas. Mientras mi sobrino espera el turno, me dedico a caminar dentro del edificio para desentumir las piernas. Llego a una sección con el aviso: “Asilo”, las sillas están ocupadas por familias con niños, ancianos y jóvenes callados, tristes. Me turbo. En sus mentes cargan todo su equipaje: alegría, miedo, tristeza, devoción, valor, resentimiento ¿Quién puede saberlo? Una vida misteriosa y primitiva se agita en su corazón. Su espíritu permanece en casa. Partir es un poco morir. Llegar, nunca

es llegar. El destino, mi destino, su destino, ese misterioso arreglo de lógica implacable. Un niño llora y tira de la falda de su madre. Ella se acerca a una máquina y compra alimentos. La lengua del niño busca el gusto y se ve obligado a saciar el hambre con comida que no le resulta familiar.

Los franceses estirados, de nariz respingada, bien puestos, con rostros inescrutables, se mueven, conviven con sus nuevos inquilinos, los arrojados de sus aldeas por la guerra, los invisibles. Dueños de casa que toman posiciones críticas frente a seres humanos en quienes ven el atraso y la superstición.

Empiezo a sentirme desplazada. Nuestro planeta se encuentra en la era de los “refugiados, inmigrantes, exiliados, indocumentados”, palabras que hasta hace poco casi no se mencionaban. Han pasado a ser una de las inquietudes fundamentales de nuestro tiempo. Cientos de miles de seres humanos son esparcidos alrededor del mundo. La intolerancia de los pueblos y la urgente necesidad de vivir en una comunidad cuya cultura nos permita vernos como iguales, blancos con blancos, negros con negros, mestizos con mestizos, nos han convertido en personas asustadas porque alguien que no creció en nuestra ciudad pueda hacernos daño. Cada media hora se oyen sirenas de la policía, la gente se estremece.

Francia tiene a sus espaldas la difícil tarea de recuperar sus símbolos de libertad, igualdad y fraternidad, la imagen del país de los derechos humanos, amenazados por un manto de decadencia tendido por un grupo de franceses que no comparte tales principios. Se empieza a notar que los colores cobrizo y negro priman sobre el blanco.



SONATA A KREUTZER

Clemencia Inés Gómez

*Alimentarse de carne es un vestigio del primitivismo más grande.
El paso al vegetarianismo es la primera consecuencia de la ilustración.*

LEÓN TOLSTÓI

Tolstói pierde a su madre a muy temprana edad. Desde el punto de vista psicológico la madre es quien de manera inicial permite que el niño vea el mundo a través de ella, es el momento en que el niño y la madre forman un solo mundo. El niño se mira a través de su madre y, por medio de ella, empieza a apreciar el entorno que lo rodea; a esa edad el niño o la niña todavía están aprendiendo a percibir la realidad externa y a comprender que la madre tiene una vida propia y que es imposible poseerla realmente, pues pertenece a otra persona. La madre permite la entrada del padre, rompe el huevo y lo lanza al mundo de la verdad. Hasta los cinco años existe entonces un vínculo muy especial entre la madre y el niño, generando

seguridad, tranquilidad, sosiego, agrado y placer. La pérdida de esa persona tan importante para el sano desarrollo síquico y emocional del menor podría generar ansiedad, angustia y desubicación. La relación con la madre prepara el andamiaje funcional para todas las relaciones posteriores a las que se enfrente el menor durante sus etapas de crecimiento. Por lo tanto, una sana relación con la madre puede incidir en la creación de relaciones saludables, mientras que su pérdida o un pobre apego hacia ella pueden desembocar en relaciones conflictivas que derivarán en dificultades emocionales y conductuales por el resto de la vida.

A los nueve años Tolstói pierde a su padre. El padre simboliza la norma, la ley y posibilita al niño acceder a la sociedad, a la cultura. La función del padre es la frustración, el límite, el encuentro con la realidad, es él la persona que le dice al niño: “Tu madre no es tuya, ella no vive solo para ti”. A los nueve años el niño pasa de la heteronomía, a la conquista de la autonomía; debe aceptar las reglas del juego. En la etapa anterior a los siete las reglas venían de fuera, eran sagradas e intocables (aunque puestos ya en el juego se olvidaban de que había reglas y no las tenían en cuenta), pero en esta edad las reglas ya no están condicionadas por una coacción exterior y se pueden modificar si todos los componentes del grupo consienten en ello. A esta edad un niño se siente importante dentro de su familia, queriendo que se le tome en serio, aunque necesita mucho de la atención de sus padres, de los mimos. Es el momento óptimo de la identificación con el padre de su propio sexo y tiene una gran necesidad de diálogo con ambos. Si los padres actúan con habilidad, el niño contará sin problemas sus vivencias, experiencias, deseos... y también estará ansioso y atento por oír lo que sus padres quieren contarle.

Hay un detalle importante en la vida de Tolstói, la muerte de su padre deja en él una profunda huella en su sensibilidad, que predispone su ánimo a un cierto temor religioso en torno a la vida y a la muerte; siempre se resistió a la idea de la muerte de su padre. Queda Tolstói en manos de la tía Alina (Alejandra Ilinichna), quien a su vez es víctima de los maniáticos celos de su esposo; en alguna ocasión intentó cortarle la lengua en uno de sus estados de locura. Ella murió cuando Tolstói no había cumplido los 12 años.

A los 16 años Tolstói carecía de toda convicción moral y religiosa; se entregó sin remordimiento a la ociosidad, aunque se resistía asombrosamente a las bebidas alcohólicas, jugaba a las cartas sin descanso y obtenía con envidiable facilidad los favores de las mujeres.

A los 19 años decide alejarse del ruido de las grandes ciudades y regresa a su tierra natal, donde se da cuenta de la miseria de las clases menos favorecidas y de sus propios siervos y desea ayudarles para que superen su propio estado, pero no sabe por dónde empezar.

En 1853 Tolstói participa en la guerra de Crimea, en la que dio muestras de arrojo, tenacidad, intrepidez y sensibilidad exacerbada que lo lleva a despreciar la muerte. Con anterioridad demostró su sentido militar, que lo condujo a escribir un plan de vida caracterizado por la búsqueda del perfeccionamiento.

Rousseau fue el primer pensador radical y revolucionario, cuya esencia se sintetiza en dos frases célebres que influyen en Tolstói: “El hombre nace libre, pero en todos lados está encadenado”; la otra: “El hombre es bueno por naturaleza”.

Fueron varias las mujeres que pasaron por su vida, algunas ocuparon solo su imaginación y pensamiento y otras fueron fruto de pasiones carnales y mundanas. Sofía se convierte finalmente en su esposa, inocente muchacha de 18 años, deslumbrada por el pasado aventurero de Tolstói a sus 34 años. Él quiso que ella conociera sus locuras pasadas, entregándole su diario. Los primeros años conyugales se caracterizaron por la felicidad, estado que se fue deteriorando por los excesivos celos de Tolstói y por las diferencias conceptuales y de convivencia. Al parecer la lectura de su diario fue uno de los detonantes de las querellas y celos ya que ella dejaba al alcance de su esposo, en su diario, agravios que generaban peleas.

Tolstói prefería ocuparse de hombres de carne y hueso, más que de héroes imaginarios. “Los ignorantes deben dedicarse a aprender y los instruidos deben enseñar”, decía Tolstói. Se entrega a sus alumnos compartiéndoles las riquezas de su corazón y de su espíritu, resaltando en esta faceta de su vida la compasión por los desposeídos, no solo de dinero, sino de conocimiento. La admiración y la fama que despiertan sus escritos afianzan aún más su vocación de renuncia a las comodidades, y piensa que el sufrimiento es una forma de acercarse a Dios. Alejarse de su familia lo lleva a la búsqueda de una vida de pobreza y renunciación. Se podría decir que su pasado azaroso lo lleva a encontrar el sosiego, aproximándose a Dios como esencia de vida.

Al investigar sobre la sonata número nueve de Beethoven encontré que el primer movimiento es predominantemente furioso, tormentoso; el segundo consiste en una serie de subidas expuestas en secuencia melódica. El tercero es un prolongado cántico final, un desenlace de sinfonía único, alegre y exuberante.

En 1889 León Tolstói usa la composición de Beethoven como un ejemplo de que la gente puede ser arrastrada por sus pasiones desatadas, que van desde la furia y la contemplación hasta el desborde de felicidad, estados anímicos por los que pasa su personaje central Pózdnyshév/Tolstói. La sonata tiene un carácter tormentoso, con un poderoso sentido del movimiento. Beethoven nos presenta retazos de lo que esperamos sea un melodía completa, pero siempre frustra nuestras esperanzas, el material se transforma ante nuestros ojos con infatigable energía en graciosas elaboraciones musicales que rompen nuestras expectativas por completo. Tolstói también, al igual que Beethoven, con los monólogos de su personaje central enfrentado a la levedad existencial, nos lleva a sentir frustración y desasosiego.

La obra literaria, al igual que la vida del personaje, se caracteriza por un movimiento en forma de olas que sube resaltando la pasión de Pózdnyshév/ Tolstói. Cuando habla de su vida de adolescente y luego de la conyugal, marcadas por grandes olas en vaivén permanente.

A continuación podría mencionar el contenido temático que hallo en los cinco movimientos de la Sonata a Kreutzer:

1. Muerte temprana de sus padres y de su hermano preferido; vida sexual depravada, afición al juego, a la bebida y al cigarrillo.
2. Críticas a una sociedad enferma y corrupta.
3. Deseos permanentes de formalizar su hogar con un sentido de pureza y de elevación espiritual.
4. La mujer como elemento de provocación y atracción sensual y sexual del hombre.

5. Relación matrimonial acechada por la duda, los celos, la culpa y el reproche permanente.

El segundo movimiento imbrica una serie melódica de subidas, expuesta en forma de secuencia marcada por voces descendentes que encuentran su timbre armónico en el juego de cuerdas y el viento-madera. De vez en cuando se oyen pequeños motivos reminiscentes del tema de la introducción. Por ejemplo, en el clímax del compás 102, tras una subida muy sólida de la cuerda (a partir del minuto 4:25). Después del clímax se produce una baja en contrapunto en la que dialogan los vientos-madera. Sigue otra gran ola en forma de melodía rápida, marcada por violines y cuerdas (compases 132 y siguientes). Tras un nuevo clímax (minutos 5:42 y siguientes) entramos en el pleno desarrollo del tema.

El amor-pasión no los ve Tolstói como complementos de la relación sino como dos elementos distantes; el primero te aproxima al cielo, en tanto que el segundo te lleva al infierno. “A veces había palabras, explicaciones, hasta lágrimas, pero después miradas, sonrisas, besos, abrazos, oh qué vileza...”. Fluctuaciones sobre las que recalca el personaje, a las que se enfrenta en su relación matrimonial, el conflicto, la discusión, la pelea y luego — como se dice en el argot popular — “debajo de las cobijas todo se arregla”. “Se admite que una enfermedad es curable, que existe una ciencia y unos hombres, los médicos que saben curar...”. Y luego el personaje, más adelante, pone el dedo en la llaga y se contradice al plantear: “Si la mujer fuera un animal, no se torturaría, tendría fe en Dios y diría como las mujeres del pueblo, Dios nos lo dio, Dios nos lo quitó”.

La pregunta que salta a la vista del lector es: ¿Si los hijos para él y su esposa no eran motivo de alegría sino de sufrimiento, por qué tuvieron una familia tan numerosa?

En el tercer movimiento la sinfonía avanza y se eleva sobre sí misma, mientras los coros llegan a niveles atronadores. Una doble fuga da el contrapunto pausado que lleva al veloz y prolongado cántico final, en un desenlace casi sinfónico.

La vida de Tolstói, al igual que la sonata, tiene un final único, su renuncia al mundo material para entregarse a una vida austera y espiritual, alejada del bullicio, del elogio y de la charlatanería. La vida del personaje, Pózdnyshév, es arrastrada por la inseguridad y los celos, que lo llevan a asesinar a su esposa, como única salida a su desasosiego permanente; ya no lo ataca la duda sino la certeza de la infidelidad. Es la muerte simbólica de Sofía en la obra, que bien podría tomarse como el acto de liberación de Tolstói de una vida compleja y cargada de contrariedades y desdichas, a cambio de una vida de renunciación, espiritualidad y entrega a Dios.



EL AMOR

Humberto Rey

Quizás lo único que nos pueda salvar en siglos venideros como especie humana sea vivir con autenticidad y tolerancia esta palabra AMOR tan tratada y maltratada por todos.

La historia del amor se remonta a esos tiempos en que dejamos de ser la especie cambiante por evolución natural para empezar a estar influenciados por la cultura. En la prehistoria esto ocurrió hace unos 40 000 años, por lo menos, cuando aparecieron las primeras manifestaciones artísticas en cuevas habitaciones de cromañones.

Si uno mira en un diccionario la definición del Amor, the Love y L'amore, en nuestros occidentales idiomas, es esa emoción que nos hace gustar, ligar y ponerle atención a personas, ideas y cosas.

Algo de lo cual podemos estar seguros es de que en el momento en el cual aparecieron los primeros rasgos culturales apareció el amor en sus diferentes modalidades porque es el motor del libre albedrío, cualidad indispensable para definir el humanismo que nos

diferencia, al menos en su calidad, de lo que sienten y valoran las otras especies animales cercanas a nuestros genomas y biología.

El amor de personas puede ser entre parejas, entre padres e hijos, entre familiares y entre amigos y conocidos o a veces ocurre en ambientes desconocidos en una forma súbita.

Pero hay amor por el conocimiento, amor por las ideas, por las artes y la música, por la ciencia, por el poder, la política y un amor místico religioso con enamoramientos de Dios como tratan de sentirlo las monjitas y los sufíes junto con los anacoretas en el desierto o en la soledad de sus celdas conventuales.

Todo amor sincero y respetuoso de los otros contribuye a crear un enriquecimiento cultural humanístico. Tenemos que defenderlo contra las intolerancias y los dogmas para gozar de una sociabilidad y de buenas relaciones humanas.

Este amor ideal sería posible en una democracia que piense y deje pensar y que al hacerlo visualice las diferentes ideologías y creencias que siempre son diferentes y variables entre humanos.

Los seres con conciencia y mente nos enamoramos de fenómenos naturales como las tempestades, las cataratas torrentosas, y las inmensidades ambientales llenas de preguntas sin respuesta como son los desiertos y los mares.

También amamos lo que es capaz de fabricar el ingenio del hombre como los libros viejos llenos de filigranas, o los puentes fastuosos que han unido sitios que parecían haberse separado para nunca jamás.

Hasta que Darwin lo expresó, se creía que estas emociones placenteras y aprobadoras ocurrían solo en nuestra especie.

Pero los mamíferos y primates dan muestras amorosas similares.

A veces con la propaganda que se le hace al amor romántico y de pareja por los diferentes medios audiovisuales tendemos a creer que este es el que mejor define este vocablo.

Necesitamos amar para aprender y la inteligencia emocional nos obliga a gustar y degustar lo que deseamos para transformarlo en creencias y volverlo aceptable en nuestras mentes y conciencias. Si alguien se propusiera elaborar una escala hierárquica del amor por las personas el primer puesto se lo disputarían el amor maternal y el amor de pareja, ambos relacionados con la obligatoriedad de reproducirnos que a veces parece ser tan fuerte como el afán de sobrevivir en el largo camino acaracolado que rige la evolución y selección natural de las especies vivas.

Es innegable que con pocas excepciones el amor a las madres y de las madres por sus hijos prima en el mundo afectivo y compite por la supremacía con el amor de pareja indispensable para procrear. La ciencia logró las inseminaciones artificiales, hace siglos en animales y en el siglo XX en los humanos.

Hace poco se pudo ver, mediante técnicas de resonancia magnética funcional, que las regiones del sistema nervioso que manejan el amor romántico o de pareja y el enamoramiento coinciden en gran proporción en los núcleos amigdalinos y estriados de nuestro cerebro.

El amor filial, maternal y paternal ligado a la reproducción y crianza tiene muchos ejemplos de su fuerza vital y puede tener que ver con la necesidad de establecer valores éticos que permita la tolerancia entre las especies vivas.

En los animales algunas veces se llega hasta el sacrificio de la propia vida por defender las crías. Se requiere una dosis de lo que se denomina altruismo.

En los humanos unos lazos amorosos fuertes se establecen con más frecuencia entre los familiares que comparten genes que entre amigos y conocidos con los cuales no compartimos la herencia biológica.

Roberto Dunbar, un científico investigador en los vericuetos y meandros amorosos, tiene unos números que vale la pena mencionar en los aspectos personales del amor.

Él dice que cada una de las personas tiene un promedio bastante rígido, cinco relativos íntimos con los que se comparte un gran porcentaje de vivencias e ideas. De ellos, tres por lo general son familiares y los otros son amigos sin relación genética con uno, pero afines en ideas, ambientes y sitios de recreación.

Hay quince personas (\pm) con las que vivimos un 70% de nuestras experiencias vitales. Pueden ser familiares o amigos. Son personas compatibles con nosotros por herencia, por ideas, por ambientes y creencias.

Hasta aquí se pueden llamar allegados nuestros. Con ellos nos vemos con frecuencia.

La mayor parte de programaciones vivenciales se hacen con dicho grupo.

Un tercer plano de encuentro lo conforman los amigos de ocasiones y la familia lejana que algunos denominan parentela.

Este grupo sumaría unas cuarenta a cincuenta personas.

El grupo humano con el cual nos relacionamos en forma esporádica es el de los conocidos, colegas y aquellos que tienen nuestras tendencias en las formas de vivir como los que tienen los mismos gustos nuestros en el comer, en las recreaciones y en la forma de ver la vida y su filosofía.

La suma de estas personas con las que interactuamos se aproxima a 150. Es el número que se llama *número de Dunbar* y son las gentes

con las cuales convivimos por encima de un 90% de nuestro tiempo y que en una u otra forma nos mantienen anclados emocionalmente. El restante 10% de gentes con las que interactuamos son los otros, los desconocidos que eran irrespetados e ignorados por los clanes, tribus y familias hasta que la democracia nos ha enseñado las múltiples obligaciones que tenemos con ellos si no queremos que nuestras comunidades se compliquen y aparezcan formas de violencia.

En este número afectivo vital, aceptado por la ciencia que investiga el amor y los valores humanos, caben hombres, mujeres y niños.

Algunos de los personajes que viven con nosotros pueden ser muertos que han influenciado en gran forma nuestra forma de ser ante la vida.

Nuestros padres amados hacen parte del número de Dunbar.

Las personas que viven cerca de nuestro hogar y residencia están con más frecuencia ocupando los primeros lugares de nuestras preferencias emocionales. Los familiares y amigos muy queridos en un determinado periodo de nuestra vida se alejan de los primeros sitios en la escala a medida que pasa el tiempo y no es raro ver en este número de Dunbar variaciones de sitio tanto en la familia como en los amigos.

Las ideologías, creencias y gustos definen nuestras prioridades emocionales y esta es una de las razones por las que cualquier reunión ritual refuerza las ligazones afectivas como bien lo saben las instituciones religiosas que tienen entre sus mandatos asistir con periodicidad a sinagogas, mezquitas e iglesias, tal cual sucede con la misa dominical en el catolicismo, o con los cultos del viernes en los musulmanes.

Los rituales y ceremonias acentúan la unión de las personas y por eso tienen prelación en el manejo de todo tipo de creencias.

No se puede hablar del amor sin que dejemos unos párrafos para mencionar la amistad. Es una forma amorosa generosa de ligarse emocionalmente en donde las identificaciones por creencias e ideologías establecen los lazos de unión. El altruismo predomina sobre el egoísmo amoroso cuando de amistad se habla aunque es bueno dejar claro que en toda ligazón egoísmo y altruismo se fusionan en diferentes proporciones.

Sternberg, un estudioso investigador del amor, en 1997 propulsó una escala amorosa triangular para clasificar el amor de pareja según la cantidad de:

- 1) Intimidad que se desee
- 2) Compromiso que se busca
- 3) Pasión que se logra

Si la intimidad es poca, el compromiso escaso y la pasión reducida = no hay amor.

Si la pasión es fuerte, el compromiso mucho y la intimidad abunda = el amor verdadero.

Entre estos extremos estarían el amor fatuo, el vacío, el infatuado, el gustarse mutuamente, el amor romántico y el amor compasivo. Aunque dicha escala se ve de tipo reduccionista no hay duda de que sería de gran utilidad en los tribunales de divorcios y es posible que sea útil para nuestros adolescentes conocerla y aplicarla en sus clases de educación sexual.

El amor en sus diferentes concepciones es uno de los motores claves en la vida humana. Lo testifican las artes que siempre lo han considerado como una fuente de inspiración, los códigos que lo legislan y controlan, las guerras que se han producido por su causa, las risas de los miles de niños que hoy viven gracias a los amores de papá y mamá.

Lo testifican los 7000 billones de humanos que vivimos en este momento y los 107 billones de muertos que nos precedieron en este bello relámpago existencial que permite pensar y soñar mientras amamos.

Cuando falta el amor la vida se oscurece como una caverna y desde esas simas se pierden la motivación, la creatividad y la esperanza, la compasión y el humanismo.



OSCAR, EL TAMBOR DE HOJALATA

María Victoria Zapata

Gunter Grass nació en Dánzig, Polonia, el 16 de octubre de 1927, y murió en abril del 2015. Fue participante del “Grupo 47”, de escritores interesados en la estética y la conciencia democrática alemana post nazi. A los diecisiete años fue forzado a incorporarse a las Waffen-SS, y destinado a Dresde, en una división de tanquistas. Ganó el Premio Nobel de Literatura y el premio Príncipe de Asturias, ambos en 1999. Publica *El tambor de hojalata* en 1959. Construcción de un personaje extravagante llamado Oscar Matzerath, que nació con la crueldad de un adulto y una potente voz capaz de destruir cualquier vidrio; a los tres años de edad, cuando le es entregado un tambor de hojalata, regalo prometido al momento de nacer por su madre, decide no crecer más porque odia el violento mundo de los adultos y de los nazis.

Oscar diseña su vida al capricho, aunque detrás de una maliciosa ternura que inspira se esconde un delincuente; una forma simbiótica con su tambor, que aprendió a tocar maravillosamente. Sí alguien trataba de quitárselo destruía vidrios con su potente voz. La música que salía de su tambor era mágica y lo acompaña a todas partes.

La novela consta de tres libros en los que narra la historia de Polonia destruida durante la Segunda Guerra Mundial. Son relatos con matices macabros e inocentes. La obra en muchas partes está en primera persona y en retrospectiva, en otras, en tercera. Cada capítulo cuenta una historia de la vida de Oscar, describe con detalle la vida de sus padres, abuelos o de personajes como los habitantes del barrio o del circo en el que trabajó para entretener a los soldados nazis.

Oscar el tambor, es el centro de la obra. El contexto histórico y la guerra produjeron tal engendro agresivo de inteligencia crítica. El tambor es el medio de reconocimiento del mundo a efecto de dirigirlo a todo el que se oponga a sus simples deseos primarios. El tambor es el arma, símbolo de poder y ataque para imponer su voluntad. Oscar no puede ser contrariado, él es manipulador y obsesivo.

Oscar muestra la naturaleza humana, con sus amores, odios y resentimientos, frente a los cuales mantiene un carácter inflexible y fuerte en la lucha contra los obstáculos del mundo. Los personajes de reparto de la novela son marionetas, primero su madre que lo protege; luego mueren sus padres, el biológico y el adoptivo, pero él no confía en ellos y con trampas y dulzura los conduce a la muerte.

Su voz es un don especial, un grito agudo que rompe los cristales, o los lentes de su primera profesora, sin arrepentimiento, más bien con la sensación de triunfo; Oscar no respetó la autoridad, es un tirano sin reglas morales.

La historia termina tomando un nuevo rumbo a la muerte del padre adoptivo; entra en la tumba y toma la decisión de crecer, crece unos cuantos centímetros, adoptando la forma de enano con joroba; se interesa en el arte y empieza a trabajar como adulto, se convierte en artista, retoma su tambor, hace giras mostrando sus habilidades, se vuelve rico. Pero un día es llevado a un hospital para enfermos mentales acusado de cometer un asesinato, entonces él pide papel y tinta e intenta escribir la historia de su vida y las tristezas en retrospectiva, llevado por dulce y absurdo arrepentimiento.



KAFKA Y MILENA JESENSKÁ

Yolanda Delgado

No sé exactamente lo que quiero decir con todo esto, solo quisiera de algún modo comenzar a captar los lamentos, no los explícitos sino los callados, que surgen de sus cartas y puedo hacerlo porque en el fondo son los míos. Que aún aquí en la oscuridad estemos de acuerdo es lo más notable de todo, y por así decirlo solo puedo creerlo intermitentemente, cada dos segundos.

FRANZ KAFKA

El ensayo queda caracterizado desde lo azaroso y lo lúdico; su sentido no ha de residir en el descubrimiento trascendental que inventa un nuevo aspecto de la realidad, sino en la humilde y entusiasta tarea de desnudar el tejido de alguno de esos descubrimientos y trenzar sus cabos juguetonamente de otro modo, o dejarlos definitivamente sueltos. Quien no tiene grandes cosas que decir; pero quizá en esta época de lenguaje descualificado y una sabiduría cuya perentoria justificación del dominio vigente apenas se encubre bajo el aparente vigor del método, solo quienes no tengan grandes cosas que decir, merezcan ser escuchados.

FERNANDO SAVATER

Al leer algunas obras de Franz Kafka me sentí atrapada en una red de preguntas. Busqué en sus diarios y en sus cartas y ahora intento la semblanza de un hombre oscuro, extraño, agazapado en sus letras. Es en sus cartas y especialmente en los diarios, cuando “estoy solo conmigo”, donde cuenta sus miedos, angustias, odios y amores.

Me intereso en el Kafka de la relación amorosa con Milena Jesenská porque en su diario declara su profunda aversión y su rechazo al sexo. La visión del lecho matrimonial, la ropa blanca usada, las camisas dobladas, lo excitaban hasta el vómito. Como si nunca hubiese sido parido —dice— y estuviese indisolublemente unido a cosas repugnantes.

En *Carta al padre* le habla fuerte a Hermann, su padre, porque lo que le aconseja es, en su opinión, lo más inmundo que existe. El matrimonio le parece desvergonzado. Lo que su padre consiguió fue que Kafka hiciera conciencia completa de la suciedad sexual. Antes —dice— no podía hablar libremente con las mujeres recién conocidas, me lo impedía la existencia inconsciente de deseos sexuales, ahora me lo impide su inexistencia consciente.

El coito es un castigo por la felicidad de estar juntos. Vivir lo más ascéticamente posible era para Kafka la única posibilidad de soportar el matrimonio. Confiesa que lo excitan las prostitutas, las mujeres gordas de cierta edad, con vestidos anticuados, en quienes nadie habría visto atractivo.

Después de ir a un prostíbulo dice que su felicidad consiste en que todo no hubiera resultado aún más repugnante, más inmundo. “Soy sucio, Milena, infinitamente sucio, por eso hago tanto alboroto con la pureza. Nadie canta con tanta pureza como los que están en el más profundo infierno, su canto es lo que creemos el canto de los ángeles”, dice en una carta de principios de 1921.

¿Se cimentaron sin sexo los amores entre Milena y Kafka? ¿Alguna vez Kafka superó el rechazo al sexo? No se vieron sino dos veces en la vida, cuatro días en Viena y un día en Gmund, en la clandestinidad. ¿Cómo fueron esos cuatro días compartidos en la Viena de después de la guerra, del derrumbe de los imperios? Ella tiene 23 y él 37 años.

Veámoslo en su pequeño cuarto, donde se recrea con el recuerdo de su amada. Ella está lejos y él la siente en su habitación, en el balcón, en las nubes. Con vehemencia, con avidez, lee sus cartas, saborea sus palabras y se extasía en sus letras y en estado de frenesí escribe: “El domingo nos veremos... estaremos juntos unas cinco o unas seis horas, es muy poco para hablar pero es suficiente para callar, para darse la mano, para mirarse a los ojos”. Y encuentra la ciudad de Praga melancólica, porque Milena está lejos, “acepta ahora como buenas noches el río de todo lo que soy, déjame reposar sobre tu pecho”.

La ternura se desborda con solo pronunciar el nombre: Milena. Le escribe con mano temblorosa: “Es tan bello haber recibido su carta, me paseo entre las líneas, a la luz de sus ojos, bajo el aliento de su boca como un hermoso día feliz... no sé cómo captar con las palabras, los ojos, las manos y el pobre corazón esta felicidad de que estés allí y que además me pertenezcas. Y en ese momento no es a ti quizás a quien amo sino a ese destino que me has regalado... yo te quiero como el mar desea un diminuto guijarro hundido en sus profundidades. De igual manera te envuelve mi amor. Y ojalá yo sea para ti ese guijarro. Amo el mundo entero y a ese mundo pertenecen también tus hombros y tu rostro sobre mí en el bosque y ese descansar mío sobre tu pecho casi desnudo”.

Joaquín Robago, biógrafo de Kafka, ha escrito: “Cuatro días con sus noches estuvo Kafka con Milena en Viena y a raíz del encuentro,

Kafka le escribe a su amigo Max Brod: Milena es un fuego vivo como jamás he visto otro, pero a la vez delicadísima, graciosa...”.

Otro día se enternece al recibir un retrato de ella y desgaja su sentimiento en dulzuras: “Una carta para un año, un retrato para la eternidad... y habría que contemplarlo solamente a través de las lágrimas y con palpitaciones del corazón, nunca de otro modo...”.

Milena estaba casada con Ernst Pollack y Kafka le escribe con temor, con angustia. Va por un camino peligroso y lo sabe. Están jugando un juego infantil y le dice que se arrastra por la sombra de un árbol a otro y que ella le señala los peligros, quiere darle ánimos, le recuerda la seriedad del juego pero él se niega a escuchar, ya ha caído y no puede oír en simultáneo las voces de ella pidiéndole cordura y sus voces interiores. Ya no puede escribirle de algo que no sean ellos. Se siente en medio de un torbellino, todo lo demás le resulta remoto e injusto. ¡Injusto! Y cada vez el sufrimiento es más profundo a medida que mira su fotografía. Convertido en un amante, quizás viviendo eso que le parecía tan sucio y repugnante, escribe carta tras carta: “...quisiera oír constantemente una frase, no la que deseas tú, sino esta “eres mío”. ¿Y por qué justamente esa? Ni siquiera significa amor, más bien proximidad y oscuridad”. Cuánta desesperación en sus cartas, sentía a Milena como un cuchillo que le escarba las heridas, y se ve a sí mismo debajo de una pesada cruz, que le oprime el vientre; tiene que hacer un gran esfuerzo antes de poder erguir siquiera la cabeza, antes de que el cadáver que está sobre él se levante un poco.

En Kafka afloran sentimientos de tristeza, desolación, celos y se siente sin posibilidad alguna a su lado. Llega hasta el exceso de mirarse en la atmósfera de la casa de su amada donde se ve como Gregorio Samsa, un minúsculo ratón en una casa en la que le dan

permiso para correr por la alfombra una vez al año (Milena era la traductora de sus obras del alemán al checo).

Como todo lo que nace, el amor también trae la impronta de la muerte que se va reflejando en las cartas. Hace mucho que se han puesto de acuerdo en la conveniencia de no escribirse más y fue ella quien lo propuso, pero igual habría podido ser él; concluyen que no hace falta explicarse. Me parece, escribe él, cediendo paso a la fatalidad, que nosotros en vez de vivir juntos, tendríamos que acostarnos juntos para morir, pero ocurra lo que ocurra ocurrirá cerca de ti.

Quisiera creer que Kafka, el oscuro, encontró una puerta de escape y vivió el amor y dignificó el sexo. Quiero creer que el genio se diluyó para dar paso al hombre elemental y simple y enamorado, que a pesar de su infinito repudio al sexo se enamoró tan profundamente, precisamente porque nunca hubo sexo entre ellos. “Muchas veces tengo la impresión de que estuviéramos en una habitación con dos puertas opuestas, y cada uno tuviera aferrada la manija de una puerta, y apenas uno mueve los párpados ya está el otro detrás de su puerta, y ahora basta que el primero diga una sola palabra para que el otro cierre su puerta detrás de sí y desaparezca. Volverá a abrir la puerta, por supuesto, ya que tal vez es una habitación que no puede abandonarse. Si por lo menos el primero no se pareciera tan exactamente al segundo, si se quedara quieto, si por lo menos aparentara no mirar al segundo, si se dedicara a poner lentamente en orden el cuarto, como si fuera un cuarto como todos los demás; pero en cambio hace exactamente lo mismo que el otro junto a su puerta, a veces se encuentran ambos cada uno detrás de su puerta, y la hermosa habitación queda vacía”.

No me interesa el hombre oscuro, agazapado en sus obras, ni siquiera el hijo rechazado y lastimado por su padre (según algunos biógrafos). Quiero sacar a la luz al musical, al romántico, al corriente, al hombre que amó. En una carta del 21 dice: “Querida señora Milena: el día es tan breve que entre usted y apenas dos o tres nimiedades se termina en seguida. Dificilmente consigo un ratito para escribir a la verdadera Milena, ya que otra más verdadera aún estuvo aquí conmigo todo el día, en la habitación, en el balcón, en las nubes”.

“Ella era una mujer muy práctica. Durante la Segunda Guerra Mundial temía que su casa fuera bombardeada, así que hizo copia de las cartas y las mandó a un amigo en California para que las depositara en un banco. Conocía su valor y no las aflojaba; muchos pensábamos que abrir el epistolario sería como tener una clave para entender mucho de lo que pasó con Kafka. Quizá habría grandes revelaciones, pero ella se agarró a sus cartas y Schocken decidió publicar todo y la convenció con un millón de dólares”.

Dicen los biógrafos que Kafka le pidió a su amigo Max Brod que destruyera su obra. Y yo saliendo de un laberinto para entrar a otro (a pesar de que solo quería buscar la musicalidad y la poesía en la vida de Kafka) me atrevería a decir que él nunca quiso que se destruyeran. Kafka se sentía grande en la literatura.

El Kafka lector que nos encontramos dice: *“Si el libro que leemos no nos despierta de un martillazo en el cráneo, ¿para qué leerlo? Un libro tiene que ser el hacha que rompa la mar congelada de nosotros”*.

Y termino con las palabras de Kafka a Milena que mejor representan el sentido de la preocupación que me llevó al hombre oscuro: “No puedo hacerte comprender ni a ti, ni a nadie, lo que pasa en mi interior ¿Cómo explicarte por qué me ocurre todo esto?”

Ni siquiera puedo explicármelo a mí mismo. Pero tampoco esto es lo principal, lo principal es muy claro: me es imposible vivir una vida humana entre los hombres”.



DÉCIMA A MI PERRO

Clemencia Inés Gómez

1 Como ráfaga de viento
2 al galopar de la tarde
3 el sol me golpea y arde
4 es tarde de esparcimiento
5 no importa si me caliente
6 con mi perro caminando
7 es gracioso y va jugando
8 sin pensar en el regreso
9 busca que busca su hueso
10 a casa llega jadeando.



ONLY WEEKEND

Clemencia Inés Gómez

Había encontrado la llave que ataba el candado a la cerradura. Angélica estaba dispuesta a desatarlo, recordaba lo sucedido ocho años atrás con su amante en el Puente del Amor. “Bota las llaves al río, mi amor”, le dijo Rubén. Ella, a cambio, había tirado una moneda. “Nuestro pacto de amor quedó sellado”, dijo él. Angélica pensó en el futuro del hijo que llevaba en su vientre.

Se conocieron en la empresa de diseño gráfico, se enamoraron a primera vista, ella sabía que él era casado, a ella eso no le preocupaba. “¿Salimos, Angélica?, hoy es viernes, nos tomamos unos traguitos, bailamos y bueno, después...”, la apretó entre sus brazos y ella respondió con un hondo suspiro. Salían de la empresa juntos el viernes en la noche y solo regresaban a sus casas el sábado entrada la tarde, después de desayunar en la cafetería de la Mona, en el centro de la ciudad.

“Mijo, hoy es 8 de diciembre, día de la Virgen Inmaculada, voy a la iglesia”. Danilo la besó y la despidió en la puerta. Llevaba en su cartera la llave del candado que había guardado con sigilo ocho

años atrás. Se acordaba que el color era rojo, su favorito; buscó en la baranda del puente, en la primera escalera de bajada a la izquierda, no fue fácil encontrarlo; un sudor fuerte la invadía, por la ansiedad de perderlo en las profundidades del río. Lo abrió y metros después decidió enterrarlo con la llave. Era el momento de cerrar ese ciclo y de recibir con amor y alegría el inicio de su nueva relación con un hombre que creía en ella y la apoyaba en la crianza de su hijo.

—¿Por qué nunca te casaste, Angélica?

—Porque las cosas no se dieron —le respondía.

Ella temía hablarle del matrimonio de Rubén. Esta pregunta inquietaba siempre a Danilo, y se la repetía en algunos momentos de intimidad.

Angélica regresó a casa convencida de haber superado esa dolorosa etapa de su vida.

—¿Mijo, para dónde vas? —Danilo se alistaba para salir—. Recuerda que hoy es festivo, todo está cerrado —añadió ella.

—Voy a cumplir con un compromiso musical; mi amigo Javier me contrató para celebrar los 20 años de casados de su hermana y el cuñado, debo recoger los instrumentos musicales y llevarlos a la casa de campo, donde se realizará el evento; ellos son aficionados a la música andina, he contactado al grupo Aires Andinos.

Angélica, con cierta inseguridad, esperó una respuesta negativa de su esposo:

—Vamos, mi amor, maneja tú, es por la Avenida de las Palmas, dejemos a Sebastián en casa de mi madre —agregó Danilo.

Después de recoger los instrumentos cogieron la vía de las Flores, el paisaje exuberante de vegetación los recreaba y el olor a sancocho valluno acentuaba el deseo de almorzar. Se acercaron a la puerta del evento; un hombre blanco, de pelo castaño claro y aspecto bonachón, abrió la puerta.

—¿Qué te pasa, Angélica? Te noto nerviosa, hasta el carro se te apagó.

—Danilo, ese señor es el padre de Sebastián, tengo miedo de entrar.

—¡Jajajaja!

Danilo soltó una carcajada sincera y respondió a su mujer:

—¿Por eso te detienes? ¡Adelante, adelante! —repitió él, en tono decidido.

Angélica recordó el candado que había enterrado esa mañana.



SEBASTIÁN CHAVERRA EN LOS CAMINOS DE ANTIOQUIA

Alba Lucía Echeverry Peláez

La caravana de Sebastián Chaverra llega a Santa Fe de Antioquia, fundada en la subregión occidental de Antioquia, cerca de un amplio trayecto del río Cauca. Allí permanecen tres días recorriendo sus calles empedradas, casas coloniales, iglesias.

Los arrieros antes de iniciar su ascenso hacia Medellín preparan sus bestias machos. Sebastián compra montura, cinchas y freno, a un hombre rudo de mirada aguda, ataviado con ruana corta de hilo, camisa de zaraza, pantalón de dril pardo y cuchillo de monte al cinto. Pero lo que más le llama la atención al joven es su guarniel con divisiones para guardar monedas, tabacos, ungüentos y otras baratijas.

Al despedirse, el comerciante le aconseja:

—Créame, don, a los muleros les puede confiar hasta su plata y el oro. Ande tranquilo, pues son unos berracos pa' trepar por trochas. Despachada la carga, atendidos los quehaceres, los hombres se montan en mulas, las mujeres se acomodan en sillas especiales con cacho para montar la pierna, los niños y personas delicadas se acomodan en silletas cargadas por baquianos. En seguida la fila de caminantes y animales inicia su trayecto hacia Medellín, liderados por José, hombre rudo y sencillo.

—¡Bienvenidos! —le grita José a su caravana—. Nos largamos pa' Medellín, fundada entre estas montañas áridas y peligrosas en su mayor parte, o con selvas, fieras, ríos innavegables y cascadas enormes. ¡No se asusten! Nos protege la Santísima Virgen y mis arrieros que son unos aventaos pa' andar por este y otros caminos devoradores de hombres y animales.

—Pues, entonces, ¿quiénes fueron los berriondos que los limpiaron? —preguntó un lugareño.

—Pues los que se largaron en otro siglo de Santa Fe de Antioquia pa'l Valle de Aburrá, pa' huir del problema minero. Ellos se movieron pa' estas montañas, donde los adinerados levantaron en las partes planas fincas de caña y ganado y los arrancaos cogieron las laderas del valle.

Mientras la fila avanza hacia la cima de una montaña, a Sebastián le parece que José lo observa con desconfianza, tal vez porque sabe que es un fugitivo.

El joven comprende que no puede ocultarse toda la vida y en cualquier momento deberá enfrentar un castigo, o tal vez ya lo está padeciendo.

Más adelante la caravana encuentra hombres sudorosos, con la vestimenta sucia y mojada, dedicados a librar a los bosques y selvas lluviosas de barro, huecos, piedras enormes, raíces y ramas de árboles colosales. A pesar del esfuerzo José tiene que sortear con su mula un tragadal que desacelera en la penumbra la marcha de la fila andante, ansiosa de ubicar una posada para pernoctar.

Cuando llegan sueltan las bestias y a saborear el caldo con carne y papa. En seguida se recoge cada uno en su nido hasta el momento que los despierta el trinar matutino de los pájaros y se alistan para bañarse antes de saborear la tasa de chocolate y la arepa.

Recuperado el aliento avanzan bajo la lluvia por lodazales que tienen que librar de hojarascas y brazos de árboles para facilitar el ascenso por el borde de la imponente montaña. Al vasco lo asusta un profundo abismo donde un hilo de agua repta entre vegetación verde y frondosa, sin adivinar que más adelante cruzará aguas traicioneras por un puente fabricado con varas del monte, nudosas y flexibles, tendidas entre dos peñones.

Cuando los sorprende el crepúsculo José los invita a la tienda de María, alzada en un pequeño plano, donde pueden relajar los músculos, dar resuello a las cabalgaduras, quitar los frenos, aflojar las cinchas de los animales e ingerir jugos de frutas, agua y deliciosos bizcochos.

Ya montados otra vez en sus bestias, la caravana, a 34 kilómetros de Medellín, encuentra a “San Jerónimo de los Cedros”, erguido entre cerros aptos para cultivar. Todos se hospedan en la posada a la entrada del pueblo.

Al día siguiente los forasteros se abastecen de alimentos y agua para partir, alumbrados por la luz matinal. Al rato los sorprende una bajada vertical que para la fila viajera.

— ¡Ay, jueputa, qué atascadero tan hondo! — grita José—. ¡Señores, no se afanen! Nos hemos deslizado por piores sitios.

José, con un niño amarrado a su cintura, y su mula, son los primeros en escurrirse por el declive embarrado. Los demás, expectantes, ven al arriero y al infante aferrarse a la grupera para evitar salir disparados por las orejas del animal, que tiembla sus músculos, alinea sus patas y se resbala. Las huellas dejadas por el animal orientan a los demás.

El vasco avanza por el sendero con su encapuchado para resguardarse de la lluvia, aterido de frío. A los demás les preocupa su aspecto demacrado y envejecido. Él les asegura que se está recuperando con el agua que bebe y la ruana. Más tarde un ardor lo recorre, se le nublan sus ojos, se acelera su respiración hasta paralizarlo y tirarlo al barro. Dos arrieros lo socorren y lo montan en la mula de José, amarrado a su cintura.

— ¡Don Sebastián, no se preocupe! — le susurra José—, en la posada más cercana lo atienden.

El dueño del alojamiento lo examina:

— Créame, José, de esto no muere el enfermo, veo que lo picó la hembra de un mosquito infectado. Con emplastos, yerbas medicinales y aromáticas lo sanaremos.

A Sebastián lo atienden dos días con sus noches. Sigue postrado. Los otros viajantes y arrieros están preocupados, deciden dejar a José y a dos arrieros con el vasco.

Sebastián delira, suda, le pide perdón a su papá y al alma de un hombre.

— ¡Virgen Santísima! A este forastero lo matan sus remordimientos — comenta la mujer del posadero.

— Oí, José, a este lo persiguen el alma de un hombre y su papá.

— Así es, y cree que en esta lejura entierra sus pecados.

El enfermo recupera la conciencia al tercer día. Come, bebe agua, se vuelve a dormir. A la cuarta madrugada se levanta, organiza el equipaje. José lo detiene, nota que no puede soportar la jornada por la montaña.

Al reiniciar la marcha el quinto día, el arriero y el andante, aún débil, abrazan a sus protectores:

— Os bendigo por vuestros cuidados. Recibid estas monedas en demostración de mi gratitud.

— ¡Dios mío! ¡Gracias! — exclama el dueño de la fonda.

Sebastián y los arrieros alcanzan la cumbre de la montaña, que les permite divisar la capital de Antioquia asentada en el valle extenso y fértil de Aburrá, con sus casas blancas y quintas pintorescas rodeadas de huertas y jardines. Jinetes y animales descienden emocionados hacia Medellín.

Extenuados por la faena entran al comedor del hospedaje y se alegran cuando ven a sus compañeros. Ellos se sorprenden al ver al vasco curado de sus males.

— ¡Celebremos este encuentro al calor del fuego y el aguardiente!

— sugiere José —. Zurrunguiemos las guitarras, cantemos nuestras anécdotas y amores chispeantes.

Sebastián sonrío, los abraza, se toma unos aguardientes, se goza la velada. Cuando se retira a su aposento lo revisa; nota que está dotado con una cama rústica, cubierta con un tendido blanco, el nochero donde sobresale un platón, la jarra con agua, la vela pegada en el fondo del candelero. En la ventana cuelga una cortina también blanca. Se quita la ruana, la camisa, el pantalón. Los cuelga en el clavo de la puerta. Pone su mochila en la banca de madera ubicada a los pies de la cama; la abre, saca un trapo limpio, lo humedece con agua, se lo pasa por la cara, el cuello y las axilas, se recuesta en el lecho y se sumerge en el universo de los sueños.

Unas horas después se despierta, se viste y se encamina al comedor donde disfruta la cena con los arrieros, todavía exaltados con el alcohol y relatos pícaros. Lo sacude la nostalgia de su hogar, la ausencia de sus amigos, de Lucía... “¿Me recordará...?”, se pregunta.

De pronto, entre el bullicio armado resalta la figura de una mulata. Lo turba su mirada de fuego. Mira sus pechos, su caminar cadente, los labios gruesos, se le eriza la piel. Se controla, no atiende sus coqueteos. Sabe que antes de actuar entre gente de razas ajenas debe conocer su cultura. Decide ignorarla.

Más tarde, cuando el cansancio lo doblega, se retira a su aposento. A la media noche lo despierta un ruido. Sus ojos sorprendidos descubren a la mulata junto a su cama. Su mirada lo quema. Ella avanza sin hablar, se quita la camisola, tiembla cuando se mete en el lecho. Su hombría reacciona con ardor y se aferra a la carne que se ofrece, la penetra hasta quedar satisfecho, luego se sumerge en sueños, hasta que escucha el canto de pájaros y se levanta con el cuerpo dulcemente tocado por la hembra.

Camina hasta el chorro que vomita agua fría en la quebrada cercana a la fonda y se lanza al cristalino cauce.

Se viste despacio, se traslada al comedor para despedirse de algunos arrieros y viajantes. Antes de esfumarse mira atrás, quizás con la ilusión de encontrar la mirada femenina que lo esquiva.



HAY QUE SER AMIGA...

Nubia Amparo Ramírez García

*AMIGA, no te mueras.
Óyeme estas palabras que me salen ardiendo.
Y que nadie diría si yo no las dijera.*

PABLO NERUDA

Amiga, no podrás leer este escrito, eso lo sé y Dios y tú saben cuánto lo lamento. ¿Por qué? Porque somos amigas desde casi toda nuestra vida; porque fuimos confidentes y en nuestra comunicación siempre había una respuesta, un comentario, una aceptación y hasta reproches que aceptábamos así fuera a regañadientes y terminaríamos por hacer cada una lo que nos viniera en gana; porque ahora nuestra comunicación está incompleta, solo puedes escucharme, tus respuestas se reducen a mirarme cuando te hablo y a estrechar mi mano, no hay aceptación, negativa o réplica a mis manifestaciones; porque ahora no puedes contarme nada de tu vida en ese alejamiento del mundo en que te ha sumido la penosa enfermedad que acabó de un solo tajo con nuestra comunicación y

casi con tu vida; porque ya no haces nada por ti misma, no puedes expresar tu voluntad, no te manejas, te manejan; porque estás tan abatida y tan inerme... estás ahí, ¡mi Dios! Pero no estás; porque esta es la penosa certeza, la triste realidad, que tu existencia aún permanece, pero aunque cueste decirlo y aceptarlo, casi te hemos perdido y poco a poco lo que queda de tu vida se va diluyendo, imperceptiblemente, sin que podamos hacer otra cosa que no sea orar para que el Señor haga su Santa Voluntad.

Qué difícil y dolorosa es esta situación, qué incomprensible para quienes estamos a tu alrededor, tu familia, tus círculos de amistad, de profesión, de trabajo, de diversión, de afinidad, quienes admiraron y admiran tus incursiones artísticas, y quienes recibieron tus altruistas muestras de bondad; en fin, para todo un conglomerado social que siempre te admiró y te contó como uno de sus más preciados miembros, y que hoy nos vemos privados de tu arrolladora personalidad, de tupreciado afán de servicio, de tu carisma, de tu don de gentes, de tu connotada familiaridad, de tu temperamento, de tu carácter fuerte, a veces severo y enérgico, pero siempre llegando con amor a los demás.

Compartimos nuestra amistad por mucho tiempo, pero se quedaron muchas cosas que hubiera sido necesario contar, repetir o aclarar, y que en estas situaciones de angustia y de tristeza me hacen comprender una vez más la importancia de manifestar lo que se siente, en el momento oportuno, de expresar a quienes nos rodean cuánto representan en nuestras vidas, de aprovechar cada momento cuando se departe, cuando se entregan y se reciben confidencias, para afianzar esa relación; porque cuando algo nos disgusta y no se expresa, cuando se pretende sugerir y se termina aconsejando

sin que nos hayan reclamado ese consejo, cuando una crítica, un desacuerdo, una divergencia expuestos en buena hora hubieran sido necesarios y aceptados, es cuando comprendemos lo importante que es la amistad sincera y desinteresada.

Es por eso que cuando te visito, allí, en tu lecho de enferma, te hablo de mí, de mi familia, de mis tribulaciones, de mis alegrías, de tu familia, del cariño que sentimos por ti y hago que sientas nuestra presencia y no me cansaré de hacerlo y prometo que no solo te leeré esta carta muchas veces hasta cuando te marches para siempre, sino que estaré a tu lado mientras me sea posible, porque tienes que saber cuánto te hemos amado y te seguimos amando, cuánto te extrañamos, cuánto deseamos que no sufras y que vivas hasta cuando Dios quiera, recibiendo los cuidados y el amor que te mereces...

Amiga, desde la primera vez que nos encontramos, siendo muy pequeñas, allá en la escuela del pueblo amado, hasta este momento, hemos sido amigas; hemos sido amigas durante más de sesenta años y somos amigas, seguimos siendo amigas. ¡Qué afirmación tan simple, pero tan poderosa! Y qué pocas son las ocasiones en que se puede hacer uso de ella, soy consciente de que es así. He comprendido que “tengo que ser amiga para tener al menos una amistad” y como he sido siempre tu amiga puedo afirmar así, somos amigas y ni la muerte podrá romper este lazo. Somos amigas, aunque hemos trasegado por diferentes caminos, pero siempre con un referente común: Zarzal. Terminamos nuestra primaria en la escuela del pueblo y continuamos nuestros estudios en lugares diferentes, pero siempre tuvimos tiempo para cultivar nuestra amistad, nuestras vacaciones, las reuniones con los amigos

comunes o con nuestras familias, las fiestas y celebraciones en el pueblo, nuestra vecindad, fueron motivos suficientes para renovar esos lazos de amistad que nos unieron, y que nos mantienen unidas, así sea a la distancia.

Y hoy, cuando cumples seis años de permanecer en tu lamentable estado, estoy reiterándote que sigo pidiendo al cielo por tu vida y por tu salud, que sigo admirando esa fortaleza de tu espíritu, de tu cuerpo y que continúo reflexionando sobre esas lecciones que nos estás dando desde tu lecho de enferma, porque esa ha sido la misión que Dios te ha dado: mostrar a todos y a cada uno de quienes te rodeamos con afecto, con cariño, con amor fraternal y a quienes tanto amaste, lo que significa la vida, que hoy somos y mañana no sabemos qué acontecerá, que puede existir un momento en el cual todos nuestros sueños, nuestros anhelos, nuestras esperanzas, se trunquen, así sea por la muerte o por una situación como la tuya. Amiga, amiga mía, tú sabes cuánto ha significado tu amistad para mí, para mi familia, para tus familiares, lo sabes y no quiero que lo olvidemos, aunque me asalta la duda de si decir con Neruda “amiga, no te mueras” o, por el contrario, rogar a Dios que... que se haga su voluntad.

Y siguieron pasando los años y tú en el mismo estado, con algunos altibajos en tu salud y sin ningún asomo de recuperación; y hoy, cuando acabas de cumplir la década, emprendes tu viaje definitivo, así, de la misma manera como permaneciste hasta hoy, entregando poco a poco la vida que te iba quedando.

Amiga, no has muerto para quienes estuvimos a tu lado, a veces cerca, otras más alejados, no has muerto porque permanecerás en nuestros recuerdos y en nuestros afectos a pesar de que estamos dando gracias al dador de la vida porque has terminado tu ciclo en el planeta.

Amiga, fuiste y serás por siempre...



EL BAILE

Germán Portilla

Yo, adolescente, te conocí en una fiesta. Tú, joven, bella, de mirada indiferente, te invité a bailar. Toqué tu brazo. Tu piel se acercó a mi cuerpo. Sentí el intenso placer del comienzo del amor. Cuando tu mano rozó mi cuello ya no pude contenerme. Nuestro único encuentro. Gasté los meses en diferentes ciudades hasta cuando te vi en un restaurante de Italia. Te pregunté si me recordabas. Respondiste colocando tu mano en mi cuello. Hoy en ocasiones despierto angustiado pero logro volver a conciliar el sueño al ver que continúas en nuestra cama, dormida aún a mi lado.



MI PADRE Y LA POLÍTICA

Hernán Arrieta

Manuel Arrieta Pineda, hijo de Custodio Arrieta y Soledad Pineda. Nació en 1908 en el caserío de Morroa, corregimiento adscrito al municipio de Corozal, en la época de Bolívar. Su niñez absorbida por la pobreza lo hizo trabajar muy temprano, tenía que ayudar al sustento de la familia. Por ser un niño vivaracho y activo, se ganó el cariño del padre Persi, español, que dirigía el Seminario de Corozal. Con otros niños pobres como él, hacían los quehaceres en el seminario y en contraprestación recibían la enseñanza de las matemáticas, la lectura y la escritura. Me siento orgulloso como hijo, porque su letra palmer era simétrica, elegante, lo mismo que la escritura de los números matemáticos.

En los años mozos de la adolescencia, sin la orientación de un verdadero padre de familia, le tocó trasegar como judío errante por las hermosas sabanas del departamento de Bolívar, tierras de las que él se ufanaba diciendo: “Son tan fértiles y hermosas que se siembran

billetes de a peso y se recogen billetes de a cien”. En su cerebro, su corazón y su mochila se llevó el mediano conocimiento adquirido en el seminario y el recuerdo de un hombre bueno, como el padre Persi, impregnado en él hasta el día de su muerte. Su oficio fue el de vaquero (ordeñar, cuidar y arrear el ganado de un lugar a otro) en varias haciendas de los terratenientes de la región. Se volvió casi silvestre. Mujeriego, con hijos por doquier, jugador y hasta brujo. Regresó a Morroa, su pueblo natal, donde se dedicó al oficio de tinterillo: hacía escrituras, contratos, orientaba a los abogados, a los inspectores, volviéndose ducho y respetado. En Morroa, como en las demás poblaciones de la costa, vivían hombres buenos. No se conocía la maldad, eran hombres serviciales, pero abandonados en la forma de vivir, dando aspecto de pueblos pobres y miserables. Mi padre llegó al departamento del Magdalena, residenciándose en el municipio de Plato, en el año 1939. Un pueblo grande, con una economía agropecuaria importante, un comercio impulsado por los árabes y los turcos, que llegaron vendiendo telas, perfumes, cajitas de carañas para los dolores y toda clase de remedios.

Mi padre, con el carisma de hombre, con buen lenguaje, orador y excelente humor fue admitido en el clan de los liberales. Hombres notables conformaban el partido liberal. Con este bautizo empezó su práctica política, pues ya él matizaba en su conocimiento la teoría política de los más grandes ilustres liberales: Rafael Uribe y Jorge Eliécer Gaitán.

En el año 1942 se casó con Ana Fonseca Aroca, mujer campesina con buenos modos económicos, con la que tuvo seis hijos. El matrimonio se trasladó al corregimiento de El Difícil, caserío localizado en un lugar montañoso, con clima caluroso y gente

trabajadora. El hogar se movía entre el machismo de mi padre y la sumisión de mi madre. Fue la época de los castigos brutales. Su voz de campana era una orden al respeto. Recuerdo que nos decía: “Ojo con la Matie Moreno que saca lo malo y mete lo bueno”. Esta expresión la hizo popular en el pueblo. Por las tardes y por las noches nos brindaba su cariño, abrazándonos y aconsejándonos que fuéramos verracos como él.

Fundó una escuela privada donde los jóvenes aprendieron las luces del conocimiento. Ahí formó un grupo de jóvenes liberales, con las ideas del pensamiento gaitanista. Con el asesinato del gran líder Gaitán en 1948 se desató la violencia en El Difícil. Se acallaron las voces que decían: “Viva el glorioso partido liberal”. El pequeño pueblo, asustado en el encierro, protegió a sus jefes. Un guía le dijo: “Manuel, lo andan buscando para matarlo”. Recuerdo que vivíamos en un callejón con salida a una calle principal. Él salió a las 9:00 a.m. Cuando subía, bajaba una columna de soldados y policías. Le preguntaron: ¿Sabe dónde vive Manuel Arrieta? Contestó: “En esa casa de palma. Acaba de salir, ahí va bajando”. Lo salvó su habilidad; exiliándose por dos años en la población del Paso. A su regreso, con mucho sigilo y apoyado por los amigos, ya los “chulavitas” habían cesado su furia contra los liberales. Como todo un pueblo de liberales, fue nombrado inspector de El Difícil, como homenaje por sus tres grandes valores: liberal de racamandaca, honrado y servidor de la comunidad.

Estando administrando enarboló la idea: “El Difícil es mayor de edad, merece ser municipio”. Recibió el apoyo sin distingo de clase de toda la población. Fundó la casa liberal del MRL (Movimiento Revolucionario Liberal) encabezado por el doctor López Michelsen.

Esta nueva fuerza política, con mucho arraigo entre los campesinos, fue el punto de apoyo del futuro municipio.

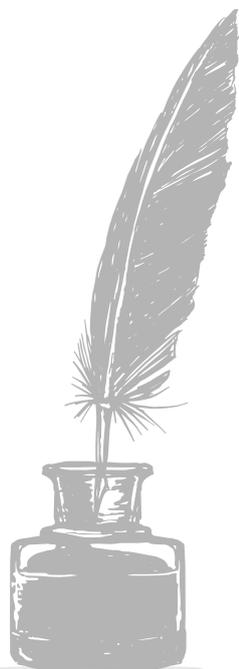
El doctor López Michelsen, en 1959, le decía en casa de mi padre: “Pasarás a la historia de El Difícil, a costa del odio de los ilustres plateños”. En una nutrida manifestación en la plaza, bajo un cielo iluminado de estrellas y una luna liberal por su claridad, mi padre lo decía ante el doctor López y la multitud: “Será este nuevo municipio un emporio de riqueza para el departamento y la región. Así lo dice su fina y extensa ganadería, su vasto territorio agrícola y el espíritu alegre de este pueblo trabajador”. Ese día me sentí conmovido. Los aplausos, los abrazos, los vivas me hicieron ver a mi padre enorme e inimaginable. Con el apoyo de los diputados y magistrados del Magdalena, en el año 1961 se inauguró el nuevo municipio de Ariguaní, con cabecera El Difícil. La frase del viejo sabio se cumplió: mi padre fue vilipendiado por los honorables liberales plateños.

En vida del nuevo municipio mi padre fue elegido concejal, emprendió campañas de espíritu noble: alfabetización de la niñez y la juventud, marcha del libro prohibiblioteca municipal y la escogencia de hombres con moral, para los cargos administrativos.

Se retiró de la actividad política, volviendo a su trabajo empírico de siempre: hacer escrituras, declaraciones de renta, peritaje en venta de tierras, corresponsalías y veterinaria. Aún en la lejanía lo consultaban en las campañas políticas, orientación de viejo zorro.

Una larga enfermedad lo llevó a la cama, que lo hizo morir pobre como nació, pero cubierto por la bandera de la admiración y el respeto de los políticos liberales del Magdalena.

LOS AUTORES



****CALI****

Germán Portilla
Ingeniero y Administrador

Humberto Rey
Médico Cirujano

Jorge Enrique Villegas M.
Magíster en Filosofía

Nubia Amparo Ramírez García
Abogada

Rosa Matilde Nieto
Abogada

Amparo Quintero D.
Especialista en Ciencias Sociales e Historia

J. Iván Pérez R.
Magíster en Educación

Clemencia Inés Gómez
Administradora de Empresas

María Victoria Zapata
Licenciada en Filosofía

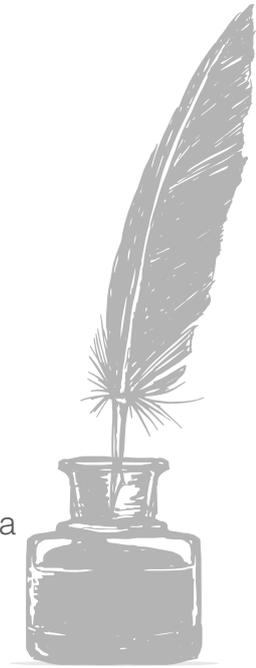
Yolanda Delgado
Licenciada en Literatura

Alba Lucía Echeverry Peláez
Abogada

Hernán Arrieta
Licenciado en Educación Básica

MEDELLÍN

- Cuento
- Poema
- Relato
- Narración
- Costumbrista
- Propuesta
- Epistolar
- Crónicas





ANTOJOS DE UNA BOCA

Beatriz Elena David Puerta

Un día de vacaciones, de esos aburridos en que no tenía nada divertido que hacer, me miré al espejo y tenía la boca pintada de chocolate, sonreí porque se me antojó jugar con mi boca. Me concentré en ella y la veía cada vez más pequeña hasta desaparecer. Era chistoso y a la vez atemorizante verme sin boca. ¿Qué iba a hacer sin poder comer, ni hablar, ni dar besos, ni reír? Me moría de las ganas de decir el trabalenguas que me enseñó la tía Emily:

Perejil comí, perejil cené.

¿Cuándo me desperejilaré?

Y después de muchos esfuerzos, no lo logré. Con tantos gestos y movimientos, mi boca crecía, hasta que se veían unos labios carnosos como los de la actriz Angelina Jolie que tanto admira el tío Óscar. Me sentí hermosa y busqué entre la caja de vestidos de teatro uno despampanante por el brillo y adornos. Me tomé una foto

de esas que se llaman *selfie* y pensé en lo que dice mi amiga Marga:
 ¡Hay que tomarse fotos cuando una está linda!
 Y con esa boca linda ¡cómo resistirse a decir un poema!

*La risa a veces baila,
 otras, llora y suspira.
 Chispitas de estrellas nacaradas
 salpican los días azulados.
 A veces la risa se contagia
 y hace llorar de sano gozo.
 Se mira al espejo y coquetea
 con la luna reflejada en los cristales*
 ...

No me dio tiempo de terminar el poema porque ante mis ojos ya no veía una boca hermosa sino una boca que crecía descomunalmente como una gola de un vestido de mal gusto. No pude resistir y me cubrí los ojos con las manos, invoqué a las hadas y a los héroes de mis cuentos preferidos y una música celestial llegó a mis oídos y tocó mi alma. Me contaba secretos de princesas vestidas de coral, de perfumes de rosas, jazmines y azucenas y una fragancia sutil perfumó la alcoba. Abrí mis ojos y mis labios eran un jazmín bellísimo.

Y, extasiada, miré cómo mi boca se transformaba en una flor de cerezo... sentí unas manos que acariciaban mi rostro, era la tía Emily que me decía: “Despierta, niña mía, que es hora de ir al cine”. Y recordé, justo en este momento, que la tía antes de dormirme estaba leyendo en voz alta un comentario de la película “Las flores del cerezo”. Pedí a la tía unos minutos y retomé la lectura:

“... Cada uno debe dar al amor una oportunidad de expresarse con su dolor y su fuerza más grandes. Por eso los japoneses se sientan bajo los cerezos: estos son absolutamente magníficos cuando están llenos de flores, y al mismo tiempo su periodo de florecimiento es tan doloroso como efímero. Hay que aprovechar el momento en el que las flores brotan. Si dejamos pasar ese momento, habrá que esperar un año entero o quizás un poco más. Lo mismo ocurre con el amor: cuando se tiene, hay que darle la oportunidad de aflorar y hay que saberlo apreciar...”.

¡Qué felicidad. Hoy dormiré con sentimientos perfumados!



AVIÓN PARECIDO A SU ANALISTA

Fabián Vargas Restrepo

Acontecimiento más importante en su vida. ¿Cuándo sucedió?, ¿qué fue?, ¿qué pasó?, ¿quiénes había alrededor?, ¿por qué es el más importante?

El propio protagonista asiste a ver, de nuevo, una película de los años ochenta que le ha gustado muchísimo, sobre todo tras haberla visto por primera vez y que marcó un hito en su vida. Para ello él entra en una sala de cine privada. El guionista de la película ha escrito la historia que a continuación escuchareis.

El actor principal se va al paseo más excepcional que le haya tocado en su vida. Es el personaje central del acontecimiento ya que el pobre, al terminar bachillerato, no pudo salir de excursión con sus condiscípulos, por escasa pecunia, a las islas caribeñas. Pero cuando ha tenido modo, años más tarde, decide pasear por el territorio africano y toma un avión fletado por él mismo. Con excepción del piloto y un auxiliar de vuelo, solo él viaja en esa aeronave, ni siquiera su novia fue permitida en esa travesía.

La nave cruza mares, continentes, ríos enormes, altas montañas y vuela por encima de las extensas llanuras africanas para contemplar la fauna selvática de ese continente, a mirarla de cerca, sin temor de que una leona famélica le lance un zarpazo y le propine ávidas dentelladas. Puede así observar de cerca la larga nuca y cabeza risible de la jirafa que, a su vez, lo mira a los ojos, mientras corta con sus dientes ramas tiernas de un alto arbusto que la alimentan.

Como el avión puede reducir su velocidad a voluntad, cual un “dron”, pasa despacio por encima de manadas de elefantes que, con su paso parsimonioso, agitan sus enormes orejas y espantan bichos que a toda parte los siguen en derredor y se dan aire fresco. Admira en paz y tranquilidad, sí con fuerte emoción, desde el interior de esa nave que, cual helicóptero, se detiene, a gusto del único actor de la película, la implacable y exitosa cacería de una leoparda sobre un apetitoso ciervo africano, a cuyos despojos llegan en seguida los ávidos leoparditos, a gozar del banquete. Le parece chévere no tener que ver escenas de diversas cacerías, por otras leopardas y sobre cervatillos distintos, en diferentes matorrales, captadas por cámaras atadas a troncos de árboles.

El insólito aeroplano en que viaja el protagonista, luego de asombrarse con fauna, territorios y paisajes tales, pletóricos de sabanas y bosques, por los que cruzan apacibles ríos y de un cielo esplendoroso, comienza a tomar parecido a un compañero del intérprete, del segundo colegio de su secundaria, no muy amigo suyo pero que el guionista hubo de incorporar en su relato fílmico, sin nunca explicarle por qué, con la aquiescencia del director de la película y del productor.

Tal compañero de estudios, a su vez, resulta muy parecido a uno de los arrendadores de oídos que lo hubo escuchado intensamente por meses, en la ciudad donde reside.

Este oidor, digamos, después de escuchar el verídico relato de la película, es el primero en afirmar que guión, dirección y producción del filme son sobresalientes, y reconoce humildemente, sin ruborizarse, y hasta con bastante agrado, que el avión en ese trayecto haya estado tomando sus rasgos faciales, corporales y hasta su gestualización, fenómeno de transferencia que los sabios ayudan a interpretar como si hubiera volado y hecho ese viaje y tenido esa gran experiencia, la más importante de su vida, en compañía de su padre.

Julio 13 de 2016 - junio 12 de 2017.



VENGO DESDE MUY LEJOS

Luz Stella González Restrepo

*A Camilo y Carolina, los padres.
A Gabriel, María Victoria y Nelly, los abuelos.*

Vengo desde muy lejos en mi peregrinaje existencial. Deambulo de vida en vida hasta cumplir en mi proceso evolutivo con tareas pendientes, para poder llegar a la última morada: fundirme con la Luz de la Conciencia Cósmica.

Escogí un recinto sagrado que garantizara la germinación correcta de la simiente que albergaría transitoriamente mi esencia. Mis progenitores en un acto genuino de amor depositaron la semilla que dio origen a mi nueva vida.

Los escogí, por sus valores que encajaban a la perfección con la tarea que me correspondía hacer en mi nuevo retorno. Ellos, desde antes de concebirme, me prodigaron toda clase de cuidados: prepararon con esmero el nido que me albergaría durante nueve meses. Mi concepción generó gran alborozo.

Me prodigaron alimentos para el desarrollo adecuado de mi cuerpo. Mi madre se cuidaba para cuidarme. Eran muy amorosos y a cada instante me bendecían y estaban ansiosos por conocerme y tenerme entre sus brazos. Para aprestarme en mi nueva vida me leían cuentos, me cantaban rondas infantiles y me ponían música. Me describían amaneceres, atardeceres y anocheceres: cómo el albor despierta con regocijo al nuevo día; cómo el viento forma figuras con las nubes y el sol las colorea; cómo las aves hacen acrobacias en el firmamento; cómo las olas devienen en su ciclo eterno; cómo las gotas de lluvia calman la sed de la tierra; cómo la luna viste de fiesta la noche; cómo las estrellas parpadean en la bóveda celeste.

Mi vida intrauterina fue paradisíaca. Flotaba apacible en la fuente sagrada y parecía un trapecista jugando con el cordón de la vida. Bostezaba. Dormitaba. Pateaba. Mi madre se regocijaba sintiendo mi presencia.

Solo faltaban 15 días para el alumbramiento cuando intuí que era el tiempo suficiente para continuar con mi proceso evolutivo. Además, en mi nueva vida hubiera nadado en la abundancia. Y tal vez eso me hubiese apartado del camino, impidiéndome dilucidar lo que verdaderamente tiene sentido. Porque el que todo lo tiene, nada valora. Hubiera involucionado. Por eso, y a sabiendas de que mis padres sufrirían, retrocedí.

Implícitamente esa era la tarea que me tocaba hacer. Y como contraprestación, ellos tienen un Ángel, PEDRO JUAN, que agradecido desde el cielo, los bendice.

16/ 08 /15



EL ESPANTAPÁJAROS

María Cristina Arroyave Portela

Me intrigaba la figura del misterioso vecino. No lo conocía personalmente pero pasaba todas las mañanas por la acera de su casa cuando caminaba hacia mi trabajo.

Tras las cortinas veladas del salón se transparentaba su figura: bajo el canotier ladeado se apreciaba una nariz descomunal y una escandalosa nuez de Adán, sin embargo, insignificantes frente al inmenso mostacho que opacaba la imagen; yo lo describía como un bigote con un señor.

Siempre estaba en el mismo sillón, de soslayo al ventanal, y con un libro en las manos o texto y gafas sobre sus piernas. Una mujer, con la cabeza baja, repasaba las baldosas con una escoba y, algunas veces, en las tardes ella hacía crochet sentada a su lado. Le alcancé a escuchar frases dirigidas a él, pero respondía más la pared de en frente. Nunca observé otra persona ingresar en el hogar.

Todo hubiera sido parte del paisaje de mis andanzas de no ser porque un día, tras la puerta entreabierta, vislumbré sin velos

una hermosa figura: tras un vestido recatado sospeché una mujer sensual; nuestras miradas se cruzaron, ella sonrió y me estremeció su deseo. De ahí en adelante mi corazón, mis energías, mi tiempo, lo dedicaría a conquistarla. Estaba seguro de lograrlo.

Cada vez él estorbaba más a mi fuerte necesidad de aquella mujer sin nombre, entonces lo apodé —para mis adentros— el espantapájaros. Pondría todo mi empeño para conquistar a esa joven, que según mi palpito no era feliz. ¿Podría serlo si nunca lo veía acercarse a ella, abrazarla, besarla?

—Soy Manuela. Nadie me obliga a vivir como lo hago. Con la presencia de Lázaro pretendo solamente protegerme del asedio de los hombres. Baste decir que fui una niña maltratada. Si algún día encuentro un ser en quien confíe cambiaré de rumbo.

—Me llamo Lázaro, cualquier cosa que añada será cuestionada. ¡Se ha dicho tanto alrededor de mi presencia en la vida de Manuela! Se preguntan si somos marido y mujer, si nos hablamos o no, y murmuran que soy hosco, tal vez un vago, y un ser extraño. Todo ello porque permanezco inmóvil en mi sillón todo el día.

Por fin logré conocerla. Un domingo, a mi paso, dejó escapar (creo que intencionalmente) su mascota; la atrapé presuroso y la puse en sus brazos. A la mañana siguiente le llevé una rosa roja que lució en un jarrón al lado del espantapájaros del marido, ahora cabizbajo. Pronto, un ramillete adornaba la mesa; él, por minutos, perdía donosura mientras los ojos de Manuela brillaban de pasión.

Vi abierto el portón... lo entendí como una invitación. Miré tras el visillo y la poltrona estaba vacía. Hice caso a mis impulsos y con pies de gacela me deslicé por el corredor, al tiempo que la llamaba. Mientras ella se acercaba lenta y segura, miré de reojo hacia el salón: gusanillos glotones cenaban a manteles limaduras del deleznable cuerpo de aserrín y piel de trapo de Lázaro, en postrimería con sus atavíos tendidos en el piso.



LA MUÑECA DE CARTÓN

María Cristina Arroyave Portela

Ignoraban el motivo pero tenían suficientes indicios para pensar que Ámbar era una niña diferente a las demás. Lo supieron desde el instante en que abrió los ojos al mundo, si bien sus frondosos rizos emanaban evanescentes destellos azulinos, su ser se percibía tenue, y su rostro indescifrable. Había algo sobrenatural en su cuerpo, no lloraba ni sufría dolores, y la ropa que la cubría se burlaba de las leyes de la física y, ante el asombro de todos, levitaba.

Jugaba en forma peculiar e inimitable, y su único amigo y cómplice era su gato.

Disfrutaba en demasía al recrear la vastedad sideral y pasaba horas enteras, entre aspavientos y risotadas, frente a los trozos de un espejo que se estrelló y se esparció en pedazos.

Chamanes y brujos, consultados por sus padres, intentaron desentrañar su condición: viene de un lugar ignoto y bufonesco, y nada podrá devolverla al estado natural de los humanos, pronosticaron.

A su vez la profesora de la escuela le insinuó que dibujara la familia: retiñó las figuras de sus padres como fondo, y en leves pinceladas, traviesa como era, se escapó de la hoja y se figuró ella misma flamear en un vago espacio, con los ojos fijos en el infinito.

En la celebración de su séptimo cumpleaños, los oferentes se quedaron con la boca abierta al verla con su traje de organzas y tules:

—es algo así como un espectro,

dijo su padre;

—intangible,

opinó la madre;

—es imperceptible,

añadió su hermano;

—parece un fantasma,

dijo la tía.

—es etérea, prodigiosa y envidiable,

expresó el negro Sancho, que —entre suspiros y maullidos— meneó su cola en forma inusual.

A los invitados les llamó la atención que, mientras desdeñó significativos regalos, sufrió una emoción indescifrable frente a un cuadernillo con la figura en cartón de una muñeca para colorear, recortar y vestir, con trajes igualmente desprendibles y planos: sus ojos miraron los inertes dibujos con un regocijo que nunca habían advertido en ella, como si hubiese encontrado y atrapado su no sé qué esencial.

La excitación le dificultó conciliar el sueño y tan pronto amaneció corrió a acariciar a su nueva muñeca como si fuera su amiga y con ella como modelo, con tijeras y papel, figuró su nuevo clan. Por primera vez en su vida dejó de sentirse extraña. Los extraños son —se dijo a sí misma— los ilusos mortales.

Con sorpresa desentrañó entonces en sus padres la disparatada pero palpable quimera de contemplarse tridimensionales, como muñecos vivientes inflados con helio. Su aura —al contrario— era bidimensional, como una bomba sin inspirar, al igual que sus nuevos muñecos de cartón. Le era imposible usurpar a sus padres la utopía de adornar el mundo con su anchura, producto de la desenfrenada y exuberante expansión heliográfica. Entonces, delegó para ellos que fueran los siglos quienes los sacudieran en su insensatez y los despertaran al mundo plano (ajeno a los artificios tridimensionales) que habitamos.

Abrazó a su mascota, miró sus ojos gatunos y pellizcó su ombligo. Sancho se desinfló.



ETERNO RIVAL

Mercedes Castellanos

¡Hola!

Me sorprende que hoy quieras mirarme tan de cerca; es más, me intimida.

Por muchos años he estado a tu lado y apenas me has mirado, como si no quisieras saber que yo estaba ahí; y es seguro que ni supieras mi nombre.

Muchas veces me planté frente a ti, retándote pero nunca te diste cuenta de mi presencia.

Fui insistente para llamar tu atención.

Te vi llorar por causa mía; confieso que en ocasiones me compadecí de ti cuando a gritos o en tono de súplica te preguntabas por qué te ocurrían ciertas cosas y prometías que nunca más tendrías problemas similares, sin advertir mi fuerza que se oponía a la tuya.

Con aire altanero secabas tus lágrimas y seguías tu vida.
Aflorabas tu amplia sonrisa dando a entender al mundo que no pasaba nada.

Esa seguridad en ti misma junto con la alegría que te desborda, es justo lo que más me ha fastidiado,
y me propuse acabar con ellas.

Para mí es una actitud desafiante porque no me deja entrever cuánto daño te hago a pesar de que conozco tus problemas en detalle y la forma en que los has manejado. ¡Tan cerca he estado!

En algunas ocasiones me venció tu persistencia para superar los obstáculos y me crucé de brazos;
con lo que tenías para solucionar era suficiente. Mansa y humilde, te observaba afrontar cada situación y analizar sus componentes ignorando mis hilos invisibles que te movían como a una marioneta.

Redoblabas tus esfuerzos con poco éxito, y a tu manera te salías con la tuya; a veces no lograbas las cosas como las querías; pero denotabas que había en ti una fuerza que te sostenía y que no permitía que jugara contigo a mi antojo.

Buscaste en tu alma antiguas armaduras para protegerte; creciste de adentro hacia afuera y conociste el desgaste físico y emocional que se producen cuando el amor no va

unido a la acción. Adquiriste una habilidad extraordinaria para identificar situaciones y almas afines a ti.

Me abrumó darme cuenta de que ahora tenía obstáculos para interferir en tu vida.

Supe que te retirabas a reflexionar en silencio. En esa quietud no pude advertir hacia dónde te movías de modo que se me dificultó sitiarte. Presentí que ibas identificando el verdadero problema.

Como en el ajedrez, cuando se conoce al adversario, es posible advertir sus próximas jugadas de manera que se torna difícil sorprenderlo y muchos partidos quedan en tablas. Para ganar hay que ensayar nuevas estrategias.

Al igual que los amigos dejan huellas en nuestra vida, los viejos enemigos dejan también sus marcas en el camino que nos permiten detectar su presencia y saber cuándo están al acecho.

En efecto, me sorprendiste el día que me enfrentaste. Me hablaste de igual a igual. Con propiedad, aun conociendo el poder que puedo tener para destruirte.

Fuiste amigable; fue la primera vez que me derrotaste y dejé que hicieras tu labor sin molestar.

En los últimos años me has estado llamando por mi nombre como lo haces con tus amigos.

Dialogas conmigo y sacas a relucir tu humor característico; no pienso que me ridiculizas; comprendo que no es tu intención hacerlo porque practicas el amor compasivo que identifica en cada Ser a un hijo de Dios igual a ti.

Ya sé que tu risa es auténtica manifestación de alegría; no logro entenderla conociendo los problemas que de tiempo atrás te creé, algunos de los cuales aún persisten. Es cuando siento que me estás derrotando.

No te ríes de mí. Te ríes a pesar de mí, de ti y tus circunstancias. Siento que me has aceptado y que como tu familia, formo también parte de tu vida.

Y de la misma manera que me tratas con confianza y respeto, he aprendido a respetarte porque conozco tu espíritu de lucha y la fortaleza que te acompaña.

No prometo dejarte en paz; lo mío es como una adicción; mi ánimo competitivo me deja una satisfacción enorme cuando logro imponerme.

Ya sabes que no puedes acabar conmigo y que mi trabajo es mantenerte en acción porque me necesitas para sobrevivir.

Como grandes rivales que se respetan, estaré pendiente de tus movimientos, como tú de los míos, cara a cara como enemigos cordiales.

Atentamente,

Tu ego.



LO QUE LLAMAMOS AMOR

Beatriz Elena David Puerta

¡Qué encantador el tío Germán! Tenía una mata de pelo — decía mamá— que era la envidia de los cincuentones y la dicha de las mujeres que hundían sus dedos en la cabellera buscando lo que no se les había perdido.

¡Imagínate a Coquito, su loro, anidando en su cabeza! Las personas jamás se acostumbraron a esta genial relación. Digo genial porque se les veía tan pero tan felices, que me provocaba tomarles fotos, quedarme horas contemplándolos en sus conversaciones y juegos. Estoy convencida de su entendimiento: sostenían breves diálogos, tenían también sus momentos de silencio y el uno parecía sentir el estado anímico del otro.

Coquito acostumbraba hacer maromas en una vara que el tío había puesto en el balcón para que se ejercitara y estuviera en forma, según comentaba, y de cuando en cuando la pintaba de colores vistosos como las plumas de su amigo. El cuerpo del ave era un lenguaje fascinante, una perfecta celebración de vivir.

Cuando el loro llegó a casa, algunos lo espantaron, no les hacía gracia tener un pajarraco bulloso, y el tío, con voz mimosa, lo recibió: “rúa rúa rúa, la patica, lorito, la patica”. Ante las súplicas del tío, se convino en la posibilidad de que el loro se quedara, con la condición de dejarlo en libertad, nada de jaulas, ni amarramientos. Si se quedaba, bien, y si se iba, bien.

¡Cómo logró Coquito arrancar tanto amor al buen solterón!, como llamaban cariñosamente en casa al tío. ¿Quién dijo que eso no es amor? Uno se enamora de la lluvia, de las estrellas, del mar, de un atardecer, de una obra de arte, del silencio...

Si hubieras visto al loro extender sus alas al viento, entornar sus ojillos vivos y modular: “tío, tío, tío”. Le hacía gracia ver volar las hojas, emparentaba con la dicha de volar. Inclina su pequeña cabeza como intentando descifrar el tintineo de las campanillas de un móvil de la abuela traído de Ráquira. Germán extendía su mano al viento y atrapaba semillas secas que Coquito comía y en un descuido picoteaba la mano con tanta delicadeza que parecían caricias y el tío sonreía, complacido.

Cuando se cansaban de estar en el balcón pasaban a la sala y sentados en la vieja poltrona de terciopelo escuchaban melodías. Pienso que en éxtasis entraban al paraíso. El tío me lo dijo en varias ocasiones: “Si Coquito lleva varias existencias, te aseguro que fue humano”.

Hoy he visitado al tío para mitigar un poco su dolor y me dice que ha recurrido a la lectura para alejar la tristeza por la pérdida de Coquito. Ha leído solemnemente del filósofo griego Empédocles:

“... Y lo que llamamos amor es el deseo de unirnos, de fundirnos, de confundirnos, como estábamos antes en el seno del dios globular que la discordia rompió”.

Lo invito al balcón para que cambie de ambiente y reciba los rayos del sol. Sonríe... una pluma verde flota en el aire, tengo la esperanza de que se reanime y sienta que un espíritu juguetón llega a divertirlo.



FANDANGO

Elisamargarita Velásquez Ghisays

Si tuviera una pollera con volantej ji blusa ejcotá
 a pata limpia me juera ejte fandango a bailá
 con trej paquetej e vela y la gana abborotá
 pov vette, negro, na' maj a pata limpia bailá.

La plaza 'e San Nicolaj, con farole ji encintá
 ejta noche la ronda ejpera de pareja enamorá
 que se ejconden en la sombra na' maj que pa' convesá
 y planean la jarana, un guateque y cosaj maj...

Ya sejcucha la tambora, laj gaitaj entonan ya
 la cumbiamba se menea, la fiejta va a comenzá
 pero er negrore miarma, con otra se va ejcapá
 y yo, presa dejtoj celoj, tengo ganaj de llorá...

Contentaj laj fritangueraj, prenden fogón y cabbón
pronto atizan la candela, el aceite y un platón;
en hoja ‘e plátano vedde noj sivven ep patacón
luciendo dientej maj blancoj quec queso de mi patrón.

—toma, niña, la chicha de arroj..., trago no puedej bebé...
cómete un dudce de icaco, y bujca una bolsa ‘e papel,
pa’ que lleve junaj guindas, y laj compattas con él...
que huele ja yebba ‘ec campo, tu risa ejun cajcabel...

Ella se va y lo tropieza... él... la mira y la desdeña
ignora la gentileza y el cariño que le enseña.

—Mira, Rufino, mij ganaj, mi cintura y sujpirá...
mis ojazoj, par de cuevvoj, que ejtán lijtoj pa’ volá...

El negritore mi alma, nnnada que quiere mirá...
aunque no tengo belleza, hay gracia en mi caminá
bonitoj tengo loj seno, loj codo ji nada maj...
Y ovvidaba loj tobilloj, que son cosa denvidiá...

La luna se mete al río, me hace cojquilla en loj piej
y Rufino en el bohío puso brillante su piel
solo pensó en la Martina que se ha cuadrao con él
y bailaron en la ronda dejde que jueron las diej

La luna remonta el cielo, el día va a clarear...
van apagando faroles, la luna no alumbrá más;
el Rufino y la Martina besos y adioses se dan
—no llores, niña, de pena... el año entrante será.



PLAYA

Elisamargarita Velásquez Ghisays

Eterna novia del mar, su compañera,
Eguardas su visita, siempre a la espera...
vestida de gris o blanco, brillante a veces,
toda bonita, tú, la soltera...

Él llega, te besa y se retira...
y tú, desnuda ya,
fingiendo indiferencia, sola te quedas.

Dolida, lastimas mis pies sin conmoverte,
y me gusta el cosquilleo de tu herida,
que es muy leve.
miras impassible el sol poniente
y te bañas sin jabón,
tendida en la orilla, sin pudor,
cuan larga eres...

Celoso, entonces, llega el viento
con toalla de felpa y arbol
a secar tu estéril humedad, que no se sacia,
que llora entre la espuma tu soledad...



SE FUE DE FIESTA

Elisamargarita Velásquez Ghisays

La noche se fue de fiesta
Liba muy entaconada,
con su vestido, y orquesta,
y joyas, y perfumada.

Salió desde muy temprano,
salió bien acompañada
con su cartera a la mano
no volverá hasta mañana.

Sapos, grillos y chicharras,
en carrozas musicales,
van templando su guitarra...
buscan piano y dos timbales.

Necesitan un violín,
dos trombones y maracas;
oboe, trompeta y flautín;
ya comienzan la alharaca.

Caracolitos nocturnos
salen con su casa a cuestras;
ya calzaron los coturnos...
pa' mí, que van a la fiesta.

Se van con las salamandras,
ufanas ellas, de guantes,
pues que nos diga Casandra
si tendrán novios galantes.

La noche se fue de fiesta
bonita y engalanada;
la luna, muuuy disgustada,
arruga y tuerce la cara
pues si no está "doña esta",
la bella pierde sus galas.



SE PARECE A TI

Elisamargarita Velásquez Ghisays

La luna, mi niño,
se parece a ti...
regordeta y bonita.
con ganas de reír.

Tiene grandes ojos,
se parece a ti...
mira de reojo,
se burla de mí.

Rubios sus cabellos
se parece a ti...
blancos los destellos
de su boca rubí.

Sube por los montes,
chapotea el agua,
se esconde en el bosque,
se pule en la fragua;

corre por los cielos
hasta ver el alba...
con sus dos hoyuelos
me enamora el alma.

Cuando está cansada
se acuesta de espalda...
luego se voltea
y nos da la cara.

y sin decir nada
observa callada
como tú, mi niño,
cuando estás en calma.



CAMINOS

Erasmus H. Arbeláez Salgado

Hay luces que se van extinguendo,
Años que se acumulan,
Caminos que ya no sirven para volver atrás.

La vida como un árbol añoso
Dejó caer frutos maduros
Que aliviaron tu viaje.

A su sombra encendiste tus sueños.
Soñando fuiste capitán
De un barco sin brújula

Y en él llegaste a puertos imaginarios
Por los mares del mundo.
Ahora el sol va declinando,

Todavía sus rayos tibios
Enmarcan tu atardecer
Y alumbran en tu horizonte

Un gran abrazo del amor
cuando se agote tu camino.
Es el amor de Dios
El que te espera!



HISTORIA

Erasmus H. Arbeláez Salgado

Gran parte de mi vida
me la pasé metido en vidas ajenas
antiguas, vale la pena señalar.
No estuve en las luchas de mi país
porque estaba siguiendo
a Alejandro de Macedonia en sus conquistas.
Me extrañaba imaginarlo cómo amaba
a alguna de las mujeres conquistadas
pero en la misma noche la dejaba
Para pasar a la alcoba de su amigo...
Me iba también tras las huellas
de Cleopatra y Antonio
En el Egipto legendario
siguiendo con emoción

los avatares de su vida,
Que por su poder de seducción
fascinó primero a Julio César
que, poco antes de ser asesinado,
Pensaba entronizarla en Roma
y luego a Marco Antonio, que luchó junto a ella
por el poder en el imperio.
Me entretuve tanto siguiéndoles los pasos
a tantos personajes que han brillado en la historia,
que abandoné las oportunidades
De la vida práctica por lo que ahora
mi único capital
son las memorias.



OJOS CLAROS **(ante la inminente partida)**

Libardo de Jesús Muriel Ramírez

La sensación al abrir los ojos
y ver que esa luz... a su lado está.
Ellos la contemplan. Ella se va.

La seguridad al abrir los ojos
y ver que los suyos a su lado están.
Ellos los contemplan. Ellos no se van.

La luz del túnel que quiere marcar el inicio
y la familia a su alrededor antagonizan.
El túnel soledad en la partida
nosotros como frente comunero
en espera de su permanencia terrenal
un tiempo más.

Los ojos claros de nuestro padre
a ella, a nosotros ve con claridad;
su amor por la vida, a la luz vence
cuántas veces solo ella lo sabrá.

El Dios de la vida, de la hermandad
el Hacedor de la luz primera dispuesto
tiene el momento cuando llegue
Él mismo proveerá como bálsamo
la certeza del encuentro en la eternidad.

Solo hasta hoy vimos los ojos claros
nuestro padre quiso que primero
viéramos la claridad en sus acciones.



¿QUIÉN NOS HIZO MENDIGOS?

Libardo de Jesús Muriel Ramírez

Recuerdo el amanecer campesino.
Montañas arbustos escondites
de infantiles juegos, el riachuelo
invitando a la pirueta ejecuciones
en acrobática algarabía.
Remanso de paz límpido horizonte;
sombras ausentes, sol radiante
la lluvia alimento natural
de animales y plantas la familia
recinto de unión destino común;
campo verde, esperanza verde
columbraba el futuro.

Un día, una de las fuerzas
que con sus fusiles se imponen
o la quinta, los de cuello blanco
que arrebatan y obligan al destierro
simplemente por el ansia
de poseerlo todo a costa de los humildes,
en un acto vil dispusieron los bienes materiales
hicieron fango nuestro ancestro.

Toda la calma en un santiamén perdida.
Los sueños de papá para que un día
lo sucediera en procura del bien familiar
desaparecidos.
Dictaron como mandato dejarlo todo
la avaricia usurpa el tradicional dominio.

Por eso, no te culpo padre
por tenerme a tu lado mendigando
en un lugar donde la indiferencia
del habitante ciudadano carcome
más que el caliente cemento
de esta acera que te sirve de mesa de trabajo.
Garabateas la cartulina cada vez que
una pisada borra “Somos desplazados”;
yo en el cartón restante aprendo
las primeras letras, la primera palabra
mi autorretrato: J-O-R-O-B-A.

Otras veces, apresurada huida
del empleado del espacio público

que con poder mezquino nos desaloja
para que pueda pasar el orgullo
en su vana esencia; el lugar
lo ocupe la mafia de la mendicidad
también vestida de cuello blanco.

Recorremos las calles hasta que el cansancio
aniquila las pocas fuerzas de nuestros
ajados cuerpos y vemos llegar la noche
que a la par oscurece la esperanza
de un mañana en que se retome
lo que un día fue nuestro;
pero también en donde aprecio
que el amor que nos une es diferente
al que se profesan los que lo tienen todo.
¿Será que es inversamente proporcional?



LA FOTO ESQUIVA...

Libardo de Jesús Muriel Ramírez

Un mendigo consume una sobra
—Porción tan ínfima no da para plural—.

Luego ocupa el ancho de la acera
a su lado un hueco —causa zozobra—
de una pulgada, algo debe medir.

En EPM cientos de mensajes
reclaman por el peligro
la Superservicios tiene copias ocultas.
En los medios sociales días, meses
la foto —del hueco— será tendencia
el llenado ídem.



NUESTRO ÁRBOL MASCOTA

Luis Fernando Domínguez

Nuestro árbol mascota es señal de aire puro y agua fresca
Presencia exuberante de gotas de rocío
Pletórico escenario donde bullen divertidas
Travesuras de insectos, aves y primates.

Mi árbol mascota sobrepasa los que planté
En una u otra ocasión fugaz de mi vivir
Y colinda con el que abrazaste o te inspiró
En cualquier momento fugaz de tu existir
Arrobados en loas a la Naturaleza.

Mi árbol mascota, el árbol que me transporta y embelesa
Me fue sembrado desde niño, en casa, por mamá, en el kinder
Como todo árbol, como los que tú y yo recordamos de memoria

Se nutre de sabia cósmica, irrigadora. Al sol, la lluvia, el viento,
día y noche
Para dirigirse enhiesto con su silencio ensordecedor al infinito.

Mi árbol mascota se desparrama
Cuando en días de solazo ardiente
Me mima con su sombra refrescante
Ante la vista seductora del paisaje
O cuando interpone su enramado
Al eros de la luna en el trasfondo.

Mi árbol mascota es el árbol mascota tuyo y mío
Te invito a que me invites a conocer el tuyo
Ambos los necesita nuestra 'casa común'
Nuestro planeta, el cosmos, los demás.



EL PRODIGIO DIARIO DE UN NIDO

Luis Fernando Domínguez

Con el paso del tiempo menos que me resisto a ser creyente. A diario las creaturas me gritan al Creador. Como a san Francisco de Asís. La vegetación. La gama de las flores y las frutas. ¡Una hoja! No me alcanza la mente para vérmelas con el terciopelo de mi entorno.

Me arrebató un árbol. Su erguida dirección al cielo. La sabiduría de sus años. Su abrazadora sombra. Sus jugueteos con el viento, a todo instante suyo y mío. Lo que nos prodiga sin prestarnos a tomar conciencia. Me transporta el santuario de un nido. ¿Te has fijado en un nido? Tengo que imaginarme la providente mano del Altísimo para poder resolverme su fineza. El calor de hogar que irradia su protagonismo. Trasluz del árbol mascota que llevo tatuado muy adentro. Solo visible al corazón en sentir del Principito.

Tu jardín interior. El mío. Un jardín cualquiera. En uno y otro está Él. En la contemplación del volar de los pichones. En el trino madrugador. En todo atardecer que nos subyuga. En nuestras montañas. En “el murmurar del claro manantial”. En nuestros valles y ríos. En el mar. Y pensar que la estupefacción de un nido es apenas tenue imagen de la bella durmiente que anida en el corazón. ¿Qué aguardar para despertarla siquiera de tarde en tarde? ¿Qué te ha extasiado a ti de la Naturaleza? “Pon en mí un cántico nuevo... ¡Cuántas tus maravillas, oh Dios, Padre Creador!”. Alabanza por siempre a Ti (Salmo 39-40).



GRACIAS POR MI RESPIRACIÓN. Y POR EL AGUA

Luis Fernando Domínguez

Gracias por concederme respirar, Padre Nuestro, Señor de lo
creado

Gracias por el aire que respiro y que no veo
Más tarde que San Agustín vine a reconocer que no admitía
Que era bajo este mi respirar inadvertido
Que morabas dentro de mí además de por fuera
En la exultante armonía de la Creación
Gracias, Padre bueno, por el don de la respiración.
Te agradezco por el agua, por el barro, por tu Espíritu
Con que me amalgamaste cuando nos procreaste
Y apenas si vislumbro a causa de mi crasa miopía
Que está en mis días velar por su vital esencia
Al igual que me llamas a cuidar del aire, la tierra, el fuego
El fuego de tu amor que aún vacilo en confesar
Gracias por el don de la respiración. Y por el agua
¿Te has congraciado tú con tu respiración y el agua?



MEDITACIÓN

María Melva Galvis G.

Ahora entiendo que debo aceptar lo que pasa a diario,
eso que llaman realidad.
No debo mezclarme,
esa actitud compromete mi capacidad de observación...
Vaya a saber,
¿de dónde proviene el comportamiento de cada persona,
y hasta dónde uso mi camuflado de víctima?
Ya no quiero interesarme en los problemas
porque estos son eternos,
tan eternos como la vida misma;
mi reto hoy es mejorar mi condición en este mundo hostil.
Hoy puedo reconocer la mente en mi ser,
ella se renueva día a día, es fresca, inteligente y creativa.
Yo decidí ser práctica y útil de manera natural...

La inercia es relativa:
toma tiempo pero halla soluciones.
Decidí vivir en estado meditativo,
aceptando lo que pasa a diario,
dando lo mejor de mi ser como parte de un todo
sin dejarme atrapar por interés alguno.
Vivir solo el presente, libre del tiempo,
sin esquemas,
dejar que desde adentro todo fluya,
vivir, sentir, aprender y disfrutar.



EGO

María Melva Galvis G.

En la noche oscura lloré tu partida
y mi alma herida no volvió a soñar.
Fue el aislamiento mi frío refugio
el cruel artilugio; quería expirar.
Luego llegó el tiempo de aguas tranquilas,
mañanas fresquitas y gris su color.
Esa displicencia asqueó mi alma
y una extraña calma saturó mi ser.
Muerta en esta vida, ese era mi estado,
un ángel frustrado, un día sin sol.
Fue un gusanito que encontré en la calle
curioso detalle que me hizo pensar...
Notó mi presencia y se vio amenazado,
siguió apresurado, mudó su color.
Con palito de bombón le toqué su cuerpecito

que se transformó en arito como queriendo engañar.
Con recelo lo cogí y lo puse en un huequito
que estuviera protegido y con tierra lo cubrí.
Era yo su alma gemela que allí estaba sepultada
en esa oscura morada donde mi ego me enterró.
Buscar quise protección en la densa oscuridad
para no ver la verdad en mi propio corazón.
Absorta estaba mi mente con aquellos pensamientos
cuando vi un movimiento como de micro tsunami.
El cuerpecito maltrecho luchaba con energía
y decidido emergía sin importar la acechanza
¿Qué buscaba el gusanito? Salir de la oscuridad
a buscar la claridad con esfuerzo y sin temor.
Con él me hermané de nuevo...
Quiero luz resplandeciente que equilibre ego y mente
en paz, amor, libertad...



EL ARCO IRIS

María Melva Galvis G.

¿Es acaso el arco iris tan solo un enorme adorno
que fue creado en la orbe como diadema real?
¿O es simplemente el reflejo de la gran sabiduría
que a través de su armonía muestra el orden ideal?
Es motivo de alegría contemplar en sus colores
y en sus bellos resplandores el camino a la verdad,
aquella que en cada uno se halla plasmada cual flor
que conserva en su semilla la simiente del amor.
¿No son sus siete colores reflejando en arboles
los grandes planos que forman la unidad universal?
¿O será que en él refleja el camino hacia la cima,
hacia la alta colina que es principio y es final?
Es reflejo de hermosura y de la más vasta holgura.
Contempladlo como espejo de la bella humanidad.
Él posee en cada gota el contenido perfecto,
sin repetir el efecto, su armonía es sin igual.

¿O es quizás esta la imagen del ser humano creado
como si fuese un alado con armadura mortal?
¿O tal vez es solamente la belleza reflejada
de la Conciencia que fluye en cada ser y su mar?
Es motivo de esperanza y profunda meditación.
Observadlo como signo de la enorme creación.
Escuchar sin los oídos y verlo en el corazón
será la forma preciosa de encontrar la gran razón.



LA SOLEDAD

María Melva Galvis G.

De niña grité con angustia ante la soledad,
de adolescente fue una penitencia;
me satisfacía la vida social.
De joven la soledad fue una enemiga,
y por momentos la abracé.
De adulta me fue llevadera,
pero se unió a mí como elemento propio
y la amé como a una amiga.
Ella es natural y simple, liviana y dócil;
la busco para ir conmigo.
Su silencio me induce a la sabiduría
y enriquece la comprensión de los demás,
sensibiliza mi humano sentir, me equilibra, me armoniza...
Cuando la soledad es impuesta,
me hace vulnerable,

no quiero estar sola,
me enfrenta al sentido de la vida.
Deseo una voz cariñosa,
unos ojos donde pueda extasiarme,
un café, un vino,
un cantar juntos, un baile, unas manos, un beso...
Me obliga a sentir que soy humana
y me remonta nuevamente a las alturas...
Porque...
Soy mujer
Soy ángel
Soy diosa
Soy poesía
Soy realidad y sueño
Soy soledad.



UNA BODA

Bertha Luz Velásquez Peláez

Las dificultades no se anuncian, y un evento de salud de la mamá de una familia numerosa prende alarmas, hace empacar maletas y el precio del tiquete y las distancias no son excusas. Pueden servir de pretexto para unir familias y la sala de espera de un hospital se convierte en escenario para desempolvar recuerdos y rescatar historias. La conversación, que traspasa los linderos de la casa donde se compartió la niñez, descubre vivencias y sentimientos que si fueran contados o expresados por otros nunca se atribuirían a la propia familia.

El drama detrás del divorcio del hermano menor, la realidad del fracaso económico del otro, el maravilloso ser que habita en el sobrino de apariencia hippie señalado por los mayores, los valores de la sobrina “fastidiosa” que resulta no serlo tanto, el que parecía tan débil es el más fuerte, el que daba muestras de emprendimiento vive su peor momento, y muchas historias más, pero siempre resultará la historia digna de contar.

La figura de vestido blanco y corona de azahares se deshizo en pedacitos, como que se hubiera desintegrado; se había dicho que no era de este mundo.

Le daban los últimos toques a su peinado antes de salir para la iglesia, y el espejo del salón, que sabía de memoria su historia, porque fue consultado desde cuando gateaba, que se había convertido en su cómplice, que conoció sus lágrimas, sus miedos, sus alegrías, era su confidente, tal vez por eso no quería compartirla con nadie, y como en una escena de celos, se partió haciendo un gran escándalo.

En la puerta de la calle una desafinada bocina anunciaba la hora de salir. La sonrisa —que más bien parecía una mueca que intentaba mostrar alegría— ocultaba la sombra de tristeza en la mirada de la novia que decía adiós a su casa, a su niñez y a una muy corta juventud. El automóvil, mal llamado limusina, adornado con flores blancas y conducido por un personaje que parecía bajado de uno de los cuadros que vigilaban la sala de la casa del novio, y que tenía el aspecto de coche fúnebre —según Lila, la mamá—, abrió sus puertas a la novia, al papá y a los pajecitos. Una pequeña caravana se formó con los carros de sus hermanos y parientes cercanos. En el corto recorrido Lila no pronunció palabra, seguía impactada con el incidente del espejo, y la película de la vida de Violeta, su hija, rodaba en su mente.

Muy puntual, a la entrada del templo esperaba a la novia, al lado de su madre, una señora de rostro inexpresivo y edad indefinida, Pablo, el joven y apuesto ingeniero, con su esmoquin que con su barba se confundía con las demás imágenes de la iglesia. De un violín salieron las notas de la marcha nupcial, y la novia, apoyada en el tembloroso brazo de su papá, recorría el pasillo central; los rayos del sol que se filtraron a través de los vitrales para unirse al grupo de invitados daban una tonalidad misteriosa a la blanca figura

y deformaban su sonrisa. Sus pasos eran lentos, pero no así los pensamientos de sus hermanas, que no eran partidarias de esta boda —“tan ingenua, tan frágil”—; cómo extrañarían su generosidad y su alegría las compañeras de trabajo, pero bueno, ¡algún día debería crecer!

Lila, satisfecha de haberla educado en el temor de Dios, sentía que la luz del Espíritu Santo sería suficiente para que la niña enfrentara y asumiera la nueva vida. Pero ¿por qué tantas dudas? Ella, ejemplo de optimismo, solo veía sombras; se respondía: “solo son coincidencias”. Repasaba hechos más o menos recientes como el del funeral del abuelo, los abrazos de condolencia de amigos y parientes y entre ellos la familia de Pablo, que inexplicablemente resultó tan cercana, y la forma tan poco discreta y cómplice como saludaron a Violeta para que su hijo la conociera y se interesara en ella... Conocerse en un velorio... el espejo... ¡no! ¡Su hija sería feliz!

La sencilla ceremonia, el sermón simple y las recomendaciones tan abstractas del guión que leyó el celebrante, el intercambio de anillos, el rubor en el momento de “puede besar a la novia”, el aplauso de los asistentes, unas cuantas lágrimas y la lluvia de arroz a la salida, fue seguida por una recepción corta, con los brindis por la felicidad, por el respeto y la fidelidad en el nuevo hogar; el ritual de la liga convertido en un show de risas porque el pudor de la novia no le permitió subir el vestido más arriba de la pantorrilla, y con la despedida en medio de abrazos y bromas de amigos para el viaje de luna de miel.

En el aeropuerto encontraron una fila de caras largas y reclamos: no confirmaban la hora del vuelo por mal tiempo en las islas de Santa Isabel. Por el agite de los preparativos no se enteraron de que el huracán Ofelia pasaría justamente por el archipiélago en esa fecha.

Evaluados los riesgos, la aerolínea autorizó el vuelo.

Muy tarde llegaron a su destino, en el recorrido hacia el hotel nada se parecía a las imágenes de los folletos que les presentó la agencia de viajes. Las calles desiertas, las vidrieras de los edificios selladas con tablas; el hotel trabajaba con planta de emergencia porque no había luz en la isla. Les fue entregado el cuarto con vista al mar, como les habían prometido; como según el reloj aún era de día, corrieron las cortinas con la ilusión de gozar del atardecer legendario de Santa Isabel y se encontraron con unas tablas en cruz protegiendo las enormes ventanas. Estaban en el momento de “al fin solos”. Intentaron abrir las maletas con la ayuda de una linterna, y ruidos y sonidos como lamentos se colaban por las hendidias de las ventanas y puertas; afuera el viento azotaba las edificaciones, las palmeras se doblaban y sus ramas como manos se agitaban pidiendo auxilio; los techos de los ranchos de las playas volaban; las olas, convertidas en montañas de agua, rugían cuando tocaban las costas... y en el interior de la habitación el temor, el pudor y la incertidumbre debieron buscar acomodo en el closet.

Sin la más mínima noción del tiempo pasado ni de la hora, un calor pegajoso y unos suaves golpes en la puerta los despertaron cuando ya avanzaba el día. El joven de mantenimiento llegaba a retirar las tablas de las ventanas, ¡al fin un poco de luz! Ofelia había perdido fuerza y se desvanecía en el océano. Fin de una noche que solo lució sus sombras. La novia se levantó confiada, soñando en que algún día no lejano brille la esquiva luna de su noche de bodas y traiga las mieles que le quedó debiendo.

El optimismo de los isleños abriendo sus tiendas, limpiando las calles y las playas, animaron a los viajeros que luego de disfrutar de su desayuno tuvieron oportunidad de lucir las prendas escogidas tan cuidadosamente para su ajuar. Trataron de disfrutar del tiempo

tan escaso como su presupuesto, adquirieron electrodomésticos, lamparitas con efectos luminosos, ropa de cama y los objetos que tradicionalmente se compraban en las islas.

Al regreso se instalaron en la casa que el padre del novio les regaló; un admirable trabajo de ingeniería había dado vida al sótano de su enorme casa. Los patios iluminaban los cuartos y la pequeña sala, una empinada escalera daba salida a la calle. La casa no tenía ventanas.



HIJO, CUÉNTEME UNA HISTORIA

Gabriel Márquez Vélez

Estaba leyéndole los titulares de un periódico a mi madre y entre ellos leí uno en el que el periodista hacía referencia a varios escritores, uno de los cuales era Ernest Hemingway. Mi madre me dice:

—Mijo, léame lo que dice ahí de ese señor, yo he escuchado algo de él.

Le respondo:

—Madre, el artículo solo hace una breve referencia a él como escritor, no incluye su biografía.

Pero ella insiste:

—Cuéntemela, seguramente usted la tiene en la cabeza.

No pude más que soltar una carcajada, afirmándole que entonces le iba a echar el cuento de “El viejo Jemi”:

Un gringo como tantos otros, aburrido de su vida en el país del norte, había leído y escuchado sobre las bellezas de las playas del Caribe, especialmente las de una isla llamada Cuba. Pescador como

era, decide llegar a esas playas, pero especialmente a una donde hubiese noticias de abundante pesca y bellas mujeres. Después de arribar a la isla preguntando aquí y allá se encuentra con un “tesoro”, según se dijo, al divisar desde una pequeña montaña el azul marino de una hermosa bahía rizada con el blanco de múltiples olas en la bajamar. Desciende al caserío, enterándose de su nombre: Playa Marina. Olor a sal, olor a pescado seco, olor a vida. Hombres, mujeres y niños a medio vestir resistiendo la inclemencia del sol de mediodía. Miradas de interrogación unas, de acogida otras. “Aquí me quedo”, dijo.

Compró el barranco por donde llegó y el mismo sería su morada a la orilla del eco de las olas. Como experto que era en la pesca, las cartas y el whisky, pronto rompió las barreras levantadas a su llegada, convirtiéndose en el mote de “Jemi el gringo”.

Pasaron los años; cambió la pipa por el habano, el whisky por el ron, la gorra por el sombrero de caña y llegó a ser de los mejores en la pesca, en el dominó y también en el amor. Muchas lunas y amaneceres acompañaron sus fugaces amores de pasión y uno que otro de verdadero cariño, como el de Alba Marina.

Los tiempos se “revolucionaron”, Fidel llegó al poder, y antes de llegar triunfante a La Habana pasó por Playa Marina, donde compartió sus cigarros y se bebió el ron de los pescadores.

Se dieron muchos cambios en la isla, la calma en la playa se vio alterada por piquetes de rebeldes buscando contrarrevolucionarios. La cabaña del viejo Jemi, como la de otros pescadores, fue inspeccionada con frecuencia, nunca le valió decir que era amigo de Fidel. Los viejos pescadores de su llegada se volvieron viejos de “verdá”, los hijos y nietos que no se fueron a la revolución se apoderaron de las barcas, sedales y arpones. El viejo Jemi, como la mayoría de su especie, fueron arrinconados poco a poco, aislados de las fiestas, de los juegos de cartas y en la cantina pocos

lo invitaban a un trago, él ya no tenía con qué invitar. Su fatigada canoa parecía aliarse con las de los jóvenes pescadores, porque cada vez se rezagaba en la partida y la mayor de las veces regresaba apenas con dos o tres pequeñas bonitas que, si mucho, alcanzaban para la cena.

En cierta madrugada su loro, al que llamaba Fidel, armó tremenda algarabía: “Gringo, gringo, levanta...te”. El viejo Jemi, atento a su llamado, extendió su mirada a través de la única ventana de su rancho, divisando un mar extrañamente plateado por el resplandor de la luna de la una de la mañana. Escuchó a la vez ruidos extraños en su pequeña bodega donde guardaba sus oxidados equipos de pesca y para ganar valor se toma el último sorbo que todavía yacía en el fondo de la botella. Con sigilo se acerca a inspeccionar sus equipos, la puerta está entreabierta, el arpón le sale al paso, cerrándole el camino en la caída iniciada segundos antes. Extraño presagio, se dice el pescador. Al recoger el arpón se enreda en los rollos de sedales, precisando apoyarse en el mástil, amigo de tantas faenas. Olfatea la descomposición de la carnada de varios días, y todo él es invadido por olores, ruidos y por el calor de los equipos al tacto, que lo atraen con la fuerza de poderoso imán.

Energías renovadas como de recién llegado de aquella tarde de años. Vela desplegada en la madrugada y empujada con la brisa de las montañas, viento en popa mar adentro, mirada siempre fija en el horizonte, nunca atrás sin importar si lo alcanzaban los burlescos jovencuelos. Pero ciertamente llegan con ágiles remos y arrimando sus botes lo increpan: “Viejo, devuélvete, guarda fuerzas para la noche, si es que alguna te queda”. Carcajadas que se lleva la brisa amiga, palabras inútiles, burlas ignoradas en el barullo de las olas. “Jemi, gringo idiota, regresa, te vas a quedar solo en altamar”. En su silencio él se dice: “Eso es lo que quiero, solo con el mar, con mi arpón y mis amigos, los peces”.

La luz del día naufragó en el horizonte, diminutas bonitas para la carnada acompañaban al viejo en el fondo de la canoa; las pocas provisiones agotadas, solo algo de agua dulce en la botella protegida de los golpes con cabuya trenzada. Calma en las olas nocturnas al desvanecerse los rojos intensos en la lejanía de los mares, negra la noche con la tardanza de la luna. “Mejor, más confianza para mis amigos”. Reflexiona el viejo.

Largas horas de paciencia, finalmente el sedal templado gana velocidad al desenrollarse, pero la destreza de Jemi detiene el cordel, toma el mando, el pez sintiendo el fuerte jalón acelera mar adentro. “Es bien pesado, hoy sí es mi día”. Segundo tirón del sedal, sentido con ira el orgullo del pez espada que se eleva por los aires haciendo alarde de su tamaño, superior al bote de Jemi. Lucha sin cuartel. Por fin cuerdas recuperadas, pez cerca a la embarcación, como preparándose para el ataque. El que no tarda con un fuerte golpe a babor, fuerzas menguadas del pescador, pero alegría inusitada que le trae vida al viejo lobo de mar. Nuevos embates, hombre al piso del bote, por nada cae el mar, arpón nuevamente en manos diestras y firmes. Primer atisbo de la luna, reflejándose en el ancho ojo del gigante marino, marcando la dirección del certero golpe del arpón en pleno filo del lomo. Fuerte chapuceo. Tremendo aleteo de águila herida, cuerda tensa por el diestro amarre de años. Nueva arremetida, segundo arpón cerca de la aleta trasera, nuevo amarre, fuerza en combate de ambos guerreros. Fogoso y violento el de las aguas, sabio y diestro el de la barcaza. Horas de lucha, es el fin, no para el aguerrido pescador, sí para el gran gladiador de mar al recibir los últimos golpes mortales en la cabeza con uno de los remos de la mano firme del vencedor.

Fiera del mar asegurada al costado, imposibles fuerzas para subirlo a bordo. Brisa tempranera anunciando la madrugada, vela desplegada aprovechando las últimas oleadas del mar del norte; resplandor de

La Habana dirigiendo la ruta, arrestos de fuerza física con voluntad de llegada a Playa Marina.

¡Alerta, nuevos embates, tiburones, dentelladas que van y vienen, mar de sangre en la zozobra de la nave del avieso capitán! Debo cortar las marras para salvar mi vida, pero ¿perder así mi otra vida?, ¿la vida que siempre viví?, ¿por la que siempre luché? No desfalleceré, lucharé hasta al final, aferrado a mi viejo arpón y compañero de marinas aventuras. Ambos crecimos con la fe de volver siempre a casa. Es tiempo de hacerlo, la brisa, las olas y las estrellas nos guían, el espacio es nuestro. La estrategia de vida: “A veces para vencer se debe dejar de peliar”. Dejaré que se sacien, haré balance al lado opuesto de mi embarcación, apuntalado con mi amigo, mantenemos el equilibrio, no nos rendimos.

Despierto al tierno calor del pecho de mi vieja Alba Marina, que tanto amor me ha dado desde cuando era gringo, ahora me acoge y me devuelve a la vida como pescador playuno. Levanta mi cabeza y cariñosamente sostiene mi espalda, para que mire por la ventana y observe en la explanada de Playa Marina mi trofeo atado al mástil más alto de la embarcación mayor. Afilada cabeza gris de la que pende un inmenso y dentado esqueleto blanco, rematado por una triangular cola que se mueve en el aire cual cometa acompañando la fiesta de los playunos. Cierro los ojos en mis primigenias tierras, sintiendo haber vivido en plenitud.

“EL HOMBRE PUEDE SER DESTRUIDO, PERO NO DERROTADO”.

—Hijo, así le ocurrió a su papá —afirma mi ancianita madre, volviendo de su letargo.

2017-08-23



AL ENCUENTRO DEL PAPA FRANCISCO (*)

Luis Fernando Domínguez

Amable destinatario casual: libremente recojo aquí una vivencia memorable. La de mi experiencia informal en la Tertulia Espiritual Interconfesional (TEI) de Coomeva Vida en Plenitud Antioquia entre 2009 y 2017. Descubrí ahí que los años me llamaban a la sanación de mi historia personal. Y que de ahí emanaría la coherencia amorosa como sentido superior de vida. Fue como haberme prestado a un laboratorio o estriptis interior. En mi aposento alto, por donde han desfilado seres de brillo propio tocados de liderazgo del alma. Un escrutinio en el que terminé por retener a ese man de ‘Jesucristo Superestrella’ como supremo líder de amor en coherencia y fidelidad hasta el ocaso (Lc 6, 31-35).

Decanté una lectura básica de aproximación imparcial a la psicoespiritualidad de avanzada. La *Inteligencia espiritual*, de Francesc Torralba, en sus dos accesibles entregas: para adultos y para niños. A más profundidad, abordé también a Jung y *El hecho religioso*, de Jean Delumeau, entre otros referentes. A lo largo del

trayecto me fue surgiendo esta hipótesis de trabajo por verificar: aunque inconsciente, la máxima expectativa sentida del ser humano para su cabal realización subyace en la paz interior como embalse de toda paz. En la acción de gracias, en el voluntariado hacia los demás camino al ‘otro lado’. Más que trasegar aislado o movido solo por filantropía. Como que la trascendencia fuera la cúspide amorosa de nuestra existencia.

Curioso lo pocón del fino humor espiritual como catalizador. Como que fuera trivial o impropio conjugar espiritualidad, religiosidad, psicología positiva y amor-humor. O que rayara en irreverencia el bien logrado mamagallismo teológico. Salvo excepciones. Invito a soplarne insumos en este sentido.

Al decir experiencia informal me refiero a estas dos autolicencias: a que mis hallazgos surgen cual gesto de bienvenida de un fan moderado del Medallo, al papa Francisco. Reconocidamente más deportivo y ameno en su liderazgo mundial, quizás como abierto hincha del San Lorenzo de Argentina. Opinen lo que opinen sus descalificadores. Y, segundo, a que reincido al final en la convocatoria del MINUTÓN DE AMOR POR COLOMBIA.

Confluyo en este último, luego de anteponer las tres siguientes inspiraciones de mi cosecha, centradas, en su orden, en la respiración y el agua, el árbol como albergue de vida por antonomasia y el nido como ícono del calor de hogar. Configuradas las tres, bajo el seudónimo que se me facilitó acuñar en la Tertulia: fray Ferruco Sirirí.



BUSCO UNA MUSA

Margarita María Gómez Cano

Se dice que las musas bajan a la tierra y buscan a los hombres cuya inspiración han de alimentar; estos oyen sus voces y las toman como ideas y pensamientos propios. La mía siempre ha sido esquiva, viene una noche y luego se va para volver muy de tarde en tarde, pero hace ya tiempo que no regresa. Tal vez está en el Parnaso tocando la lira o en algún lugar de la tierra soplando al oído de alguien poemas de amor.

Mientras tanto, yo estoy aquí, lápiz en mano frente a mi hoja en blanco, aunque ya no impecablemente blanca como en un principio sino ajada, manchada, casi rota de los muchos borrones que ha sufrido, pues no han surgido de mi interior pensamientos hermosos dignos de plasmarlos en el papel como una historia.

Pienso entonces en las nueve musas de la mitología griega, tal vez alguna de ellas pueda echarme una manito.

Calíope, la de la bella voz, musa de la elocuencia y la poesía épica, no me ha de ver con buenos ojos, pues la elocuencia no tiene

nada que ver conmigo. Encontraré tierra más fértil en políticos y leguleyos.

La historia tampoco es mi fuerte, entonces a ti, **Clio**, musa de la historia, te dejo en libertad para que inspires a los que escriben sobre guerras, batallas, libertadores y héroes.

Me encantaría que me visitara **Erato** musa de la poesía lírica-amorosa, y dejara en mis oídos unas dulces notas arrancadas de su lira que me inspiraran a escribir un bello poema.

La muy placentera **Euterpe**, musa de la música, está muy ocupada haciendo sonar su flauta en oídos más atentos que los míos.

No quisiera recibir la visita de **Melpómene** es la musa de la tragedia teatral. Prefiero temas más agradables para la música.

A **Polimnia** la dejo en libertad para que ejerza con el clero (sacerdotes y monjas) sus buenos oficios como inspiradora de música sacra y cantos sagrados.

No haré perder el tiempo a **Terpsícore**, la musa de la danza y la poesía coral, pues yo no tengo nada que ver con esos asuntos.

A **Talía** la recibiría encantada y dejaría que murmurara en mi oído una deliciosa comedia.

Quizá hace algunos años me hubiese gustado que **Urania** me visitase, pero en esta época de mi vida prefiero, al escribir, temas diferentes a la astronomía y las ciencias exactas.

Por si alguna de ellas decide venir a mí, estaré esperándola todas las noches de lunes a viernes después de las 8 pm en mi apartamento; mientras tanto, buscaré una musa más terrenal, quizá aquella que yace dormida al lado derecho de mi cerebro, el lado en que todo trabajo creativo se lleva a cabo y que está allí a la espera de algún acontecimiento, un recuerdo, una historia oída al azar, una lectura que prenda esa pequeña llama de la inspiración literaria.



EL PRIMER INTERNADO

Piedad Betancur Muñoz

Mis padres deciden que su hija debe empezar sus estudios. Encuentran un colegio de religiosas muy lejos de la casa y por el trabajo de ellos lo mejor era matricular a su hijita en un internado. Qué horror, yo no sabía qué era no estar con mis hermanos, mi papá y mi mamá, y mucho menos dormir en una habitación con muchísimas niñas, comer cosas que no me gustaban. El terror y la angustia fue mucha, sensación de desamparo; lo que más me angustiaba era que llegaría el momento de tener que pedir permiso hasta para respirar.

Mi única conexión con el mundo fuera del internado era una foto de mi hermano en un pequeño telescopio que en ese entonces era toda una novedad; los recreos del colegio los aprovechaba mirando con un solo ojo la imagen que sentía que me acompañaba.

Mi padre me recogía cada quince días en el colegio, me devolvía el domingo en la tarde. Uno de esos amargos domingos mi padre me lleva acompañada de mi hermano hacia el colegio y en el camino decide entrar con unos amigos a un restaurante en la carretera y tomarse algunos tragos. Sus dos hijos lo esperamos dentro del carro durante largo rato, mucho tiempo, se me hizo tan larga la espera que no fui capaz de contener el esfínter anal y el desastre llegó. No dije nada a mi padre; cuando llegué al colegio y después de la despedida, fui al sanitario, me quité la ropa interior, la envolví en un zurullo y la escondí detrás de la taza del sanitario.

Pasaron dos días de aquel evento, ya no me acordaba, cuando entra en el salón de clase una mujer preguntando “¿quién es Socorro Muñoz?”; yo me puse de pie, me sacó del salón, y me preguntó si esos pantalones eran míos; pues claro, toda la ropa estaba marcada. Sentí vergüenza y miedo a un castigo y lo que sucedió después no sé si fue castigo o enseñanza. Esa persona, que llevaba en la mano mi ropa interior, me condujo por pasillos, salones de clausura de las monjas y patios, hasta un sitio separado del convento donde había una hilera con muchos lavaderos; me dijo que debía lavarlos, yo no sabía cómo hacerlo, pues ya todo aquello estaba reseco y no se desprendía fácilmente. Me sentía humillada pues las señoras que lavaban reían y cuchicheaban.

Cada domingo, el regreso al colegio era una tortura, hacía pataleta, me aferraba al tío sacerdote que algunas veces acompañaba a mi padre a dejarme allí; recuerdo estar enredada entre hábitos y sotanas, en una lucha que siempre ganaron los hábitos de las monjas que me desprendían a la fuerza de mi frágil abrazo a las piernas de mi tío.

La pesadilla duró dos años; en el segundo año las cosas no mejoraron, en una de tantas noches heladas se me heló la sangre cuando en la oscuridad y debajo de las cobijas buscaba la media que se había salido de mi pie. Cuando la encontré, sentí que estaba enrollada en sí misma y tratando de desenredarla para ponérmela, la saqué de las cobijas. A la poca luz que había, y tratando de desenroscarla con la boca, me di cuenta de que era una culebra. La tiré lejos y no comenté con nadie mi experiencia, pues no me creerían.

Qué recuerdo tan fantástico dejó en mí “el sarampión”. Una niña de siete años, con fiebre, en un amplio salón con muchas camas y todas vacías, pues mis compañeras estaban en los salones de clase; en el delirio febril sentía cómo unas papas inmensas me devoraban en la misma forma que me obligaban a comerlas, y en este estado de “duermevela” el sonido de fondo... a lo lejos las novicias entrenaban sus voces con la canción ‘O Sole Mio.

Y llegó el momento en que había que hacer “la primera comunión”: Ajetreo.

Mi madre fue al colegio por mí, para llevarme a un salón de belleza donde harían que mi pelo fuera crespo. Toda una larga tarde en un sitio con muchas señoras y pegotes en la cabeza, y de nuevo al colegio.

La noche anterior a tan “maravilloso evento” mi abuela materna (sí, con h, pues ella se llamaba Hortensia) llegó con mi madre al colegio y me amarraron mechones de pelo con papel aluminio para peinarme hermosamente al día siguiente.

En verdad un día muy especial con gratos recuerdos: “Vamos niños al Sagrario que su Jesús llorando está” (Tantum Ergo).

Después de aquella majestuosa ceremonia en el colegio, con mucho humo de incienso, a la fiesta en la casa —y qué fiesta—, como se

decía, tiraron la casa por la ventana, el plato principal una gran lechona, helado y ¡oh, maravilla!: ¡Cine! Consiguieron mis padres para esa fiesta una película en blanco y negro: el “Gordo y el Flaco”, entendida por la excelente actuación, no por la expresión oral.

En la época de mi primer internado había en Colombia un “Gobierno Militar Transitorio”, pactado para doce meses —presidido por el general Gustavo Rojas Pinilla—, tiempos en que esos militares llegaban al restaurante a comer y a beber; con sus hermosos uniformes que les infundían un aire de “prepotencia”, que producían en mi mente infantil un sentimiento de admiraciones y miedo.

En el bar, junto al gran salón, donde estaban las mesas, se ponía en un tornamesa, con una gran consola amplificadora, la música para ambientar las veladas. Los discos en acetato eran de 78 y de 33 revoluciones, los de 78 eran pequeños, con una melodía por cada una de sus caras; se quebraban fácilmente. Los de 33, por lo general, tenían doce canciones por cada lado y eran más resistentes por ser más flexibles. Ese sitio me era encantador, el encargado del bar dejaba que estuviera allí y me encargara de seleccionar el disco que se escucharía; me gustaba la hermosa voz de Alfonso Ortiz Tirado y la canción Hablemos de los dos. Una tarde escondí el disco debajo del mantel de la mesa para hacerlo sonar varias veces, pero para mi pesar, me senté encima de la mesa y el disco de mi predilección se rompió y no pudo volver a sonar.

Ese gobierno, según dicen los historiadores, dejó algunas cosas buenas: la Autopista entre Bello y Caldas, en Antioquia, el aeropuerto el Dorado de Bogotá, el aeropuerto de San Andrés, el Hospital Militar, el Sena, la televisión y muchas más obras. Pero también coartó las libertades individuales, restringió la libertad de prensa, cerró los periódicos El Tiempo, El Siglo y El Espectador.

Los militares de alta graduación llegaban al restaurante a comer y a beberse el licor extranjero. Mi padre hizo construir debajo del piso del mostrador un hueco para esconder en ese sitio el licor, los cigarrillos y los enlatados, que eran importados, para que no acabaran con todo, pues no pagaban lo que consumían, y para colmo de males, tuvo que conseguir una foto inmensa del dictador “Gustavo Rojas Pinilla” y ponerla en el sitio más visible del establecimiento.

Por aquella época mis padres, muy entusiasmados, se prepararon con sánduches y botellita de licor extranjero y acudieron a la Plaza de Toros La Santamaría a presenciar una buena corrida de toros. Allí fueron testigos de la horrorosa masacre que ocasionaron los militares cuando una parte de los aficionados, en su gran mayoría estudiantes universitarios, no aclamó al régimen. Como castigo, eran arrojados entre varios militares desde las tribunas altas al ruedo, y luego apilaban los cadáveres unos encima de otros. Mi madre en ese momento tenía casi seis meses de embarazo de la cuarta de mis hermanos.

Cuando fue posible se retiraron de la plaza, llenos de miedo, terror y angustia con los sanduchitos y el licor intactos.

El 10 de mayo de 1957 llega al colegio de las hermanas Terciarias Capuchinas (donde yo cursaba mi segundo año de internado) mi papá a recogerme; eran las seis de la tarde, lo cual no era usual, y ya en el carro llevaba a mi mamá y a mis otros dos hermanos; empezó un recorrido por congestionadas calles bogotanas, sumado a muchos otros vehículos, pitando y gritando: “¡Un civil, botas no! ¡Un civil, botas no!”.



LAS COSTURERAS

Ana Silvia Moreno Ortiz

Ubicada en el aquí y el ahora vuelvo la mirada hacia esos tiempos lejanos y mi memoria remota, que es la válida, según los entendidos en la materia, me va pasando las imágenes de aquellas tres damas que bajo una tenue luz se reunían todas las noches para pulir, rematar y dar la última puntada a la costura que con gran esfuerzo elaboraba una de las integrantes de este abnegado grupo. Ella, misiá Helena, como se le distinguía, cosía durante todo el día con el fin de tener suficiente trabajo para la noche y poder entregar oportunamente los encargos a sus clientes.

Misiá Helena era una mujer hermosa, con una belleza antigua. Casada con un hombre trabajador y bohemio a quien se le conocía con el apodo de Maravilla, por tener unas cualidades físicas que atraían inmensamente a las más coquetas damas de la época.

Este tan apuesto caballero no tuvo problema en contribuir para que la misiá estuviera embarazada en dieciocho oportunidades. Embarazos que culminaron con doce hermosos hijos y seis novedades, término muy moderado porque hoy se estila hablar de abortos.

Como consecuencia de tan seguidos embarazos, las despampanantes piernas de la costurera mayor fueron formando unas venas varicosas que fuera de ser antiestéticas, dolorosas y muy incómoda enfermedad, sorprendían con una reacción inesperada. La vena se perforaba y había que acudir con recipientes para recibir la sangre hasta ser estancada con procedimientos caseros y rudimentarios, ante la imposibilidad de la atención de los galenos.

No le fue fácil la vida. Atender a su machista y bohemio esposo. Proporcionar maternal sustento a sus doce hijitos que casi que se igualaban por la proximidad entre uno y otro parto. Hasta tener que delegar funciones en los más grandecitos con las ya previstas consecuencias. Se creían con autoridad para corregirlos e impartirles castigos que hasta hoy duelen.

Transcurre el día con la máxima abnegación pero con gran fatiga. Anhela que llegue la noche para reunirse con sus dos amigas costureras —Ángela y Berenice—. En gran camaradería narraban sus cuitas del diario vivir, cada una aporta su propia historia. Sin muchas diferencias porque el trasegar es idéntico. Ellas han asumido que la vida es así y que no es posible hacer algo para cambiarla. Total aceptación.

Un acontecimiento modifica esta aparente rutina. Un librero ambulante toca a su puerta y ofrece venderles, por fascículos, una novela llamada “El derecho de nacer”. La compraron. ¡Qué novedad! Se turnaron su lectura noche tras noche. Tenían que esperar que todos los niñitos estuvieran dormidos. El que furtivamente se arrimara a este enigmático costurero tenía que contar con un agudo pellizco. Nunca pude saber el argumento de tan misteriosa novela. Decían que el protagonista se llamaba Albertico Limonta.

Pero en medio de tanta emoción con su lectura se les presentó un gran dilema: Consideraban que estaban en pecado, pero que no se

podían ir a confesar. Temían que el cura les prohibiera la lectura para poderlas absolver. Esto implicaría privarlas del único gusto que disfrutaban. Después de muchos análisis y desde su fuero interno prefirieron continuar en pecado y seguir soñando con la llegada del vendedor para la entrega del próximo fascículo.



MINUTÓN DE AMOR POR COLOMBIA

Luis Fernando Domínguez

A *l rescate de la Paz, la Familia y el Ambiente*

¡Hola! Si querés, vos también podés unirte a este hábito diario, amable destinatario casual. En pro de la Paz, la Familia y el Ambiente. Con mayúsculas. Todos cabemos ahí. ¿Qué hacer vos y yo, cada quien, por el perdón sanador entre los colombianos? Comenzar por asumir que así nos unimos desde el alma. Dentro o al margen de nuestras creencias o increencias, las que sean. Aplica en todo tiempo. Hacia la reconciliación nacional como fruto de nuestra propia paz interior, nuestra paz familiar y la solidaria recuperación climática, sembradas desde cada corazón y cada hogar. Puede ser a solas o en compañía. Al momento que nos resulte más fácil. En cualquier estado de ánimo. De alegría, triste o depresivo. Como antidepresivo. En acción de gracias. Volcándonos con su efecto positivo a las redes sociales como puente de unión intergeneracional.

Nunca será tarde para comenzar. Mejor si nos asiste la sonrisa como santo y seña de contagio amoroso. Tal fue la resultante cardinal en que desembocamos los proponentes en la pasada Navidad, luego de 7 años largos de Tertulia Espiritual Interconfesional (TEI) en Coomeva Vida en Plenitud Antioquia (2009-2016). Disponemos de las memorias de soporte.

Día de la Mujer, de la Madre, del Amor y la Amistad...

...del Padre, del Abuelo, del Adulto Mayor. Día de Acción de Gracias. Época de Navidad y Año Nuevo. ¡Congratulaciones! Vos, Mujer, sí que tenés qué hacer ahí. ¿Cuál día no está exaltado por el eterno femenino? Vos sí que podrías incidir en el aparente vacío espiritual de la construcción mundial del perdón, cuando tampoco en los procesos de diálogo has contado con la participación equitativa que te corresponde.

Todos cabemos en ese pequeño gran minuto. Mujeres y hombres (a propósito también del Día del Hombre). Los del SÍ y los de NO en el plebiscito de 2016. ¿Por qué no intentarlo? La opción es dejar de ‘balconiar’ la Paz, al decir del papa Francisco, dejando de mirarla de lejitos. Con recelo. ¿A qué tardar en abrazarla sin reservas como protagonistas rasos? ¿Qué otro negocio más noble y rentable tenemos a la vista? De contar con tu ADHESIÓN VOLUNTARIA, pasá vos de voz a voz este clamor. ¿Por qué no darnos a tributar nuestra gotica de amor, la tuya y la mía, al océano tripartito de la Paz, la Familia y el Ambiente? Así, con mayúsculas. ¿Qué otro mejor fruto esperanzador y comunitario de la visita del Papa a nuestro país? Que con esta visita ‘hayamos dado el primer paso’ hacia el MINUTÓN.

Pluscafé

¡Adelante! Más nos vale avanzar hacia la cultura del encuentro. De palabra y de obra. Por la vía del diálogo. Al encuentro del país que merecemos. Súper si es con mensaje, música y ritmo de fondo, teniendo a la mano el supercombo de la paternal encíclica Laudato Sí de Francisco, las 4 estaciones de Vivaldi y la canción ‘La vida es un carnaval’ de Celia Cruz. Si queremos, tenemos todas las de ganar. ¡Abrazo de Paz! Y sí. Es cierto, lo revelo aquí. Mi árbol mascota es un guamo macheto, de sombrío en los cafetales de antaño, que trasplanté hace 20 años. Guamín, se me ocurre ahora, le vendría bien como nombre de pila. Engalana hoy La Ermita en Támesis, al suroeste paisa. Al unísono con sus noches de plenilunio y peluche gatuno, laus Deo. Por algo habríamos de sindicarla entre parientes y fans como ‘antro de paz y expansión de corazones’. Gajes de la escurridiza coherencia en eso de pensar, decir y hacer.



CARTA A MARTÍN

Luz Stella González Restrepo

Medellín, febrero 23 del 2017

Querido Martín:

Todos estamos ansiosos esperando tu alumbramiento. Sé que nos va a dar mucha, pero mucha felicidad porque una nueva vida es un milagro y más en el caso tuyo, que gracias a los avances de la medicina vienes a este mundo.

Ya con más de 20 semanas de gestación eres una personita completa aunque tu cerebro todavía no se ha acabado de desarrollar. Permaneces apacible en posición yogui chupando dedo en esa diminuta fuente de agua que te protege. Ya puedes esbozar sonrisas, bostezar, pero la mayor parte del tiempo la pasas durmiendo. Estás unido a tu madre por el cordón umbilical y por ese medio, respiras y te alimentas. No eres ajeno a las emociones de ella. Si está alegre, tú lo percibes y si está preocupada, también. Para entrenarte como

futuro jugador de fútbol, no propiamente en canchas sino en la calle como todos los niños, das pataditas y a veces tan fuertes, que le sacas a tu madre un ¡aaaay! no de dolor, sino de alegría porque te siente vivo.

Si vieras la felicidad de tu mamá y tu papá mirando la cantidad de ropa y zapatos que te han regalado. Ya tienes la indumentaria del Nacional para ver los partidos de fútbol en compañía de tu abuelo, papá y tío. Y vas a gozar cuando ellos, eufóricos, griten: ¡GOOOOL! Estoy segura de que las primeras palabras que vas a pronunciar son pa, ma y gol.

Martín, con tu gestación rememoro la de tu padre. Fue engendrado, como tú, con mucho amor. Era bastante inquieto y cuando sentía hambre me hacía levantar a las 2:00 a.m. para que buscara que comer. Y ya lleno, me dejaba dormir. También disfrutaba mucho cuando yo preparaba mis clases de inglés. Yo repetía los diálogos en voz alta y él se manifestaba moviéndose para indicarme que estaba poniendo atención. En esa forma hacía conexiones sinápticas que le ayudarían más tarde a tener habilidades para los idiomas. También cuando tu abuelo le cantaba, él se alborozaba. Yo le hablaba mucho, le leía rondas infantiles, le ponía música y le decía que era muy inteligente y, de hecho, lo es. Tu abuelo, más lacónico, se limitaba a cantarle pero su aporte fue bastante importante.

Los budistas creen que las almas para continuar con su proceso evolutivo de acuerdo con su karma, escogen a sus padres. Tú, según esa teoría, ya debes de tener un nivel de evolución avanzado porque escogiste a unos padres que se aman y que te aman y, por ende, te van a dar grandes oportunidades para que seas un buen ser humano.

Además, eres privilegiado por el entorno de trabajo de tu madre: las bananeras de Urabá. Intuyo tu alborozo cuando percibes el

estrépito de las plataneras que bailan al son del silbido del viento. O cuando escuchas los trinos de los pájaros. O el canto de cortejo de las cigarras y grillos. O el ronroneo de abejorros, avispas, abejas... Pero tal vez te asustas con el eco de las tormentas. Lo mismo te puede suceder con el ruido de aviones, carros y motos. Supongo que ya te han llevado al mar y desde tu escondrijo oscuro oyes el estertor de las olas que mueren en la playa. Martín, ese ir y venir de olas es la metáfora del ciclo vital.

Querido niño, en tu diminuto cuerpo ya tienes la información genética de tres razas: África negra, América cobriza y Europa blanca. Ese mestizaje te da una singular riqueza. Y gracias a ello, tienes talento para ser mago, pintor, escultor, orfebre, músico, deportista, investigador, poeta, escritor... Y astronauta, para que explores esos planetas hermanos de la tierra recién descubiertos. Tendrás el orbe en tus manos para mejorarlo.

¡Niñoado adorado! Siento decirte que este mundo tiene parajes inhóspitos. Para que no te pase nada, todas las noches junta las manecitas, entorna los ojos y repite con mucha devoción después de tu mamá, como lo hacía tu papá:

*Ángel de mi guarda
mi dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día,
hasta que no me pongas
en paz y alegría,
junto con todos los ángeles
Jesús, José y María.
Amén.*

*El niño Jesús, gran amigo de los niños, también será tu compañía.
Lo mismo que su madre, María Santísima.*

*Mi querido niño, tus abuelitos que ya no estaremos aquí cuando
te toque llevar las riendas de tu vida, te protegeremos desde la
eternidad.*

Hasta pronto. Tu abuela que te adora,

Luz Stella

*P.D. Te tengo un regalo muy lindo: la Enciclopedia Juvenil que tu
papá y tus tíos disfrutaron mucho. Y también las rondas infantiles
en inglés.*



DOS

Nubia Roldán Botero

Dos personajes que, por circunstancias ajenas a cada uno de ellos, tuvieron que abandonar este mundo en un momento en que ninguno de los dos sospechaba lo que el destino les tenía preparado.

Dos personas que, aunque jamás se conocieron, juntos debieron pasar el túnel que los llevaría a encontrar la gran luz, mientras sus cuerpos estaban condenados a vivir por siempre en la oscuridad de sus sepulcros.

Dos seres que partieron en busca de una gran felicidad, y de pronto se vieron enfrentados a un escalofriante accidente, cada uno por su lado, que terminaría con sus vidas.

Dos cadáveres, con dos rostros hermosos y serenos, en los que se dibujaba una gran paz después de enfrentar la muerte de una manera inesperada.

Dos partidas hacia la eternidad que se llevaron consigo la estabilidad de sus hogares y una vida más.

¿Quiénes eran estos dos?

Ella, una madre de familia, que el día anterior a su muerte se apuntó a un paseo en moto con sus hijos, sus nueras y el yerno. Darían la vuelta a Oriente, pasando por los terrenos que otrora fueran propiedad de sus antepasados y ahora ocupa el aeropuerto José María Córdova, para terminar luego en Rionegro, su pueblo natal. Nunca antes se le había ocurrido utilizar este tipo de transporte, pero ese día le dio por hacer parte de una excursión que sus hijos habían programado para aprovechar, en parte, el puente del 19 de marzo de 1979. Ese día seguramente fue uno de los más felices de su vida.

De él, lo único que supe aquella noche es que se trataba del amante de un alto ejecutivo del Comité de Cafeteros.

La señora, una mujer alta y elegante, que a pesar de tener varios hijos, todos adultos ya, no mostraba la edad que tenía; su hermoso rostro seguía incólume a medida que pasaban los años. Aquel funesto día, cuando ya regresaban del paseo, en el sector de Las Palmas, un adolescente totalmente drogado que se había escapado en el carro de su padre arrasó la moto y, sacando a la señora de su silla, le levantó toda la piel de la cara incluyendo parte del cuero cabelludo. ¿Se imaginan lo que puede sentir uno al ver una cara tan conocida, con casi la totalidad de la piel del rostro arremangada, exponiendo toda la parte ósea de la cara, incluido el hueso frontal, con los ojos rotando en sus órbitas? Tuve que hacer un gran esfuerzo para contener un grito de horror, pues la señora, a pesar de las condiciones en que se encontraba, estaba bien consciente y sus ojos me podían observar mucho mejor, porque en este momento sus párpados no le estorbaban; estaban muy arriba, a la altura del cuero cabelludo.

Aunque sus hijos querían verla, decidimos que era mejor esperar a que le realizaran la cirugía de reconstrucción del rostro para que

no tuvieran que enfrentar semejante espectáculo. Esa noche la acompañé hasta la puerta del quirófano, donde se le practicaría la cirugía más perfecta que he visto.

Al día siguiente, domingo, como yo estaba preparando los parciales del último semestre, me levanté muy temprano para irme al consultorio que ya teníamos montado en la plazuela San Ignacio, donde me reuniría con dos compañeros para preparar el siguiente examen. A las seis de la tarde, Carlos Mario, el último que quedaba, pues ya Jorge se había retirado, me dijo que aunque aún nos faltaba algo para repasar él se iba, porque lo esperaban en la casa de su novia. Para llegar a la puerta de la calle había que caminar un buen trecho, pues el consultorio estaba ubicado al final del pasillo. Escuché cómo sus pasos se iban alejando hasta llegar a la salida, y como la puerta es de aluminio, me di buena cuenta de que había quedado cerrada. De pronto empecé a escuchar nuevos pasos, que dirigidos en sentido contrario se acercaban al consultorio; inicialmente creí que se trataba de mi compañero, que seguramente había olvidado algo, pero de inmediato descarté la idea, porque la puerta no había sido abierta de nuevo. Un poco preocupada, decidí esperar. Los pasos llegaron hasta la puerta del consultorio, pero nadie apareció. Mientras la piel se me ponía arrojada y pelo se me paraba, el mensaje se hizo evidente. Mi vecina se iba y quería que yo acompañara a sus hijos en este difícil momento. Tomé el teléfono y llamé a mi casa. Me contestó Consuelo, mi hermana menor, quien llorando me contó que la vecina estaba muy grave; que había sufrido un paro cardíaco mientras la trasladaban del quirófano a la pieza, y ahora se encontraba en cuidados intensivos. Nada de esto me sorprendió, pues el mensaje había sido muy claro. Le pedí que fuera conmigo al hospital porque yo quería acompañarlos esa noche.

En las afueras del pabellón San Rafael, donde están ubicados los quirófanos de alta cirugía, nos encontramos con la familia. Yo acompañé a su hija, quien por esa época estaba terminando su carrera como enfermera profesional, y después de enterarnos de la difícil situación de la paciente optamos por quedarnos las dos en el hospital, mientras se definía la situación. Salí de nuevo para aconsejarles a los presentes que se fueran a sus casas, porque necesitaban descansar; recuerdo que uno de sus hijos me pidió que los llamara si había alguna mejoría. Yo le respondí que yo no iba a despertarlos para eso; que si escuchaba el teléfono se preparara para recibir la peor de las noticias.

Jamás he podido olvidar aquella noche. El frío de la madrugada me calaba los huesos y me hacía estremecer. En cada recodo del pabellón, que de por sí ya tiene un aspecto bastante tétrico, me daba la impresión de ver a la parca con su hoz en posición para dar el zarpazo en el momento propicio. Recuerdo muy bien aquel silencio expectante que solo era interrumpido de vez en cuando por la sirena de una ambulancia anunciando la llegada de un nuevo paciente que pedía ayuda para sobrevivir. A la una de la mañana la puerta de la UCI se abrió y un médico con cara de fatiga se dirigió a nosotras: “Siento decirles que, a pesar de todos los esfuerzos que hicimos, no logramos salvarla, entren para que se despidan de ella, porque ya solo le quedan escasos minutos de vida”. Unos instantes después nuestra vecina expiraba. Su rostro, en el que las únicas secuelas que quedaban de aquel horrible accidente eran unos discretos puntos, lucía de nuevo hermoso, y la felicidad que había experimentado el día anterior, cuando partió a encontrarse con el pasado, a darle un último vistazo a esos lugares donde había crecido y vivido gran parte de su existencia, se reflejaba en su dulce sonrisa, que denotaba una gran paz.

Mientras llegaba la familia, yo me fui a la oficina de al lado, ubicada en la Policlínica, para hacer firmar los papeles necesarios para legalizar la salida del cadáver. El cuadro que me encontré allí fue algo mucho peor que lo que había tenido que vivir esa noche. En la primera oficina había un hombre sentado frente a un escritorio, donde un agente de tránsito lo interrogaba. Aparentaba unos sesenta años; era una persona de regular estatura, delgado, en cuya figura no había nada que llamara la atención. En su rostro pálido y desgarrado, de un color cetrino, se dibujaba una amargura insoportable, y cada vez que tenía que responder a una pregunta, un mar de lágrimas inundaba sus mejillas. Por el contenido de dos o tres preguntas que logré escuchar me pude dar cuenta de que en la habitación de enseguida alguien muy importante para él expiraba. No pude vencer mi curiosidad y mientras el agente se concentraba en su interrogatorio, yo me colé para ver quién era el occiso. Tumbado en una camilla se encontraba un joven, cuya estatura debió ser por lo menos de un metro con noventa. Con los ojos entreabiertos, su hermoso rostro tenía una sonrisa en la que se vislumbraba lo feliz que había sido ese día. Su cuerpo, esbelto y bien conformado, estaba desnudo. Solo tenía encima una compresa que ocultaba su sexo. Era un verdadero Adonis. Unos minutos más tarde entró una enfermera, quien me dijo que hacía solo media hora que había muerto. Aunque el cuerpo lucía íntegro, debajo de su cadera había una gran charca de sangre. Miré a la enfermera y antes de que me atreviera a preguntarle sobre lo sucedido, ella me contó que mientras viajaba con su amigo practicando quién sabe qué juego, el que conducía el carro perdió el control de este y se fueron a una canalización. La peor suerte la llevó este joven, a quien en el tejemaneje de la caída se le introdujo la palanca de cambios por el recto. De inmediato, el estallido de colon y órganos

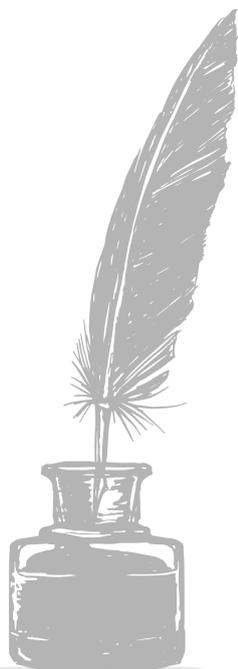
adyacentes produjo hemorragias severas que lo llevaron a la muerte en cuestión de minutos.

Si para la familia de mi vecina la muerte fue un golpe brutal, para el amigo de este joven hubiera sido preferible que el muerto hubiera sido él. Hasta ese momento, él había sido un agrónomo de gran prestigio, con un alto puesto en el Comité de Cafeteros, especializado en todo lo relacionado con el cultivo de café, que además tenía una familia que gozaba de una gran reputación en las altas esferas de la ciudad, y unos hijos que ya eran estudiantes de las mejores universidades del país. ¿Se imaginan la vergüenza que tuvo que enfrentar esta familia ante semejante escándalo? Minutos después, cuando volví a la oficina, vi que lo conducían esposado a la ambulancia de la policía.

Unos meses después terminé mi carrera e inicié mi año rural. Por una casualidad del destino, en el pueblo en que yo estaba ejerciendo, un alto ejecutivo del Comité de Cafeteros tenía finca allí y con mucha frecuencia visitaba el hospital. Algún día, conversando con él, recordé lo sucedido aquel 19 de marzo y le pregunté qué había pasado con este señor. Él me contó que su vida se había acabado. Su familia, ante semejante escándalo, no quiso saber más de él, y aunque el Comité de Cafeteros le contrató los mejores abogados para tratar de salvarlo, la justicia fue inexorable con él y terminó condenándolo a cuatro años de prisión.

El hogar de la vecina se desintegró en cuestión de meses. Unos años después, el joven que iba manejando la moto no fue capaz de sobrevivir al golpe y terminó suicidándose.

LOS AUTORES



****MEDELLÍN****

Beatriz Elena David Puerta
Lic. Educación Básica

Bertha Luz Velásquez Peláez
Tec. en Mercadotecnia

Fabián Vargas Restrepo
Economista Industrial

Luz Stella González Restrepo
Licenciada en Idiomas

María Cristina Arroyave Portela
Psicóloga

Mercedes Castellanos
Administradora de Empresas

Elisamargarita Velásquez Ghisays
Lic. en Lenguas Modernas

Erasmus H. Arbeláez Salgado
Lic. en Lingüística y Literatura

Libardo de Jesús Muriel Ramírez
Ing. de Sistemas Enf. en Software

Luis Fernando Domínguez
Estadístico

María Melva Galvis G.
Lic. en Lenguas Modernas Inglés-Francés

Gabriel Márquez Vélez
Esp. Prof. Administración

Margarita María Gómez Cano
Licenciada

Piedad Betancur Muñoz
Tec. en Instrumentación Quirúrgica

Ana Silvia Moreno Ortiz
Abogada

Nubia Roldán Botero
Odontóloga

En 1964, cuando estábamos creando a Coomeva, pensábamos en cómo garantizar el bienestar y la protección económica de los asociados cuando llegaran a su edad de retiro laboral.

Queríamos hacer de Coomeva un lugar para toda la vida.

Con esa meta clara y con gran visión de futuro creamos el Fondo o Servicio de Solidaridad, uno de los pilares del éxito de la Cooperativa. Y desde 2007 lo complementamos con el programa Coomeva Vida en Plenitud.

Este programa ha sido diseñado científica y técnicamente para nuestros asociados adultos mayores y busca facilitarles su proceso normal de envejecimiento.

Sacar el mayor provecho de vivir y lograr que la vida misma sea nuestra mayor ventaja, ha sido desde 2008 la intención del proyecto de tertulias literarias y talleres de escritura creativa, promovido por el programa Coomeva Vida en Plenitud entre las personas mayores asociadas a la Cooperativa.

Coomeva Vida en Plenitud y los Centros de la Palabra son estrategias que nos llevan a desafiar el paradigma tradicional que dice que el aprendizaje es cuestión de niños, que el trabajo es cuestión de adultos y que la jubilación es cuestión de vejez.

La capacidad y el talento desplegados por nuestros asociados mayores son la evidencia de que la creatividad es un potencial de todos los seres humanos y no un privilegio de una etapa determinada.

En esta tercera edición de Palabras Mayores que Coomeva publica con especial orgullo, asociados mayores de Cali, Bogotá y Medellín, participantes de los talleres y tertulias literarias, se desprenden de una parte de sus vidas para compartirla con nosotros, convertida en letras con sabor a crónicas, ensayos, cuentos y poesías.

Estas páginas son un regalo de vida para todos. Con gran generosidad y mejor sentido de la medida, que solo se logra con los años, los autores nos transmiten sus conocimientos, visiones, disyuntivas críticas y creativas, permitiéndonos con ellos también ampliar nuestra perspectiva de la vida y del mundo que nos rodea. Así, escribiendo, ellos dejan no solo un nombre sino una huella.

La creación siempre está en curso y se abre paso en nuestras vidas. Mi deseo es que disfruten de estas páginas de amplitud creativa y que con ellas abracen los años y la vida con pasión, como lo han hecho sus autores. A todos ellos y ustedes amigos lectores, gracias por valorar estas Palabras Mayores.

Víctor H. Pinzón Parra
Cofundador de Coomeva
Gestor del Programa Coomeva Vida en Plenitud

